

# DESAFIANTE

Fugitiva  
Rebelde  
Legendaria



VENCEDORA II

LESLEY LIVINGSTON

RBA

LESLEY LIVINGSTON

# DESAFIANTE



Traducción de Martina García Serra

**RBA**

Título original inglés: *The Defiant*.

© Lesley Livingston, 2018.  
© de la traducción: Martina Garcia Serra, 2019.  
© de la ilustración de la cubierta: Michael Heath, 2018.  
Diseño de la cubierta: Dana Li.  
Adaptación de la cubierta: Lookatcia.com.  
© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2019.  
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.  
[rbalibros.com](http://rbalibros.com)

*Primera edición: mayo de 2019.*

RBA MOLINO  
REF.: OBDO503  
ISBN: 978-84-272-1863-5

REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL • EL TALLER DEL LLIBRE, S.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

PARA CAROL ANN GALLAGHER

# I

Cleopatra, reina de Egipto, estaba aburrida.

De modo que ahí estaba yo, colgando de la regala de una galera, maldiciendo a voz en grito, instantes antes de que mi embarcación fuera embestida de nuevo por un barco enemigo y me echara a las olas, brillantes bajo la luz del sol, que teníamos debajo. Así, pensé, no era como se suponía que tenía que ir la campaña. De mis compañeras de tripulación y de mí —todas estudiantes del Ludo Aquilea, la academia dedicada al entrenamiento de gladiadoras más destacada de toda la República de Roma— se esperaba que saliéramos victoriosas de esto, de la primera contienda náutica de nuestras vidas.

En lugar de eso, las chicas de nuestra academia rival, el Ludo Amazona, nos estaban echando a las olas del Lago Sabatino.

—¡Fallon!

Alcé la mirada como pude para ver quién me llamaba.

Era Elka: a menudo la primera en darse cuenta de que me había metido en problemas. Le habría respondido, pero estaba demasiado ocupada intentando no soltar la regala ni la mano de Leander, un esclavo de la cocina del ludo, cuya vida me afanaba por salvar.

Leander no sabía nadar; lo había dejado meridianamente claro, incluso en el fragor de la batalla. De modo que era un poco un misterio cómo había podido acabar dando vueltas por el agua en medio de nuestro simulacro de mar de batalla, un espectáculo escenificado a petición de la reina de Egipto.

El espectáculo en sí era menos misterioso.

Cayo Julio César, cónsul de Roma, general legendario, propietario del Ludo Aquilea y amante de Cleopatra, se había ido de Roma durante buena parte del año por otra campaña militar. Cleopatra, instalada con toda comodidad en la finca de César situada en la orilla occidental del río Tíber —pero expresamente rechazada en el interior de las murallas de Roma—, no sabía qué hacer con tanta agitación.

De modo que había recogido a su séquito y se había dirigido al norte, hacia la Via Clodia, a una villa privada situada al abrigo de las orillas del Lago Sabatino, donde su agitación podía al menos disfrutar de un cambio de decorado. Y de la compañía de su querida amiga: mi hermana Sorcha. O, como era conocida en Roma, Lady Aquilea, la que fuera gladiadora campeona y actual

lanista del Ludo Aquilea.

Una mañana, no mucho después de que Cleopatra se hubiera convertido en algo parecido a un elemento exótico fijo en la región del lago, Sorcha me había arrastrado con ella a una audiencia a petición de la reina.

—Sin duda, ¡estoy languideciendo de tedio! —había exclamado Cleopatra ese día, mientras comía pavo real asado y ostras crudas servidas en la cubierta de su barcaza de recreo—. Quiero una celebración. Un triunfo de los nuestros para conmemorar la nueva propiedad de tu ludo...

Yo dirigí una mirada furtiva a Sorcha para ver cómo reaccionaba ante la sugerencia de Cleopatra; sin embargo, mi hermana se limitó a asentir y a dar un sorbo del cáliz con calma.

—Inminente nueva propiedad, Su Alteza —repuso—. En cuanto reciba los papeles de César...

—¡Bah! —la silenció Cleopatra con un ademán—. Están al llegar, no me cabe duda. Y entonces tú también serás reina de tu propio dominio, querida. —Hizo una pausa para escoger una tarta de miel de la bandeja; estaban espolvoreadas con motas de oro y brillaban bajo la luz del sol—. Los hombres no deberían ser los únicos en esta miserable República que pueden organizar un espectáculo para elogiar sus logros —continuó Cleopatra—. Y tú, mi querida Sorcha, estás más que realizada. Igual que tu extraordinaria hermana.

Entonces me dedicó una de sus seductoras sonrisas e hizo un ademán para que me llenaran la copa.

—Los optimates luchan contra los populares porque tienen miedo —sentenció—. Les da miedo el cambio, la innovación. Les da miedo César y les doy miedo yo. César es un dios entre los hombres y a mí no me da reparo recordárselo. Temen su poder y lo atraen a guerras lejanas de mi cama y compañía. Me irrita, perdonadme.

—No hay nada que perdonar, majestad —repuse.

—Por supuesto. —Soltó una risita y se lamió la miel y el polvo dorado de los dedos—. Tú, Fallon, entiendes mi agitación. Fue poco amable por parte de mi señor arrastrar a tu joven y atractivo decurión con él hasta Hispania.

Sentí que se me enrojecían las mejillas ante la mención de Cayo Antonio Varro. Pero, en realidad, yo también me había sentido un poco irritada por su prolongada ausencia. Ignoré resueltamente la ceja que mi hermana había enarcado hacia mí.

—Dejémoslo. —La reina nos dedicó su astuta sonrisa—. Mientras nuestros chicos están fuera... demos una fiesta.

La idea que Cleopatra tenía de una «fiesta» había resultado ser organizar su propia versión reducida de uno de los espectáculos más absurdos de los Triunfos Cuádruples de César —un gran espectáculo de celebración repleto de actuaciones y desfiles en donde Roma se había desbocado con festines y juegos, combates y cacerías de fieras durante un mes entero—. César había ingeniado un espectáculo de cierre que había llamado naumaquia: una batalla marina real, representada en una vasija enorme cavada en las orillas del río Tíber, en la cual miles de hombres —cautivos aprisionados en las múltiples batallas de César— navegaban en buques de guerra reales. El enfrentamiento había sido encarnizado. Mortal. Y después de aquello, el río había bajado rojo por la sangre durante un día y una noche.

Por suerte, Cleopatra no estaba tan aburrida.

Se había contentado con unos juegos no letales de capturar la bandera, una competición escenificada por nuestro ludo y las gladiadoras de nuestro rival, el Ludo Amazona —«Invitaré a aquel odioso Tribuno de la Plebe para que nos deje a sus chicas para que luchéis contra ellas», había decidido la reina con una risita traviesa—, y solo dos barcos. Uno de sus vecinos más ricos —propietario de una villa situada en la orilla opuesta del lago respecto al Ludo Aquilea— le había proporcionado una embarcación grande y pesada. Los esclavos de la reina habían vestido las embarcaciones para que parecieran versiones en miniatura de los buques de guerra de Roma y Cartago. Y nosotras tendríamos que representar una reconstrucción en vivo de la histórica batalla de Milas. Estuviera aquello donde estuviera. Fuera aquello lo que fuera.

—¡Fallon! —bramó Elka de nuevo—. ¡Para de hacer el tonto! Se supone que tenemos que ganar esta batalla...

Abrí la boca para gritarle que no estaba precisamente tomándome un descanso, pero Leander volvió a chillar, perdió agarre y se hundió en las aguas zafíreas que teníamos debajo.

Alcé los ojos al cielo y suspiré.

—¡Ahora vuelvo! —grité a Elka.

Luego solté la regala y me hundí también en el vacío hacia el impacto de las heladas olas que tenía debajo. La armadura que llevaba ese día, por suerte, era ligera y flexible —de cuero, no de bronce y hierro—, pero absorbió el agua igualmente y durante unos instantes de pánico patealé, intentando no hundirme demasiado. Cuando salí a la superficie, jadeando, y me aparté el pelo de los ojos, pude ver a Leander agarrándose al aire, desesperado, a unos pocos metros de mí. Hacía mucho tiempo que no nadaba —no lo hacía desde que me convertí primero en esclava y luego en gladiadora—, pero crecí en las orillas del río Dwr, en mi hogar de la Isla de los Poderosos, y había nadado como un pez desde que era una cría, casi desde antes de aprender a luchar.

—¡Estate quieto! —farfullé mientras pasaba un brazo por el torso de Leander—. Relájate, ¡te tengo!

Se dejó caer en mis brazos, más por el alivio, creo, que por ningún esfuerzo consciente de seguir mi orden, pero hizo las cosas algo más fáciles. En relativo poco tiempo me las arreglé para arrastrarlo de nuevo hasta el barco. Pegué un grito a mis compañeras gladiadoras y, después de un instante, Damya apareció en la regala y me miró sorprendida.

—¡Ahora no es momento de darse un chapuzón! —gritó.

—¡Eso díselo a él! —repuse con los dientes apretados mientras una ola me pasaba por encima y me dejaba los ojos ardiendo.

Se percibía un olor acre en el agua del lago y desvié la mirada hacia los despojos del esquife en que Leander había estado remando. El pequeño y frágil bote se había ensartado en la proa minuciosamente tallada de nuestra embarcación cuando lo habíamos investido. El chico transportaba un cargamento de libaciones, provenientes de las despensas del ludo, hacia la barcaza de Cleopatra, y había decidido abrir al remo un camino recto por el medio de la batalla. Ánforas de arcilla hechas añicos desparramaron un vino que tiñó el agua de rojo —como si fuera una parodia cómica del espectáculo de César— y unos pocos barriles de cerveza flotaron

serenamente de vuelta a la orilla. En la barcaza de la reina se oían gritos de indignación mezclados con risotadas ante el contratiempo. A decir verdad, pensé, aquello sonó como si los que estaban de celebración ya hubieran tomado bastante por lo que llevábamos de tarde.

—¡Lanzadme una cuerda! —pedí a voz en grito.

Pasé la soga por el torso de Leander, bajo sus brazos, y esperé, flotando en el agua, hasta que Danya lo subió a la cubierta. Luego me volvió a lanzar la cuerda y me estiró a mí también; vi los músculos de sus brazos tensarse bajo los brazaletes de bronce que llevaba. En cuanto pasé una pierna por encima de la regala y reboté contra la cubierta como una trucha, un vitoreo desordenado emergió de la barcaza del otro lado del lago por mi heroico rescate. Me quedé ahí tumbada, jadeando y sintiéndome más ridícula que heroica.

Desde el aparejo, encaramada muy por encima de mi cabeza, Tanis nos informaba a voz en grito del posicionamiento de la bandera del otro barco, que no paraban de mover por la cubierta para mantenerla a salvo de nuestros intentos de abordar su embarcación y capturarla. Tanis era una prometidora joven arquera —había jurado sus votos la misma noche que Elka y yo—, pero había demostrado ser bastante inútil en un combate cuerpo a cuerpo, de modo que la mandamos al lugar estratégico más alto para que pudiera sacar partido de su aguda mirada.

Cada vez que los barcos llegaban a la altura del otro intercambiábamos luchadoras; algunas de nuestras chicas saltaban a su otro barco y a la inversa. Aunque las hojas que usábamos aquel día eran espadas de madera de entrenamiento, hubo accidentes. No solo accidentes. Todavía había mucha hostilidad entre los ludos Aquilea y Amazona. Durante los Triunfos de César, nuestras dos academias de gladiadoras se habían enfrentado en una inmensa batalla campal dedicada a conmemorar la conquista de Britania a manos de César, y se había derramado sangre. Incluso se había matado. Todas hicimos enemigos aquel día.

Y el peor que hice yo originalmente había sido de mi propio ludo.

Una gladiadora llamada Nyx.

Nyx nunca fue amiga mía. Sin embargo, la vendieron a Poncio Aquila —el propietario del Ludo Amazona— después de que César me hubiera escogido a mí en lugar de a ella para representar el espíritu de Victoria. No fue algo que Nyx se tomara bien o a la ligera. Igual que tampoco lo fue el hecho de que, en medio del espectáculo, la superara —con un poco de ayuda de Elka y su leal lanza— en un duelo de aurigas.

Todo aquello fue más que suficiente para conseguir que Nyx me odiara.

Pero luego di un paso más.

Cuando César me quiso conceder la espada ceremonial de la libertad por mi actuación, le pedí que en lugar de a mí le otorgara la libertad a ella. Al hacerlo, privé a Nyx, a todos los efectos, de volver a tomar armas como gladiadora en la arena. Era lo peor que podría haberle hecho, en su opinión. Que yo hubiera tomado esa decisión para su propio bien era algo que jamás había podido decirle. A fin de cuentas, ella tampoco me habría escuchado.

No la volví a ver desde ese día.

Lo cual probablemente era una de las razones por las que yo todavía conservaba todas las extremidades en perfecto estado y funcionamiento. Nyx dejó atrás una panda de amigotas, pero, sin la malévola determinación de su cabecilla, eran poco más molestas que los tábanos. En el

comedor o en los baños, por así decirlo. En la arena todas éramos capaces —si no teníamos cuidado, y a veces aunque lo tuviéramos— de infligirnos un gran daño. Sin embargo, aquello era, por supuesto, más bien el objetivo. Al menos para nuestros espectadores y patronos.

Hacía mucho tiempo que me di cuenta de que la civilización romana era una ligera fachada. El espectáculo de nuestra «batalla naval» con la emoción del desafío de capturar la bandera era un entretenimiento para los invitados de la fiesta de Cleopatra, sin duda, y nosotras dábamos un buen espectáculo. Sin embargo, era la excitación por el peligro real lo que aceleraba los corazones romanos. La idea de que nosotras estábamos dispuestas —y éramos capaces— de herir y matar por la diversión de la muchedumbre. Aunque estuvieran cubiertos de joyas y mantos de seda, y bebieran vino y comieran ostras, eso era lo que los hombres y las mujeres de aquella barcaza dorada eran realmente: una turba sedienta de sangre.

«Siendo así —pensé—, más vale volver a la pelea y dejar de malgastar el tiempo rescatando pinches de cocina en lugar de satisfacer esa sed».

Me erguí y vi a Leander todavía tumbado en la cubierta, medio incorporado sobre un codo, sonriéndome abiertamente.

—Gracias, *domina* —me dijo, enseñando todos los dientes en una sonrisa—. Gracias por mi vida.

Puse los ojos en blanco y solté un gruñido al levantarme. A diferencia de los otros chicos de la cocina, Leander era más que solo un esclavo. Era un astuto encantador, que siempre intentaba ligar con una gladiadora u otra, lo que le había metido en problemas —y le había costado diez latigazos— cuando una noche Nyx sacó partido de los flirteos del chico para escapar de la residencia del ludo en la ciudad de Roma. Todo para servir al intento de acabar con mi carrera de gladiadora, y quizás incluso con mi vida. Sin embargo, Nyx había fracasado y yo no guardaba ningún rencor hacia Leander.

Solo una irritación creciente en ese momento, porque el chico estaba todo el rato en medio.

El barco escoró en un giro cerrado justo cuando se ponía en pie, perdió el equilibrio y se cayó encima de mí —lo que casi me mandó de nuevo por encima de la regala.

—¡Siéntate! —ladré, cogiéndolo por los hombros y metiéndolo con firmeza en un enmarañado de cuerdas—. Nos estamos preparando para otro ataque...

—No tengo miedo. —Su sonrisa jamás vacilaba.

Durante un instante contemplé la posibilidad de darle un repaso.

—Quédate aquí y quédate escondido —espeté—. O conseguirás que maten a alguien; a mí, probablemente.

—¡Fallon! —gritó Ajani desde proa—. ¡Deja a ese miserable lavaplatos en paz! Nos volvemos a acercar al otro barco. Rápido.

Me giré y avancé por la cubierta húmeda y resbaladiza. Ajani me dio encuentro a medio camino y anduvo a mi lado. En una situación normal habría llevado su arco en la mano y su carcaj de flechas colgado a la espalda, pero en este caso llevaba una espada corta de madera —como todas nosotras— en una mano y un látigo de estilo egipcio en la otra. Parecía que se había acostumbrado muy bien a esa nueva arma con látigos de cuero anudado. No había ninguna duda de que más de una o dos de las chicas Amazonas abandonarían la batalla con unos cuantos cardenales

enrojecidos en piernas y brazos.

—Esta vez intentaremos acercarnos lo suficiente para intentar un abordaje en condiciones — me informó Ajani.

Muy por encima de nosotras, Tanis anunciaba a voces todos los movimientos del otro barco y la posición de sus luchadoras. En ese momento llevábamos ventaja... hasta que una de las chicas amazonas decidió ponerle fin y lanzó una daga a nuestra vigía. Vi la hoja girando por los aires y solté un grito de enojo. El sol destellando contra la hoja significaba que era real —no de madera— y, por tanto, expresamente contra las reglas del combate.

Por suerte, Tanis la vio venir.

Por desgracia, se apartó de en medio como si no estuviera encaramada a casi diez metros de la cubierta. Escuché su grito mientras caía de espaldas hacia el vacío.

—¡Tanis! —bramé. Ella chilló de nuevo cuando una de las cuerdas del aparejo se le enmarañó en una pierna, le apretó el tobillo en un enredo y le dio una brusca sacudida a unos tres metros de la cubierta. La chica se quedó colgando del revés como un pedazo de carne en una carnicería, aullando de dolor.

Un rugido de emoción emergió de la barcaza de la reina. Nuestro barco se había puesto al lado de la embarcación amazona y ya habían dispuesto las planchas de madera para el abordaje.

—Ajani, ¡ve! —ladré—. Ayuda a Elka y a las demás, yo rescataré a Tanis.

—¿Rescatarla? ¿Cómo? ¡Está demasiado arriba!

—Cortaré la cuerda para bajarla —expliqué—. Antes de que la cuerda le corte el pie a ella. ¡Ve!

Corrí de nuevo hacia el único mástil del barco, que se alzaba en el centro de la cubierta. El cuchillo arrojadizo yacía a unos pocos pasos y lo recogí. La hoja estaba afilada, y gruñí al pensar en quien fuera que la había lanzado. Sin embargo, al menos podría usarla para mi propio bien; las otras únicas armas que llevaba eran de madera. Me metí el cuchillo en el cinto, alargué la mano para asir la escalerilla de cuerdas que llevaba hasta el penol y empecé a subir.

Justo debajo del penol, en el sotavento de la vela que ondeaba, me detuve para recuperar el resuello y miré hacia abajo para ver que esta vez nuestro intento de abordaje había sido un éxito. La cubierta del barco amazona estaba llena, hombro a hombro, de parejas de contendientes. Las dos embarcaciones estaban unidas la una a la otra con ganchos, e incluso el grupo de galeotes que remaba en el barco por nosotras habían abandonado sus puestos y se habían unido a las gladiadoras para atacar alegremente a sus contendientes como parte de toda la ridícula pantomima.

La cubierta del barco aquilea estaba desierta.

A excepción de Leander, que tenía un hacha y estaba atareado embistiendo el mástil del barco como si fuera un poderoso roble de los bosques de mi hogar, de los que usábamos para alimentar el gran fuego.

—Por Hades, ¿se puede saber qué haces, lunático? —grité desde el lugar del mismo mástil donde estaba encaramada.

Una pregunta tonta. Lo que estaba haciendo era evidente. Pero durante un instante no podía creer lo que veían mis ojos. Aunque fuera un esclavo de la cocina, había visto a Leander día tras

día en el pequeño patio que había al lado de los establos cortando leña para que los cocineros pudieran alimentar al pequeño ejército de gladiadoras que vivía en el ludo. Sus brazos tostados por el sol estaban tensos por los largos músculos y se le daba muy bien talar.

Sencillamente, no entendía por qué estaba cortando nuestro mástil.

El palo se sacudía con cada mordisco de la hoja y la cubierta se estaba llenando de trozos y astillas de madera. Yo sabía que todos los barcos tenían hachas en sus cubiertas para usar en caso de que el mástil se estropeará en una tormenta y se tuviera que cortar —igual que sabía cómo Leander se había acercado a eso—, pero sin duda aquel no era el caso.

Otro rugido emergió de la barcaza de Cleopatra y me dio la respuesta. Un grupo de invitados estaba de pie en la regala, urgiendo como locos a Leander para que siguiera atestando golpes con el hacha y agitando frenéticamente bolsas de apuestas. Alguien, sospeché, había sobornado a Leander para equilibrar las posibilidades a favor del bando amazona.

Yo apenas podía creer que él hubiera pensado que unas pocas monedas merecían el infierno que pensaba desatar sobre él cuando pudiera ponerle las manos encima. En ese momento, sin embargo, yo no podía hacer más que esperar que el mástil aguantara los embates de Leander lo bastante para que yo tuviera tiempo de rescatar a Tanis.

Me coloqué con cuidado por encima del penol, disponiendo los pies en los estribos con tanto cuidado como me permitía la prisa. Pude ver que, debajo de mí, el rostro de Tanis se había vuelto casi púrpura. Igual que su pie izquierdo, dado que la soga se hundía en su piel. Después de lo que pareció una eternidad, alcancé la cuerda donde la soga se había enredado con el aparejo y, desesperada, empecé a cortar sus fibras. El sudor me corría a mares por el rostro y la espalda, hacia los ojos, y por entre los dedos, lo que hacía que el cuchillo se me resbalara.

El mástil empezaba a balancearse peligrosamente.

Me detuve un instante para sacar mis espadas de madera de sus vainas y las arrojé hacia la cabeza de Leander. La segunda espada rebotó contra su oreja y él soltó un alarido y dejó caer el hacha, que salió disparada por la cubierta. El pinche corrió hacia ella al tiempo que me insultaba. Otro coro de gritos —la mitad vítores y la mitad abucheos— resonó desde la turba de la barcaza mientras yo volvía a trabajar febrilmente con la cuerda.

—¡Tanis! —grité—. ¡Prepárate!

Se retorció y contorsionó, y clavó en mí unos ojos colmados de terror. La distancia de la caída no la mataría. A no ser que cayera de cabeza o se rompiera el cuello... Aparté esos pensamientos de mi mente: si no la soltaba —y pronto—, el mástil a punto de caer probablemente la mataría de todos modos.

La última hebra de cuerda finalmente se rompió y observé cómo la chica se cubría la cabeza con los brazos y se inclinaba hacia delante mientras caía. Hice una mueca al verla aterrizar de un golpe sordo contra la cubierta, pero un momento más tarde rodó y se incorporó sobre manos y rodillas. Estaba bien.

Ahora era yo la que estaba en apuros. Muy por debajo, pude ver que algunas luchadoras habían vuelto a nuestro barco, pero en el fragor de la batalla todas mis amigas estaban más que ocupadísimas para reparar en mí aprieto.

Todo el aparejo se estaba volviendo peligrosamente inestable con cada arremetida. Leander

era de lo más diligente, pero por suerte el hacha que blandía era un trasto viejo, y justo eso me dio la oportunidad de hacer algo increíblemente estúpido. La vela que tenía debajo se rompió y el penol se inclinó entre tambaleos. No tenía tiempo de volver a la escalera y bajarme, y si me caía cuando el mástil se viniera abajo lo más probable era que chocara contra la cubierta y me rompiera todos los huesos. Mis opciones eran muy limitadas.

El penol se tambaleó y un extremo salió despedido hacia el agua...

Lo más rápido que pude, me desabroché un lateral de mi coraza y la lancé a cubierta, de nuevo esquivando por poco a Leander y haciéndolo retroceder. Luego me levanté con dificultad y me puse en cuclillas sobre el penol. La viga de madera era recta y casi tan ancha como la barra plana que une los caballos en un carro, quizás algo más larga...

El acto singular que me había hecho famosa en la arena era una maniobra llamada el Vuelo de Morrigan; consistía en correr toda la distancia de la barra plana del yugo entre dos corceles al galope, mantener el equilibrio y retroceder...

Podía hacerlo.

El aparejo dio una sacudida y empezó a caer en picado hacia el otro barco.

Oí los gritos de pánico de las chicas que había debajo en cuanto lo vieron caer.

Y yo corrí.

Como una acróbata, los brazos estirados, los pies agarrándose a la madera a cada paso fugaz, aguanté la respiración y recorrí el palo entero y —cuando el mástil finalmente cedió— salté hacia el agua en un salto de ángel, igual como antaño lo hacía en casa, desde los acantilados que había sobre el río Dwr. En un momento, el mundo pasó de ser un rayo de luz brillante a una oscuridad helada en cuanto toqué el agua al zambullirme.

Cuando volví a emerger, escupiendo, vi la regala llena de combatientes aquileas, todas con la mirada clavada en mí, absolutamente asombradas.

—En nombre de Hel, ¿qué demonios intentaba demostrar aquel lunático? —gritó Elka por encima de los rugidos de los espectadores, gesticulando ante el caos causado por el mástil caído.

—¡Da igual! —le chillé—. ¡Coged su bandera!

Podía ver cómo la bandera de las amazonas había quedado olvidada en la proa del otro barco cuando las gladiadoras habían huido.

—¡La bandera!

Quizás fui algo resuelta en mi deseo de ganar, pero de pronto me sentía terriblemente motivada para desbaratar las ambiciones de quien fuera que había dado a Leander una bolsa de monedas. Elka me miró como si me hubiera vuelto loca, pero giró sobre sus talones y echó a correr hacia la bandera antes de que el equipo amazona pudiera darse cuenta de lo que hacía. Salvó el espacio entre embarcaciones y gritó a Meriel mientras recogía la bandera del poste y la arrojaba como si fuera su lanza, en dirección a nuestro bando, para que Meriel pudiera atraparla. Gritos de enojo y chillidos de satisfacción emergieron de la barcaza de la reina de Egipto mientras yo subía por la escalera de cuerdas que me habían lanzado y me dirigía tambaleando hacia donde todavía yacía Tanis, echada en la cubierta.

—Vamos —le dije, y alargué una mano para ayudarla a ponerse en pie.

Cojeó agarrada a mí hacia la proa de nuestro barco y, justo delante del séquito de élite que

había al otro lado del lago, juntas levantamos los puños en señal de triunfo. Una cacofonía de vítores corrió como un relámpago por el agua y me sentí algo ridícula, aunque mi pecho subía y bajaba con esfuerzo y sentía cómo no podía parar de reír como una loca. Habíamos estado actuando, no luchando. Aquello no era lo que significaba ser una guerrera. No era por lo que yo había cambiado mi libertad.

Y sin embargo era... algo. Algo casi un poco extraordinario.

Era divertido.

## II

La alegría era contagiosa. Bien, entre el equipo aquilea, a fin de cuentas. Las chicas amazonas estaban uniformemente tristes. Parecía que se tomaban las cosas muy en serio en su ludo. Por supuesto, cuando pensé en quién era el propietario del Ludo Amazona, aquello no me sorprendió en absoluto. La derrota, no me cabía ninguna duda, conllevaba consecuencias en la academia de Poncio Aquila.

Podría haber sentido una pizca de empatía hacia ellas pero, para ser sincera, en aquel momento no me podría haber dado más igual. Mis amigas y yo habíamos salido victoriosas, y aquello era todo cuanto importaba.

En la barcaza de la reina, los espectadores lanzaron manojos de flores al agua. De soslayo, pude ver que Elka sonreía a Ajani, que estaba detrás de mí. Entonces, de pronto —y por tercera vez aquella tarde—, me descubrí cayendo por la borda del barco hacia el agua que teníamos debajo.

Salí a la superficie a tiempo para ver a Damya, nuestra fiera guerrera fenicia, levantar a Elka y lanzarla a ella por la borda. Luego a Meriel. Luego Damya saltó ella misma por la borda, gorjeando un jubiloso grito de guerra y provocando una gran salpicadura. Otras la siguieron hasta que las aguas del Lago Sabatino se empezaron a parecer a los mosaicos de las paredes del baño del ludo, repleto de ninfas traviesas.

—¡Victrix! —Un joven patricio me llamó desde la cubierta de la barcaza, inclinado hacia delante por encima del agua con un cáliz enjovado lleno a rebosar de vino—. ¡Una copa por tu valentía!

Nadé hasta su brazo estirado e hice ademán de tomar la copa, pero él la apartó bruscamente de mi alcance y se me acercó todavía más, con una sonrisita lasciva en el rostro.

—¡Ah! —exclamó lamiéndose los labios—. ¡Después de un beso por tu belleza!

—La belleza no gana batallas, señor. —Le sonreí con dulzura—. Pero las piernas fuertes y un corazón osado pueden acabar con un mástil tambaleante.

Con eso, le arrebaté la copa de las manos y me bebí el vino de un trago.

Su sonrisa se le congeló en la cara y sus amigos soltaron una ebria risotada.

Volví a nadar hacia el resto de las chicas y la expresión del rostro de Elka me dijo que había escuchado la conversación. Mi verdadera proeza con el mástil tambaleante, al parecer, la encontró

mucho menos divertida.

—¿Sabes? Te podrías haber matado cuando cayó aquella vela —aseguró.

Me aparté el pelo mojado del rostro y asentí.

—Lo sé —respondí—. Pero probablemente Tanis también, si no la hubiera ayudado.

Ajani nadó hasta nosotras.

—Ese es el tipo de ayuda que te echa de la arena, bocabajo y colgando de unos ganchos —dijo—. Elka tiene razón. Podrías haber dejado que se las arreglara sola.

—Podría. Pero decidí no hacerlo. —Me eché a reír, me negaba a dejar que su regañina acabara con mi buen humor—. Y de eso se trata todo, ¿no?

—¿Qué? —preguntó Elka.

—¡El derecho a decidir por nosotras mismas! —Le salpiqué el rostro con agua—. Tan pronto como Aquilea reciba las escrituras del ludo por parte de César, ¡seremos libres!

—Tú no, raposita —me recordó Elka—. Ese fue el estúpido trato que hiciste.

—Cállate, no te pases —la reprendió Ajani—. Yo, por una vez, agradezco su estupidez.

—¿Lo ves? —repuse—. Y al menos soy más libre de lo que era. Más libre de lo que son ellas. —Hice un ademán hacia la cubierta del barco amazona, donde nuestras adversarias todavía estaban de pie, con la cabeza gacha y aire abatido—. Y pretendo sacar el máximo partido de ello.

Nadamos lánguidamente por delante de la barcaza un rato más. Los invitados a la fiesta nos dieron vino y dulces, y Sorcha consintió la fiesta más tiempo de lo que yo hubiera esperado. Finalmente, con un único toque de la caracola, enfilamos hacia la orilla del ludo. Sin duda la naumaquia no había ido como se esperaba, pero sí había conseguido satisfacer su objetivo de entretener a la barcaza llena de mariposas de la alta sociedad.

El sol empezó a ponerse a medida que nos acercábamos a la orilla donde las puertas del ludo estaban abiertas. A las chicas del Ludo Amazona ya las habían llevado en rebaño, como si fueran cabras, a través de las puertas y fuera de la vista de sus guardias —un contingente siempre presente de brutos adustos y ceñudos que llevaban armaduras y cascos negros. Durante unos días, las chicas amazonas tenían que quedarse acuarteladas en un ala de barracones recientemente construidos en calidad de «invitadas», y habría una serie de competiciones «amistosas y académicas». La perspectiva había desatado a partes iguales el lamento y la alegría de las chicas aquileas. Mientras tanto, se nos permitió el inaudito gusto de una comida al aire libre, en la playa, esa misma noche: comida, bebida y también un poco de libertad extra fueron una pequeña cata de lo que estaba por venir en el ludo.

Mientras disponíamos las alfombras y los cojines en la arena eché la vista atrás, hacia el agua, para ver la silueta negra como una sombra de Thalestris —la *Primus Pilus* de la academia, la mano derecha de la lanista— a lo lejos. Aguantaba el equilibrio en un esquife de juncos con un arpón de pescar apostado por encima de su cabeza, lista para arremeter. En los días previos a la naumaquia de Cleopatra, la maestra de lucha, que alardeaba de ser una amazona real, no había mantenido en secreto su desdén hacia el espectáculo, algo que ella veía como una frivolidad inútil y un insultante derroche de talentos de gladiadora cuidadosamente afilados y nutridos bajo su mando.

Sorcha sabía demasiado bien que Thalestris no sería capaz de mantener su afilado pico

cerrado ante la presencia de una panda de elitistas repantingados, y por eso le había permitido pasarse el día pescando. Tan lejos del espectáculo como pudiera remar. Observé cómo su arpón perforó la superficie del agua con la agilidad de una serpiente al ataque.

Thalestris no era alguien cuyo enojo yo quisiera desatar jamás.

La noche cayó y nos sentamos en la playa, alejando el frío del lago con la calidez de las llamas de las hogueras crepitantes y las tazas de cerveza de los barriles rescatados del desastre del esqui de aprovisionamiento de Leander, y traídos a la orilla como el botín que nos tocaba por derecho después de nuestra «conquista». Era mejor que nada de lo que ninguna de nosotras hubiera probado nunca —mejor incluso que la bebida oscura y espumosa que bebíamos en el regio salón de festines de mi padre, en casa, en Durovernum—, y la saboreamos con gusto.

Sin embargo, Leander no recibió la misma efusión de vítores.

—¡Es un ofrecimiento de paz! —graznó, escondiéndose detrás del cesto de mimbre que llevaba, como si fuera el escudo de un legionario. Probablemente tendría que haber anunciado su presencia antes de emerger de las sombras y llegar al círculo de la luz de la hoguera. Durante un instante casi sentí pena por el pobre muchacho.

—¿Un ofrecimiento de paz? —Ajani ronroneó hacia él como un gato ante un ratón arrinconado. La chica consideraba a Tanis su protegida y no estaba para nada impresionada de que hubiera estado en peligro a causa de la proeza de Leander.

—Ajani, linda... No, no... Preciosa, preciosa Ajani —tartamudeó Leander, sus ojos oscuros enormes y líquidos, como un cachorro implorando migajas—. ¡Solo intentaba ayudarlos a ganar la gloria!

Me eché a reír y casi me ahogué con el trago de cerveza.

—¿Ayudar?

El chico me miró y su actitud volvió a ser el comportamiento engreído al que estaba acostumbrada a recibir de él.

—¡Sí, *domina*! —dijo con una risita—. Sin mí no hubiera tenido la oportunidad de semejante salto espectacular, ¡semejante heroísmo! Me hizo feliz poder ayudar.

Su presunción me maravilló.

Meriel puso los ojos en blanco.

—Eres un idiota —afirmó.

—Un idiota beneficioso —asintió él, y volvió a ofrecer el cesto, levantando la tapa. En el interior había seis truchas de lago rollizas, brillantes y destripadas, listas para poner al fuego. Además, también llevaba unas cuantas hogazas de pan y una tabla de quesos envuelta en un trapo.

Se me hizo la boca agua ante semejante imagen.

Elka lo miro de hito en hito.

—¿De dónde has sacado todo esto? —quiso saber—. Y ¿en cuántos problemas nos vas a meter por haberlo traído hasta aquí?

—¡Ningún problema en absoluto! —La sonrisa de Leander se ensanchó—. Las truchas son de Thalestris... El ruido de la naumaquia empujó a los peces a su trozo del lago y ha pescado más de

las que podemos usar en la cocina. Me ofrecí a apartarlas de las manos del cocinero.

Damya bufó.

—Las has robado.

—¡No! El cocinero me las ha dado —protestó. Luego se encogió de hombros y esbozó una sonrisa taimada—. Aunque el pan y el queso...

Ajani le dio una colleja, le revolvió el pelo y dejó correr el asunto. Era complicado enfadarse con Leander demasiado tiempo. Meriel le arrebató el cesto y se puso manos a la obra, colocando los pescados en el fuego para que se cocinaran. La noche se había instalado a nuestro alrededor, las estrellas centellaban y las olas susurraban en la oscuridad, y el ambiente era tan ligero como la brisa que llegaba del lago. Casi me sentí como si estuviera en casa, de nuevo en Durovernum. Con mis amigas...

—¡Eh, Fallon! —Elka me saludó desde el otro lado del montón de comida que había en su plato—. Vamos, come. Tienes que recuperar fuerzas si tienes intención de seguir saltando como una acróbata minoica.

Damya soltó una risita.

—Quizás tendríamos que buscarle un toro para que pudiera saltar en la arena.

—¡Al menos hasta que ese decurión suyo vuelva de las guerras! —exclamó Lydia.

—Me quedaré con los carros de caballos, gracias —repuse, ignorando su broma lasciva.

Tomé el plato que me ofrecía Antonia, en diestro equilibrio sobre la funda de bronce y cuero que se había encastado en el muñón de su antebrazo izquierdo. Nos tomó cierto tiempo a todas acostumbrarnos al hecho de que había perdido una mano —cercenada a la altura de la muñeca en un accidente en el patio de entrenamiento—, pero Antonia había decidido desde un buen comienzo que eso no iba a dejarla impedida. Al resto de nosotras nos tomó algo más de tiempo aceptarlo. De hecho, desde el accidente, una vez estuvo claro que Antonia ya no estaba en peligro de muerte debido a su herida, pareció crecer más allá de los límites de lo que antaño fue una timidez pronunciada.

Con Neferet —la chica que no solo había sido la responsable de la amputación, sino también la que se había dedicado completa y fieramente a cuidarla hasta que se hubo recuperado—, Antonia había hecho un progreso impresionante. Vi que Neferet le sonreía y sospeché que su corazón quizás había sido tan indispensable como sus manos sanadoras durante la convalecencia de Antonia.

—¿Dónde aprendió Thalestris a pescar así? —se preguntó Meriel con la boca llena de trucha.

—Creció en una isla —respondió Leander.

—¿Una isla?

El chico asintió, sirviendo más cerveza.

—Ajá... Eso es lo que oí que decía ella.

Fruncí el ceño. Después de más de un año viviendo cerca del mismo corazón de la República romana, todavía me resultaba algo confuso el concepto de la geografía. Sin embargo, había visto mapas, me habían enseñado a leerlos y tenía un conocimiento básico de quién venía de dónde. Y conocía lo bastante para saber que Scythia —el lugar de donde provenían las llamadas amazonas — no era una isla.

Cuando lo dije, Leander se encogió de hombros pero reafirmó su historia.

—Tiene razón —gruñó Gratia en su copa de vino mientras tomaba un trago para hacer bajar el bocado de pescado—. Thalestris es tan amazona como mi culo.

Nos giramos todas como si fuéramos una para mirarla fijamente en la oscuridad. Ella levantó la cabeza y nos devolvió la mirada. Algo soñolienta.

—Amazona —repitió Gratia, lo bastante alto como para que el resto de nosotras pudiéramos oírla por encima del crepitar de los leños, y volvió a decir la palabra con una risita—. Mi culo.

Elka bufó divertida.

—Lo será —coincidió—. Al servicio de las letrinas para toda la eternidad, si te escucha hablar así.

—¿Qué? —preguntó Lydia, que claramente no entendía nada—. Sí lo es. Una amazona, quiero decir. Igual que su hermana, ¿no?

Aquello sí que lo supe desde el principio. La primera lucha de mi hermana —la primera contienda entre gladiadoras— fue entre ella y una guerrera llamada Orithyia. La hermana de Thalestris. Sorcha había triunfado en la arena. Y Orithyia... había muerto. Yo me maravillaba en secreto ante cómo Thalestris había sido capaz de superar la pérdida y servir como la *Primus Pilus* de Sorcha, pero supuse que el código de la hermandad de las amazonas trascendía los vínculos de sangre. Y aquella primera lucha se inmortalizó en los nombres de las dos academias de gladiadoras originales: Aquilea y Amazona.

Sin embargo, Gratia no parecía pensar que la reputación estuviera justificada, y su desprecio era casi tan candente como las llamas de la hoguera. Thalestris siempre la reprendía por su técnica y Gratia, sin duda, estaba hasta la coronilla de eso... igual que de la trucha que Thalestris había pescado esa tarde.

—Lo son en sus sueños bañados de hidromiel —se mofó—. En el lugar de donde vengo sabemos estas cosas. Las amazonas, si es que jamás existieron de verdad, murieron hace cientos de años. Ahora no son más que un mito.

—Bueno, a mí me parece bastante amazona —observó Lydia, sirviéndose más vino—. ¿Por qué estamos discutiendo todo esto otra vez?

—Porque estamos un poco borrachas —sugirió Damya con filosofía.

Gratia asintió.

—Y porque Thalestris es una zorra.

—Y —añadí yo— porque todas desearíamos luchar igual que ella.

Los gruñidos y refunfuños murieron en un silencio repentino. Elka levantó su cáliz.

—Ave, Thalestris —dijo con una sonrisa burlona.

—Ave, Thalestris —repitió Meriel, acentuando el sentimiento con un resoplido antes de acabar con el contenido de su copa.

Y luego, una por una, todas las otras chicas levantaron las copas para brindar.

—¡Ave!

—Ave a aquella Gorgona asquerosa, brillante, retorcida, de mirada helada y culo prieto —coincidió Damya con entusiasmo.

—Quien, si los dioses son buenos —murmuró Ajani—, estará profundamente dormida en su

cama y no habrá oído nada de todo esto.

—¡Para muchos dichosos años más trabajando por nuestra propia voluntad bajo su látigo despiadado! —exclamó Elka dándome un codazo—. ¿Verdad, raposita?

Todas nos echamos a reír. Por la broma, pero también por la perspectiva cautivadora de convertirnos pronto —muy pronto— en las dueñas de nuestros propios destinos. Libres de irnos del ludo si así lo decidíamos, pero de quedarnos para luchar si queríamos hacerlo. Aparentemente, ni siquiera se notaría el cambio. Pero en el interior... mi alma cantii estallaba de felicidad ante la mismísima idea de...

—Qué... ¿Qué pasa si no queremos quedarnos?

Las risas murieron en un silencio mudo. Una por una, todas nos giramos para mirar en dirección a la voz que había planteado la pregunta. Tanis. La arquera protegida de Ajani. La chica que yo había descolgado del aparejo del barco esa misma tarde. Incluso bajo la centellante luz del fuego, pude ver los rabiosos cardenales rojizos que la cuerda había dejado en su tobillo.

—Quiero decir... —Tanis se encogió de hombros, nos miró a la cara una por una y no dijo nada más.

—¿Qué quieres decir? —Meriel se echó hacia delante, inclinando la cabeza como si intentara entender unas palabras pronunciadas en una lengua desconocida—. ¿Irte de aquí? ¿Y adónde de este gran mundo te irías tú? Ni siquiera sabes de dónde vienes, Tanis. Tu tribu era una panda de nómadas. Al menos aquí tienes un hogar.

—Eso es lo que tú piensas.

—¿Y tú no? Es la última vez que te cubro las espaldas en una batalla.

—No quería decir eso, Meriel, no seas tan estúpida.

—Entonces, ¿qué es exactamente lo que querías decir, *gladiolus*? —se mofó Meriel, llamando a Tanis por el mismo mote repugnante que todas habíamos sufrido al llegar al ludo. *Gladiolus*: un juego de palabras con las flores que crecían altas en forma de lanza por los jardines del ludo, bonitas pero fáciles de cortar. Así era como Nyx, la cabecilla de la academia cuando llegué, recordaba a las nuevas incorporaciones su humilde estatus en los rangos de las estudiantes: no guerreras, sino flores.

—¡Eh! —espeté, silenciándolas a ambas antes de que las cosas se salieran de madre—. Las dos, basta ya. Hace tiempo que Nyx se fue y aquí ya no hacemos estos juegucitos. Somos iguales, como dijo Aquilea...

—¿Aquilea? —se mofó Tanis—. ¿Quieres decir tu hermana Sorcha? Estoy segura de que a ti te ve exactamente igual que al resto de nosotras.

La miré con fijeza, sorprendida. Cuando las chicas del ludo descubrieron, tras los Triunfos, que Lady Aquilea era en realidad mi hermana, me preocupé por las reacciones que podrían tener. Si pensarían que me habían dado algún tipo de favoritismo por ello. Sin embargo, no pasó nada de eso y Sorcha continuó haciéndome trabajar tan duro como al resto de las chicas —y a veces incluso más—, y todas lo aceptaron sin ningún tipo de resentimiento. Al menos, eso pensaba...

—Tanis, te estaba defendiendo...

—¡No necesito que me defiendas, Fallon! Puedo defenderme sola.

—No mucho —contradijo Elka encogiéndose de hombros—. Quiero decir... se te da bien el

arco, pero eres un desastre en el cuerpo a cuerpo.

Ajani hizo una mueca.

—Elka...

—Entonces vete, ¿por qué no te vas? —Gratia se echó hacia delante, haciendo un gesto con la mandíbula.

—Basta ya. —Me puse de pie, toda la alegría con alma cantii se desvanecía en un enojo igual de potente—. ¡Basta ya! Nadie se va a ir a ninguna parte. Ni siquiera tú, Tanis.

—No eres mi dueña, Fallon. —Se puso en pie trastabillando a causa del tobillo lastimado—. Ni tampoco tu hermana. De todo esto se trata, ¿no? ¿Es que ninguna de vosotras lo entiende? Ya no tenemos dueño. Volvemos a estar solas. Igual que lo estábamos antes de llegar aquí. Solo que nada ha cambiado en la jaula, ¡únicamente los barrotes! —se giró y cojeó por la playa hasta desaparecer en la oscuridad.

—Que se vaya —dijo Meriel poniendo los ojos en blanco—. ¿Dónde tengo el cáliz?

Yo me quedé donde estaba, todavía de pie, e intercambié una mirada con Elka. Después de un instante, se encogió de hombros e hizo un ademán con la mano en dirección hacia donde se había ido Tanis. Suspiré y me fui detrás de ella. No se había alejado mucho, solo lo suficiente para seguir oyendo las risas de las demás flotando en la brisa nocturna.

Me senté a su lado en la roca plana que miraba hacia el espejo cristalino negro que era el Lago Sabatino. Una luna creciente joven se veía baja en el cielo sin nubes e iluminado por las estrellas, como si quisiera echar un vistazo a su luminoso perfil reflejado en el agua. La noche era lo bastante clara para poder ver las huellas de las lágrimas en las mejillas de Tanis. Me senté a su lado y me quedé en silencio largo rato.

—¿De verdad que eres de una tribu de viajeros? —le pregunté en voz baja cuando vi claro que ella no pensaba empezar la conversación.

—Nómadas del desierto. —Se sorbió la nariz sin mirarme—. ¿Y a ti qué más te da?

—Nada. —Encogí los hombros—. Es solo que no lo sabía. ¿Cómo los encontrarás si nos dejas?

Pude ver que aquella perspectiva la aterrorizaba. Justo igual que la perspectiva de quedarse. Sin embargo, si había algo que todas habíamos aprendido en nuestro tiempo en el ludo era a no admitir jamás los miedos. No si podíamos evitarlo a toda costa.

—No lo sé —acabó por admitir.

Asentí y no dije nada.

—Debe de ser bonito no tener que preocuparse por algo así —continuó Tanis—. Para ti, quiero decir.

—¿Cómo? —pregunté.

—Puedes volver sin más a tu vida de princesa mimada de Britania una vez recuperes tu libertad —respondió—. Pero entonces seguramente echarías en falta todas esas multitudes chillando tu nombre cada vez que pones los pies en la arena.

—¿Crees que es eso lo que me importa?

—¿Y por qué no? —replicó, y pude ver que lo decía en serio—. El único momento que alguien grita mi nombre en la arena es para decirme que salga de en medio.

—Ajani te tiene en muy alta consideración —observé.

—Solo porque sé usar un arco.

—Que no es poco, Tanis. Se te da muy bien y...

—¡Soy una cobarde, Fallon! —escupió con vehemencia—. ¿No lo entiendes? ¡Se me da muy bien luchar desde lejos porque me aterra tener que hacerlo de cerca! Todas vosotras... tú y Damya y Meriel e incluso Ajani, cuando se le han acabado todas las flechas... ¡parece que a todas os dé absolutamente igual cargar de cabeza contra un muro de espadas! ¿Cómo? ¿Cómo lo hacéis? Todos los músculos de mi cuerpo intentan correr en dirección contraria.

—Pero no lo haces —repliqué—. No lo has hecho. A ver, te he visto ponerte en pie en la arena y luchar. Tú...

—Me defendiendo —se mofó—. Y mal. Elka tiene razón. Y siempre lo he hecho porque huir hubiera significado latigazos en cuanto me hubieran atrapado. Latigazos si tenía suerte.

Me miró con el ceño fruncido, como si me desafiara a contradecirla. Pero no podía. Por primera vez pensé en lo que había sido para las chicas del ludo que no habían crecido sin querer hacer nada que no fuera blandir una espada. Jamás lo había visto en Tanis, pero ahora que lo había dicho intenté ponerme en su lugar. Cuando no era más que una esclava —cuando no tenía elección aparte de luchar como gladiadora para el ludo—, Tanis había luchado al lado del resto de nosotras, día tras día. Luchar o sufrir el castigo.

Ahora —a pesar de la broma de Elka de estar por voluntad propia bajo su látigo— la amenaza real del látigo de Thalestris estaba a punto de desaparecer ante el advenimiento del Nova Ludo Aquilea. Y a Tanis le daba miedo que, sin aquel tipo de motivación externa, ya no sería capaz de encontrar ninguna en su interior para luchar. Para ir a la arena e —impulsada únicamente por su propia voluntad— arriesgarse a ser derrotada o a resultar herida. O a morir.

Podía ver como se le movían los músculos de la mandíbula mientras estaba ahí sentada mirándola. Había implicado una gran cantidad de coraje aceptarlo, pero no estaba segura de saber hacérselo ver de ese modo.

En lugar de eso, le pregunté:

—¿Cómo tienes el tobillo?

Ella estiró la pierna y flexionó el pie.

—Me duele, pero se curará. —Se quedó callada un buen rato y pensé que quizás se había acabado la conversación. Sin embargo, luego dijo—: Gracias.

—¿Por qué?

—Por salvarme antes en el barco. —Encogió los hombros—. Y por no intentar decirme que me equivoco. Ambas sabemos que no soy una guerrera, Fallon. Si tengo algún destino, no creo que esté aquí.

—Yo no me precipitaría a sacar conclusiones si fuera tú, Tanis. —Le coloqué una mano en el hombro—. Espera y verás. Quizás descubras que, una vez no tengas que luchar..., tal vez quieras hacerlo. Y puede que hasta lo hagas mejor.

Frunció el ceño, no muy convencida, pero al menos pude persuadirla para que volviera a unirse al resto. Para cuando volvimos al lado del fuego, fue como si la discusión entre las chicas no hubiera tenido lugar. Meriel colocó un cáliz en la mano de Tanis y le hizo espacio en el círculo

de cuerpos. Me senté ahí, en silencio, mirando una por una todas las caras iluminadas por el fuego y pensando en lo mucho que aquel grupo de chicas había acabado por significar para mí en un período de tiempo tan relativamente corto. No quería que ninguna de ellas dejara el ludo. Ni Tanis, ni siquiera Meriel o Lydia. Eran mis hermanas y quería que se quedaran y lucharan conmigo... tanto como yo quería luchar por ellas.

Elka lanzó otro tronco al fuego y las llamas lanzaron nubes de chispas en la noche. La alegría general continuó viva a mi alrededor, realizada por los descarados flirteos de Leander con todas y cada una de nosotras.

—¡Mi corazón os pertenece únicamente a vos, dulce Ajani! —dijo desde el otro lado del fuego, como si fuera un sátiro de mirada lasciva—. Pero también a vos, bella Damya.

—¡Ja! —se rio ella, y pensé que quizás hasta disfrutaba de los progresos del muchacho. Aunque su idea de flirtear era—: Si lo fuera, te lo arrancarí del pecho y me lo guardaría en un tarro.

Leander se tragó su próxima respuesta, y Damya echó la cabeza para atrás y soltó una risotada, dándole un golpe tan fuerte en la espalda que casi lo echó al fuego. Intenté reírme ante la broma, pero mis propios pensamientos empezaban a escapárseme. Mi propio corazón, recordé de pronto, hacía meses que se había ido. Robado y llevado a la batalla en tierras lejanas. Por Cayo Antonio Varro, decurión de las legiones de César.

Suspiré.

«Sin duda —pensé—, he bebido demasiada cerveza de la que nos ha traído el chico de la cocina». Aun así, la calidez del fuego que sentía en el rostro me hizo cerrar los ojos e imaginarme la respiración de Cay sobre mi piel, inclinándose hacia mí para besarme.

—Si suspiras un poco más fuerte alguien le irá con el chisme a Heron de que tienes un caso de mal de humores —murmuró la voz de Elka en mi oído cuando se sentó a mi lado y me ofreció otro cáliz de cerveza.

Abrí un ojo y la miré de soslayo.

—Yo sé que solamente es mal de amores —aseguró—. Pero él te hará ir a la enfermería para hacerte una sangría y envolverte con uno de esos cataplasmas apestosos.

Abrí el otro ojo y refunfuñé algo desagradable por lo bajo antes de echar un trago de la bebida. Elka asintió y bebió de su cáliz.

—¿Cuánto hace que no sabes nada de él?

—Semanas —respondí con amargura—. Cuatro semanas menos un día, para ser exactas. Más todas las horas que llevo despierta desde esta mañana.

—Al menos le estás pillando el tranquillo al calendario romano.

—Apenas.

—Y estás aprendiendo a leer sus letras.

—Menos que apenas.

Los cantii no teníamos una lengua escrita. Todas nuestras historias se explicaban en voz alta y se transmitían a través de canciones y poemas de nuestros bardos. No teníamos ninguna necesidad de usar marcas garabateadas en tablas y pergaminos para transmitir nuestros amores y opiniones a otros.

Roma, y los romanos, eran distintos. Y por eso me decidí a aprender sus palabras escritas tan bien como pudiera. Sorcha había puesto un tutor a disposición de cualquiera de las chicas del ludo que quisiera instruirse, aunque pocas lo hicieron. Ajani, con su callada sed de conocimiento, era una. Yo era otra. A decir verdad, tenía un motivo muy específico para hacerlo: un motivo que llevaba armadura y que tenía los ojos de color avellana y unos labios exasperantemente deliciosos, quien, en esos momentos, estaba a un mundo lejos de mí, ahuyentando los enemigos del gran y poderoso César.

Antes de que se fuera, prometí a Cay que intentaría escribir. O más bien que intentaría dictar cartas a Heron, el médico del ludo y seguramente el único hombre a quien confiaría semejantes palabras. Y Cay me prometió, a su vez, que me respondería las cartas tan a menudo como pudiera. Cartas escritas en latín básico —muy básico—. Normalmente las misivas no eran más que dos o tres líneas de tinta negra sobre un recorte de papiro o de papel de vitela. Pero más allá de las palabras y frases que podía reconocer —como sonrisa y te echo de menos, o bien, en función de cómo fuera la campaña de César, lucha y enemigo y sitio—, Cay siempre me mandaba otra cosa. Me mandaba imágenes que hacían que el pecho se me inundara de añoranza.

Porque eran mágicas. Y eran solo para mí.

Como los murales pintados en las paredes del Ludo Aquilea —escenas de la arena capturadas y congeladas en momentos únicos e interminables—, los dibujos a carboncillo que Cay hacía de gente y lugares, pájaros y animales y flores me dejaban sin palabras cada vez que los miraba.

Cada pocas semanas, un rollo de pergamino sellado en el interior de un tubo de cobre llegaba al ludo, entregado por correo junto con el resto de la correspondencia que hubiera para la lanista o para las otras chicas. No había mucha de esta última —la mayoría no teníamos a nadie con quien cartearnos fuera de los muros de la academia—, y por eso siempre me sentía un poco culpable cuando el mensajero cruzaba las puertas y las otras gladiadoras suspiraban o se reían con disimulo o, algunas, miraban con anhelo las cartas que yo recibía. En la privacidad de mi celda, sin embargo, aquella punzada de culpa desaparecía en cuanto rompía el sello.

En el interior había escenas de los paisajes que Cay y las legiones recorrían: colinas ondeantes punteadas con hileras de árboles, barrancos escarpados cruzados por riachuelos, bosques inmensos e interminables llanuras. A veces dibujaba las criaturas que habitaban esos lugares: un rebaño de ciervos pastando, un águila encaramada en las alturas, la desnuda rama de un pino solitario, un batallón sentado en lo más alto del campamento del ejército, alas desplegadas contra el viento y ojos negros centellando brillantes. Y siempre, bajo el dibujo, Cay me escribía el nombre de lo retratado en letras negras y claras para ayudarme a aprender los nombres en su lengua.

*Cervos. Aquilam. Corvo.*

Mi favorito de todos los esbozos que me había mandado, sin embargo, no era un bonito paisaje o un animal. Era el dibujo de su mano. Cuando desenrollé por primera vez el rollo de pergamino, la respiración se me atragantó en el cuello porque la pude reconocer a la perfección. Aquella palma callosa tan familiar yacía abierta y hacia arriba, como si Cay la tendiera para que yo se la agarrara. El rollo descansaba encima del resto, en el baúl que había a los pies del catre de mi celda. Lo había cogido para mirarlo casi cada día desde que me lo había mandado. Sin embargo,

lo que le dije a Elka era cierto: no había recibido nada de él en casi un mes. Y ya empezaba a preocuparme por si algo iba mal.

El espíritu de la cerveza que había bebido esa noche empezó a obrar su sensiblera magia en mí, y pude sentir que se avecinaba un buen berrinche. Antes de que tuviera la oportunidad de arraigarse, sin embargo, me di cuenta de que los guardias del ludo se nos acercaban tranquilamente. Me puse en pie y me estiré, y anuncié de forma un tanto innecesaria que me retiraba por esa noche, justo cuando volvíamos a estar rodeadas y nos llevaban de nuevo hacia las puertas del ludo. Fue un recordatorio muy poco amable de que, hasta que aquellos papeles de César llegaran, no éramos libres.

Aun así, cuando pasamos por delante de los barracones recién construidos donde se alojaban las chicas amazonas esa noche y vi a los brutos con atuendos negros que guardaban sus celdas, me sentí infinitamente afortunada porque, más de un año atrás, en el Foro de Roma, un cierto esclavista decidiera ser lo bastante sagaz para venderme a mi propia hermana. Tuve un escalofrío al pensar lo que me habría pasado si la oferta de Poncio Aquila hubiera ganado ese día.

### III

A la mañana siguiente me desperté con la cabeza llena de lana de oveja y clavos de bota. Mis sueños habían estado colmados de figuras oscuras que se ahogaban vestidas con capas negras y que serpenteaban bajo las olas como estatuas en la orilla, esperando para arrastrarme con ellas, lejos del sol y de mis hermanas, lejos del ludo para siempre...

Culpé a los barriles de cerveza de cierto esclavo de la cocina y hundí la cara en el agua fresca de mi jofaina hasta que pude abrir los ojos sin hacer una mueca.

—¿Todavía fantaseas con tu decurión? —preguntó Elka mirándome de hito en hito mientras estirábamos los músculos al abrigo del cobertizo de armas antes del entrenamiento.

—No —espeté.

—Ah, eso pensaba —asintió—. Lo que explicaría tu humor, entonces.

—He dicho que no...

—Quizás su padre pueda darte algo de información sobre el paradero de tu gran amor —comentó con un encogimiento de hombros casual, girándose para asir una jabalina de prácticas del armario de las armas.

—¿Qué? —La miré con fijeza.

—¿El buen senador Varro? —Me dedicó una expresión inocente—. He oído que está en el patio principal con un carro de bueyes viejo y grande. Algún tipo de regalo para la lanista, según Cronos. Creo que te están esperando...

—¿Qué...? ¿Por qué no lo has dicho antes? —espeté, y giré sobre mis talones, analicé la túnica en busca de manchas o descosidos evidentes y di unos golpecitos en mi pelo toscamente trenzado.

El senador Décimo Fulvio Varro era uno de los hombres más ricos e influyentes de toda Roma. Fue un gran héroe de guerra que sirvió con distinciones bajo Pompeyo el Grande y ahora, ya retirado, era un estimado miembro principal del Senado, además de un hombre de negocios de mucho éxito.

Aunque todavía más importante: era el padre de Cay. Y yo le caía bien.

Al menos esa era la impresión que me había transmitido. Mi mente voló hacia el día que lo conocí. Fue durante los embriagadores instantes después de mi victoria en los Triunfos —y justo después de una manifestación de afecto muy pública por parte del hijo del senador—. Cay saltó la barrera de los espectadores del Circo Máximo para, bastante literalmente, levantarme en volandas

y besarme. Nuestro beso había desatado la euforia de la multitud presente entre vítores y desvanecimientos.

Yo estaba medio convencida de que sería nuestro fin cuando, acto seguido, vi a un hombre abriéndose paso entre el público que festejaba con un objetivo muy concreto. Un hombre que se parecía a Cay. Alto y apuesto, una figura elegante con porte de soldado, envuelto en una toga con una franja lila y con el pelo oscuro empezando a platear.

—Victrix —me había saludado con expresión seria en el rostro—. Saludo tu victoria. Aunque no he podido evitar darme cuenta de que no solo has derrotado a tus adversarios, parece que has atrapado los afectos de mi único hijo al hacerlo.

Un grupo de hombres jóvenes, amigos suyos que estaban en las gradas, habían apartado de mí a Cay y le daban palmadas en la espalda entre carcajadas y lo felicitaban por su impulsiva declaración romántica. Estaba sola.

—Senador Varro. —Hice una reverencia, de pronto tenía la boca seca—. Yo...

—Tendremos que invitarte a cenar a casa.

—¿Di... disculpe? —Lo miré fijamente, convencida de que le había oído mal.

Su expresión, con un rictus en los labios, se suavizó hasta una sonrisa divertida.

—Para que pueda conocerte mejor, querida —explicó—. Ya he podido ver por tu actuación de hoy por qué el corazón de guerrero de mi hijo se siente atraído por el tuyo. Con el tiempo, quizás, pueda conocer mejor a la mujer que apela a su alma.

No me cabe ninguna duda de que mi rostro se tiñó de rojo carmesí, pero él fue lo bastante atento para fingir no haberse dado cuenta.

Como gladiadora —incluso siendo la que acababa de ganarse a la multitud de forma ejemplar — yo era infamia. Una paria de la sociedad por lo que concernía a las casas de la élite romana. Sin embargo, según parecía, no para el senador. En los breves instantes que compartimos en los Triunfos fue amable. Gentil. Efusivo en su elogio de mis habilidades marciales, y claramente orgulloso de los logros de su hijo. Y en los meses que transcurrieron desde ese día no se había opuesto activamente a una relación entre Cay y yo, aunque todavía no había recibido esa invitación a cenar en su casa de Roma. Principalmente porque muy poco después Cay había sido llamado para irse a Hispania con las legiones de César, y la oportunidad no se había presentado.

Ahora, sin embargo, el senador Varro estaba en el patio del Ludo Aquilea y me pregunté qué demonios lo había traído aquí.

—¿Y bien, Fallon? —me preguntó el senador por segunda vez. Hizo un ademán hacia el carro de eje pesado que tenía delante—. ¿Qué te parece?

Me quedé ahí de pie, con la mirada fija. Perdida en un momento congelado en el tiempo.

—¿Te gusta?

Un friso de mármol exquisitamente esculpido descansaba en el carro. Parecía pesar más que el grupo de bueyes que lo habían transportado hasta allí. Era un regalo —encargado por el ludo— para presidir la entrada principal de la academia: más larga que dos hombres altos estirados de punta a punta en el suelo. Era una sobrecogedora representación en vivo de un grupo de mujeres guerreras inmersas en una fiera batalla contra un ejército de hombres, blandiendo armas y con las bocas abiertas profiriendo gritos de guerra.

El senador Varro había costeado la pieza generosamente de sus arcas rebosantes para conmemorar la ocasión de mi victoria en los Triunfos y el traspaso inminente del Ludo Aquilea a las manos de mi hermana Sorcha.

—Estas cosas... Estas ocasiones extraordinarias y estas extraordinarias mujeres... deberían celebrarse —afirmaba el senador Varro cuando les di encuentro, sin aliento e intentando no mirarlo, en el patio donde él y mi hermana me esperaban.

En ese instante, el hombre apartó la lona que cubría su regalo para que Sorcha y yo pudiéramos verlo.

—Hermanas de armas —dijo con un ademán amplio—. Para hermanas de armas.

A raíz de los Triunfos, el hecho de que la lanista del Ludo Aquilea y yo fuéramos hermanas había trascendido, de modo que el padre de Cay, según supe, estaba enterado de nuestra conexión. Sin embargo, como hombre de negocios de Roma que era, no necesariamente me hubiera esperado que lo considerara importante. Ni siquiera hubiera pensado que lo tuviera en consideración alguna. Pero estaba claro que sí. Lo había tenido en cuenta, cosa que hizo que el corazón me latiera un poco más rápido al pensar que el padre del chico que amaba podía apreciar el tipo de vínculo que compartíamos Sorcha y yo. Me dio una pequeña y secreta sensación de esperanza para otro vínculo... el de Cay y mío.

Sacudí la cabeza y volví a concentrar mi atención en el dintel de mármol.

El artista cantero que había creado aquella obra maestra estaba gritando a voces bajo el arco, dirigiendo a sus aprendices para que erigieran los andamios que usarían para maniobrar con la pesada losa y colocarla encima de la entrada principal. Junto con cuerdas y, supuse, una generosa cantidad de improperios.

—Es precioso. Esa se parece a ti, Sorcha —observé apuntando a la figura principal del friso. Mi hermana me miró de soslayo.

—Esa no era la intención —replicó, defiriendo con el senador—, estoy segura.

El senador Varro soltó una risita.

—Una feliz coincidencia, quizás —repuso.

Me di cuenta del ligero rubor que tiñó las mejillas de Sorcha cuando el senador señaló las dos figuras principales, encaradas en el centro de la talla.

—Es una representación de la batalla legendaria —continuó— entre la reina amazona Penthesilea y el héroe Aquiles en la Caída de Troya.

—Como el tapiz de tu cuarto —le dije a Sorcha.

—Un regalo de César —explicó ella al senador—. De cuando él y yo fundamos este ludo juntos.

—Pero esto es distinto —observé—. En el tapiz la reina está muriendo.

—Así es —asintió Sorcha—. Esa escena muestra el momento de la derrota de las Amazonas a manos de Aquiles y sus hombres.

—Como tu primer combate como gladiadora contra la hermana de Thalestris —continuó—. Por eso os llamaron Aquilea y Amazona.

Sorcha asintió de nuevo, con la vista fija en el friso, como si estuviera hipnotizada.

—Sin embargo, aquí apenas han empezado a luchar. Una elección interesante, senador.

—César, por supuesto, tiene todo el derecho a su idea del momento esencial de la historia — dijo el senador Varro con agudeza—. Solo espero que también podáis disfrutar de mi propia humilde interpretación.

Miré fugazmente al senador, sorprendida. No había muchos hombres en Roma que mostraran públicamente su desacuerdo con César, incluso aunque él no estuviera presente para oírlo. El único otro hombre a quien yo había visto hacer algo así era Poncio Aquila. Y César todavía aprovechaba cualquier oportunidad para recordarle aquella locura. Viniendo del senador, algo así era una exhibición impresionante de su confianza o de su imprudencia. No tenía claro cuál de las dos. Sin embargo, si Sorcha, como lanista del propio César, se sorprendió ante el comentario de Varro, no lo exteriorizó.

—Por supuesto —repuso ella, honrándolo con una de sus escasas sonrisas sinceras—. Es un regalo muy generoso y considerado. El ludo lo atesorará. Igual que yo. —Encajó el brazo con el suyo—. ¿Se quedará a cenar con nosotras esta noche?

—Me encantaría, Lady Aquilea —respondió con unos golpecitos en la mano—, pero mis negocios me llaman para que vaya a casa a prepararme para una expedición de comercio. Solo quería entregar esto antes de irme.

—Una copa de vino, entonces —replicó ella—. Al menos.

—Si tu cautivadora hermana nos acompaña —dijo girándose hacia mí.

Sorcha lo acompañó en dirección al edificio principal al tiempo que respondía:

—Por supuesto. Nos servirá el vino.

—Parece que has causado cierta impresión —dijo Sorcha más tarde, después de haber acompañado al senador de vuelta a su corcel y de haberlo visto partir.

La sequedad de su tono me hizo mirarla de reojo.

—¡Apenas he dicho una palabra! —protesté—. Intentaba comportarme. Como tú... una mujer romana como es debido.

Era cierto. Lo había intentado. Aunque no tenía claro el nivel de éxito que había asumido. Sorcha, durante el tiempo que había pasado viviendo entre romanos, se las había arreglado para encontrar la manera de encajar en su sociedad. Había aprendido a vestir como ellos, comer como ellos y navegar por sus costumbres desconcertantes y sus formalidades sociales. ¿Yo? Me limitaba a estar ahí sentada, con la copa de vino en la mano, escuchando un charloteo interminable sobre política y las guerras de César y las disputas entre senadores, y el estado de la República, y blablablá.

Pero todo lo que quería era preguntar al senador Varro si sabía algo de Cay. ¿Cómo estaba? ¿Volvía a casa? ¿Me había mencionado alguna vez en sus cartas?

Mi curiosidad incesante estaba destinada a seguir insatisfecha.

—No me refería a ahora —aclaró Sorcha, girándose de espaldas al senador, que ya se alejaba—. Quería decir en general.

—No lo entiendo.

Caminamos juntas de vuelta a donde la losa de mármol todavía yacía, brillando bajo la luz del

sol en el carro.

—Ese friso está pensado para que lo vea todo el mundo que atravesase esas puertas — prosiguió—. Y todo el mundo sabrá que fue el senador Varro quien lo obsequió al ludo. Un hombre de poder y prestigio. Tu victoria en los Triunfos ha ayudado a legitimar lo que hacemos aquí, hermanita. Estoy orgullosa de ti.

A medias quise poner los ojos en blanco y a medias quise bañarme en ese cumplido. Era algo que jamás hubiera pensado que escucharía de Sorcha, aunque había vivido toda mi vida esperándolo. La miré de reojo, pero su atención se había desviado y Sorcha parecía perdida en sus pensamientos, con la mirada clavada en las figuras talladas. Sus labios se movieron y pronunciaron algo en griego. Pude reconocer la lengua, pero no pude entender las palabras.

Cuando se dio cuenta de que la observaba, sonrió y repitió lo que acababa de decir, no en latín, sino en nuestra propia lengua.

—«Ni en la fuerza somos inferiores a los hombres —tradujo—, los mismos son nuestros ojos, nuestras extremidades las mismas; una luz común vemos, un aire respiramos. ¿Qué nos negó entonces tener a los dioses conferidos a los hombres?».

—¿De dónde viene? —pregunté—. ¿Del cuento de algún bardo?

—Se dice que Penthesilea pronunció estas palabras en la batalla de Troya.

—Que las mujeres son iguales que los hombres...

Sorcha asintió.

—Ni mejores, ni distintas, ni inferiores. Iguales. Era una mujer sabia.

Pasé la punta de un dedo por la rueda del carro de piedra que conducía la reina amazona.

—Creo que las leyendas se equivocan —afirmé—. Creo que el bando de Penthesilea ganó esa batalla.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Sorcha con una ceja enarcada—. ¿Porque se parece a mí?

—No... —Señalé la figura con las espadas enarboladas que corría hacia la batalla justo detrás del carro de la reina—. Porque esta se parece a mí. ¿Cómo iba a perder?

Sorcha rio y me dio un capón en la oreja. En la distancia, los ligeros ruidos de los entrenamientos de lucha resonaban por los patios del ludo. Miré a mi hermana y vi que, como siempre, un rincón de su mente estaba unido a esos ruidos. El agudo canto del metal, los gritos de los maestros de lucha y los rugidos de las chicas que se desafiaban entre ellas. Imaginé que Sorcha podía ver mentalmente todo lo que pasaba solamente con oír esos sonidos. Cada estocada que daba en su blanco, cada arremetida que pasaba de largo...

—¿Lo echas de menos? —pregunté.

—¿El qué?

—Luchar. La emoción... la gloria.

Su duda fue tan leve que casi pude habérmela imaginado. Pero no.

—No. —Encogió los hombros—. Por supuesto que no. A fin de cuentas, ahora con mis limitaciones solamente sería una carga en la arena.

—Creo que te equivocas.

Me miró con una ceja arqueada. El gesto realzó levemente la cicatriz que corría su frente desde el nacimiento del pelo hasta justo encima de su ojo.

—¿Sí?

—Creo que, en tu caso, tus «limitaciones» en realidad son ventajas.

Funció el ceño, pero levanté una mano.

—¡Lo digo en serio! —aseguré—. Te he visto luchar, Sorcha... y no me refiero a cuando éramos pequeñas y estábamos en Durovernum. Aquella noche que te vi entrenar con Thalestris, el modo que tenías de compensar e improvisar... te hace impredecible. Y eso te hace peligrosa. Es decir, todavía más peligrosa.

Volvió a dudar, pero entonces sacudió la cabeza y sonrió.

—Te dejaré la arena a ti y a tus amigas, hermanita —respondió—. Y la gloria. Mis días de guerrera terminaron, y estoy contenta.

Tal vez aquello fuera cierto, pero lo raro era que... No estaba segura de que la felicidad fuera con ella. Igual que una *stola* romana exquisita: la vestía bien, pero quizás no tan bien como solía llevar la pintura de guerra y las pieles. Intenté pensar en si la había visto relajada alguna vez, incluso cuando éramos niñas, y llegué a la conclusión de que lo dudaba. La había visto fieramente feliz, determinada, concentrada, atareada, pero jamás solamente... presente. Nunca se empapó del momento. Siempre había habido algún tipo de tensión en el aire que rodeaba a Sorcha, incluso en la quietud. Lo llevaba consigo, como si fuera su propio chaparrón en miniatura a la espera de explotar en una tempestad completa.

Un corazón intranquilo, había dicho de ella padre. ¿De mí? Uno imprudente.

—Virico estaría orgulloso de ti —dijo Sorcha en voz baja, como si pudiera sentir que yo pensaba en él en ese mismo instante.

Encogí los hombros.

—No estoy tan segura. Llevo una armadura romana y lucho por el placer de su mayor enemigo.

—Has hecho lo que has tenido que hacer para sobrevivir. Y has prosperado.

—Ambas lo hemos hecho.

Asintió con la mirada meditabunda y clavada en una visión lejana en su cabeza. Mi hermana añoraba nuestro hogar, yo lo sabía. Ambas lo echábamos de menos. Cuando Sorcha cerró el pacto con César lo había hecho para salvar la vida de nuestro padre, lisa y llanamente. Mi trato había sido algo más complicado. Sin embargo, ambos implicaban que ninguna de las dos podría volver pronto a casa.

—Podríamos enviarle una carta... —Era la primera vez que lo sugería.

—¿Con qué fin, hermanita? —suspiró Sorcha—. No. Es mucho mejor que Virico imagine felices a sus hijas en las Tierras de los gloriosos caídos con nuestra madre, en lugar de viviendo al otro lado del mundo en los salones de mármol de su peor enemigo.

Me abrazó —un breve y fuerte abrazo — y me mandó de vuelta al entrenamiento. Recorrí el camino hasta el cobertizo del material pensando en lo que me había dicho. Tenía razón. No cabía ninguna posibilidad de que padre entendiera jamás la diferencia, reflexioné interiormente. Aeddan era el único que sabía que Sorcha y yo seguíamos vivas, además de cómo y dónde, y Aeddan era un paria y un asesino. No volvería a casa más pronto de lo que lo haría yo.

La última vez que alguno de los dos había visto las costas de Prydain había sido poco después de la noche de mi decimoséptimo cumpleaños y del festín del gran salón de mi padre que había

acabado en corazones rotos. Y sangre derramada. La noche que había pedido a Maelgwyn Mano de Hierro, el chico al que amaba, que esperara a que me hicieran miembro de la guardia de guerra real de mi padre antes de pedir mi mano en matrimonio.

Guerrera y luego esposa... eso era lo que yo había decidido.

Y luego la puerta se cerró en las narices de ambos sueños. Mi padre no me había hecho guerrera, sino que había intentado hacerme esposa, de la peor manera: entregándome a Aeddan en lugar de a su hermano Mael. Y yo había huido de todo aquel caos emocional para acabar siendo una esclava. Y luego una gladiadora.

Sorcha tenía razón: Virico estaría mejor sin saberlo nunca. Si algún día descubriera la verdad de aquella noche —cómo, al intentar protegerme de una vida de peligro, me había condenado a un camino que me llevó de cabeza a las arenas de Roma—, jamás se lo perdonaría a sí mismo. Yo todavía no estaba segura de si lo había perdonado. Sin embargo, también había una parte de mí que se preguntaba si la decisión de mi padre no había sido parte del plan que la diosa Morrigan tenía para mí desde el principio. Me había llevado al camino que conducía, en última instancia, al Ludo Aquilea. A Sorcha. En apariencia, el único lugar al cual yo pertenecía verdaderamente.

Pensé en ello mientras escogía las espadas que usaría esa tarde para entrenar. Yo era lo que era. Una gladiadora. Más que eso... Yo era Victrix.

Y así es como yo quería que fuera.

La vida en el Ludo Aquilea siguió adelante, y casi una semana después de la visita del senador todavía hospedábamos a un grupo de gladiadoras amazonas terriblemente infelices. Mi paciencia con ellas se estaba agotando. Eran una panda de hurañas y ariscas que empañaban el patio de entrenamientos —que empeoraba todavía más con la presencia sombría de sus «escoltas» vestidos de negro— y, además de todo aquello, empezaba a perder la esperanza de recibir otra carta de Cay.

Incluso Elka había comenzado a compadecerse de mí.

—Estoy segura de que todo va bien —me dijo una mañana al tiempo que me colocaba una mano en el hombro después de que yo hubiera soltado una retahíla particularmente exuberante de improperios; distraídamente, me había propinado un porrazo en la barbilla durante el entrenamiento, justo delante de un contingente de chicas amazonas burlonas. Elka debió de darse cuenta (igual que yo) de que no había llegado el mensajero esa mañana. Otra vez—. Seguramente está demasiado ocupado haciendo añicos a los enemigos de César para coger una pluma.

Me quedé allí de pie, poco dispuesta a apaciguarme, mirando a Elka con aire sombrío mientras ella desviaba la vista más arriba de mi cabeza.

—Sin embargo —continuó Elka después de un instante—, supongo que también es posible que se haya olvidado de ti por completo.

Mi mirada, no me cabe duda, pasó de sombría a siniestra.

—Es decir... seguramente no. —Puso los ojos en blanco—. Pero nunca se sabe. La vida del soldado es solitaria. Tediosa. Todo el día marchando por ciudades extranjeras llenas de mujeres desconocidas. Esas chicas hispanas... He oído que pueden seducir a un hombre con un baile.

—¿Un baile?

Elka asintió.

—Lo hacen descalzas y...

—La única bailarina que me interesa a mí lleva sandalias y un par de espadas.

Me giré al oír el sonido de una voz familiar justo en mi oído.

—¡Cay!

El decurión Cayo Antonio Varro —tan real como la vida misma y de pie a dos pasos de mí— me miraba con una sonrisita en los labios y sus claros ojos avellana centellaban llenos de luz. Sentí una sonrisa enorme abriéndose en mi cara, de oreja a oreja. Entre carcajadas, Elka me dio un golpecito en la espalda y se alejó tranquilamente. Requerí hasta la más infinitésima brizna de autocontrol que pude emplear para no echarme a los brazos de Cay y devorarlo a besos, ahí delante de toda la academia y de las chicas del Ludo Amazona, que también miraban.

—¿Me honraría con un baile, Victrix? —preguntó.

Me quedé ahí de pie, sin palabras, bebiéndome la inesperada visión del chico. Cada rasgo y cada ángulo, cada facción de su rostro bajo la visera de su casco, y el contorno de su cuerpo bajo su armadura. Estaba más moreno y delgado de lo que recordaba, con barba de al menos una semana en las mandíbulas y polvo en sus brazos y piernas. Estaba glorioso.

Cay entregó las riendas de su caballo a un compañero legionario, quien asintió con un gesto seco y se lo llevó, además del de otro soldado que lo acompañaba, hacia los establos. El otro soldado anduvo al lado de Cay y se quedó quieto, con los puños en las caderas, observando a Elka mientras la chica se alejaba, echándose las largas trenzas claras por encima del hombro. Durante un instante pensé que la cabeza de aquel joven se desenroscaría de verdad cuando giró el cuello para seguir mirando a la chica.

—Este es Quinto —dijo Cay—. Mi segundo.

Dado que Quinto el segundo no pareció haber oído su presentación, Cay dio unos golpecitos con los nudillos en el casco del chico.

—¿Hm? —Quinto se giró hacia nosotros con una expresión algo deslumbrada.

—¿Quint?

—Yo mismo. Sí. —Se giró y me ofreció un asentimiento mecánico—. Bueno, vayamos al grano..., ¿quién era aquella ninfa divina?

Casi me ahogué con la risotada que emergió de mis labios. Quinto el segundo tenía suerte de que Elka estuviera lo bastante lejos para haberlo oído, pensé. «¿Ninfa?». Si había alguna criatura mitológica con la que Elka pudiera sentirse identificada no me cabía ninguna duda de que una «ninfa» se alejaba tanto de ella como uno podía hacerlo sin caerse por el precipicio del fin del mundo.

Cay se aclaró la garganta y Quinto pareció darse cuenta de que tenía la boca abierta. Se irguió y volvió a adoptar de golpe una posición semiatenta.

—Señor —añadió más tarde de la cuenta.

Cay sacudió la cabeza y soltó una risita.

—Quint, esta es Fallon.

—Ah, ya lo sabía. —Hizo un gesto de asentimiento hacia mí—. Te habría reconocido entre una

multitud a más de cincuenta pasos, por el modo en que Cay aquí presente habla sin cesar de t... — Cay le pegó un codazo en las costillas lo bastante fuerte para que Quinto sin duda lo sintiera a través de la cota de malla que vestía, y este se calló de golpe—. Lo que quise decir —continuó un momento más tarde— es que estoy encantado de conocerte. Tu reputación en la arena te precede, Victrix.

Le habría respondido, pero su atención se desvió de nuevo detrás de Elka, de modo que hablé con Cay.

—Tu padre vino de visita hace una semana —expliqué—. No dijo en ningún momento que volvías a casa.

Cay sacudió la cabeza.

—No lo sabía entonces. No es exactamente una vuelta programada.

Fruncí el ceño confundida, pero él cambió grácilmente de tema diciendo:

—¿Qué me dices de ese baile? Estoy cansado de la silla de montar y me iría muy bien un poco de ejercicio para desagarrotar los músculos.

Me hizo un ademán hacia el patio de entrenamientos y alargó una mano para desabrocharse la capa carmesí que colgaba de sus hombros. Fue entonces cuando me di cuenta de que Cay no solo llevaba un *gladius*, sino dos. En el cinto llevaba una vaina en ambas caderas. *Dimachaerus* —luchar con dos espadas al mismo tiempo, una en cada mano— sin duda no era un estilo de lucha que se llevara en las legiones. Sin embargo, era el que yo había escogido para luchar en la arena.

Miré a Cay con una ceja enarcada, pero él se limitó a soltar una risita.

La primera vez que había entrenado con él había sido con una sola espada —de madera— cada uno. Él me ofreció usar un escudo, a lo que yo me negué como una tonta y le di la ventaja, que aprovechó para molerme a palos en medio del patio de entrenamientos... justo hasta el momento en que, por fin, una estocada afortunada me dio la victoria. Y a él, una costilla rota. Esta vez sería yo la que empezara con ventaja —las espadas dobles son, a fin de cuentas, mis armas escogidas—, pero no me hice ilusiones de que aquello significara necesariamente que volvería a ganar.

Del mismo modo que Cay —con su ventaja— no lo había hecho aquella primera vez.

Desde el primer momento del encuentro pude darme cuenta de que Cay no pensaba reservarse ni dejarse ganar un poco.

«Bien».

Porque yo tampoco pensaba hacerlo.

Él era un soldado veterano, entrenado y endurecido en la batalla real. Y era muy bueno. El sol se alzaba bien alto en el cielo, el sudor me corría por los ojos y me emborronaba la visión mientras nos encalzábamos el uno al otro, en todas direcciones, por el patio de entrenamiento. La pluma escarlata del penacho del casco de Cay se agitaba como la crin de un semental que envistiera contra mí, arremetiendo con estocadas alternativas a mi cabeza y a mis caderas, de lado a lado en una secuencia familiar que sospeché que había aprendido de observarme practicar. Lo que quería decir que podía anticipar sus movimientos casi sin pensar...

Hasta que no pude.

Me oí a mí misma gritar de sorpresa cuando Cay rompió de golpe el patrón y se agachó,

arremetiendo con ambos filos hacia arriba en un ataque lateral por la derecha que chirrió a lo largo de mis espadas, que lo bloquearon como pudieron. Dejó que el impulso le permitiera dar una vuelta completa antes de volver a arremeter, hacia delante y con una sola espada, desde la izquierda. Sentí el viento de su arma acariciarme la piel cuando falló por poco y retrocedí un paso, siguiendo el ángulo de sus hombros para anticipar su próxima estocada. De nuevo ambas espadas, esta vez girando por encima de la cabeza. Crucé mis espadas en alto y me preparé para la arremetida. Cuando llegó, la noté hasta las plantas de mis pies, y saltaron chispas de los bordes de nuestras armas al chocar.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó para mantener aquellas espadas a raya.

Parpadeé de prisa, intentando apartar el reguero de sudor que tenía en los ojos, y miré hacia arriba, hacia el rostro sonriente de Cay.

—He estado practicando —afirmó.

—Me he dado cuenta. —Le devolví la risita con los dientes apretados.

—¿Qué tal mi forma?

—Muy bonita —repuse.

Luego me moví hacia delante y cambié mi guardia en un ángulo agudo —un movimiento específico de *dimachaerus* que había estado trabajando mucho para perfeccionar—. Las hojas de Cay se deslizaron por encima de mi hombro cuando perdió el equilibrio y cayó hacia mí. Le pillé un momento más tarde y se encontró las puntas de mis filos reposando en el hueco de la base de su garganta.

Me incliné para acercarme y le susurré:

—Pero tu técnica necesita trabajo.

Cay rio y dijo:

—Entonces he venido al lugar indicado.

Alzó sus espadas a lado y lado, dejándolas colgar de las puntas de sus dedos, en gesto de rendición. Di un paso atrás y crucé las espadas delante de mí para saludar, sonriendo, sudando, ridículamente feliz. Cay envainó las espadas en la doble vaina que le colgaba del cinto que le rodeaba la cintura y se quitó el casco de la cabeza. Yo miré a nuestro alrededor y vi que nos habíamos quedado solos en el patio. El sol estaba en el punto más alto y parecía que el resto del mundo circulaba por los pasillos de la academia, lejos del calor y de nuestro entrenamiento. Cay se pasó una mano por el corto pelo de legionario empapado de sudor.

—Admito que el estilo *dimachaerus* es un desafío —reconoció—. Pero quería poder pelear contigo del modo en que luchas tú, Fallon. Como tú dices, necesito trabajar. Esperaba que tal vez pudieras encontrar el tiempo...

Hasta ahí pudo llegar antes de que me echara encima de él, atrayendo su cabeza hacia mí y silenciándolo con el beso que había estado esperando durante meses. Y meses...

Por su reacción, pareció que él también lo había estado esperando. Sentí un rumor en su pecho que fue casi como un gruñido y abrió la boca, ávida, para encontrar la mía. Sus brazos me rodearon y me levantó del suelo. Cay olía a caballo y a acero y a cuero, y sabía a sal y a sol.

—Nunca había visto a nadie luchar con los labios de este modo —gritó Elka mientras cruzaba una arcada detrás de otra, en un perfecto ejemplo de terrible inoportunidad.

Gruñí. Parecía que tendríamos que esperar un poco más para recuperar todos aquellos meses separados. Cay me colocó de nuevo en el suelo y yo me separé de su abrazo a regañadientes. Cuando me giré para fulminar a Elka con la mirada vi al amigo de Cay, Quinto, siguiéndola desde lo bastante lejos como para que Elka no lo hubiera visto todavía.

Sacudí la cabeza, divertida.

—Es un idiota —suspiró Cay, observando cómo se marchaba—. Pero es un idiota leal. Y un buen soldado.

—Elka lo hará pedazos, ¿sabes? —le dije.

Cay soltó una sonrisa socarrona.

—Pedazo a pedazo. Eso tendría que mantenerlos ocupados durante un rato y nos dejarán estar solos. —Luego me miró sin palabras, abriendo y cerrando la boca, como si de pronto no supiera qué decir—. Te he echado de menos, Fallon..

Empecé a decirle que yo también lo había echado de menos —muchísimo de menos—, pero entonces Cronos, el maestro de lucha, apareció al final del patio de entrenamientos para gritar mi nombre. Había olvidado que era la encargada de las armas ese día. A decir verdad, había olvidado todo lo que no fuera Cay de pie delante de mí. Sin embargo, había un cobertizo lleno de espadas y escudos que tenían que ser inspeccionados para comprobar que no hubiera mangos sueltos ni bordes estropeados, ni protecciones de cuero deshilachadas. Me tomaría buena parte de la tarde.

—Ve —me dijo Cay con una sonrisa triste—. Tengo que entregar las escrituras del César a la lanista, de todos modos.

—Quieres decir...

—Esa es la razón oficial por la cual estoy aquí —explicó—. Y uno de los deberes más gratos que he tenido el privilegio de satisfacer como chico de los recados de César.

—Cay, eso es... ¡es maravilloso!

Me contuve de volver a abrazarlo porque ya había más gente que salía del comedor para volver al campo de entrenamiento. Pude ver a uno de los guardias del Ludo Amazona mirándonos desde detrás de la visera del casco, y lo último que necesitaba era montar una escena y desatar rumores sobre una disciplina laxa y una moral baja en la academia aquilea. Sorcha me daría una paliza, especialmente ahora que el ludo estaba a punto de ser, por fin, enteramente suyo. Y nada más que suyo.

Di un paso atrás e incliné la cabeza con educación, dejando al mismo tiempo que el pelo me tapara la cara para poder sonreír a Cay sin que nadie más se diera cuenta.

—¿Te veo durante la cena, entonces, decurión?

—Y después —murmuró Cay—. Espero.

## IV

Es posible que me llevara algo más tiempo de lo habitual vestirme para la cena de esa noche. Normalmente no me preocuparía más que por lavarme la cara y las manos y asegurarme de que cualquier túnica que llevara no estuviera demasiado manchada o rota. De modo que es probable que Ajani me mirara de arriba abajo por esa misma razón cuando llegué al comedor con el pelo bien peinado, vistiendo una túnica de lana fina ribeteada con un estampado azul de ondas y llevando el cinturón bueno de cuero.

—No pensaba que las chicas amazonas necesitaran semejantes galas —comentó cuando me senté a su lado con un plato lleno de queso y carne.

—Ellas no —intervino Elka, estirando un brazo por encima de la mesa para quitarle unas cuantas uvas a Ajani—. Él sí.

Hizo un ademán con la cabeza en dirección a Cay y a sus compañeros soldados, que acababan de entrar por la puerta de la otra punta del comedor. Con muchísima naturalidad, Cay enfiló su camino a través de las hileras de largas mesas con su plato y su copa; Quint y el legionario cuyo nombre, me habían dicho, era Tulio le seguían.

—¿Podemos acompañarlas, señoras? —preguntó Cay a toda la mesa.

Yo murmuré un consentimiento con los ojos clavados en el plato mientras las otras asentían y se reían, moviéndose para hacerles sitio en el banco. Cay se sentó delante de mí, al lado de Elka, y yo tuve que concentrarme para pinchar con el tenedor la comida en lugar de mi mano, mientras sentía su cálida mirada sobre mi piel. Las chicas se congregaron a nuestro alrededor, preguntando con entusiasmo a Cay y a sus compañeros todo tipo de cosas sobre su campaña e Hispania.

—He oído que allí las chicas son preciosas —comentó Elka, pegándome una patada en la espinilla bajo la mesa al tiempo que soltaba una risita.

—No son nada comparadas con vosotras, ninfas divinas —Quint se entusiasmó y se puso poético hasta que Gratia le tiró un panecillo a la cabeza y le informó de que ella venía de Hispania.

Mientras las chicas soltaban risotadas, yo me incliné hacia delante para acercarme a Cay.

—Ahora en serio —le dije—, ¿qué narices estáis haciendo aquí si las legiones de César todavía están en campaña? Y puedes ahorrarte volver a decirme que eres el «chico de los recados de César». Estoy segura de que tiene muchísimos mensajeros.

Cay dudó, pero Quint se metió en nuestra conversación para añadir:

—Y, a fin de cuentas, no fue como si te hubieras pasado toda la hora de comer en la tienda del cónsul suplicándole de rodillas que te dejara hacerlo a ti.

Lo miré con recelo.

—No suplicaste.

Cay puso los ojos en blanco hacia su amigo.

—Rogué un poco —respondió—. Quizás. Pero no hincó la rodilla en ningún momento, te lo aseguro.

Quint se echó a reír y cogió una rebanada gruesa de pan y la untó de miel, al tiempo que decía:

—Y entonces, cuando César accedió (solo para salvarle la dignidad, no me cabe duda), mi buen amigo Cayo me dedicó el acto de crueldad de arrastrarme hasta aquí.

—¿Acto de crueldad? —pregunté.

—Un acto de crueldad alto, rubio y patilargo —suspiró, y se metió la rebanada de pan en la boca mirando hacia Elka, que había ido a llenarse el plato por segunda vez—. Ni siquiera me ha mirado —se quejó mientras masticaba.

—Prueba a tirarle algo pesado a la cabeza —le sugerí—. Normalmente eso es algo que le llama la atención.

Quint lo tomó en consideración un instante. Luego dejó lo que le quedaba de pan en el plato, se puso de pie y cogió una jarra de arcilla medio llena de cerveza.

—Merece la pena intentarlo —murmuró antes de beberse de un trago lo que le quedaba de cerveza, se ajustó la vaina de la espada y echó a andar con determinación hacia Elka.

Parpadeé y volví a centrar mi atención en Cay.

—Se está haciendo tarde para viajar —comenté, intentando no sonar demasiado esperanzada.

—Y el alojamiento por aquí es escaso, ya lo sé. Quint, Tully y yo dormiremos en los establos esta noche. —Soltó una risita triste—. He estado a punto de sugerir compartir habitación en los barracones de algunas gladiadoras escogidas, pero parece que vuestra lanista todavía es árbitro de vuestra virtud y...

Fue un momento particularmente oportuno para que Sorcha pasara por ahí. Cay se aclaró la garganta haciendo ruido cuando mi hermana lo fulminó con la mirada.

—... y bien que hace —continuó con el ceño fruncido.

Sorcha puso los ojos en blanco, me miró con aspereza y continuó andando.

—¿Os quedaréis unos días, al menos? —pregunté.

Cay sacudió la cabeza.

—Nos vamos en cuanto despunte el alba.

Sentí que el corazón se me hundía en el pecho.

—Mi padre está impaciente por que vuelva —explicó Cay encogiéndose de hombros en un gesto de impotencia—. Cuando se enteró de que venía hacia aquí me mandó una carta mientras estaba de camino. Y, bueno, el hombre puede ser algo... insistente.

—Por supuesto —respondí tragándome mi decepción.

—En una semana tiene que irse a Brindisi, en la costa este —dijo Cay—. Desde allí tomará un barco hacia Grecia como parte de una importante delegación de comerciantes. Por eso se muestra

tan inflexible por verme. Se irá durante unos meses. De no haber sido así, yo...

—No pasa nada —atajé sacudiendo la cabeza—. No tienes que darme explicaciones. Sé lo mucho que te ha echado de menos...

—No es el único, espero.

La expresión que reflejaba el rostro de Cay en ese momento me hizo querer saltar por encima de la mesa para llegar hasta él. El ruido del comedor quedó reducido a un murmullo en segundo plano, medio apagado, y me permití sumergirme un instante en la calidez de su mirada. No me había ni dado cuenta de que nuestras manos se habían encontrado en el centro de la mesa, las puntas de los dedos tocando los del otro, hasta que noté que nos observaban.

Ni siquiera estoy segura de lo que me hizo apartar la mirada de Cay, pero en el movimiento constante del comedor abarrotado hubo una quietud oscura que me llamó la atención. Desvié la mirada para ver a uno de los guardias de las Amazonas cerca de una columna; la negrura de su armadura y su uniforme era como una mancha de tinta en nuestra lana blanca, y tenía los ojos clavados en mí y en Cay —en nuestras manos tocándose— como un halcón avistando un ratón de campo.

Aparté la mano a punto de estallar por la frustración. Cay se iría por la mañana y hasta entonces yo no podía hacer nada por evitarlo. Ni siquiera el sonido de un plato rompiéndose y la voz de Elka resonando por encima de todas las demás con una ristra de improperios en su lengua materna desde algún lugar del comedor pudieron distraerme del dolor que sentí en el pecho cuando Cay y Tully se levantaron para llegar hasta su compañero y rescatarlo de la ira de la gladiadora.

Más tarde, esa misma noche, me percaté de que alguien llamaba a mi puerta. Tan flojito que casi ni lo oí.

Luego sonó de nuevo. Y un susurro suave pronunció mi nombre.

Abrí la puerta y vi a Cay allí de pie, sonriendo. Me colocó un dedo en los labios y, al tiempo que cogía la capa del gancho que había en la puerta de mi habitación, susurró:

—Llévate la lámpara.

El fulgor de mi lámpara del juramento talló el rostro de Cay en abruptos planos y curvas impecables, y la llama danzó reflejada en sus ojos, arrancando destellos de las motas doradas suspendidas en su límpida mirada avellana. Me guió de la mano por los jardines formales del ludo, por un camino serpenteante que llevaba a un pequeño claro con un banco de piedra escondido en un bosquecillo. Había un ánfora de arcilla pequeña y dos cálices de cristal que nos esperaban en el banco, junto con una bandeja de queso y uvas.

—¿Y los guardias del ludo? —pregunté, mirando a nuestro alrededor como si tuvieran que estar echando ojeadas entre las sombras de los árboles en ese mismo instante—. Todavía tenemos normas, ¿sabes?

—Ay, sí... —Cay me empujó hacia delante—. Pero guardias que no ven, guardias que no sienten.

Un escalofrío de emoción me recorrió el espinazo. No estaba muy acostumbrada a pasármelo

bien. Blandir espadas día tras día entraña una cierta satisfacción, pero no era exactamente lo que una llamaría pasar un buen rato.

—¿Y si pasan por aquí? —pregunté sintiendo que me sonrojaba.

—No pasarán —aseguró él—. Están un poco ocupados en este momento.

—¿Qué hacen?

—Perder la paga de toda la semana jugando a los dados contra Quint. —Cay se echó a reír ante mi expresión—. Jamás apuestes con un corso. Especialmente uno tan taimado como él.

—Me parece que él no es el verdaderamente taimado. ¿Le has pedido que lo hiciera?

—Le pedí un favor. Ahora ven, no lo malgastemos.

Sentí que sonreía mientras Cay me quitaba la lámpara de las manos y la colocaba en el banco para iluminar nuestro ágape de medianoche. Aquel lugar era donde habíamos estado a punto de darnos nuestro primer beso la noche de la jura de mis votos. Esta vez, sin embargo, dimos en el blanco.

Las sombras bajo el alto cedro nos rodeaban como una danza de fantasmas cuando Cay inclinó su rostro hacia el mío y me besó en los labios. Sentí que me derretía en su beso al tiempo que mis brazos le rodeaban el cuello. La noche era cálida y fragante y nos envolvió del mismo modo que nosotros el uno al otro, nos hundimos en la suave hierba, la llamada de un ruiseñor remontó el vuelo en la oscuridad por encima de nosotros.

Mi mano se abrió paso bajo las cortas mangas de la túnica de Cay y recorrió su hombro. Su mano viajó por la largura de la cara externa de mi muslo, trazó la curva de mi cadera y se deslizó por el dobladillo de la falda de mi túnica. A ambos se nos puso la piel de gallina y tuvimos escalofríos ante el tacto del otro... y entonces su mano dejó de moverse casi al mismo tiempo en que se detuvo la mía.

Los labios de Cay se apartaron de los míos y abrió los ojos.

—¿Qué es esto? —preguntó, dando golpecitos con el dedo en mi piel.

—Estaba a punto de preguntarte lo mismo —respondí.

Mis dedos descansaron en una cresta elevada de piel que coronaba la curva de su hombro y tenía los bordes fruncidos. Su mano reposó del mismo modo en la cicatriz de una herida que se me había curado no hacía mucho y que era resultado de una pelea con una gladiadora de un ludo nuevo que hacía poco que había empezado a competir en los alrededores de una ciudad costera llamada Tarquini, al norte de donde estábamos nosotras. Organizaron un día de juegos para celebrar la apertura de la nueva academia, y yo había competido contra una chica que luchaba *retiarius*. Una guerrera menos experimentada que yo, quizás, pero sospeché que había crecido pescando con arpón; me había marcado con fuerza con su tridente. Uno de los tres dientes del tridente me cortó por debajo de las tiras de cuero de la falda de mi *kilt* de batalla y dejó un tajo que, por suerte, fue más largo que hondo. Heron había aprovechado la oportunidad para enseñar a Neferet a cerrar una herida cosiéndola con hilo de tripa. Solamente me desmayé una vez mientras la chica practicaba su trabajo, más por la sensación de la aguja pasando el hilo por mi carne que no por el dolor, pues las pociones de Heron ya habían asegurado que no lo sintiera lo más mínimo.

Casi se me había olvidado el incidente. No era nada fuera de lo común en el día a día de una gladiadora, pero sabía que Cay no lo vería de aquel modo. Estiró el brazo para coger la lámpara y

la bajó para observar más de cerca mi cadera, y soltó un silbido con los dientes apretados al ver mi cicatriz. Cuando volvió a mirarme, su expresión se había enturbiado.

—Solamente es una herida en la piel —aseguré estirando el dobladillo—. No hubo ningún daño en el músculo ni infección alguna. Cojeé una semana o un par, eso es todo. ¡Y gané ese combate!

—No me gusta pensar que te hieren en la arena —afirmó Cay.

Solté un bufido.

—En eso estamos de acuerdo, créeme.

Cay abrió la boca y su mirada me dijo que estaba a punto de soltarme una regañina de las buenas, a la que me adelanté de inmediato.

—¡Eh! —exclamé, y le di unos golpecitos en el brazo—. Yo te he enseñado la mía, ahora enséñame la tuya.

Él pareció más reacio a mostrarla, y cuando finalmente se apartó la manga entendí por qué.

—¡Por los dientes de Lugh, Cay! —exclamé—. ¡Parece que te haya atacado un oso!

Me sorprendió bastante que se echara a reír.

—Lo hizo.

—¿Qué?

Cay asintió tristemente.

—Marchábamos por un bosque espeso —explicó—. Las tropas se encontraron en un desfiladero sumamente estrecho y lleno de árboles. Yo iba a caballo y me aseguraba de que nadie se nos acercara por la retaguardia cuando tuve la mala suerte de cruzarme con una osa y su oseño. He estado convaleciente durante todo el mes. Quizás tú ganaste tu combate, pero yo no tuve tanta suerte con el mío. Bien es cierto que aquella osa asquerosa no jugaba limpio, pero sin duda se fue de allí como la campeona del combate. Tuve suerte de que Quinto retrocediera para encontrarme cuando mi caballo pasó a su lado sin jinete.

—Oh, Cay...

Las cicatrices —tres cortes largos y paralelos— todavía estaban algo lívidas, tenían los bordes fruncidos y pude ver los agujeros de la sutura donde las habían cosido. Neferet hizo un trabajo muchísimo más limpio conmigo, pensé, de lo que los doctores del ejército habían hecho con Cay. Claro que a mí no me habían atacado unas zarpas.

—¿Todavía duele?

Cay volvió a taparse con la manga ahogando una mueca.

—Ha sido algo... desafiante. —Frunció un poco el ceño—. Todavía puedo montar y blandir una espada, pero en una lucha a pie soy inútil para la formación si no puedo sujetar un escudo. Y no estoy exactamente en ese punto todavía.

Aquello no me sorprendió. Un *scutum* —el escudo estándar de la legión— era un trasto rectangular enorme y pesado que cubría a un hombre desde las espinillas hasta los hombros. En una lucha contra una tribu de galos coléricos que lanzaran jabalinas y bolas de fuego yo me habría resguardado detrás de uno de buen grado, pero usar un escudo de esos requería una buena cantidad de fuerza bruta. A Gratia y Dama se les daban bien las *scuta*, pero aquellas cosas a mí me resultaban extrañas y casi imposibles de usar.

Hice ademán de apartar la mano, pero Cay alzó la suya para impedírmelo. Presionó la palma de mi mano contra la cicatriz a través del tejido de su túnica.

—La fuerza vuelve —continuó—. Solo que lentamente. Y cada vez soy menos torpe con este lado. Decidí que intentaría hacerme útil de otras formas y solicité encargarme de esta tarea de mensajero. César estuvo de acuerdo en el hecho de que, de algún modo, sus legiones tendrían que armarse de la fuerza necesaria para marchar sin mí y me dio el encargo de llevarle estos papeles a la lanista. Durante el viaje empecé a practicar algunos movimientos básicos del estilo *dimachaerus*.

—Sin más.

—Para ayudarme a recuperar la fuerza... y por si acaso no puedo volver a ejercer de soldado. —Una sombra le oscureció el rostro. Pensé en cómo sería esa perspectiva. Era como si yo no pudiera volver a la arena.

—Todo irá bien —afirmé—. Solo es una cicatriz.

Pasó la punta de un dedo por mi cadera de nuevo.

—¿Como esta?

Asentí.

—O... —Levanté una mano para apartar la manga de mi túnica y sacudí el pelo para quitarlo de en medio y que, así, Cay viera mi hombro—... esta.

Oí a Cay hacer un ruido desde el fondo de su garganta cuando trazó la línea de otra cicatriz. Un par de líneas blancas difuminadas, todo lo que quedaba de unos verdugones particularmente inmundos que adquirí durante un encuentro con el látigo de Nyx. No hubo daño permanente, pero las marcas se negaron a desaparecer, como si quisieran recordarme a mi rival para siempre, aunque hiciera ya mucho que se había marchado.

Solo que Nyx era lo último en lo que pensaba cuando Cay se inclinó para besar la cicatriz y provocó una oleada de calor ardiente que me bañó el cuerpo entero, de pies a cabeza. Cuando alzó la mirada, los ojos le brillaban con picardía.

—Hay otra igual justo en el otro lado —susurré, con la voz ronca de pronto.

Cay me apartó el pelo del otro hombro y besó la segunda cicatriz.

—Estás empezando a adquirir una buena colección —murmuró contra mi cuello.

—¿Yo? —dije sin aliento—. ¿Pretendes decirme que el único adversario que ha dejado jamás una marca en ti era una osa?

—Uy, no... —Rio—. Mira las marcas que tengo en los nudillos.

—Las veo.

—La primera lucha a puñetazos en la que me había metido nunca. Fue contra una pared.

—Una fiera oponente, no me cabe duda. —Levanté su mano y, tal y como había hecho él, besé las pálidas marcas una por una. Noté cómo sus dedos se tensaban compulsivamente en los míos y sonreí—. ¿Eso es todo?

—No... —Me mostró una línea larga que le recorría todo el antebrazo derecho—. Esta es de una rebelión tribal en la frontera germánica. Mi primera batalla real. Ahora que me acuerdo, creo que aquel guerrero tenía peor aliento que la osa.

Intentaba hablar con un tono despreocupado, lo sabía bien, pero se le cortó la voz en cuanto le

cubrí de besos toda la cicatriz.

—¿Y esta es toda la extensión de tus heridas? —le pregunté.

—Bueno... tú todavía tienes que dejar una marca visible en mí. —Se me acercó. Tanto que nuestras narices casi se tocaban—. Pero tengo una costilla que me duele cuando el clima es húmedo gracias a ti. Y un dolor más profundo —me agarró la mano y la presionó contra el centro de su pecho— aquí.

Pude sentir su corazón latiendo bajo la palma de mi mano, firme y fuerte.

—¿Se lo has consultado alguna vez al médico del ejército? —susurré—. Tal vez sea algo grave...

—Creo que, sin duda, es algo grave. Probablemente fatal, si no se trata.

Si por tratamiento Cay se refería a besos, entonces supongo que sobreviviría al menos los próximos meses.

O quizás no.

Gracias a Quinto el segundo.

Cay y yo estábamos demasiado ocupados para oírle enseguida, pero el ruido de su garganta al aclararse y de la gravilla crujiendo bajo sus pies acabó por llamar la atención de Cay, y yo de pronto me encontré besando el aire.

—¡Quint! —Cay se puso de pie y corrió hacia su amigo—. Por Hades, ¿qué estás haciendo aquí?

Yo también me puse de pie, colocándome bien la túnica y el pelo e intentando, sin éxito, no sonrojarme escandalosamente. Quint me saludó con la mano por encima del hombro de Cay.

—El juego ha terminado antes de lo que me esperaba —explicó.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Cay.

—Que soy un buen jugador —repuso Quint encogiéndose de hombros en señal de disculpa—. He ganado todo su dinero. Más rápido de lo que esperaba. Les he ofrecido seguir jugando, solo por diversión, pero para entonces ya estaban bastante borrachos y enfadados y rechazaron mi generosidad.

—¿Borrachos? —pregunté con una ceja enarcada—. ¿Los hombres de Sorcha?

—Por eso soy tan buen jugador —explicó Quint—. No paraba de servirles vino a ellos y agua a mí, el suficiente para enturbiarles la cabeza, lo que da una buena ventaja.

—Un poco demasiado buena en este caso —le replicó Cay con el ceño fruncido.

—Lo siento —aventuró Quint con una risita triste—. En cualquier caso, todos han vuelto a patrullar y seguramente quieren arruinarle la noche a alguien. De modo que si yo fuera tú, llevaría a la encantadora gladiadora a sus aposentos y volvería a los nuestros. Y por lo que a mí respecta, desapareceré hasta la mañana.

Cay suspiró largamente y agarró la jarra de vino que ni siquiera habíamos abierto.

—Toma, por las molestias —dijo al tiempo que se la lanzaba a Quint—. Sean las que sean.

Quint la asió hábilmente y se la puso debajo del brazo entre risitas. Luego nos saludó y desapareció en la oscuridad. Cay guardó los cálices y la bandeja en una bolsa de lino y se la colgó del hombro bueno. Alargó ambas manos hacia mí y me acerqué para que me abrazara.

—Ojalá tu padre no te quisiera de vuelta tan pronto, aunque ahora entiendo por qué. —Sacudí

la cabeza y pasé los dedos por encima de su túnica donde cubría las cicatrices del zarpazo en el hombro.

Cay puso los ojos en blanco.

—Se preocupa demasiado.

—Hace bien.

—Solo espero que no vaya a sacrificar un buey albino al dios sanador Esculapio o cualquier tontería por el estilo...

En ese instante bromeaba, pero yo sabía que, en el fondo, Cay veneraba a su padre. Decimo Varro era como la versión romana de mi padre, Virico. Ambos eran hombres grandes, fuertes y apuestos, devotos a sus familias y acostumbrados a estar al mando. El senador había sido un héroe en las legiones de joven, y su hijo aspiraba a ser igual que él del mismo modo que yo, al crecer, había aspirado a ser como mi madre y mi hermana. Entonces pensé en mi propio padre y en cómo lo había hecho todo mal intentando mantenerme a salvo. Yo había acabado por aceptar que las acciones de mi padre provenían del amor, pero al mismo tiempo me habían herido profundamente. Me alegraba por Cay del hecho de que su padre pareciera ser algo menos destructivo en sus tendencias sobreprotectoras.

—Solo quiere ver por sí mismo que todavía estoy entero. —Cay alargó las manos para agarrar las mías y colocarlas contra su pecho—. Y entonces se irá a Bríndisi para atender sus negocios, y yo estaré de vuelta al ludo antes de que te des cuenta.

—Por supuesto que sí. —Me apoyé contra él—. Necesitas que te ayude con tu técnica.

Vi un destello en sus ojos antes de que inclinara la cabeza hacia mí para besarme. Fue un beso largo, lento y juguetón que me hizo sentir un cosquilleo en los labios y que convirtió mi piel en luciérnagas y plumas.

—Me muero de ganas por empezar nuestros entrenamientos —murmuró.

Casi me había quedado sin aliento, pero me las arreglé para contestar antes de que se apartara de mí:

—Yo también.

Cay miró por los alrededores para asegurarse de que no había ningún guardia que pudiera vernos y me guió de vuelta hacia los edificios principales del complejo. Me besó una última vez en el cruce entre el camino que llevaba a los barracones de las gladiadoras y a los establos.

Mi cama hacia un lado y la suya hacia el opuesto.

En ese momento, de pronto, fui dolorosamente consciente de que todavía existía una enorme división entre alguien como Cay y alguien como yo —alguien como la persona en quien me había convertido—. En el fondo de mi ser, la princesa cantii volvió a la vida y protestó porque ella debería, con todo derecho, dormir donde —y con quien— a ella le viniera en gana. La gladiadora le dijo que se callara y que se sintiera orgullosa del lugar que ocupaba como una igual entre sus hermanas gladiadoras, con la libertad de quedarse o de irse y la obligación de someterse a las mismas reglas si se quedaba. Incluso en la nueva orden de Sorcha, así es como seguirían las cosas. Tendría que aceptarlo mientras siguiera como una gladiadora aquilea. Lo que, a raíz de mi pacto con César, sería mi futuro inmediato. Suspiré, y Cay pareció sentir lo que yo pensaba.

Me envolvió con sus brazos y me besó la cabeza.

—Algún día —murmuró—. Algún día te tendré toda para mí tanto tiempo como me concedas, Fallon. Sin reglas, sin rangos, sin campañas ni competiciones ni las ideas de otra gente sobre lo que debería o no haber entre nosotros. Ni decurión y gladiadora, ni esclava y soldado, ni siquiera princesa y patricio, solo nosotros.

—Solo Cay y Fallon —suspiré—. Me gusta como suena.

—Y los dos dejaremos atrás nuestras armas.

—Ahora estás siendo un poco tonto.

Me miró y se echó a reír.

—Tienes razón. Pero ese día llegará. Lo sé en el fondo de mi corazón. ¿Ahora? A dormir. — Me dio un último y largo beso—. Sueña con tu fiera diosa, sueña conmigo y mantén un arma bajo la almohada por si acaso te metes en una pelea con cualquiera de los dos.

## V

Envuelta en el recuerdo del beso de Cay, volví a caer en mi cama y me quedé dormida. A posteriori, quizás debería haber puesto un arma bajo la almohada esa noche, como había dicho él. Tal vez ese tipo de talismán me habría guardado del desastre que estaba por venir —tal y como había predicho Cay sin darse cuenta—, entregado por un sueño.

En mi sueño vagaba por un portal neblinoso y me descubrí a mí misma de pie en el fragante y bien cuidado patio con jardín del Ludo Aquilea. La estatua de Minerva, la diosa romana de la guerra, se erguía inmóvil bajo la luz de la luna, pálida y perfecta. Sin embargo, esa noche, mientras me acercaba en sueños, vi algo distinto. Cuando me detuve delante, mis pies descalzos sin hacer ningún ruido alguno en el camino de grava, vi que no era en absoluto Minerva la que estaba allí de pie. Era mi hermana, Sorcha. Y no llevaba el casco y la *stola* de la diosa romana, sino que, en su lugar, aparecía como Morrigan, vestida con la larga capa de plumas que barría el suelo. No, pensé. No son plumas...

Hierro.

Su capa estaba hecha con hojas de daga. Sonaron como campanillas cuando alzó los brazos y la capa cayó. Bajo la luz de la luna, la sangre que goteaba de ellos era negra. Y entonces la vi, sentada en cuclillas a los pies de mi hermana, Uathach. Mi primer combate. Mi primer asesinato. Hacía meses que no soñaba con ella.

La Furia levantó la cabeza y me sonrió. Luego, todavía con una sonrisa, la inclinó hacia la figura que yacía a sus pies, envuelta en los pliegues de lo que parecía una toga con una ancha franja púrpura. No. Púrpura no... roja.

—Victrix —dijo la chica con esa voz parecida al graznido de un cuervo.

Y entonces pronunció otra palabra que me heló la sangre.

—Venganza.

Me desperté de golpe, empapada de sudor y preguntándome por qué la luz que emanaba de mi lámpara del juramento era carmesí. Sin embargo, entonces me di cuenta de que no era mi lámpara, sino que la luz entraba por mi ventana. Y en ese instante lo oí: el ruido de caballos relinchando.

Los establos ardían.

Los establos donde Cay y sus dos amigos dormían.

Me tiré la capa por encima y eché a correr por el pasillo, aporreando las puertas de las

habitaciones de las otras chicas al pasar. Para cuando llegué, los criados ya avanzaban a tropezones por el patio, medio dormidos, pidiendo a voces cubos de agua. Cay también estaba allí, guiando a un par de caballos para que salieran de los establos bajo una cortina de humo, y solté una exclamación de alivio al verlo. Cuando miré por encima del hombro vi que la mayoría de las otras chicas habían venido corriendo detrás de mí.

Me di prisa para desatar el asno de su poste en el patio y vi a Antonia llevando como podía, con su única mano, un pesado balde de agua por el patio. Cay corrió con otro par de corceles de auriga aterrorizados, y Quint y Tully lo seguían de cerca con más. Entonces vi que Cronos estaba allí, dando órdenes a los esclavos de la cocina para que hicieran una hilera para pasarse los cubos de agua; sin embargo, no vi a Thalestris en ningún lugar. Elka pasó corriendo a mi lado, su pelo rubio ondeando al viento, afanándose establo por establo para abrir las puertas y dejar escapar a los caballos, muertos de miedo. Vi a Neferet llevando una jaula de mimbre que contenía un cuervo joven que graznaba —el que antaño clavaron en mi puerta para intentar asustarme—, al que había conseguido curar y se había quedado como animal de compañía, guardándolo en los establos. Mi mente volvió de pronto a mi sueño. Mi hermana vistiendo una capa de plumas de cuervo de hierro...

Nadie había visto a Sorcha.

—¡Ve! —gritó Cronos cuando me vio—. ¡Encuentra a la lanista!

Con el corazón en la garganta, eché a correr hacia el edificio principal.

Mientras corría por el camino, con el rabllo del ojo me di cuenta de que los barracones de invitadas, en el lejano cuadrante oeste del complejo, estaban misteriosamente en silencio y a oscuras. Cuando llegué a los aposentos de Sorcha, encontré que habían destrozado el lugar. Los sillones y las mesas estaban patas arriba, los cálices hechos añicos y las lámparas de aceite esparcidas y consumiéndose por las delicadas alfombras. Los rollos de pergamino y los tubos de cobre que antes estaban bien guardados ahora estaban tirados por el suelo por todas partes. Un tubo tenía el sello de cera destrozado y yacía en su escritorio, vacío. El tapiz de Aquiles y Penthesilea que colgaba en la pared estaba rasgado por la mitad y ahora solamente se veía a la moribunda reina amazona, que tenía la impasible mirada clavada en un charco de sangre que se esparcía lentamente por el suelo de mármol.

Y Sorcha había desaparecido.

Me giré y salí corriendo por la puerta, con un retortijón horrible en el estómago, como si fuera un nido de víboras. De vuelta al patio del ludo, aquello era un caos. La oscuridad estaba iluminada por el fuego y los gritos de dolor, de humanos y animales, rasgaban el aire nocturno. En la pasarela de centinelas que recorría lo alto del muro del complejo vi figuras vestidas con capas negras y cascos. Los guardias de Ludo Amazona. Durante un instante de confusión pensé que nos ayudaban a defendernos de un ataque.

Pero entonces vi que la puerta principal ya estaba abierta.

Y que los guardias estaban de cara al interior, con sus armas apuntándonos a nosotras.

A mis amigas, mis compañeras guerreras, algunas de las cuales yacían sangrando en el suelo, mientras que otras luchaban con fiereza —la mayoría de ellas armadas solamente con sus manos— contra las chicas del Ludo Amazona, que vestían todas túnicas negras e iban armadas hasta los

dientes. Mi mente daba vueltas, llena de confusión ante la traición. El ludo había sido atacado, pensé, pero, como en la vieja leyenda del caballo de Troya, el enemigo había emergido del interior. Y había abierto la puerta a nuestra caída.

Había un carro que no conocía justo en el interior del patio más periférico y supe instintivamente a quién pertenecía. Ni siquiera tuve que girarme para verlo circulando por el perímetro de la caótica escena para saber que estaba ahí. Podía sentir su presencia como una niebla grasienta y fría envenenando el aire. Poncio Aquila. El Coleccionista. Mi mente retrocedió hasta aquella horrible noche en la Domus Corvinus, al recuerdo de los hombres con máscaras negras que devoraban el corazón de un gladiador caído en las cavernas que había bajo la mansión de Aquila, y sentí que se me revolvía el estómago.

La única cosa, aparte de la presencia de Aquila, que podía hacer tan terrible esa noche como la de mi recuerdo era...

—¡Gladiadoras!

Una voz femenina, áspera y espeluznante como el graznido de un cuervo enojado, sonó en la oscuridad.

«Nyx».

Como si mis propios pensamientos la hubieran conjurado en la noche, Nyx bajó de la pasarela de centinelas, la capa ondeando —oscuridad contra el cielo oscuro— como el Cuervo de las Pesadillas a punto de aterrizar en el patio, a menos de treinta pasos de mí. En una mano llevaba el látigo de auriga que una vez usó como arma contra mí. La cuerda de cuero trenzado siseaba por el suelo como una estela, retorciéndose y contorsionándose como una serpiente venenosa. Una por una, las chicas aquileas se giraron para mirar, sin comprender, a la chica que antaño fue una de las nuestras.

—¡Rebeldes! —continuó, haciendo restallar su látigo—. ¡Os ordeno que abandonéis las armas!

¿Qué rebeldes? ¿Qué armas?

La alarma desatada por el incendio del establo nos había sacado a todas de nuestras camas y nos había llevado a la noche sin siquiera pensar en coger primero nuestras espadas y lanzas. Lo cual, me di cuenta, seguramente había sido el objetivo del incendio. Las chicas amazonas y sus guardias iban armados, sin duda, pero los únicos componentes de nuestro ludo que llevaban armas era la guardia nocturna. Y todos ellos —hasta el último hombre— yacían muertos en el suelo. Nyx, mientras hablaba, se vio obligada a pasar por encima de un cuerpo postrado a medida que se acercaba a nosotras.

Me pregunté si los juegos y la bebida de Quint les habían adormecido los reflejos.

Me pregunté si Cay y yo éramos los culpables de aquello...

Miré a mi alrededor buscándolo como una loca y luego vi a Cay de pie con Quint y Tully, los tres con los rostros manchados de hollín por haber estado poniendo a salvo a los caballos. Cuatro de los guardias amazonas los empujaron hacia delante para que se unieran al grupo de gladiadoras vencidas, en el centro del patio, y Quint de pronto arremetió hacia una de las armas del guardia. Ahogué una exclamación horrorizada cuando un arquero que había en la pasarela de centinelas se giró, apuntó y disparó una flecha al tiempo que Cay llamaba a Quint para que se detuviera y se

lanzó hacia delante para tirar al suelo a su segundo al mando. La flecha surcó el aire y rozó la mejilla de Quint... para acabar alojándose en el pecho del legionario Tulio, que estaba justo detrás de él y que no la había visto venir.

Todo cuanto Tully tuvo tiempo de hacer fue vivir un instante de sorpresa antes de hundirse de rodillas y caer de lado, inmóvil, al suelo. La expresión del rostro de Cay a medida que se levantaba del suelo hablaba de asesinato. Clavó la mirada en el hombre que estaba de pie bajo el arco que llevaba al edificio principal, vestido con una toga de lana teñida de índigo.

En el circuito de los ludí se le conocía como el Coleccionista, por su determinación rapaz de poseer los mejores luchadores. Yo lo conocía como el líder de los Hijos de Dis, una sociedad secreta depravada y de culto dedicada a la adoración sacrificadora del dios del inframundo. El resto de la República, felizmente ignorantes, lo conocían como el político y ciudadano respetado tribuno de la plebe, Poncio Aquila.

Heron y Cronos, junto con el servicio doméstico, eran los que estaban más cerca de él cuando se acercó. Miraban boquiabiertos al tribuno, sin poder creer lo que veían, mientras el hombre avanzaba con un paso lánguido hacia el caos del patio, observándolo todo como si fuera el dueño.

Estábamos a punto de enterarnos, para nuestro horror, de que lo era.

—Me duelen —dijo Aquila, con una voz lo bastante fuerte para que lo oyera todo el mundo— las circunstancias que dictan el modo en que ahora debo presentarme ante todos.

—¿Qué modo es ese? —preguntó Heron.

—Este ludo —continuó Aquila— es un bien extremadamente valioso para la República. Una instalación atesorada en donde vosotras —hizo un ademán hacia el grupo de gladiadoras enfadadas y enfurecidas—, que deberíais ser las felices siervas de los ciudadanos de Roma, habéis aprendido y perfeccionado vuestra habilidad. Roma os necesita, señoras. Roma atesora vuestra contribución incesante a su cultura vital y vibrante. Tenemos que salvaguardaros. Sin embargo, está claro que os han guiado hacia el mal camino y, por lo tanto, debéis ser instruidas en los errores de vuestros actos... y rehabilitadas en consecuencia.

—Por Hades, ¿qué está diciendo? —gruñó Cronos—. ¿Qué errores?

Aquila lo miró con una expresión estudiada de leve desdén.

—Esta rebelión, por supuesto.

—¿Rebelión? —Heron no podía creer lo que oía—. ¿Se ha vuelto loco?

—Cuidado, médico —advirtió Aquila, mirando a Heron de hito en hito—. No tengo ninguna duda de que ha habido un intento de revuelta en este ludo. —Hizo un ademán hacia todas nosotras, allí de pie en pijama y descalzas, sin armas, sin medios para defendernos... vulnerables. Si esa era su idea de una revuelta, era lo más alejado al significado que yo había aprendido para aquella palabra.

¿Y dónde, si podía saberse, se había metido Sorchá para refutar tan ridícula reivindicación? Sentí un agudo retortijón de miedo en mis entrañas e intenté decirme a mí misma que la sangre que había en el suelo de sus aposentos no significaba lo que había pensado que quizás quería decir...

—He venido a deciros —prosiguió como si no lo estuviéramos mirando, como si nos hablara en germánico—, sin dejar lugar a dudas, que la República no tolerará ninguna rebelión inspirada en Espartaco. El recuerdo de las Guerras Serviles todavía está fresco para los romanos leales, y

mientras quede un ápice de aliento en mi ser no volverá a suceder.

La expresión del rostro de Cronos me dijo que, si pudiera, evitaría de buen grado que aquello fuera un problema.

—¿Qué os ha traído aquí exactamente, Tribuno? —preguntó, sin apenas contener el enfado en su voz.

—Ha sido un pequeño rodeo para escoltar a mis propias excelentes gladiadoras a casa después de su actuación en la naumaquia de Cleopatra.

Su boca hizo una mueca al pronunciar el nombre de la reina egipcia, como si hubiera comido algo amargo. Y menuda casualidad, pensé, que tuviera una horda de arqueros consigo para dar un «simple rodeo».

—Fortuito, en realidad. —Aquila se encogió de hombros—. Doy gracias a los dioses porque estuvieran aquí y fueran capaces de ayudar a sofocar esta vergonzosa sublevación. —Su expresión se volvió áspera y pétrea—. Ahora, ante el prematuro fallecimiento de quien fuera la lanista de este ludo...

El retortijón de miedo se cerró como un nudo en mi estómago.

—Miente —afirmé, ahogándome en las palabras que salían de mi boca—. No está muerta. ¡No puede ser! Miente...

—¿Y qué razón tendría yo para mentirte? —me dijo con frialdad—. ¿Acaso ves a la lanista entre vosotros?

Hizo un amplio ademán con las manos y giró lentamente sobre sí mismo, como si esperara que mi hermana saliera de entre las sombras. Al ver que no lo hacía, se encogió de hombros y dejó caer las manos a ambos lados.

—Si Lady Aquilea estuviera viva —continuó—, puedo aseguraros que me hubiera sentido de lo más honrado por detenerla a raíz de su evidente negligencia para dirigir la noble propiedad de César. —La palabra noble se dobló bajo el peso del desprecio de Aquila—. Sin embargo, solo los dioses mismos saben cuándo, o siquiera si el Cónsul volverá del campo de batalla y, por eso, mientras tanto... —hizo una pausa aparentemente dramática—... yo, Poncio Aquila, asumo el mando y la propiedad por derecho de esta academia y de todos aquellos que residen en ella. En nombre de la República, por supuesto.

—¡No puede hacerlo! —grité.

—¿Quién va a detenerme? —me preguntó—. ¿Tú?

«Sorcha...».

Pero yo misma había visto la sangre en su estudio destrozado.

Miré a mi alrededor, desesperada, hacia las otras chicas, a los maestros del ludo, a Heron, pidiéndoles en silencio que cualquiera de ellos me dijera que había visto a mi hermana. Que estaba viva. Herida, tal vez, escondida, pero ¡viva! Un rostro tras otro me dijeron lo mismo. Todo el mundo que estaba allí y que conocía a Sorcha sabía que de quedar un último aliento en su cuerpo habría estado allí. Luchando por nosotras. Que ella jamás habría permitido que esto pasara. Todo cuanto vi en los ojos de mis amigos era la terrible comprensión de lo que había pasado. Y Sorcha no estaba ahí.

Sentí una oleada de cegadora rabia roja bañándome y sentí que yo misma apretaba los puños,

pétreos, a ambos lados, que se me tensaban todos los músculos... Pero entonces vi a Cay mirándome fijamente, su propio enojo enmascarado bajo una expresión de advertencia dirigida específicamente a mí. Tully estaba muerto —justo a los pies de Cay—, los guardias estaban muertos, había arqueros entrenados que nos apuntaban a todos, y nosotros estábamos increíblemente desprotegidos. No me importaba. No... No quería que me importara. Pero tenía que hacerlo.

El Ludo Aquilea era mucho más que solamente yo. Más que solamente Sorcha. ¿Y qué hubiera hecho mi hermana si fuera ella y no yo la que estuviera allí en ese momento? Casi pude oír su voz en mi mente: «Primero piensa. Luego laméntate. Muere luchando solo como último recurso». Me di la vuelta para encararme a Aquila.

—Os conozco, romanos —escupí, intentando pensar más allá de mi enfado, más allá del dolor cruel que sentía en el corazón, en lo que Sorcha habría dicho y hecho—. Sé cómo los trozos de pergamino os unen como juramentos de sangre. Y sé que incluso si le ha pasado algo a Aquilea, ¡entonces el ludo pasa a ser propiedad de Thalestris!

Heron me miró boquiabierto, sorprendido. Sin embargo, él era uno de los administradores de confianza del Ludo Aquilea y vi en su rostro que él también estaba absolutamente al corriente de esa previsión en la voluntad de Sorcha. Sencillamente, estaba asombrado de que yo lo supiera.

El hombre dio un paso al frente.

—La chica tiene razón, Tribuno Aquila —afirmó—. Responderé de ello sobre el juramento de mi alma hasta que transcurra el tiempo en que se produzca el documento. Con todos los respetos, debo afirmar que la legítima propiedad de este ludo pasó de Julio César a Lady Aquilea, los acuerdos y las transferencias de monedas han finalizado esta misma mañana, y yo mismo he visto el testamento posterior que ha firmado ella misma con la voluntad de que fuera Thalestris quien, en el caso de que...

—¿Este testamento? —interrumpió Aquila sacando un rollo de pergamino de uno de los pliegues de su toga, como si se lo hubiera guardado allí anticipando semejante desafío—. Ah, sí...

Desenrolló el pergamino con un gesto de la muñeca e, incluso en la oscuridad, pude ver los garabatos negros —palabras pintarrajeadas por el documento bajo la pulcra caligrafía de mi hermana— que se habían añadido al documento. Había una firma debajo de los garabatos, y la gota de cera de un sello. Lo reconocí como la imagen de una moneda que Thalestris llevaba colgada del cuello, muy parecida a la alada Némesis. La diosa de la venganza.

Mi sueño volvió a mí y la voz de Uathach susurró una advertencia terrible en mi mente. Venganza...

—Creo, médico —prosiguió Aquila hablando de forma apacible—, en la medida en que es usted un hombre culto, que encontrará que está todo en orden si leyera este documento al completo. La promesa legal (y vinculante) de vuestra antigua lanista, en caso de su defunción, es que el Ludo Aquilea pase sin limitación alguna a manos de su *Primus Pilus* y camarada veterana, Thalestris la Amazona. Y aquí —señaló el texto escrito toscamente al final del documento— verá la promesa posterior (e igualmente vinculante) de Thalestris de entregar esos mismos bienes a mi propiedad por la suma total de un denario de plata. El cual pagué al completo a la amazona hace menos de media hora.

—¿Y dónde está Thalestris ahora? —preguntó Heron al Tribuno, aguzando y perforándolo con la mirada.

—¿Quién puede saberlo? —Aquila sonrió levemente—. Lo más probable es que ya esté cruzando Etruria, me atrevería a decir. Pobrecita, estaba terriblemente desconcertada ante la violencia de este intento vuestro de rebelión.

Thalestris. Desconcertada.

Imposible.

Lo único que podía pensar —y que tenía algún sentido— era que Thalestris, tan fieramente leal a mi hermana como había sido, también estuviera muerta. Poncio Aquila debió de haberle cogido el sello del cuello. Haberla forzado a firmar o haberla forzado a usarlo ella misma antes de acabar con su vida. Mi hermana y su *Primus Pilus* —las dos guerreras más fieras que yo había conocido nunca— se habían ido.

Aquila encogió los hombros y prosiguió, urdiendo su ridícula historia como si ensayara lo que diría a los juzgados cuando volviera a Roma con la voluntad de Sorcha agarrada en sus avaros dedos.

—Mientras mi gente sofocaba la revuelta, Thalestris me suplicó que aceptara su oferta con la esperanza de que yo pudiera restablecer el orden que ella, trágicamente, era incapaz de recuperar. Yo acepté gentilmente, le recompensé con clemencia y la solté de nuevo al monte. —Emitió una breve risotada por su broma sin gracia antes de que su expresión se volviera de nuevo de piedra. Tenía los ojos negros y lúgubres y hambrientos, como si su mirada nos removiera donde estábamos, horrorizados—. El resto de vosotras, sin embargo —prosiguió—, no se beneficiará de semejante benevolencia. Todas tendréis que aprender el respeto y la obediencia hacia mí, como vuestro nuevo propietario, que Lady Aquilea claramente negligió en inculcaros.

Vi como Heron palidecía.

Esto no era ningún malentendido. Ningún error de percepción en la versión de Aquila que podía desmontarse en un momento con las palabras oportunas de la gente oportuna. Eso era un carro desbocado que se había puesto en movimiento hacía mucho tiempo y que finalmente había alcanzado la velocidad suficiente para arrastrarnos a todas a caer por el precipicio. Y mientras ninguna de las pasajeras de aquel carro sentía que mereciera estar allí, fue Lydia la primera en protestar: tirándonos al resto bajo las ruedas del carro, como si hubiera alguna posibilidad de salvar su cuello.

—¡Yo no soy una de ellas! —espetó de pronto, alejándose del centro del patio, con ojos de loca y el pelo alborotado en una nube que le enmarcaba la cara.

—Lydia...

—¡Cállate, Fallon! —La chica corrió hacia Aquila con los brazos en alto, su súplica ensombrecida por algún tipo de flirteo mimoso y desesperado—. Ella es una de sus líderes, sabe... ¡Seguramente es la que ha asesinado a la lanista! ¡Yo soy leal a la República!

La mirada de Poncio Aquila la repasó impasible de arriba abajo, como si fuera una mendiga en un callejón. Peor que con desdén. Hice una mueca, anticipando lo que era probable que pasara a continuación. Lydia también pareció notarlo. Era algo llana, pero no era estúpida.

Dio un paso atrás, mirando a todas partes, como si fuera un animal arrinconado.

—Nyx, mi querida amiga... —Desvió su súplica a la chica que pasó todo el tiempo que compartieron tratando a Lydia más como a una lacaya que como a una amiga querida—. Sabes que soy como tú. ¡Estoy de tu lado! Dile al Tribuno...

Hasta allí llegó.

El restallido de cuero resonó por el patio.

Lydia chilló y cayó al suelo en cuanto el látigo de Nyx le alcanzó el rostro y de este empezó a manar sangre, que corrió entre sus dedos y manchó la arena. Vi a Gratia llevarse una mano a la boca mientras, entre una bocanada de aire y la siguiente, el látigo restalló de nuevo e hirió los hombros de Lydia, rasgando la fina tela de su pijama y dibujando un arco de sangre brillante. Volvió a chillar de agonía, y antes de que pudiera darme cuenta de lo que hacía, eché la cabeza hacia delante y empecé a correr hacia Nyx.

Cuando estaba en el ludo, a Nyx se le daba muy bien impartir castigos con un látigo de auriga. Parecía que había mejorado todavía más en los meses que habían transcurrido. Sin embargo, era un arma para luchar a cierta distancia. En un combate cuerpo a cuerpo era un arma inútil. Si Nyx no podía tomar impulso, no podría hacer restallar el látigo para conseguir un efecto devastador, y aquello era a lo que yo me agarraba. Me agaché bajo su brazo y la tiré al suelo.

Yo solamente había pensado en detenerla para que no matara a Lydia. No había anticipado lo que pasaría a continuación: Nyx se volvió completamente loca. La oí gruñir como una bestia mientras se revolvía debajo de mí. Blandió el pesado extremo de su látigo como si fuera una porra y me alcanzó en la sien. Vi las estrellas y retrocedí. Nyx se puso de pie en un instante. El látigo restalló de nuevo en su mano y el cuero golpeó brutalmente la arena a mi lado mientras yo giraba frenéticamente, medio cegada por el impacto en la cabeza. Intenté escaparme a gatas, pero Nyx me atizó con su látigo en la espalda como si fuera una porra. Y volvió a hacerlo. Y otra vez.

¿Cuántas noches habría pasado en vela, soñando en el tipo de venganza que tomaría contra mí por aquel momento en la arena? El momento en que yo le había arruinado la vida. Estoy segura de que era así como lo veía ella.

Pensé, por aquel entonces, que había intentado salvarle la vida.

«¿De verdad? —preguntó una voz en mi cabeza, algo acallada por la niebla roja—. ¿O solamente querías la satisfacción de ver a Nyx apartada del único mundo que conocía? ¿La única vida en la que jamás había prosperado?».

Nyx no me dio tiempo de contestar a mi propia pregunta silenciosa.

Una patada de su bota de clavos me levantó del suelo y me arrancó el aire de los pulmones. Oí a Cay gritando y luego el ruido sordo de un puñetazo. Con el rabillo del ojo vi a dos hombres de Aquila arrastrándolo hacia atrás, semiinconsciente y revolviéndose. El pulso rugió en mis oídos. La bota de Nyx me golpeó de nuevo, esta vez en el hombro. Creo que apuntaba a mi cabeza, pero la patada se desvió —fue un embate oblicuo, aunque otra explosión de creciente dolor, a fin de cuentas—. Apreté los puños, llenos de arena, y se la lancé a la cara, lo que me llevó a cosechar una sarta de improperios —además de un indulto momentáneo— como recompensa. Fue suficiente para que pudiera ponerme de rodillas y prepararme para su próximo ataque.

Sin embargo, mis únicas armas eran mis puños. Los empleé tan bien como supe y sentí su nariz romperse contra mis nudillos durante la pelea. Ni siquiera estoy segura de que se diera cuenta. La

sangre manó y le tiñó la parte inferior de la cara, como si llevara una máscara roja.

—¿Dónde está mi hermana, maldita seas, Nyx? —jadeé agarrándola por la pechera de la túnica.

Ella soltó una risita que mostró sus dientes teñidos de carmesí.

—De camino a conocer a su diosa.

—¿Qué le ha pasado? —exigí saber, acercándola hacia mí.

Un error.

—¿Sabías que jamás llegué a matar a nadie durante mis días como gladiadora? —siseó Nyx, ignorando mi pregunta—. Empiezo a pensar que fue un descuido...

Había estado tan concentrada en su látigo que no me di cuenta de la daga corta y afilada que llevaba en la otra mano. No creo que nadie más la viera, pero el impacto de la hoja del cuchillo perforándome el costado fue como un entumecimiento pesado y repentino. La ardiente sensación helada que lo siguió me aseguró que me había metido en problemas mientras me hundía de espaldas en la arena. Esperé que Nyx acabara conmigo allí mismo, en ese instante, pero de pronto oí más gritos y levanté la mirada y vi a uno de los guardias amazonas con su atuendo negro llevándose a Nyx, que pataleaba y peleaba, que gruñía enseñando los dientes como un animal rabioso.

Poncio Aquila echó a andar y le dio una bofetada que le quitó algo de su belicosa furia. Ella levantó la vista para mirarlo, jadeando.

—Contrólate, niñata miserable —espetó—. O no volverás a ver el interior de una arena en tu vida y asignaré ese destino prodigioso a alguien que se lo merezca —terminó señalándome con el mentón.

Aquello fue suficiente para borrar la rabia de Nyx por completo. Lo que quedó en la expresión de su rostro me lo dijo todo sobre ella en ese momento. Cuando llegué al ludo y Nyx descubrió el secreto de mi identidad —yo era la hermana, perdida hacía mucho tiempo, de Lady Aquilea, la mujer a quien Nyx había dedicado su mente y su corazón y unas habilidades marciales considerables desde el día que había sido escogida para jurar sus votos— se empeñó en mi destrucción. No en humillarme, no en deshonorarme... en matarme. Aquilea fue su heroína. Su madre adoptiva. Alguien a quien aspirar a emular y hacer sentir orgullosa. Y yo se lo había arrebatado todo con solamente aparecer.

En otras circunstancias, quizás habría sentido pena por Nyx. A fin de cuentas, yo había crecido pensando exactamente lo mismo de Sorcha y eso me había dejado hueca, me había hecho perder de vista las cosas realmente importantes para mí. En ese momento, sin embargo, la cosa más importante para mí era que estaba de rodillas, sangrando por la herida de una daga.

El dolor todavía tenía que manifestarse en todo su esplendor y me agarré el costado con la mano, bajo la oscura tela de mi capa, deseando desesperadamente que Poncio Aquila no se diera cuenta de que estaba herida. La voz de Morrigan siseó en mi cabeza, susurrando una advertencia ante la idea de mostrar debilidad. Estuve de acuerdo con ella, fervientemente y en silencio. Si pensaba que me había herido de gravedad, el noble Tribuno quizás dejaría que Nyx acabara el trabajo.

Y yo no podría detenerla.

Lydia todavía se retorció en el suelo, gimoteando de agonía; Aquila y su gente la ignoraban, pero yo temía lo que le pasaría en cuanto el hombre recordara que ella estaba ahí.

Pude sentir el sudor corriéndome por la nuca cuando me puse en pie con gran esfuerzo. Los guardias vestidos de negro formaban apuntando con sus armas a las chicas aquileas. Uno de los guardias había clavado a Cay al suelo, con una mano en la espalda. Cay tenía sangre en una comisura de los labios y enseñaba los dientes en un gruñido.

Me quedé ahí de pie, tambaleándome, desafiante, mientras Aquila hizo un gesto a uno de sus hombres para que se acercara. Incluso bajo el casco que llevaba, que le oscurecía los rasgos, reconocí que era uno de los antiguos entrenadores del Ludo Aquilea —un bruto de cuello ancho y brazos desnudos que lucía las cicatrices de incontables batallas, ya que antaño había sido un soldado de la legión llamado Ixion—. Sorcha lo había despedido poco después de que yo llegara al ludo a raíz de su predilección por la violencia excesiva. En aquel momento pensé que, en una escuela donde nos instruían para matar, aquello decía mucho.

—Considero que esta... gladiadora necesita pasar algo de tiempo a solas —afirmó Aquila—. Llévala a algún lugar tranquilo donde pueda aclararse las ideas y meditar sobre su futuro.

Ixion gruñó y me agarró por el brazo. Lancé una mirada a Elka, cuyo rostro estaba rígido de furia, y sacudí la cabeza. Antes Cay acertó al advertirme que no tomara acción. En ese momento, lo único que yo podía hacer —igual que cualquiera de nosotras— era cooperar. La insolencia vendría más tarde. Aunque solamente si sobrevivíamos lo suficiente. Muertas o tullidas no ayudábamos de ningún modo a las otras. Un instante más tarde, Elka también pareció entenderlo y dio medio paso atrás.

Caminé delante de Ixion, con una mano pegada a mi costado herido, mientras él me empujaba a avanzar con el pomo de su espada. Me guio lejos de los edificios donde estaban nuestras celdas y se dirigió hacia el rabioso fulgor naranja que todavía crepitaba en el extremo más alejado del complejo del ludo, donde los establos todavía ardían. Se detuvo cuando llegamos a un edificio bajo de piedra al cual yo jamás había prestado mucha atención hasta aquel momento. Siempre había asumido que era un cobertizo para almacenar el forraje de los caballos. Había unas escaleras que se adentraban en la tierra delante de una puerta remachada de hierro. Ixion pasó por delante de mí y un ruido de llaves emergió de la bolsa de cuero gastada que colgaba de su cinturón.

Se me secó la boca al verlo. Antes pertenecía a Thalestris.

«Entonces sí que nos ha dejado de verdad», pensé.

La angustia por mi hermana resurgió en mi interior. Y la desesperación.

Ixion repasó las llaves de Thalestris hasta que encontró la que quería —un trasto negro y pesado que parecía una garra— y la insertó en la cerradura. Se oyó un chirrido quejumbroso cuando giró la llave y la puerta se abrió pesadamente. El hombre alargó la mano, me cogió por el hombro y me metió dentro sin decir nada. Bajé trastabillando otro tramo de escaleras, con los dientes apretados por el dolor que sentía en el costado, que había pasado de ser una punzada apagada a una quemazón ardiente. En la oscuridad, todo cuanto podía ver era un pasillo oscuro y estrecho delante de mí, como unas fauces abiertas esperando para devorarme. Acababa en una celda diminuta, con una puerta de barrotes como una jaula. Con el corazón en la garganta, miré

hacia atrás, a Ixion.

—Siempre quise encerraros a alguna de vosotras para que os pudrierais aquí en el Tártaro — confesó Ixion, riendo—. Una verdadera pena que este sitio nunca se usara como es debido mientras Aquilea estaba al mando.

Tártaro. Llamado así por la mítica mazmorra del inframundo.

Casi pensé que no era más que un rumor. Algo que se contaba para asustar a las chicas menos tratables del ludo para que se comportaran mejor. Sorcha jamás vio la necesidad de usar el Tártaro con nadie —ni siquiera con Nyx— como medida punitiva. Ni siquiera conmigo. Ixion cogió otra llave que colgaba en la pared de fuera de la celda y abrió la puerta de barrotes. Sin pronunciar palabra, hizo un gesto para que entrara.

Era un lugar frío, húmedo y oscuro, y el aire estaba viciado y cargado. Las paredes eran de piedra áspera, el suelo estaba sucio y había una única ventana diminuta y con barrotes, más pequeña que mi cabeza, que se abría cerca del techo bajo hacia un pequeño recinto olvidado y lleno de hierbajos que había detrás de los establos. De lo que eran los establos.

Ixion cerró la puerta de barrotes con estruendo y volvió a colgar la llave en su sitio, giró sobre sus talones y desapareció sin decir más. Cuando cerró la puerta de fuera, sentí como las diminutas y desgarradoras zarpas del pánico empezaban a subirme desde lo hondo del estómago para atacarme salvajemente la base de la garganta. Tragué saliva con fuerza para ahogar la bilis que empezaba a notar y sacudí la cabeza para despejarme.

«Lo primero es lo primero, Fallon», pensé.

La luz de las llamas que se iban consumiendo en el fuego casi extinguido del establo se filtraba a través de la ventana diminuta, y bajo el tenue fulgor naranja me aparté la capa y miré la tela empapada de sangre de mi túnica de pijama con una especie de objetividad sorprendente. El desgarrón de la ropa era pequeño y limpio —exactamente del tamaño de la hoja de la daga de Nyx—, y tuve que romperlo y hacerlo más grande para poder ver bien la herida que me había infligido.

Otro agujero pequeño y limpio. En mi carne.

Ya había resultado herida antes —cortes, cardenales, todo tipo de magulladuras que se habían curado y habían dejado en mi piel las marcas que Cay había ido descubriendo tan deliciosamente esa misma noche— y sabía que lo primordial en ese momento era detener el flujo de sangre que todavía perdía. No sabía lo hondo que había entrado la daga de Nyx ni si había afectado algún órgano vital. Si ese era el caso —si había algún órgano dañado— probablemente yo ya estaba muerta y sencillamente no lo sabía. Sin embargo, no estaba tosiendo sangre y aquello era una buena señal. Levanté el dobladillo de mi capa y, con los dedos fríos y torpes, rasgué un trozo ancho. Entonces, con cuidado, lo usé para vendarme fuertemente el torso, dando tantas vueltas como pude y asegurando el extremo para que no se escapara. Para cuando hube terminado, estaba sudando y jadeando.

Pero no estaba muerta. Y no pensaba rendirme.

Tuve pensamientos valientes mientras temblaba y me recostaba contra la pared, deslizándome para sentarme en el suelo sucio con las rodillas hacia arriba para mantener el calor. Los párpados se me cerraron y no sé cuánto rato pasé de ese modo, un bulto anudado de tristeza agazapada en la

oscuridad, antes de oír un ruido.

Levanté la mirada y vi a Poncio Aquila de pie en el otro lado de la puerta de jaula. Una única antorcha quemaba en un gancho de la pared y reflejaba su oscuro semblante, que estaba fijado en mí, sin parpadear. No sé cuánto tiempo llevaba ahí de pie, pero cuando mi mirada encontró la suya sonrió como un reptil que estirara los labios, desprovisto de calidez.

—Ahí está —dijo—. Mi genio de las tierras de la arena. Mi musa diosa de la espada y el escudo...

Me acordé del día en que me vendieron en el Foro Romano. Cuando Sorcha había ofrecido una suma desorbitada para salvarme de las garras de Aquila. Ese día ni siquiera sabía quién —qué— era él. Solo supe que me sentí profunda e instintivamente agradecida de que su apuesta no hubiera ganado. Di las gracias a Morrigan y pensé que las había aceptado. Que me había dado un trato de favor. ¿Por qué entonces la diosa vio adecuado castigarme con este destino ahora?

¿Por qué tenía que arrebatarme a Sorcha y entregarme a él?

—Ahora eres mi Victrix. —Aquila dio un paso hacia los barrotes con los ojos febriles.

Victrix. El nombre que tan orgullosamente había llevado desde los Triunfos.

¿Fue eso?, me pregunté. ¿Morrigan me había abandonado porque había puesto mis dotes de guerrera al servicio de César? ¿Al enemigo? Yo solamente había ambicionado llevar honor al ludo. A mi hermana y a mí misma. Ayudar a Sorcha a hacer realidad su sueño de crear un lugar donde las chicas que luchaban y sangraban conmigo pudieran escoger por ellas mismas las vidas que querían vivir. Que yo hubiera tenido que hacer un pacto con César para que eso tuviera lugar no debería importar, ¿o sí? Me negaba a creer que la diosa le considerara de algún modo más aborrecible que el hombre que tenía delante de mí... con algo en las manos. Agucé la vista en la oscuridad para ver qué era y la sangre se me heló en las venas. Con las puntas de sus dedos de uñas perfectas, Aquila sostenía una única pluma esbelta forjada en plata. Brillaba roja bajo la luz de la antorcha.

—¿Qué viste? —La voz de Poncio Aquila era suave y entrecortada por la genuina curiosidad—. Aquella noche en mi *domus*. ¿Qué viste, pequeño cuervo?

¿Qué había visto? El recuerdo de aquella noche, aunque deformado y distorsionado por una bruma neblinosa de vino de mandrágora, quemaba en mi alma. Ajax, el gladiador, tumbado en la mesa de piedra de la caverna subterránea. Los hombres con máscaras de plumas congregados alrededor de su cuerpo abierto en canal, devorando con voracidad el corazón que había latido tan intensamente en su pecho solo unos instantes antes. Seguro que todavía estaba caliente cuando lo pusieron en el plato de las balanzas para sopesarlo con una pluma de plata.

La misma pluma de plata que Poncio Aquila puso en alto para que yo la viera. Me encogí al verla y me apreté contra el rincón más alejado de la celda mientras él movía la pluma hacia delante y hacia atrás por los barrotes de mi jaula. El borde metálico produjo un sonido como el rasguear de cuerdas de una lira desafinada.

—César no sabe lo que tiene en ti —afirmó Aquila—. Si lo supiera, jamás te habría dado la oportunidad de ganarte tu libertad. Ni siquiera el menor indicio de esperanza. No. Es un necio. Yo no soy ningún necio. Yo te veo. Veo tu espíritu. El poder que tienes... —Su voz se alargó, tensa y fina, mientras hablaba, agudizada por algún tipo de intensidad febril—. Tu alma lleva la marca de

tu diosa de sangre... Puedo ver su toque en ti. Naciste para matar, Fallon ferch Virico...

La impresión que me causó oír la lengua de Aquila pronunciar mi nombre regio completo me llenó de una repulsión que debió de filtrarse en mi expresión. Aquila se alejó un paso de los barrotes de mi celda, un lustre de sudor le bañaba el ceño. Inspiró profundamente, las narinas hinchadas, y su boca dibujó un rictus hacia arriba en una fea sonrisa.

—Te sorprende que sepa tu nombre —dijo—. Lo sé todo sobre ti. Más, quizás, de lo que tú misma sabrás jamás. Sé lo poderosa que eres... —Volvió a pasar la pluma por los barrotes de la celda, arrancando una música discordante del pequeño objeto de plata—. Y cuando mueras —continuó— tomaré ese poder y lo haré mío.

—No tendrás nada de mí que no te dé por voluntad propia —dije con los dientes apretados—. Y eso no pasará jamás.

—Oh. —La pluma se detuvo y Aquila dirigió su mirada completa y torva hacia mí—. ¿Incluso con esa misma generosidad de espíritu que un día te fue conferida en la arena? Dime... ¿Qué sentiste cuando acabaste con la vida de Furia?

Tragué saliva con fuerza ante el torrente que desató ese recuerdo, intentando deshacerme de él. La mirada de Aquila me quemó.

—¿Sentiste la fuerza de su rabia? —siseó—. ¿La oleada de su divina locura fluyó de su cuerpo al tuyo?

Aparté la mirada.

—Fue un gran regalo, el que te dio. Lo sentiste, lo sé. Tenía que ser así.

Y lo que había sentido, en ese momento, era pesar. Remordimiento.

«¿Y nada más?».

Luché en silencio para negar el recuerdo y la pérdida. Mi primera víctima mortal —mi única víctima mortal— era una mujer que se llamaba a sí misma Uathach. «La Terrible». Todo el mundo la llamaba Furia, y ella, en sus momentos agónicos después de que mis espadas le hubieran perforado el corazón, presionó sus manos contra mi pecho —contra mi corazón— y susurró unas palabras pronunciadas solamente para mí.

«Ahora te pertenece —murmuró—. Gracias...».

Y sonrió. Y entonces se fue.

Intenté convencerme a mí misma de que nunca había entendido bien lo que me había querido decir. Pero sí lo entendí. Sabía exactamente lo que me había dado. Muerte. Su muerte. Mi vida, alimentada por esa victoria, se había precipitado hacia delante desde ese momento con toda la voluntad enajenada de Furia de vivir libre o morir rodeándome como una armadura invisible. Me había dado un regalo terrible aunque la hubiera liberado de una terrible carga. ¿O había sido al revés?

—Lo entiendes —dijo Aquila—. Sabía que lo harías. Tú y yo estábamos destinados a encontrarnos, Fallon. Lo supe desde el primer momento que oí a tu hermana hablando de ti. Fue como si hubiera sentido la caricia de plumas contra mi mejilla. —Levantó la pluma de plata y la pasó por el perfil de su rostro mientras hablaba, y yo me estremecí, asqueada por el hambre lobuna y la sed de sangre que podía ver reflejadas en su mirada—. Sé que eres responsable de la muerte de un joven guerrero de tu tribu. ¿Maelgwyn Mano de Hierro? Su hermano, mi gladiador

Mandobracio (creo que lo conocías por el nombre de Aeddan), me contó la historia de lo que pasó aquella noche.

La noche que mi vida se transformó en un pozo negro sin fondo.

—Se equivoca conmigo —aseguré—. ¿No le dijo Aeddan que fue su espada la que acabó con la vida de su hermano?

—Por tu culpa, sí —asintió Aquila, sonriendo—. Tú eres un presagio de muerte.

No. No lo era. No podía serlo. Aquila mentía...

—Y ahora tu hermana también está muerta. Parece que cualquiera que te quiere, Fallon, está destinado a morir. Yo iría con cuidado por aquel decurión que parece tenerte tanto cariño.

—¡Cállese! —gruñí arremetiendo entre los barrotes, mis manos estiradas para arañarle el rostro—. Cierre su sucia boca...

Me agarró la muñeca con una fuerza sorprendente e impidió que la moviera.

—Esa feliz noche —siseó—, cuando derramó la sangre de su hermano, te ha llevado a este lugar. A este momento. A mí. ¿No lo ves, Fallon? Tu diosa ha trazado el camino de tu destino para que te lleve directa a la puerta de mi dios. Dis y Morrigan son almas gemelas. Igual que nosotros.

Su sonrisa se volvió venenosa y pasó el extremo de la pluma por la parte inferior de mi antebrazo, suave y blanca. Estaba afilada como una cuchilla y la sangre empezó a manar, colándose por las líneas curvas que trazaba, líneas que formaban el símbolo de una pluma sobre mi piel. Apreté los dientes y ahogué un silbido de dolor. Cuando hubo acabado de marcarme, Aquila me soltó y yo me agarré el brazo y lo presioné contra mi pecho.

—Está loco... —La voz me tembló.

—¿Lo estoy? —Rio escondiendo la pluma entre los pliegues de su capa—. ¿Qué destino, entonces, llevó a Aeddan a mi ludo? Tú estabas ahí la noche que acabó con la vida de Ajax. Fuiste testigo. Él es mi gladiador más fuerte. —Aquila inclinó la cabeza—. ¿Y qué me dices de la Furia? La vi luchar durante años. Imbatida. Imbatible... Hasta que llegaste tú, Fallon. Victrix. Aquilea no tenía tu fuerza. Jamás la tuvo. Por eso vuestra diosa la condenó a caer bajo las ruedas de un carro mientras que a ti, en la misma arena, llevando a cabo el mismo acto, a ti de dio alas.

«Si lo hubiera hecho —pensé—, las usaría ahora para salir volando de toda esta horrible pesadilla».

—¡Lucha para mí, Fallon! —Aquila se aferró de golpe a los barrotes y acercó el rostro, como si quisiera pasarlo entre ellos para entrar a mi celda—. Gana para mí.

Un escalofrío me recorrió la piel. Las palabras de Aquila eran un espejo oscuro de la conversación que había mantenido con César en su villa el día que me había escogido como a su Victoria.

—Jamás lucharé para ti —susurré con la boca seca como el polvo.

—Entonces jamás saldrás de esta celda. Y eso sería una verdadera pena. Piensa bien tu decisión, querida. Y cuando vuelva a pedírtelo de nuevo, ten una respuesta mejor. Por el bien de ambos.

## VI

La luz que se colaba por la diminuta ventana de mi celda se agitó y cambió al tiempo que me acurrucaba contra la pared, en un duermevela semiconsciente. Bajo el retal rasgado de capa que me había atado alrededor del torso, podía sentir que la piel que rodeaba la herida se había vuelto tensa y caliente, pero el resto de mi cuerpo estaba frío, húmedo, tembloroso...

—Criatura...

Me esforcé para abrir los ojos. La voz era muy tenue.

Sonaba remota... familiar. Agucé la vista, pero todo estaba borroso.

—Despierta, criatura...

El olor de vino rancio me llenó las narinas.

—¿Arviragus? —Parpadeé, confundida.

El poderoso jefe de guerra galo a quien los romanos llamaban Vercingetórix estaba sentado en cuclillas en el suelo de mi celda, esperando a que me despertara. Por un instante, pensé que lo veía en la gloria de su juventud. Cuando visitó mi hogar de Durovernum y me enseñó a colocar mis manos infantiles alrededor del pomo de una espada. Su melena de pelo castaño rojizo se derramaba sobre sus hombros y una barba bien recortada enmarcaba su atractivo rostro por encima de una gruesa torques de oro que rodeaba su cuello. Sostenía una espada entre sus manos y el puño brillaba bajo la suave ola de luz que entraba por la ventana.

Cerré los ojos con fuerza y volví a abrirlos.

No. No era una espada. Era una copa de vino.

Y su pelo y su barba se habían vuelto salvajes y enmarañados, y su rostro estaba hinchado de derrota. Excepto sus ojos. Aquellos ojos no habían cambiado. Ardían con una intensidad que parecía que pudieran colarse en mi interior y ver mi alma. ¿Y por qué no?

Arviragus estaba muerto.

Al final de los Triunfos Cuádruples de César, el poderoso general romano había hecho desfilar al poderoso jefe de guerra galo por las calles de Roma para que la gente de esa gran ciudad pudiera maravillarse y burlarse del más feroz de los adversarios de César. Recordé que en aquel momento Sorcha me explicó cómo, después del espectáculo, se llevarían a Arviragus y lo estrangularían lejos de la vista del populacho. Algo de piedad, pensé en aquel entonces. Dejar los últimos rastros de su dignidad intactos...

Y, sin embargo, ahí estaba. Observándome concienzudamente a través de sus ojos centelleantes mientras yo luchaba para encontrar algún sentido al momento. Cuando pareció que estaba seguro de que yo estaba totalmente consciente, soltó una risita y levantó la copa de vino en un saludo burlón.

—Ave, Victrix —dijo con una voz arenosa y oxidada—. Salve al héroe conquistador.

—No me siento muy heroica —murmuré.

—Por supuesto. No deberías. —Se giró y escupió en el suelo—. ¿No lo viste venir? ¿Ni tú ni tu hermana? Pensé que os había enseñado a ser mejores, criatura...

Mi cabeza nadaba mareada.

Sentí el calor de un rayo de luz del sol cayendo sobre mi rostro.

Oí una risotada, levanté la mirada y vi una imagen de mi hermana, ágil y encantadora y joven como un cervatillo, ofreciéndome una mano para que me levantara. Me miraba con el semblante sonriente, su rostro pecoso enmarcado por una nube de pelo suelto, y en la otra mano llevaba una espada de madera. La risotada que había oído era suave y musical, y provenía de un joven atractivo con trenzas de color castaño rojizo que estaba sentado en un tocón, observando cómo luchábamos mi hermana y yo.

Se puso de pie y anduvo hacia nosotras, deteniéndose para recoger mi espada, que reposaba en la hierba. Parecía un juguetito en su enorme mano cuando se inclinó para dárme la.

—Mejor —afirmó, los ojos le centellaban divertidos.

—Pero he perdido igualmente —me quejé, arrebatándole la espada con mis rechonchos dedos infantiles.

—¿Y eso por qué? —me preguntó.

—Porque... —Fruñí el ceño, pensando mucho en cómo me había ganado mi hermana—. ¿Porque he empezado a mirar su espada?

—¡Bien! —Sorcha me miró radiante—. Estás aprendiendo.

El joven Arviragus asintió, complacido, aunque yo hubiera perdido.

—¡Criatura! —Me revolvió el pelo—. Mientras el arma solo hace una cosa a la vez, quien la blande hace muchas. Y es él o ella quien te dice lo que hace, y lo que hará, pero tienes que prestar atención. A sus pies, a sus hombros, a sus ojos... De ese modo, siempre sabrás lo que está por venir. En un combate siempre tienes que anticipar seis, siete, ocho movimientos. Recuérdalo. Y recuerda esto: un combate no termina hasta que tienes a tu oponente muerto a tus pies. Nunca...

—¡Ha!

Solté mi gritito de batalla y pasé por debajo de su brazo, cogiendo a Sorcha por sorpresa y arrebatándole la espada de la mano con la mía. Mi hermana gritó cuando le salté encima para hacerle cosquillas y nos caímos juntas al suelo, rodando y riendo y peleándonos en broma a puñetazos mientras Arviragus nos animaba a las dos...

El recuerdo se desvaneció.

Me descubrí de nuevo en los oscuros y húmedos confines del Tártaro, con un fantasma.

—Sorcha se dejó ablandar —afirmó Arviragus en un gruñido enfurecido.

—No es verd...

—Está muerta, ¿no?

La garganta se me cerró en un sollozo y no pude responder. No pude encontrar las palabras para negarlo. El corazón me dolía por la hermana que había recuperado después de tantos años solo para volverla a perder. Sacudí la cabeza con fuerza para desterrar mi delirio febril, pero solo conseguí que las paredes nadaran ante mis ojos. Arviragus se quedó donde estaba.

Suspiró y bebió de su copa espectral.

—Tú, sin embargo —continuó—, pensé que tú llevabas una ventaja que aguantaría. ¿Se te subió a la cabeza la adoración de las gentes, pequeña?

—Si fue así, es su culpa —espeté. No estaba de humor para las regañinas de una alucinación—. Usted fue quien me dijo que les encandilara. Cautívalos. Seduce a la muchedumbre, me dijo.

—Ese es el tema de la seducción, Fallon. —Arviragus se echó hacia delante, el hedor a vino lo siguió como si fuera niebla—. Que nunca te seduzcan a ti. —Se echó a reír tristemente—. ¿Qué más te dije?

Me esforcé para recordar los consejos que me había dado ese día. Parecía que hacía tanto tiempo... Ah. Sí. «Sé valiente, gladiadora —me había aconsejado Arviragus—. Y sé precavida. Lo brillante engendra traición. Lo bello engendra envidia. Cuando te ganes el amor de César también te harás con el odio de sus enemigos».

Odio. O deseo. No había escuchado. Gané ambas cosas y ya no había nada que pudiera hacer al respecto.

—Váyase, anciano —murmuré—. Está muerto.

El hombre se echó a reír.

—No me voy a ir a ninguna parte —dijo—. Pero tú sí.

—¿Ha venido para guiarme hacia las Islas Benditas?

—¿Eh? Uy, no. —Dejó de beber un instante para señalarme con un dedo—. No te vas a librar del anzuelo tan rápido. Morrigan no ha acabado contigo todavía, criatura. Ni de lejos. De modo que si yo fuera tú, empezaría a pensar para encontrar la manera de salir del embrollo en el que te has metido.

—¿Qué se supone que debo hacer? Estoy en la celda de una prisión.

Arviragus rio de nuevo.

—En ese sentido estás llorándole al hombre equivocado.

—¿Cómo escapó usted?

—Del modo equivocado —respondió, alzando su copa y dando unos golpecitos al borde—. Quizás algún día escaparé del modo correcto...

Una nueva oleada de escalofríos me bañó entera, fría y luego ardiente como la fiebre, y cuando pasó volví a estar sola. Arviragus se había ido y yo moriría en el Tártaro... olvidada, vencida, un montón de polvo y huesos secos sin pira funeraria que llevara los restos de mi alma a las Tierras Benditas de los muertos cuando me fuera. Verdaderamente, Morrigan me había abandonado... No. La diosa era buena. No había perdido la fe en mí, debía creer en ella. Cerré los ojos y murmuré su triple nombre en mi mente una y otra vez. «Macha. Nemain Roja. Badb Catha...».

Luego oí un revoloteo de alas por encima de mí.

Miré hacia arriba y vi un cuervo encaramado en el alféizar de la diminuta ventana con

barrotes, inclinando la cabeza para mirarme con uno de sus brillantes ojos negros.

—¡Furia! —exclamé, y el pájaro respondió con un graznido suave.

Durante los días previos a los Triunfos de César yo había sido el blanco de una serie de bromas de mal gusto que culminó con alguien clavando un cuervo vivo en la puerta de mi cuarto para intentar asustarme lo bastante para retirarme de la competición. La intimidación no dio resultado y el pájaro, pobre criatura, quedó en manos de Neferet, que lo cuidó hasta que recuperó la salud. Las chicas adoptaron al cuervo como si fuera un animal de compañía y lo llamaron Furia en honor a mi primera oponente.

—Furia —llamé con dulzura, poniéndome en pie como pude y levantando un brazo—. Ven. Ven aquí, pequeña...

El animal inclinó la cabeza, me dedicó un graznido y luego saltó del alféizar para posarse sobre la muñeca de mi brazo extendido. Una chispa de esperanza prendió en mi pecho mientras la llevaba hacia la puerta de barrotes de la celda. Estaba cerrada por fuera, y solo la llave de hierro —que colgaba de un gancho que había sobre un saliente de la pared de enfrente, tan tentadoramente cerca y a la vez tan fuera de mi alcance— la abriría. Sin esa llave no saldría de esa celda, y todavía menos del Tártaro.

Una de las cosas que supe acerca de Furia, una vez hubo sanado, es que era muy lista. Aprendía trucos muy rápido y parecía disfrutar de hacerlos ante nosotras. Uno de esos trucos era ir a buscar cosas. Me la quité de la muñeca para depositarla en el larguero de la puerta de la celda. El pájaro aleteó y agitó las plumas, y me miró expectante.

—Furia, busca —dije, y clavé la vista en la llave.

La llave tenía forma de lechuza, el pájaro sagrado de Minerva, la diosa romana de la guerra, y yo lancé una súplica desesperada y silenciosa a Morrigan con las esperanzas de que las dos diosas —con sus criaturas— se llevaran bien. Alargué una mano, con los dedos bien extendidos, hacia el gancho de la llave. El movimiento hizo que la herida de mi costado ardiera con fiereza y que las delgadas líneas de los cortes que Aquila había trazado en mi brazo se estrecharan y nuevas gotas de sangre brillante volvieron a manar de ellos, emergiendo a través de la costra oscura de color herrumbre que ya se había formado.

Me pregunté cuánto tiempo había pasado desde que me encerraron en el Tártaro. ¿Horas? Días, incluso, tal vez... Elka y las otras seguramente pensaban que ya estaba muerta.

Furia era mi única esperanza.

—Venga —la animé con una voz áspera y cantarina—. Eso es... la llave, Furia... cógela y tráela aquí. Tráemela, Furia...

El pájaro giró la cabeza a ambos lados, sus ojos negros azabache miraban ahora hacia mí y ahora a la llave. Aguanté la respiración mientras Furia daba unos saltitos y revoloteaba por el aire hacia el saliente que había al lado del gancho de la llave. Sentí un arrebató de avariciosa esperanza.

Morrigan todavía estaba conmigo. Había enviado a su sierva a ayudarme...

Furia daba saltos sin parar.

—Venga... —la animé—. Coge la llave...

Se acercó al saliente con su afilado pico negro.

—Buena chica... buena...

Un crujido en una esquina oscura de pronto le llamó la atención, y Furia saltó del saliente y se lanzó en picado para atrapar un ratón con sus garras. Luego pasó volando entre los barrotes de la puerta, por encima de mi cabeza, y volvió a salir por la ventana para disfrutar de su festín en el patio.

—¡Ay, por los dientes de Lugh! —maldije mientras desaparecía de mi vista—. ¡Pajarraco tonto!

Enviado por Morrigan, a fin de cuentas.

Furia no era más que un cuervo que hacía lo que hacen todos los cuervos. Cazar, no ayudar. Y solamente podía regañarme a mí misma. Ella era un pájaro y no ningún tipo de mensajero místico, ni mi salvación, solo un pájaro. Volví a caer contra la pared. El peso abrumador de la soledad se me antojó como una manta sofocante, y el silencio que había dejado el revoloteo de las alas de Furia era ensordecedor. En mi desesperación casi deseé que Arviragus se me volviera a aparecer.

Pero no lo hizo.

El corazón se me hundió en el pecho. Sin embargo, en ese instante una llave trasteó en la cerradura al final del pasillo tenuemente penumbroso y mi corazón dio un salto hacia mi garganta. Me quedé petrificada cuando la puerta se abrió y una suave ola de luz nocturna recortó el casco y la capa de un soldado.

«¡Cay! —pensé, poniéndome en pie—. ¡Me ha encontrado!».

No.

La figura ensombrecida y sin rasgos dio un paso al frente y no vi el penacho carmesí del casco, sino un manojo de plumas negras. No vi la capa roja de un decurión, sino un trozo de tela negra como el hollín de pliegues profundos. Uno de los guardas del Ludo Amazona había venido a llevarme ante Poncio Aquila o a acabar con mi vida. La capa ondeó a su paso como si fueran alas cuando echó a andar resueltamente por el pasillo hasta llegar a mi celda; yo volví a pegarme al rincón más alejado mientras se acercaba. Tomó la llave que no había conseguido que Furia me entregara y abrió la puerta.

Al ver que no me movía, masculló con impaciencia.

—¿Qué te pasa? —espetó—. ¡Venga!

Parpadeé al oír unas palabras pronunciadas en mi propia lengua.

—¿Aeddan...?

Pareció darse cuenta entonces de que el casco que llevaba le oscurecía los rasgos. Aeddan alargó una mano y se quitó el yelmo. Debajo todavía llevaba el pelo largo y oscuro de siempre, pero su rostro era más anguloso de lo que recordaba.

—¿Quieres que te rescaten o no? —preguntó.

Durante un instante pensé que no lo había oído bien.

—Yo... ¿qué?

—Te estoy rescatando. ¿Qué crees que estoy haciendo aquí? —Dio un paso hacia el umbral de la celda y me cogió por la muñeca; sin embargo, me zafé de él, enfadada.

—No voy a ir a ninguna parte contigo —aseguré—. Solamente me llevarás hacia él. Ante Aquila.

—Eso es lo último que me pasa por la cabeza.

—Trabajas para él.

—Cree que lo hago.

—Confía en ti. —Señalé el manojito de llaves que llevaba en la mano—. ¿Cómo si no habrías sabido dónde encontrarme? ¿De dónde has sacado estas llaves?

—Confía en mí porque da por hecho que te guardo rencor —explicó Aeddan, visiblemente incapaz de frenar su impaciencia—. No se me ocurre por qué; es decir, solamente me rechazaste como indigno de tu mano, nos enfrentaste a mí y a mi hermano, me humillaste ante el Circo Máximo al completo durante los Triunfos... —Sacudió la cabeza y durante unos instantes pareció haberse convencido a sí mismo de no rescatarme—. En cuanto a las llaves, las encontré en el escritorio del despacho de la lanista y las cogí cuando Aquila estaba ocupado rebuscando entre sus papeles.

Me las enseñó y me di cuenta de que, en efecto, era el manojito de llaves de Sorchia y no el que pertenecía a Thalestris.

—¿Qué le ha pasado a mi hermana, Aeddan? —pregunté—. ¿La...?

—¡No! —Aeddan me fulminó con la mirada—. No, Fallon. Solo he matado a mi hermano. Pero gracias por recordarme el monstruo que piensas que soy.

—Esto...

—Tenemos que irnos. —Miró hacia el pasillo y luego hacia mí—. Ahora.

Todavía dudaba.

—Haz lo que quieras —me dijo, haciendo un ademán con la mano por la frustración—. Pero si quieres salir de aquí, lamento decirte que tendrá que ser conmigo... o con Ixion. Uno de los dos sin duda te llevará ante Aquila. En algún momento.

Esa fue toda la motivación que necesitaba.

Todavía estaba medio convencida de que Aeddan mentía, pero también estaba medio convencida de que ese era el momento que Arviragus había preparado para mí. Mi única oportunidad de escapar. Miré hacia atrás mientras salíamos hacia el pasillo, pero la celda estaba vacía. Por supuesto que lo estaba.

«No está ahí, Fallon —pensé—. Nunca estuvo ahí. Arviragus está muerto».

Lo sabía. Y sin embargo, me sentí como si estuviera dejándolo atrás. Otra vez.

Me arrebujé en la capa para mantenerme de una pieza —mente y cuerpo— y trastabillé al salir del Tártaro detrás de Aeddan. Cuando salimos al patio, puso una mano delante de mí para que me parara hasta haber comprobado las esquinas.

—Y en cuanto a la pregunta de cómo te he encontrado —continuó Aeddan en un murmullo inaudible—, Morrigan me mostró el camino.

Hizo un ademán con la cabeza hacia el hueco diminuto que se abría ante la noche en lo alto de la pared de piedra contra la que nos resguardábamos. La ventana de mi celda. Vi a Furia, encorvada entre unas hierbas, trabajando concienzudamente en el roedor que había atrapado. Cuando vio que la mirábamos, pronunció un graznido leve y entrecortado y revoloteó hasta un árbol cercano.

—Casi me había rendido mientras te buscaba cuando aquel cuervo de ahí revoloteó en la

ventana —explicó—. Me llamó la atención y fue entonces cuando oí tus maldiciones emergiendo del interior del edificio. Probé suerte con la llave y... ¿Fallon? —Me sacudió el hombro—. Fallon, ¿estás bien? Solo es un pájaro. Bromeaba sobre Morrigan.

—Lo sé. —Sabía que bromeaba, pero Furia sí me había salvado. Morrigan había oído mis plegarias y me había dado esta oportunidad. Ahora dependía de mí sacarle el mayor partido y demostrar que su fe en mí no estaba equivocada—. Lo sé...

Aeddan me miró preocupado, con el ceño fruncido, y luego sacudió la cabeza.

—Vamos.

El aire era frío y húmedo, y podía oler el hedor de madera carbonizada mientras salíamos corriendo entre los tocones ennegrecidos de los postes estructurales de madera, lo único que quedaba de los establos. Los corceles de los carros del ludo estaban todos estacados en fila, fuera en el patio, y uno levantó la cabeza y rebuznó levemente al vernos. Nos quedamos de piedra al oír el ruido, pero exceptuando los caballos, el recinto del establo estaba desierto.

Aeddan me agarró de la muñeca y me arrastró consigo a trompicones. Cruzamos el muladar y el pasillo de los criados hacia la puerta que llevaba al Lago Sabatino. Todos los edificios estaban a oscuras, incluyendo las celdas, que quedaban a nuestra izquierda. Obligué a Aeddan a detenerse y me zafé de su mano.

Me miró con fijeza y luego desvió la vista a nuestro alrededor para asegurarse de que todavía estábamos solos y no nos había visto nadie.

—¿Qué?

—No pienso irme sin las demás.

—Fallon...

—No pienso irme sin las demás.

Aeddan me conocía lo suficiente para saber que discutir no habría tenido resultado alguno. Solo tenía dos opciones: ayudarme a salvar a mis camaradas o hacer sonar la alarma y lanzarme de nuevo al Tártaro.

—¿Dónde está todo el mundo? —quise saber—. ¿En qué situación estamos?

—A los esclavos domésticos del ludo se les permitió seguir en sus cuartos —explicó—. Aquila no los considera una amenaza. Sin embargo, tus amigas y esos dos legionarios están todos juntos encerrados en la enfermería. Bajo guardia. Aquila ha vuelto a la capital y ha dejado a Nyx y a ese bruto de Ixion al mando, junto con un puñado de guardias más. Sin embargo, guardan por igual a las gladiadoras amazonas y a las aquileas.

Asentí, intentando aclarar mi mente a través de la neblina de dolor que todavía me envolvía el cerebro. Podía imaginarme a Nyx disfrutando de los aposentos privados de la lanista, atracándose de comida y de vino y dándose las de gran señora con el resto del ludo. No pensé que tuviera que preocuparme por ella.

—¿Qué más puedes contarme? —le pregunté a Aeddan.

Aeddan dudó un momento, tenía una expresión sombría. Entonces dijo:

—La razón por la cual el Tribuno se ha ido a Roma es que está organizando unos munera particularmente privados y suntuosos para que tengan lugar aquí en el ludo.

—Como la noche en la Domus Corvinus.

Aeddan asintió.

—Solo que esta vez, en lugar de un par de gladiadores combatiendo a muerte, tendrán que escoger entre un buen grupo de jóvenes y talentosas gladiadoras para que luchen entre ellas. La noche de la próxima luna nueva, cuando los dioses apaguen su sagrada luz del mundo, Poncio Aquila volverá aquí con todos sus amigos ricos y retorcidos, y...

—Y los Hijos de Dis se bañarán en la sangre derramada en las arenas del Ludo Aquilea. —Se me secó la boca solo de pensarlo.

Aeddan asintió, con expresión sombría.

Sin decir otra palabra, me giré decidida y me dirigí hacia las celdas. Aeddan hizo ademán de detenerme, pero me lo quité de encima y seguí andando. Casi tuvo que echarse a correr para seguir mi paso.

—¡Fallon! —susurró—. Te lo he dicho... las otras chicas no están en sus celdas.

—Lo sé —respondí—. Necesito mis cosas. No pienso irme sin las otras y no pienso irme sin mis espadas.

Las celdas estaban desiertas. Mientras Aeddan montaba guardia en la puerta de mi celda, me puse una túnica limpia por encima de la rota y manchada que ya llevaba y me la até, algo suelta. No quería que nadie supiera que me habían herido. No hasta que nos hubiéramos alejado mucho del ludo, y todavía quedaba un largo trecho para ello. Luego me puse las botas, intentando no hacer muecas de dolor cuando me agaché para atármelas, y me coloqué bien la capa alrededor del cuello.

Metí mis espadas, una daga y un estuche de herramientas en una bolsa de viaje. No tenía muchas posesiones preciadas, pero dudé un momento, mirando hacia el alféizar donde reposaba mi lámpara del juramento. La cogí y la coloqué en el medio de mi cama, perfectamente hecha.

Un mensaje para Nyx. Una promesa.

«Volveré».

Sabía que la chica la encontraría. La encontraría y lo entendería.

Miré una última vez mi diminuto cuarto, que se había convertido en mi mundo, e intenté memorizar todos y cada uno de sus detalles. La imagen de ese lugar no desaparecería de mi mente, lo juré. No lo permitiría. Volvería antes de tener la oportunidad de olvidar.

Aquello, lo juré por mi alma y por mis espadas.

## VII

Si hubiera sido a plena luz del día, no sé si habría sido capaz de hacerlo. Plantar cara a los oponentes en la arena, que sabían que ibas a por ellos, que podían defenderse de ti, era una cosa.

Cortarle el cuello a un hombre por la espalda era otra.

Pero mientras el pesado cuerpo sin vida de Ixion se hundía ante mí, me recordé a mí misma que si me hubiera visto venir sería yo la que estaría en el suelo sangrando contra la arena sucia. No sabía si la capacidad del hombre por la crueldad natural merecía un final así. Todo cuanto sabía, en ese momento, es que lo único que me importaba era liberar a Elka y a las otras chicas. Y si la vida de Ixion era el precio de su libertad, soportaría con gusto la deuda de la culpa por causarle la muerte. Daba igual que me temblaran las manos mientras limpiaba mi daga contra la túnica del hombre muerto.

—¿Fallon? —Aeddán me miró con el ceño fruncido en la oscuridad, apartándose del hombre que había despachado él—. ¿Qué ocurre?

—Nada —mentí—. Es solo que no estoy acostumbrada a matar.

—Estás pálida y sudando. —Me cogió del brazo y me obligó a mirarlo—. ¿Estás herida?

—No. —Me zafé de su mano y le puse la punta de mi espada a un dedo de su nariz—. Estoy bien —dije—. Y si vuelves a intentar decir lo contrario delante de las otras, encontraré la manera de acostumbrarme a matar.

Parpadeó y me miró con el ceño fruncido, pero retrocedió un paso.

Arrastramos los cuerpos para esconderlos y nos abrimos paso hacia la enfermería. La larga habitación iluminada por antorchas parecía el interior de un nido de avispones al que cualquier tonto le hubiera lanzado piedras. En el mismísimo aire resonaba la insolencia que podía sentir zumbándome en la piel. Mis compañeras de ludo estaban distribuidas en pequeños grupos reducidos, y me tomé el momento que tardaron en darse cuenta de que estaba allí para mirar a mi alrededor, con el corazón henchido de orgullo.

Estaban enfadadas. No asustadas.

Y no cabía ninguna duda de que no se habían resignado ante su encarcelamiento provisional después de que a mí me hubieran metido en el Tártaro. Elka lucía un furibundo ojo morado y había manchas del color oxidado de la sangre por toda la túnica de Gratia que, a juzgar por sus dos ojos morados, eran el resultado de una nariz rota. Las otras llevaban todo tipo de vendas, y en un

camastro alejado pude ver la forma de una de las chicas tumbada de lado y cubierta con una sábana manchada de sangre.

Sentí que me crujían los nudillos cuando cerré los puños a ambos lados de mi cuerpo.

En el rincón más alejado de la sala, Cay y Quinto —hombres y militares y, en consecuencia, supuestamente la única amenaza real— llevaban grilletes y estaban encadenados a una columna de piedra.

Entendí entonces por qué habían escogido la enfermería como lugar donde encerrar a las chicas. En el edificio de las habitaciones había docenas de celdas, pero también múltiples entradas y ningún cerrojo en las puertas. En la enfermería, sin embargo, solamente había una puerta y las ventanas eran altas y demasiado pequeñas para que nadie pasara por ellas. Y había muchas camas además de Heron, el médico, para atender cualquier herida o lesión que tuvieran las chicas. El hombre estaba ahí en esos momentos, chafando hierbas en un mortero y refunfuñando por lo bajo. Y fue él el primero en darse cuenta de que había entrado en la habitación.

—¡Fallon! —exclamó, y dejó el mortero a un lado con estruendo.

Cay levantó la cabeza al instante y se quedó boquiabierto por la sorpresa en cuanto nuestras miradas se cruzaron un breve instante. Levanté el manajo de llaves para que pudiera verlo y las hice repicar, y él me sonrió con aquella sonrisa lenta que había acabado por querer tanto y que tanto había añorado. Sin embargo, antes de que pudiera moverme para soltarlos a él y a Quinto, Elka cruzó la habitación y me agarró por los hombros, riendo como loca.

—¡Lo sabía! —exclamó—. Sabía que encontrarías la manera de escapar.

—No la encontré. No sin ayuda, a fin de cuentas...

Aeddán se movió de detrás de mí y todo el mundo se quedó quieto como una estatua. Miré fijamente el yelmo con un penacho negro que todavía llevaba. Él hizo una mueca y alargó una mano para quitárselo. Se lo colocó bajo el brazo y dijo:

—El edificio principal todavía está tranquilo, pero deberíamos...

Las palabras de Aeddán se desvanecieron en cuanto se dio cuenta de que Elka lo miraba de hito en hito, el fuego de sus ojos de pronto frío como el hielo. La chica dio un paso al frente.

—¿Qué está haciendo él...?

—Luego te lo explico.

La dejé allí de pie encarándose con Aeddán, los dos enzarzados en una batalla silenciosa de voluntades, mientras yo enfilaba mi camino hacia Cay y Quint, saludando entre murmullos a las otras chicas cuando pasaba a su lado. Rebusqué entre las llaves y, al encontrar la que parecía encajar, la hice girar en la cerradura. Las cadenas se cayeron y aterrizaron con estruendo en el suelo. Quint asintió para darme las gracias y Cay hizo ademán de abrazarme, pero lo paré poniéndole una mano en el pecho. Él también asintió, entendiendo que ya habría tiempo para eso más tarde, pero en realidad era sencillamente que yo no quería que supiera que estaba herida. No podía permitirme afecto ni empatía en ese momento si tenía que seguir fuerte y evitar romperme como un junco seco.

Me giré hacia las demás en cuanto se congregaron a mi alrededor, haciendo preguntas.

—Esto es una locura, Fallon...

—¿Dónde has estado?

—¿Qué está pasando? ¿Hubo una rebelión de verdad?

—¿Por qué nos han encerrado a todas?

—¿Es cierto que la lanista está muerta?

Levanté las manos, tragando saliva con fuerza para deshacer el nudo que había formado la última pregunta.

—Lo único que sé —repuse— es que Poncio Aquila tiene el control de este ludo. Y eso significa que tiene el control sobre nosotras. Si nos quedamos.

—¿Si? ¿Qué significa «si»? —Damyra me miró sorprendida—. ¡Somos prisioneras!

Las chicas se quedaron en silencio y Cay dio un paso al frente.

—¿Dónde están los guardias, Fallon? —preguntó con suavidad.

Nuestros ojos conectaron un instante.

—Indispuestos.

Ajani asintió con decisión.

—Entonces ahora es la nuestra.

Hubo un fuerte murmullo de asentimiento por parte de todas las demás.

Casi todas las demás.

Miré hacia la única chica que estaba en silencio, en un rincón de la habitación.

—¿Tanis?

Las otras se giraron hacia la joven arquera, que estaba apoyada contra la pared, con los brazos cruzados y la boca fuertemente cerrada.

—Tú vienes con nosotras —le dijo Ajani, dando un paso y poniéndole una mano en el hombro a su compañera arquera—. ¿Verdad?

Tanis se zafó de su mano.

—No estaremos más seguras ahí fuera de lo que estamos aquí.

—Eso no es cierto —aseguré.

—Primero quieres irte y ahora quieres quedarte —intervino Gratia con un rictus de disgusto en los labios—. ¿Qué quieres, *gladiolus*?

—¡No importa lo que yo quiero! Lo que quiere ninguna de nosotras... jamás ha importado. ¿No lo entiendes? —Tanis miró a Gratia como si fuera un poco corta—. No somos libres. Fuimos tontas por creer que lo seríamos algún día. ¿A quién le importa que ese se haya quedado con el ludo?

—A mí me importa —respondí—. Ha asesinado a mi hermana.

Las palabras cayeron de mi boca como piedras en un riachuelo frío, oscuro y reverberante. La habitación se quedó en silencio un instante y luego Tanis sacudió la cabeza.

—No lo sabes —replicó—. ¿Y si decía la verdad sobre el intento de rebelión? No todas somos puras y buenas aquí, Fallon. No importa lo mucho que te gustaría que fuera así. —Paseó la vista por la habitación, el candor de su mirada se demoró en Meriel y Gratia y algunas de las otras chicas—. Cualquiera de nosotras podría...

Meriel arremetió contra ella y la habitación se convirtió en un caos de gritos. Hasta que Aeddán finalmente se metió en medio e impuso su capa negra y su armadura, desenvainando su espada.

—¡Callaos! —gruñó—. Todas.

—¡Aeddán! —me abrí paso hacia él entre las demás chicas—. ¡Baja esa espada antes de que alguien salga herido!

Aquel alguien probablemente sería él. Las chicas que lo rodeaban quizás no iban armadas, pero eran la personificación de la fuerza por mayoría. Deseé que Tanis fuera capaz de verlo.

Con un bufido de frustración, Aeddán volvió a meter la espada en la vaina.

—Si te quedas aquí morirás —afirmó.

—Es un ludo. —Tanis seguía empecinada en su argumento—. Morir viene a ser el objetivo, ¿no?

—No —repliqué—. Luchar es el objetivo. Al menos lo era. Poncio Aquila es distinto.

Sin embargo, algunas de las chicas más jóvenes habían empezado a fruncir el ceño y a revolverse, nerviosas. No podía culparlas. Todo lo que ellas sabían —lo que sabían de verdad— sobre la situación es que algo le había pasado a la lanista y que el propietario del ludo rival ahora estaba al mando de la academia. Nyx se había ido para luchar para él, y ella había sido una de nosotras. ¿Podía ser tan malo? Me di cuenta entonces de que yo era la única de las gladiadoras aquileas que entendía cuán funesta era la situación. Cay y Aeddán también lo sabían, pero nunca había hablado con ninguna de las otras chicas sobre los horrores que me había encontrado en la Domus Corvinus. Ni siquiera se lo había dicho a Elka. Nunca quise revivir esos recuerdos.

—Fallon tiene razón —intervino Cay dando un paso al frente—. Igual que él —añadió, haciendo un ademán con la cabeza hacia Aeddán—. Poncio Aquila es un ciudadano respetado. Es el Tribuno de la Plebe y un político influyente. Pero también está loco y es peligroso. Y es terriblemente cruel.

Hasta Tanis se quedó quieta ante eso.

—Los juegos en la arena no son solo un deporte para él —continué, con la voz rota en el repentino silencio—. Hay... rituales. Rituales de sangre muy retorcidos. Pertenece a una sociedad secreta de hombres que participan en munera privados donde los luchadores no son más que sacrificios a un dios oscuro llamado Dis.

Levanté la mirada y vi los ojos de Elka clavados en mí.

—¿Cómo lo sabes?

Todas me miraban con los ojos abiertos como platos y escépticas, esperando algún tipo de explicación que diera sentido a lo que Fallon explicaba. Di una bocanada de aire y les confíé lo que había vivido después de que Elka y yo cayéramos en la trampa de Nyx y fuéramos a la Domus Corvinus con la promesa de una noche de diversión inofensiva —y prohibida—, que se convirtió en más bien lo opuesto. «Prohibido» en realidad significaba más bien «ilegal», y «diversión» se tradujo horriblemente en «pesadilla».

Les conté lo que presencié en las catacumbas de la casa palaciega aquella noche mientras el resto de los invitados de la fiesta seguían gozando de la emoción que había dejado el duelo de gladiadores que había acabado siendo salazmente letal. Los invitados no sabían que el perdedor de la contienda sería llevado y echado sobre una losa de mármol, como un altar de sacrificio al dios oscuro. No sabían que le abrirían el pecho en canal y que le arrancarían el corazón todavía caliente de la cavidad y lo pesarían en unas balanzas de oro. Y lo que sin duda no sabían era que,

después de eso, unos hombres enmascarados que se llamaban a sí mismos los Hijos de Dis se comerían dicho corazón. Que lo devorarían en un ritual horripilante y sangriento. Pero yo sí lo supe. Vi cómo pasaba ante mis propios ojos.

Dis, según me enteré más tarde, era la encarnación oscura del dios romano Saturno — soberano del inframundo, una deidad despiadada que otorgaba fuerza y poder a sus adoradores, pero al que solo aplacaba la sangre—. Mientras contaba la historia a mis amigas, Aeddan permaneció de pie a mi lado, con el rostro pálido y la mandíbula tensa, asintiendo en señal de confirmación a todo lo que yo iba diciendo.

—¿Aquellos hombres... se comieron el corazón del hombre que mataste? —preguntó Tanis con una mano sobre su propio esternón.

Aeddan asintió.

Heron se pasó los dedos por la barba mientras observaba a Aeddan con una objetividad académica.

—Y a pesar de ello luchaste por él igualmente —afirmó.

Aeddan miró al médico a los ojos con una expresión impasible.

—En el Ludo Saturno. Lo hice. Hasta que me hizo miembro de su propia guardia de élite.

Heron asintió y no dijo nada más. Las chicas miraron a Aeddan con expresiones que variaban entre el recelo, la curiosidad y la repulsión. Yo tenía mis propias ideas acerca de por qué Aeddan se había quedado en la proximidad de Aquila. Él no era ningún esclavo, y aunque no fuera bienvenido en nuestra tierra podría haberse ido en cualquier momento. Sin embargo, si lo hubiera hecho no hubiera estado en el Ludo Aquilea en ese momento. Y yo todavía estaría encerrada en el Tártaro.

Aparté la mirada de él para encontrar a Elka mirándome fijamente.

—No tenía ni idea —dijo—. Aquella noche... cuando te perdí la pista. Es... —Se le fue la voz, incapaz de expresar con palabras lo que pensaba.

—Malvado —Neferet acabó la frase por ella—. Lo que hicieron fue malvado. En Egipto, cuando morimos, Anubis, el dios de la muerte, extrae los corazones y los pesa con Ma'at, la pluma de la verdad.

Mi mano se movió hacia mi muñeca —en la que Aquila había hecho cortes con su pluma— y un escalofrío de miedo me recorrió entera, de la cabeza a los pies.

—Pero Anubis es un dios —continuó Neferet—. Y solamente un dios tiene esa prerrogativa.

—Aquila también lo piensa —dijo Aeddan—. Cree que el corazón de un guerrero le da fuerza. Poder.

Ajani dio un paso al frente.

—Los corazones de estas guerreras —hizo un ademán hacia las chicas que estaban a su alrededor— no le darán poder. No le darán más que dolor.

Cuando le dije a Aeddan que no pensaba irme sin las demás, creo que yo misma sabía que la probabilidad de que todas nosotras escapáramos era remota. Las chicas Amazonas y los guardias nos superaban en número y, a no ser que toda la suerte y todos los dioses benévolos que

decidieran prestar atención a nuestro empeño estuvieran con nosotras, algunas sencillamente no podrían abandonar el ludo esa noche.

—Te deseo buena suerte, Fallon —dijo Heron llevándome a un lado después de que todas hubiéramos llegado a la decisión mutua de intentar escapar del ludo—. Pero no puedo venir con vosotras.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Por qué no?

Me condujo hasta la figura que yacía en el camastro y levantó la sábana. Lydia estaba recostada debajo, sobre el costado izquierdo, y los hombros le sangraban profusamente a través de los vendajes que le había aplicado Heron. Gimió levemente y los párpados le aletearon, pero esa fue toda su respuesta. La piel del lado derecho de su rostro, donde la había golpeado el cuero del látigo de Nyx, estaba abierta hasta el hueso. Heron había hecho un trabajo admirable cosiéndola con puntadas diminutas y limpias, pero Lydia luciría una cicatriz el resto de su vida. El catre sobre el que yacía estaba manchado de la sangre que manaba de sus heridas.

A pesar de todo, sentí una aguda punzada de pena. La sofoqué tan bien como pude.

—Como ves, Lydia no va a ir a ninguna parte —observó Heron—. Al menos, no pronto.

—Déjela atrás, entonces —le dije.

—Fallon —me reprendió con dulzura—. Sabes que no puedo hacerlo. Juré cuidar a todas las chicas de este ludo. Incluso a las que tal vez no lo merezcan del todo. Aparte de las heridas sobre el tejido blando, su pómulo está roto. Sin la solución de amapola que le he administrado el dolor será insoportable. Si no la mantengo en este sopor durante al menos los próximos días, se volverá loca.

—¿Y si... y si nosotras le necesitamos? —pregunté a Heron.

Mi propia herida —la de la daga de Nyx— había empezado a darme punzadas de nuevo bajo mi capa, y apreté los puños para evitar ponerme la mano en el costado. Si Heron se daba cuenta de que estaba herida, haría todo cuanto fuera necesario en su opinión —y para mi propio bien— para mantenerme en esa enfermería. Incluso si eso implicaba alertar a los guardias de Aquila.

—Yo puedo ocuparme —intervino Neferet—. De nosotras.

Los miré a ambos. Heron frunció el ceño, claramente conmovido. Sin embargo, asintió y caminó con rapidez hacia un armario. Sacó un maletín de cuero abultado de una estantería y se lo dio a Neferet.

—Rezaré para que no lo necesites —aseguró—. Pero si te ves en la necesidad, lo que hay aquí te servirá para la mayoría de las heridas y lesiones.

Neferet tomó la bolsa con solemnidad, como si estuviera llena de tesoros preciosos. Se colgó el asa del hombro y dio un abrazo rápido y espontáneo a Heron. La habitual expresión arisca del médico se desmoronó ligeramente cuando cerró los ojos con fuerza para devolverle el abrazo.

—Ve —dijo, alejándose un poco de su aprendiz—. Recuerda lo que te he enseñado: en medicina, a veces esto —se dio un golpecito en el pecho, sobre el corazón— es un médico más sabio que esto —y se dio un golpecito en la frente.

Ella asintió, sus ojos oscuros bien abiertos y sin parpadear, y el rostro serio.

—Me esforzaré por honrar sus enseñanzas.

Heron bufó.

—Estaré contento si te esfuerzas por no dejar que ninguna de tus compañeras acabe séptica si resultan heridas. Pues tan seguro como que el sol saldrá en el cielo matutino, tus compañeras acabarán resultando heridas. —Enarcó una ceja mirándome.

Incliné la cabeza y me giré. Por supuesto, el hombre no sabía que yo ya necesitaba la ayuda de Neferet —que tendría que esperar hasta estar en un lugar seguro—, pero sí sabía que estaba poniendo al resto en peligro. Y cuando pasara algo sería mi culpa. Y mi responsabilidad.

En la otra punta de la habitación, Cay y Quint planeaban nuestra huida. Aeddán estaba de pie a su lado, con los brazos cruzados y en silencio.

—Nuestra mejor opción, si tenemos que escapar en grupo, es dar a los caballos del patio un uso estratégico —decía Cay cuando me acerqué, con Elka pisándome los talones.

Quint asintió.

—Ensillemos solamente las monturas de caballería —propuso—. Están entrenados para actuar como escudos y para embestir contra la multitud. Serán solamente los que podremos controlar en una lucha al galope a través de las puertas principales. Nada más que eso, y nos arriesgamos a que nos acorrale nuestra propia gente. Si eso pasa, nos harán pedazos.

—¿Qué hay del resto de los caballos? —preguntó Aeddán—. No podéis dejar a Aquila y a sus secuaces ningún medio para que os persigan.

Cay dudó. Pero Elka no.

—Tendremos que lisiar a los corceles de carro —afirmó resueltamente; sin embargo, vi que los músculos de su garganta se movían como si hubiera intentado evitar pronunciar esas palabras.

Yo no pensaba alimentar esa idea ni siquiera un instante.

—Ya sé lo que piensas, Elka, pero no. ¡Nada de tácticas varini despiadadas! —Levanté una mano para adelantarme a sus objeciones—. Recuerdo lo que me explicaste de tu tribu y de no dejar nada atrás que pudiera usar el enemigo una vez abandonáis el lugar, y recuerdo pensar que, sí, aquello tenía cierto sentido. Pero nosotras no abandonamos el lugar. Y los caballos pertenecen aquí tanto como nosotras.

—¿Te refieres al lugar que estamos abandonando? —preguntó enarcando una de sus pálidas cejas.

—No estamos abandonando el ludo —repliqué con énfasis, solo para darme cuenta de lo que realmente acababa de decir—. Esto es una... ¿Cay? ¿Qué es esto?

—¿Una retirada táctica?

—¡Sí! —asentí—. Eso mismo.

La expresión de Elka reflejaba su escepticismo, pero puso las manos en alto y no discutió. Volví a mirar a Cay y a Quint con la esperanza de que tuvieran otra solución. Cay pensó un segundo y luego asintió.

—Cortaremos las cinchas y las bridas de todas las sillas de montar, entonces. Eso al menos debería ralentizarlos. —Cay miró a Aeddán—. A no ser que creas que alguno de esos brutos sepa montar sin silla.

Aeddán sacudió la cabeza.

—Por lo que he visto de los hombres de Aquila, me sorprendería enterarme de que alguno de ellos sabe montar siquiera con silla.

—Entonces ya está —terminó Cay.

—¿Qué me decís de los corceles de los carros? —pregunté—. ¿Qué hay de Nyx? Es la mejor auriga que hemos tenido nunca.

—Rompe los radios de las ruedas de los carros —sugirió Quint—. Se pueden reconstruir, pero requiere tiempo y esfuerzo. Todo cuanto necesitamos es una ventaja decente.

—Estoy de acuerdo —asintió Cay.

Elka aceptó la solución, ya tenía la cabeza en otros asuntos.

—No podemos volver a las habitaciones a coger nuestras armas —afirmó—. Cruzar todo el recinto es demasiado arriesgado.

Tenía razón. Di las gracias a Morrigan en silencio por haber sido lo bastante precavida de recoger primero mis propias espadas.

—Si podemos llegar al cobertizo de las armas, al menos podremos coger algo de allí —intervine—, pero no hay ninguna garantía de que lleguemos ni siquiera hasta allí sin que nos descubran. Mientras tanto, será mejor que tú y el resto de las chicas os arméis con cualquier cosa que penséis que pueda resultar útil.

Elka paseó la mirada por el taller de Heron y vi que se le iluminaban los ojos. Cruzó la habitación hacia un armario y descolgó de un gancho una sierra de amputar malévolamente dentada. La sopesó y asintió satisfecha. Oí a Quint suspirar. Cuando me giré hacia él, vi que miraba a Elka con profunda devoción.

Las otras chicas siguieron rápidamente su ejemplo y se hicieron con cualquier cosa que hubiera en las baldas y los ganchos que pudiera usarse para apuñalar, cortar o aporrear. Damya partió un taburete con sus propias manos y distribuyó las patas para usarlas como porras. Ajani recogió todos los cuchillos quirúrgicos de Heron y se los metió entre los pliegues de una venda que se había colocado alrededor del torso para poder acceder fácilmente a las armas. Gratia sopesó el pie de bronce de una lámpara y Meriel agarró un par de instrumentos quirúrgicos metálicos y afilados. No podría haber imaginado qué utilidad tenían, pero no me cabía ninguna duda de que Meriel les sacaría buen partido. Incluso Tanis encontró un arma: un cuchillo de deshuesar.

No hice ningún comentario al respecto. Al parecer, la perspectiva de que le arrancaran el corazón del pecho y lo devoraran había desenterrado en la joven arquera un atisbo de coraje escondido hasta el momento. Al menos parecía resuelta a venir con nosotras.

Juntas con sus armas improvisadas, las gladiadoras aquileas se congregaron a mi alrededor en un círculo relajado, heridas y magulladas. Pero también tranquilas, competentes y muy, muy enfadadas. Poncio Aquila, pensé, actuaba bajo algunos conceptos claramente erróneos. ¿Creía que yo era un espíritu luchador?

Yo era uno de muchos.

Uno de una hermandad desafiante.

—¿Antonia? —llamé, mirando a la chica que se había alejado del resto. De pronto la chica parecía estar al borde de las lágrimas—. ¿Qué ocurre?

—Mi arma... —hizo un ademán hacia el muñón de su brazo, envuelto en la protección de cuero liso que llevaba fuera de la arena de entrenamiento—. Está en el baúl de mi cuarto y, como habéis

dicho, no nos podemos arriesgar a volver a las habitaciones. Pero soy inútil sin ella. Todas vosotras podéis hacerlo, pero yo no. Yo no puedo luchar sin mi propio acero, solo seré un estorbo. Será mejor que me dejéis atrás con ella. —Hizo un gesto con la cabeza hacia Lydía, que yacía inconsciente en la cama.

El corazón me dolió por Antonia —por su amarga frustración de ese momento—; sin embargo, Neferet sacudió la cabeza y suspiró con dramatismo.

—¿Qué? —Antonia la miró.

—Bueno... —Neferet intercambió una mirada con Heron—. Quería reservarlo como una sorpresa para una ocasión especial.

Antonia frunció el ceño, desconcertada.

—Pero ya que estás montando este drama...

Neferet se dirigió hacia el banco de trabajo de Heron y se arrodilló ante un cesto lleno de tiras de lino cuidadosamente dobladas. A pesar de la gravedad de la situación, detecté la sombra de una sonrisa jugando en las comisuras de los labios de Heron.

Miré a Elka, pero ella se limitó a encogerse de hombros.

Neferet levantó el montón de tela y metió la mano debajo para sacar algo que más bien parecía un cruce entre una greba blindada y uno de los instrumentos médicos más diabólicos de Heron, surcada de tiras de cuero y hebillas. El cuero era flexible y estaba pulido y enlustrado, y todos los accesorios metálicos brillaban.

—Estaba poniendo los remates finales —explicó Neferet ofreciéndoselo a Antonia—. Toma. Pruébate.

Desde el día en que Antonia decidió que no iba a permitir que su lesión la alejara de la arena, había probado con distintos aparatos —distintos tipos de aparejos para que su brazo truncado pudiera funcionar como un arma—. Había pasado por una serie de modificaciones, cada una de las cuales mejoraba el artefacto para que ella tuviera más control y movilidad. Y claramente Neferet había prestado mucha atención a lo que había funcionado y a lo que no.

Antonia deslizó el brazo por la greba de cuero. Acababa en una hoja de acero en forma de media luna que parecía poder cortar con facilidad hasta la bota de cuero más resistente. Neferet le ajustó las cintas y dio un paso atrás, y el rostro se le iluminó con una sonrisa cuando Antonia empezó a dar unas cuantas estocadas tentativas en el aire.

—Vigila —advirtió Heron—. Está muy afilada.

Y no exageraba.

Antonia enarcó una ceja mirándolo y soltó una peligrosa risita. Entonces dio un círculo completo sobre sí misma y la hoja curvada bailó por el aire en una intrincada serie de movimientos de ataque que culminaron en un arco por encima de la cabeza. La hoja silbó cuando Antonia la hizo bajar con fuerza y hundió unos centímetros la punta endemoniadamente afilada de la hoja en la superficie de madera del banco de trabajo.

Jadeando un poco, se apartó el pelo de los ojos y liberó la hoja de un tirón. Se giró hacia Neferet con los ojos brillantes y dijo:

—Es perfecta.

Antonia alargó una mano y Neferet se la tomó.

—Entonces es lo bastante buena para ti.

Esto, pensé, esto es por lo que estamos a punto de empezar a luchar. Nuestras vidas, nuestra felicidad. Por la de las otras. Sorcha había soñado con esto para nosotras y ahora estaba en nuestras manos encontrar la manera de mantener vivo aquel sueño.

—¿Qué hora es? —le pregunté a Heron.

El médico miró el dispositivo que llamaba clepsidra —un aparato griego que medía el tiempo con agua— y respondió:

—Quedan cuatro para el amanecer.

Asentí.

—Entonces quiero que estemos listas para irnos en dos horas.

Cay y Quint reclutaron a unas cuantas chicas y se fueron, con tanto sigilo como pudieron, hacia el cobertizo donde guardábamos los carros y las carretas. Ahí se pusieron manos a la obra para romper los radios de todas las ruedas que pudieron encontrar. Al mismo tiempo, Elka y yo, junto con Meriel y Danya, nos dirigimos al cobertizo donde guardábamos todas las sillas de montar, las riendas y las bridas colgadas de ganchos en la pared. Cuando terminamos, salimos al patio donde todavía teníamos el manto de la noche que nos ayudaba a esconder nuestra pequeña insurrección.

Los caballos estacados en el patio estaban nerviosos, no estaban acostumbrados a pasar la noche fuera de sus establos; sin embargo, las dulces manos y los tiernos susurros de Ajani consiguieron calmarlos lo bastante para que pudiéramos atar a los dos pares más rápidos a los carruajes mientras Cay y Quint ensillaban a sus monturas de caballería. Mis dedos manejaban torpemente las hebillas de los arneses, las palmas de las manos me sudaban, y en todo momento pensaba que nos iban a pillar. No paraba de mirar, nerviosa, por encima del hombro hacia donde Aeddán estaba de pie bajo el arco de piedra que llevaba al edificio principal, vigilando cualquier movimiento.

No hubo ninguno. Y aquello me puso todavía más nerviosa.

Me recordé a mí misma que Aquila no era un militar, que sus guardias no eran soldados y que sus gladiadoras estaban más acostumbradas a ser vigiladas que a vigilar. Eran luchadores, no estrategas. Y conmigo encerrada a cal y canto —en teoría— en el Tártaro y con los únicos dos soldados «reales» encadenados en la enfermería, claramente no esperaban ningún intento de fuga. Un silencio opresivo bañaba el ludo entero durante esas horas oscuras antes del amanecer.

No estaría así mucho más rato.

—Que la diosa os guarde a todas —dije cuando terminamos y todas las chicas se hubieron reunido a la espera de órdenes—. Cuando esto empiece lo hará deprisa. Será un caos, y eso es lo que necesitamos si alguna de nosotras quiere escapar. Quien salga ha salido. Quien se quede atrás... No os entreguéis. No os rindáis.

De pronto, Cay miró hacia el cielo y dijo:

—Llueve.

—Bien —afirmó Quint—. Cuantos más impedimentos, mejor para nosotros.

Lo deseé con todo mi corazón. El ancho camino de arena que llevaba hasta el portón principal —y hacia la libertad— había pasado de liso a moteado en cuanto las gotas de lluvia habían empezado a caer. Las nubes pasaron ante el rostro de la luna, y una ráfaga de aire se llevó la

humedad hacia el alero bajo el cual me resguardaba y me heló la piel enfebrecida... y luego me hizo temblar.

El resuelto propósito que me había hecho aguantar durante horas, desde que Aeddan me había liberado del Tártaro, empezaba a desvanecerse. Podía sentirlo. Si no nos movíamos pronto, no sabía si podría moverme en absoluto llegado el momento. Lentamente, con los morros de los caballos vendados con las tiras de lino de Heron para ahogar el ruido, avanzamos hasta detenernos bajo el amplio arco de piedra que se abría hacia el patio principal... Nuestra puerta hacia la libertad.

Aguanté la respiración cuando el guardia de la torre de vigilancia de pronto asomó la cabeza hacia el exterior. Todas nos quedamos congeladas, con la mirada fija en él. Al sentir las primeras gotas de lluvia, el guardia masculló una maldición —un lejano y débil sonido en la noche— y salió de la atalaya para aliviarse por encima de la muralla antes de que la lluvia se convirtiera en un chaparrón. En cuanto se subió a un bloque de piedra y se desabrochó la túnica, le hice una señal a Ajani. La chica no había podido coger su arco, pero cuando había registrado la colección de cuchillos quirúrgicos de Heron había escogido los que tenían mayor estabilidad para poder arrojarlos.

Fue cruel quitarle la vida a un hombre en un momento como ese, pero la oportunidad se presentó y yo no pensaba dejarla escapar. Ni tampoco Ajani. El bisturí cortó la lluvia, girando sobre sí mismo, y el hombre cayó por encima de la muralla del ludo sin emitir sonido alguno. Todas nos quedamos como estatuas durante un largo instante, esperando que sonara la alarma.

Nada.

Solo lluvia y oscuridad.

—Vamos —dijo Cay, asintiendo hacia Quinto y haciendo un ademán con la mano para que yo avanzara. Eché a correr por el patio hacia donde el enorme cerrojo estaba asegurado con un pesado candado. Solamente había una llave en el manajo que llevaba que fuera lo bastante grande para encajar en la cerradura, pero me fallaban los dedos, entumecidos y torpes, empapados de lluvia y sudor. El corazón me martilleó en los oídos. La herida del cuchillo me ardía y —estaba casi segura— volvía a sangrar. Y la marca que Aquila había tallado en mi brazo parecía sisear y zumbar, y me mandaba chispas hacia ambos extremos del brazo.

—Venga, Fallon —murmuré para mí—. Venga...

Y entonces, en el piso de arriba, oí el retumbar de las pisadas del guardia.

—¿Félix? —gritó una voz—. ¿Dónde estás?

Se oyó un silencio y luego una retahíla de improperios. Cuando levanté la mirada fue para encontrarme la de un segundo guardia amazona que había ido a comprobar que su compañero estuviera bien. Había visto el cuerpo tumbado en el suelo y ahora me estaba mirando a mí directamente.

No nos quedaba tiempo.

Aparté la mirada de su asombrado rostro y volví a mi trabajo con el cerrojo del portón. La llave traqueteó en la cerradura y tuve que hacer uso de toda mi fuerza para girarla. Sin embargo, en ese instante el cerrojo se abrió de golpe y el candado cayó al suelo con un ruido sordo. Ajani lanzó otro cuchillo, pero el segundo guardia ya se había vuelto a meter detrás del parapeto y pedía

ayuda a voces. Grité para que Cay y Quint vinieran a ayudarme, pero Gratia llegó antes: me apartó de un golpe, tiró con todas sus fuerzas y se las arregló para descerrar el cerrojo ella sola.

Después, Cay y Quint llegaron para abrir las puertas.

—¡Corred! —ladró Cay—. Las dos, ¡volved a las carretas! Nos ocupamos de esto...

Me giré y eché a correr, pero ya podía ver la luz en el edificio principal. Las antorchas ardían, se consumían y humeaban bajo los azotes de lluvia mientras los hombres de Aquila llegaban corriendo. Y no solo sus hombres. Las gladiadoras también. Vi a Nyx esprintando por el patio, con su pelo lacio y suelto volando detrás de sí. «Esta vez no», pensé. No iba a permitir que se me acercara lo bastante para poder acabar lo que había empezado conmigo.

Hice una señal a las chicas aquileas y empezaron a gritar y a enlazar armas las unas con las otras. Los caballos que estaban sueltos entraron en pánico y empezaron a relinchar y a rebuznar, tirando coces y dentelladas al tiempo que las chicas los disponían como una barrera entre las otras y nosotras. Puesto que ya tenían los nervios de punta por el fuego que había destruido su establo y por el tiempo que pasaron a la intemperie en condiciones extrañas, los animales estaban asustados y a eso le sacamos el máximo partido a nuestro favor. En cuanto Cay y Quint hubieron montado sus corceles de caballería y se llevaron al resto para cargar contra las gladiadoras amazonas —ninguna de las cuales parecía muy contenta ante la perspectiva de arremeter contra una pared de caballos enloquecidos—, nosotras tuvimos nuestro disparo de salida.

Gratia llevaba las riendas de una de las dos carretas y se las arreglaba como podía para mantener bajo control a sus caballos. Con los músculos de los brazos hinchados, la gladiadora tiró de las riendas y gritó para que las chicas que llevaban el resto de los caballos corrieran a subirse a la carreta. Yo eché a correr hacia la otra, esprintando en dirección al banco de delante, desde donde podría ayudar a Elka a conducir llegado el caso. Era la mismísima carreta que me había llevado al ludo el primer día —una esclava de camino a lo que, por aquel entonces, había parecido un destino peor que la muerte—, y ahora era mi oportunidad de salvarme.

Puse el pie en el estribo y me agarré al lateral de la carreta, saltando con una pierna al tiempo que intentaba mantener el equilibrio. Sin embargo, el movimiento del carro me lastimó el brazo. El dolor me abrumó y sentí una oleada de náuseas. Lo volví a intentar y me quedé de piedra cuando miré al interior de la carreta. Uno de los rostros que vi allí, mirándome con fijeza, era el de Leander. Fue la primera vez que lo vi desde que atacaron el ludo; seguro que había oído la conmoción y se había escabullido de las cocinas para saltar al carro durante el caos. Estaba claro que Leander quería quedarse en un ludo dirigido por Aquila tan poco como nosotras.

Tenía el rostro blanco de miedo, pero alargó una mano hacia mí mientras yo colgaba del lateral del carro, luchando por encontrar un lugar donde agarrarme.

—¡*Domina!* —exclamó—. Deje que la ayude...

Intenté agarrarme a él, pero sus dedos se escaparon de mi mano.

Y entonces, de pronto, Nyx estaba ahí. Afanándose por cogerme. Tenía la boca abierta y los ojos fuera de las órbitas, llenos de odio; me agarró del brazo e hizo fuerza hacia atrás para arrastrarme hacia el barro con ella. Elka no lo vio —debió pensar que yo ya estaba sana y salva a bordo de la carreta— y sacudió las riendas al tiempo que gritaba para que los caballos se movieran. Perdí por completo el agarre. El carro salió despedido hacia delante, lanzado hacia la

puerta principal mientras yo caía.

Aterricé encima de Nyx, y eso fue lo único que me salvó. Pegué con la rodilla contra la caja torácica de la chica y oí como el aire abandonaba sus pulmones con un profundo estertor. Le pegué otro rodillazo para asegurarme, me puse de pie corriendo y la dejé allí tirada en el suelo, luchando por dar una bocanada de aire.

Todavía había un montón de chicas aquileas esquivando los guardias de negro que había delante del portón mientras se afanaban por cerrarlo de nuevo. Tanis, con su cuchillo de deshuesar, era una de ellas. Chilló mi nombre y dio un paso hacia mí, cojeando debido a las marcas de la herida de la naumaquia que todavía tenía en la pierna. Empecé a ir hacia ella, pero de pronto Nyx —respirando con dificultad y con los ojos prendidos de furia— se puso en medio.

Su látigo rompió el aire y consiguió que uno de los caballos de tiro se interpusiera entre nosotras, relinchando y tirando coces.

—¡Fallon! —gritó Tanis con frenesí por encima del caos—. ¡Ayúdame!

El portón se cerraba. Jamás lo conseguiré, pensé —con Tanis o sin ella—, pero en ese instante, un caballo de auriga de ojos blancos descarriado salió de detrás de un contrafuerte que había en la pared de delante de mí. Una de las yeguas más pequeñas, usada sobre todo para los entrenamientos, pero de pies ligeros y ágil...

—¡Fallon! ¡No me dejes!

... y mi última oportunidad de escapar.

«¡Corre! —me susurró Morrigan al oído—. ¡Vive! ¡Vuelve para luchar otro día!».

O muere. No podía hacer nada más. Monté el caballo de un salto.

—¡Fallon!

Las lágrimas de frustración y de impotencia me quemaron las mejillas, me incliné encima del lomo de la pequeña yegua y le di un golpe en el hombro. Con una sacudida de velocidad, como una campeona de las carreras, la yegua pasó volando por la rendija que quedaba entre las hojas remachadas de hierro del portón de roble todavía abierto. Miré atrás por encima del hombro, hacia el ludo, mientras seguíamos cabalgando por la carretera, y vi que todavía había chicas atrapadas en el lado equivocado del portón. Demasiadas chicas.

Lo último que vi fue a Tanis. Con su rostro pálido como la luna y sus ojos abiertos como platos y oscuros y colmados de terror. Me miraba como si la hubiera traicionado con saña en ese momento. Lo cual, supongo, había hecho. Me dije a mí misma que no tenía elección. Que no podía evitarlo. Que si volvía a por ella...

En el último resquicio entre las hojas del portón vi a uno de los hombres de Aquila dirigirse hacia ella, y Tanis también lo vio. El cuchillo de deshuesar se le cayó de las manos y se echó de rodillas al barro, levantando las manos por encima de la cabeza en señal de rendición.

Un relámpago cortó el cielo y la lluvia empezó a caer a mares.

## VIII

Enterré el rostro en la crin de la yegua. Aguantando a ciegas, la dejé correr tanto como pudo mientras las que habíamos conseguido escapar galopábamos hacia el sur por la Via Clodia. Un relámpago iluminó las panzas de las nubes más bajas y el barro nos salpicaba con goterones enormes. Avanzamos mucho y muy rápido en la oscuridad y bajo la lluvia incesante, parándonos solamente algunos ratos para que los caballos pudieran recuperar el aliento en un rincón de la carretera.

Cuanto más lejos del ludo, mejor tendría que haberme sentido, pero no fue así. En lugar de eso, los gritos de Tanis pidiéndome ayuda resonaban en mis oídos. Me aterrorizaban los pensamientos de tener a Nyx pisándonos los talones o a Aquila esperándonos en Roma, y me envolvieron en un abrazo sofocante. Cay intentó calmarme, hacerme descansar un segundo, pero no podía. Tenía que seguir moviéndome o me derrumbaría. Me doblaría sobre mí misma y me hundiría en un olvido febril. La venda bajo la túnica que me cubría la herida estaba húmeda y pegajosa, y ardía al tacto. Solo la oscuridad y mi capa escondían el hecho de que la sangre manaba por mi costado y me bajaba hasta la bota. Me costaba respirar y se me nublaba la vista, veía chiribitas de fuego rojo en las comisuras de mis ojos.

—¿Cuántas? —le pregunté a Elka durante un descanso, mareada y sintiendo náuseas, incapaz de contar por mí misma. O quizás sencillamente se trataba de que no quería saber quién se había quedado atrás—. ¿Cuántas somos?

—Doce —respondió—. Trece si cuentas a ese tonto de la cocina. Además de los soldados y tu siniestro amigo del ludo del propio Aquila.

—¿Y ya está?

Se mordió el labio.

—Las otras no consiguieron salir.

«¡Ayúdame, Fallon!», gritó la voz de Tanis en mi cabeza.

Cerré los ojos con fuerza y me sequé la lluvia del rostro. Luego me giré y grité para que todo el mundo montara. Antes de escaparnos, Elka me había preguntado adónde iríamos y yo había sido incapaz de darle respuesta alguna. Roma estaba, decidimos, completamente fuera de lugar. Poncio Aquila tenía una casa allí, la vasta y enorme Domus Corvinus. Tenía esclavos. Amigos. Los Hijos de Dis. Ojos y oídos en todas partes... hasta en las calles serpenteantes y los enmarañados barrios

de Roma no había ningún lugar en el que ninguna de nosotras pensara que pudiéramos escondernos. La casa donde las gladiadoras del Ludo Aquilea nos alojamos cuando vamos a Roma sería el primer lugar donde buscaría Aquila. La mansión de César, al otro lado del río, podría haber sido una opción si César hubiera estado allí, pero, por supuesto, él y sus populares estaban a medio camino del otro lado del mundo luchando sus guerras con los optimates, guerras que habían enojado a sus compañeros romanos —una de las razones por las cuales nosotras éramos fugitivas—. Charon, el jefe esclavista, mi mecenas de la arena, tenía una casa en Roma, pero yo no tenía ni idea de dónde estaba ni cómo podía encontrarla. Y Cay tampoco.

Juntos, llegamos a la conclusión de que nuestra mejor apuesta era intentar pasar el faldón este de la ciudad en dirección sur. Si podíamos correr más deprisa que las noticias de la llamada «rebelión de las gladiadoras» y llegar a Neápolis, o incluso hasta la provincia de Sicilia, quizás tendríamos opciones. Estaba decidido. Sin embargo, todo cambió cuando nos acercábamos a las murallas de la ciudad.

La lluvia había empezado a aflojar y una bruma de neblina emergía del suelo. En la lejanía pude empezar a distinguir los contornos de las Siete Colinas de Roma, moteadas de villas y templos, surcada de avenidas y mercados abiertos y lugares de encuentro. Una colmena numerosísima de humanidad que, cuanto más nos acercábamos, más se parecía a un lugar vacío y maldito; las ventanas estaban cerradas debido a la noche y a la lluvia, y no había ni un alma por las calles.

Ni un alma excepto una...

Conduciendo un carro de guerra de jefe a cien pasos por delante de mí.

Una voz me llamó y el viento la transportó como el sonido de una piedra de amolar oxidada.

—Fallon...

Levanté una temblorosa mano para apartarme la lluvia de los ojos.

Era él. Arviragus.

Escruté en la oscuridad que ya clareaba y solo pude conseguir ver su capa verde bosque y su pelo castaño rojizo, que flotaba en el viento fantasmal que generaba el impulso de su carro de guerra espectral. El hombre hizo poco más que girarse para mirarme por encima del hombro, pero yo sabía por qué estaba allí.

«Para llevarnos a un cielo seguro...».

Morrigan había enviado la sombra del guerrero desde las Tierras de los gloriosos caídos para guiarnos a mis amigas y a mí. Y yo lo seguiría. Con la cabeza embotada y la visión borrosa, me agarré con fuerza a la crin de mi yegua para no caerme y la alenté para que rompiera el paso y echara a galopar en cuanto el carro de guerra empezó a alejarse de las puertas de la ciudad.

Detrás de mí oí a Cay gritando mi nombre como un desesperado mientras mi caballo se alejaba del resto y preguntándome, por Hades, adónde demonios creía que iba. Me eché a reír. Porque si allí era adonde Arviragus en su carro de guerra estaba a punto de llevarme... si Hades era el lugar donde nos dirigíamos... entonces por los dioses —los suyos, los míos y los de Roma — le seguiría hasta allí abajo.

Al parecer no tuve que ir tan lejos. Solo tuve que seguir a mi rey fantasma a través de las puertas de Roma y por las calles desiertas y enmarañadas hasta una carretera serpenteante que llevaba a una parte cuestionable de la ciudad, no muy alejada del Circo Máximo. Sin embargo, cuando giré la esquina Arviragus había desaparecido y la calle acababa en un callejón sin salida delante de una pared lisa de piedra en la cual solamente había una puerta pesada junto a una pequeña ventana con barrotes.

Desmonté —más bien me caí del caballo— y me tambaleé por el barro, que me llegaba a los tobillos, hacia la puerta, para llamar con el pomo de mi espada contra las planchas de roble. No había ni rastro del carro de guerra, pero grité el nombre de Arviragus con voz ronca a causa de la fiebre.

—¡Fallon! —gritó Elka agarrándome por los hombros y arrastrándome para alejarme de la puerta. Creo que llevaba mucho rato llamándome—. ¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre llevarnos a la ciudad? ¿Qué hacemos aquí? ¿Alguien llamará a los guardias y nos arrestarán! Ni siquiera sabes quién vive aquí.

Me giré hacia ella con la mente inundada de confusión.

¿Vivir allí? Nadie vivía allí. Arviragus estaba muerto y aquello había sido su prisión. Ahora no era nada más que una fría y vacía...

—Por Júpiter, ¿qué queréis? —preguntó una áspera voz enfadada.

Desde el otro lado de la puerta.

Me giré de golpe —casi perdí el equilibrio y por poco no me caí de bruces al barro— y vislumbé un par de ojos entrecerrados mirándonos a través de los barrotes. Los ojos se abrieron de golpe cuando me vieron el rostro. Intenté decir algo —lo que fuera—, pero el semblante desapareció y la ventana se cerró con un golpe sordo.

Sentí un sollozo desesperado abriéndose paso en mi garganta.

Entonces oí el sonido de un cerrojo descorriéndose y la pesada puerta se abrió.

—¿Señora Fallon...? ¿Es usted? —Un hombre vestido con una capa ajada por encima de la armadura de soldado legionario estiró un brazo y me agarró por los hombros, estirándome a mí y a mi poni hacia el interior del edificio.

Incapaz de hablar con coherencia, puse una mano desesperada contra su pecho e hice unas señas hacia atrás. Una por una, Elka y el resto de las aquileas fugitivas fueron entrando al pequeño patio árido en el que apenas cabíamos. Cay fue el último de entrar y ladró una orden seca a Quint para que cerrara el portal. Caballos y cuerpos se arremolinaron conmigo en el centro, mareada y tambaleándome. Las paredes de piedra empezaron a girar a mi alrededor al tiempo que me esforzaba por mantenerme en pie. Ese era el lugar donde habían encarcelado a Arviragus. El lugar donde había muerto.

El lugar donde estuvo enmarcado bajo la puerta interior que llevaba a la prisión...

Sus ojos se abrieron como platos y su boca formó el perfil de mi nombre.

Después de aquello, nada. Solamente oscuridad y silencio.

—Fallon...

Algo olía raro. No olía mal, solo... vigorizante. Acre. Como ramas de enebro recién talladas y amontonadas para la hoguera de Samhain.

«Debe de ser eso —pensé—. Mael intenta despertarme para que me pueda vestir para el festival...». O, más bien, para una ronda de combates en el Valle Olvidado antes del festín. «Una pelea me iría bien ahora —pensé—. Debería estar luchando contra algo. Alguien...».

—Estaré ahí dentro de un momento —me oí murmurar—. Solo tengo que encontrar mi espada primero...

Pude sentir mi mano abriéndose y cerrándose encima de la cama a mi costado, buscando la empuñadura de un arma. Sin embargo, lo que encontré fue otra mano. Cálida, fuerte y callosa, los dedos enlazados tiernamente con los míos, manteniéndome quieta.

—No pasa nada, Fallon —dijo la misma voz. Familiar, reconfortante—. No necesitas la espada. No tienes que luchar ahora. Ya has ganado.

Abrí los ojos y vi a Cay mirándome, el ceño fruncido por la preocupación relajándose al ver que lo miraba.

—¿He ganado?

—Has ganado —asintió.

—Eso es bueno —dije—. ¿Contra quién luchaba?

—Contra ti misma.

Sacudí la cabeza, embotada por la confusión, pero aquello solo hizo que me mareara más.

—Has tenido fiebre y has estado delirando durante dos días —explicó—. Casi tres. Pero gracias a Neferet y Ajani la fiebre te ha bajado.

«Ah —pensé—, eso explica el olor».

Neferet contaba con el entrenamiento de Heron y Ajani tenía mucha habilidad mezclando hierbas y ungüentos. Juntas, las dos debieron tratar la puñalada que me había hecho Nyx. Ahora que me daba cuenta, en realidad tenía una sensación refrescante a lo largo de todo el costado, bajo un vendaje de lino. Y la tirantez de los puntos. La bolsa de médico de Heron ya había sido utilizada. Me sabía mal haber sido yo quien la hubiese necesitado.

—Me han dicho que te recuperarías —continuó Cay con la expresión severa de nuevo—. Pero no gracias a tu maldita tozudez, debo decir. Tendrías que haber mencionado que estabas herida.

Meforcé para sentarme con la sensación de que me estaba despertando de un largo sueño cargado de pesadillas extrañas. Notaba las extremidades flojas, pero ya se me empezaba a aclarar la cabeza. Y tenía muchísima sed. Agarré con ambas manos la copa de vino aguada que Cay cogió de la mesilla que había al lado del camastro donde yacía yo. Me la bebí de un trago como si fuera de la añada más fina, y no como la mezcla ácida y diluida que era. Me acabé el cáliz y se lo devolví, mirando alrededor de la habitación tenuemente iluminada.

—¿Dónde estoy? —balbucí.

—Eres una invitada en mi humilde morada —contestó una voz fuerte entre las sombras que había a los pies de mi cama.

Abrí la boca por la sorpresa cuando Arviragus entró en el círculo de luz de la lámpara.

—Y créeme cuando te digo que estás tan sorprendida como yo.

No era la sombra, sino el hombre de verdad. Real como la vida misma e igual de imposible.

No era un fantasma. No era mi imaginación. «Vivo...».

Sentí el aguijonazo de las lágrimas cuando Cay se movió para hacerle sitio y dejar que se sentara en el camastro. Abracé a Arviragus con todas mis fuerzas —aunque no fueran muchas—, y él me envolvió con sus largos brazos y me acarició el pelo mientras yo lloraba contra su hombro.

—Pensé que estaba muerto —sollocé.

—Lo estaba, querida niña —murmuró—. Lo estaba.

Lo miré a los ojos.

—¿Qué pasó? —pregunté—. Después de los Triunfos de César... Pensé...

—Sí, bueno —soltó un bufido—. Parece que el temible general cambió de parecer. No pudo soportar deshacerse al final de su mejor enemigo.

—Me cuesta creerlo de César.

—A mí no —repuso Arviragus encogiéndose de hombros—. De hecho, creo que le pega mucho. Mientras el mundo piense que estoy muerto, a César no le hace ningún daño dejarme vivir y, de hecho, aplaca ese rincón profundo de su alma que se rebeló contra la masacre de tanta y tanta de mi gente. Un tirano tiene que encontrar maneras de vivir consigo mismo. Dejarme vivir fue una para César, incluso aunque esa vida no estuviera a mucho más que un paso de la muerte. Al menos, así era antes de que llegais tú y tu manada de gladiadoras.

Tragué saliva para aliviar la presión que sentía en la garganta. Que Arviragus estuviera vivo era un consuelo que no esperaba. No después de todo lo que había pasado.

—¿Te ha dicho Cay lo de...?

—¿Sorcha? —El pesar que se veía en su mirada era tan profundo como su compasión. El hombre asintió—. He hecho un sacrificio a la diosa para que tenga un buen viaje.

Me sujetó la mano en silencio hasta que la tormenta de mi pena pasó de largo y fui capaz de mirarlo a los ojos de nuevo.

—¿Qué locura te trajo aquí, Fallon, de todos los lugares? —me preguntó.

—Usted. Usted fue mi locura.

Explicé cómo su aparición me había espoleado primero en la celda y después a través de las calles de Roma, y Arviragus sacudió la cabeza, maravillado.

—La voluntad de Morrigan es algo muy extraño a veces —afirmó.

—Extraña, tal vez —intervino Cay—. Pero, en este caso, fortuita.

Lo miré.

—Dudo que hubiéramos conseguido ni siquiera dejar atrás la ciudad si nos hubiéramos ceñido a nuestro plan original —explicó—. Los vigías ya nos buscaban pocas horas después de haber llegado a este lugar. Lo más seguro es que nos hubieran encontrado de camino al sur, hacia Neápolis, si hubiéramos seguido por ahí.

«Vigías», pensé. La guardia nocturna de Roma.

—¿Tan rápido corren las noticias? —pregunté.

Cay asintió.

—Seguramente nos dejamos una silla de montar o una carreta. O uno de los guardias montó a pelo para enviar el aviso. Sea como sea, la información sin duda llegó a la guardia local. Se dice que están en busca de una banda de gladiadoras renegadas que escaparon del Ludo Aquilea,

dirigidas por nada menos que la querida Victrix de César en persona. Y como todos sabemos...

—La muchedumbre romana no ha olvidado a Espartaco —dije con un suspiro.

—Has sido nombrada rebelde y líder de los rebeldes. —Cay sacudió la cabeza, disgustado—. Lo que te convierte en una carga legal para César. Tardará en enterarse de esto, pero cuando lo haga...

—¿Cómo sabes tantas cosas?

—Tengo un contacto, ¿recuerdas? Alguien que está al tanto de los secretos de la ciudad. Y de sus hombres poderosos. —Cay me sirvió otra copa de vino aguado y me la ofreció—. Mandé una nota a Kass explicando lo que había pasado y le pregunté si tenía alguna información acerca de nuestra situación.

Kassandra, la recordaba. Había sido muy buena conmigo —me había rescatado, en realidad— en más de una ocasión. Era esclava en un burdel y también una informadora secreta de Julio César. Una profesión peligrosa —ambas, de hecho—, pero de algún modo la chica se las arreglaba para navegar por ese mundo con gracia.

—¿Qué tenía que decir? —pregunté.

—Me informó del estado de las cosas en política y estamos metidos en más problemas de lo que pensaba —suspiró Cay con aire sombrío, y yo esperé a que continuara—. Hay un profundo malestar cociéndose en la República, Fallon. Los optimates, es decir, los hombres contra quien está luchando César ahora, y los populares, los que le dan apoyo en esta guerra... Son el rostro público del conflicto. Las dos mayores facciones en la lucha por el poder que todo el mundo ve y conoce. Sin embargo, según Kass, los Hijos de Dis y sus seguidores son el monstruoso rostro que asoma por debajo.

—Un arma de doble filo —reflexionó Arviragus—. El clima político es la mismísima razón por la cual hombres como Aquila de pronto creen que tienen algún tipo de licencia para promover cosas como los Hijos de Dis y salirse con la suya. La percepción pública lo es todo para la mente romana.

Cay asintió.

—Y gente como tú y Sorcha, Fallon, las campeonas de César, sus estrellas en la arena y las favoritas de la plebe, solamente sois peones de un juego mucho más grande. Una distracción y una moneda de cambio a la vez.

—En la retorcida mente de Aquila, una fuente de poder arcano —añadí, mirándome el brazo donde los cortes empezaban a sanar y, lentamente, se iban convirtiendo en las finas cicatrices blancas que llevaría conmigo el resto de mis días—. No lo olvidemos.

Cay se revolvió incómodo ante aquella idea, pero asintió.

—Sí. En su mente. Y en las mentes de sus seguidores.

—Y ahora Sorcha está muerta por culpa de esto —afirmé, ahogando la renovada oleada de agonía que pronunciar aquellas palabras provocó en mí—. Olvidémonos de la locura de Aquila. Aunque estuviéramos a punto de desaparecer de la faz de la tierra (no sabéis lo atractivo que me resulta ese pensamiento), tal y como están las cosas, tendríamos que encontrar la manera de limpiar nuestros nombres. Todos nosotros. O viviremos como fugitivos el resto de los días de nuestras vidas. Aunque estén contados.

—Encontraremos la manera —afirmó Cay—. No te preocupes por eso ahora.

—Por supuesto que lo haréis. —Arviragus me estrechó la mano con una expresión de conmiseración, pero vi en sus ojos lo probable que consideraba aquella posibilidad—. Mientras tanto, tienes que recuperar fuerzas. Iré a buscar algo para que comas un poco. —Hizo un gesto de asentimiento hacia Cay y nos dejó solos.

Nos quedamos sentados en silencio un rato, mirándonos, y entonces Cay se movió y me cogió la mano.

—Me has dado un buen susto, Fallon —dijo.

—Me lo he dado a mí misma. —Le sonreí lánguidamente—. Unos cuantos, de hecho. Pensé que moriría en aquella celda.

—Pero encontraste la forma de escapar.

Sacudí la cabeza.

—No, no fui yo. Aeddan me encontró y me dejó escapar.

En su rostro pude ver la multitud de cosas que Cay quería preguntarme sobre eso, pero se limitó a plantearme una sola pregunta:

—¿Confías en él?

Pensé en ello un largo momento. Cay sabía lo de Aeddan —y Mael—, y seguro que se preguntaba cómo podía siquiera aguantar mirar al hombre que había asesinado a mi primer amor.

—¿Si confío en él? —Dudé, pero ya sabía la respuesta—. Sí, confío.

Cay esperó.

—Pero eso está a una eternidad de perdonarlo, créeme. —Suspiré—. A unas cuantas.

—Bien —asintió—. Entonces no será ningún problema darle las gracias por el rescate y enviarlo de nuevo a la ciudad para que se defienda solo.

Fruncí el ceño.

—¿Y si lo encuentran? Es un gladiador muy conocido y ha desertado de un ludo de Aquila, seguro que lo buscan. No. —Sacudí la cabeza—. Si lo echamos, quizás los vigías lo vean y nos encuentren a nosotros.

¿Realmente se trataba de eso?, me pregunté a mí misma. ¿Esa era la razón por la cual me mostraba reacia a deshacernos de Aeddan? ¿O era sencillamente un modo de torturarnos a ambos por lo que le pasó a Mael? ¿Algún tipo de penitencia doble? Honestamente, no lo sabía. Había muchísimas cosas de las cuales no estaba segura, y la menor de ellas no era qué pasaba entonces. No sabía adónde iríamos o qué haríamos. Cómo limpiaríamos nuestros nombres. Pero lo que sí sabía, en el fondo de mi corazón, era que fuéramos adonde fuéramos, nos encontrásemos con lo que nos encontrásemos, necesitaríamos todo tipo de ventaja que pudiéramos conseguir.

—Es buen luchador —comenté—. Y me temo que también necesitaremos de esos.

—Espero que tengas razón —asintió Cay, aceptando mi decisión aunque no le gustara demasiado—. Acerca de confiar en él, me refiero. Pero si se convierte en cualquier tipo de problema, solamente tienes que dar la orden, Fallon, y estaré contento de atravesar sus entrañas con mis espadas sin pensarlo dos veces.

Lo miré de hito en hito.

—O... —se encogió de hombros y soltó una risita—... supongo que podré limitarme a hacerme

a un lado y ver cómo lo haces tú misma.

—Podríamos echarlo a suertes —me reí también—. Y sé que a Elka también le encantaría intentarlo.

Cay se echó a reír.

—Y tanto que lo haría. Casi lo hizo un par de veces mientras luchabas contra la fiebre. —Miró hacia la puerta que tenía detrás, que llevaba al patio—. Te quiere muchísimo. Todas lo hacen.

Un repentino rubor de vergüenza me ardió en las mejillas al darme cuenta de que había estado evitando preguntar por las demás. Elka y Ajani y el resto. Ni siquiera sabía con seguridad, más allá del número que me había dado Elka en la carretera, quién lo había conseguido. Y quién no. Cerré los ojos con fuerza y vi el pálido rostro de Tanis cuando cayó de rodillas en el barro, pero entonces sacudí la cabeza y abrí los ojos de nuevo. No podía quedarme escondida en la oscuridad de la casa prisión de Arviragus durante el resto de mi vida. Todo ese embrollo era mi culpa, para empezar. Mi culpa y mi responsabilidad.

De modo que ya me podía espabilar e ir a buscar a mis amigas.

«¿Para decirles qué?».

No había decidido del todo esa parte. Pedí a Cay que me dejara sola unos instantes para recomponerme y le dije que lo encontraría en el patio, donde nos esperaban las demás. A raíz de las advertencias de Kassandra, nadie había salido a las calles de Roma desde que llegamos, según me dijo Cay. Nadie a excepción de Leander, que conocía todos los callejones de la ciudad y sabía hacerse invisible. Por mucho que me hubiera enojado pensar, durante el trayecto por la Via Clodia, que había robado un lugar en la carreta que habría podido ocupar una de las gladiadoras, por lo que Cay me había dicho, tenía que admitir que Leander había demostrado enseguida ser de un valor incalculable para nuestra causa fugitiva. Fuera lo que fuera que finalmente resultara ser esa causa.

Hasta me había conseguido una túnica y una capa limpias para que me las pudiera poner.

Me vestí y me pasé lo mejor que pude los dedos por los enredos que tenía en el pelo. Luego me dirigí al patio para encontrarme con mis compañeras de ludo. Habían sido de lo más trabajadoras durante los días que yo había estado tumbada lidiando con la fiebre. Habían dispuesto por el patio toldos en forma de tienda para hacer las veces de refugio contra la lluvia y habían sacado el mayor partido de las provisiones que había en la casa de Arviragus y de todo lo que habían conseguido de las sigilosas incursiones de Leander en tan poco tiempo. El ambiente me recordó los días que habíamos pasado viajando por el circuito del ludo durante la precampaña de los Triunfos. Había felpudos y alfombras para dormir bajo los toldos y dos fuegos crepitantes para cocinar, uno de los cuales tenía un ave asándose y el otro un par de conejos.

Las chicas estaban sentadas por ahí, conversando en voz baja u ocupándose de sus tareas. En el rincón más alejado del patio, Aeddán estaba sentado solo en un banco, afilando el cuchillo con la determinación de quien ya sabe contra qué víctima lo va usar.

Salí andando hasta el patio con las piernas temblorosas y parpadeando ante los rayos de luz que se filtraban entre los toldos. Gratia fue la primera en verme y me saludó a gritos desde la otra punta del patio, con una enorme sonrisa pintada en la cara. Una por una, las otras también se fueron girando para saludarme. Sentí una oleada de alivio cuando me di cuenta de que en realidad

ninguna de ellas parecía culparme por lo que había pasado. Neferet y Antonia estaban allí, juntas como siempre. Ajani y Elka. Meriel.

No estaban Tanis ni Lydia, por supuesto...

—¿Dónde está Damya? —pregunté, mirando a mi alrededor.

Gratia sacudió la cabeza.

—No lo consiguió.

—Oh...

Miré a las otras chicas que habían conseguido llegar hasta allí.

Sentada cerca de una pared había una chica a quien al principio llamaba «Loba» por el dibujo del escudo que Sorcha le dio el día del juramento de nuestros votos. Se llamaba Hestia, y durante los últimos meses la había observado luchando al estilo tracio con una determinación metódica que la llevó a ganar más combates que a perderlos. Estaba sentada con una chica griega llamada Nephele que había crecido mendigando por las calles de Atenas hasta que la encontraron y la vendieron. Nunca dejaba de sonreír —lo que me resultaba un misterio— y se le iluminó todavía más la sonrisa cuando cruzamos las miradas.

Aparté la vista de ella para mirar a las otras. Bajo uno de los toldos se sentaba Vorya, una chica de una tribu vecina de los propios varini de Elka, que había estado con nosotras desde esos primeros días que viajábamos en la caravana de esclavos, pero con quien no podía recordar haber mantenido una conversación larga. En la misma hoguera estaban Kore y Thalassa, ambas de la isla de Creta, y una chica germana llamada Devana. De los conejos se ocupaba una chica norteafricana cuyo nombre de nacimiento no supe nunca; desde que llegó al ludo se llamaba a sí misma Anat —por la diosa de la guerra de su tribu— y se negó a que la llamaran de otro modo.

No conocía a ninguna de ellas ni la mitad de bien de lo que querría. De lo que debería.

Me prometí a mí misma que aquello cambiaría.

—Damya y Tanis y algunas de las otras quizás no lo hayan conseguido, Fallon, pero nosotras sí —afirmó Ajani con firmeza—. Y no lo habríamos hecho de no haber sido por ti.

—Exacto —asintió Elka—. Bueno. Viendo que ya has parado de sudar y de balbucear, vayamos al tajo. ¿Qué hacemos ahora?

A decir verdad, había esperado tener algo más de tiempo antes de que esa pregunta asomara la cabeza. Pero por supuesto, el pragmatismo alegremente arrojado de Elka no iba a permitirlo. Sigue adelante, no mires atrás. Siempre hay algo delante de ti contra lo que tienes que luchar... Y había una cosa delante de mí contra la que sin duda tenía que luchar. Poncio Aquila.

—Voy a volver —afirmé.

—¿Volver? —Ajani me miró ladeando la cabeza—. ¿Volver a dónde? ¿A casa?

—Sí —repuse, y sentí que apretaba los puños—. A casa.

—¿A Britania?

—No. —Miré los agujeros que quedaban en nuestra compañía y que deberían haber sido las chicas que dejamos atrás—. Vuelvo al Ludo Aquilea.

—¿No acabamos de volver de esa fiesta? —bufó Gratia.

Elka entrecerró los ojos.

—Cuando dijiste «retirada táctica» no pensaba que lo dijeras de verdad.

—Por supuesto que lo decía de verdad —repliqué—. Sorcha lo dio todo, incluso su vida, para cerciorarse de que el ludo era un refugio seguro para nosotras. Pretendo encontrar la manera de recuperar dicho refugio.

—Podría ser útil que primero descubrieras cómo consiguieron hacerse con él tan fácilmente —sugirió Aeddán desde su rincón alejado del resto. Lo bastante alto para que todo el mundo se girara hacia él mientras envainaba la espada y dejaba a un lado la piedra de afilar.

—¿De qué hablas, Aeddán? —pregunté.

Me miró y respondió:

—Poncio Aquila tuvo que tener a alguien dentro del ludo que trabajara para él.

—¿Quieres decir a alguien aparte de ti? —Elka fulminó con la mirada el yelmo con penacho de plumas negras que estaba al lado del hombre.

—Quiero decir —replicó Aeddán ignorando la mala mirada— alguien con quien pudiera planear un ataque. Mucho antes de que cualquiera de las gladiadoras amazonas o sus guardias, incluyéndome a mí, pusiera los pies en vuestro ludo.

Mientras hablaba metió la mano debajo del yelmo y sacó una bolsa de cuero rojo. La levantó y se oyó un ruido apagado, un tintineo. Monedas. Muchas monedas. Elka frunció el ceño y todo el mundo se quedó muy quieto.

Todo el mundo excepto Leander.

El chico estaba agachado ante las hogueras para cocinar, girando la pica donde el ave estaba ensartada. Sin embargo, aprovechó ese preciso instante para apartarse del fuego con torpeza, como si quisiera levantarse e irse. Aunque para ir adónde, no lo sabía. No había ningún lugar adonde ir.

—¿Qué me dices, esclavo? —preguntó Aeddán con tono casual—. ¿Hay algo que quieras compartir con el grupo?

Elka resopló con sorna.

—No puedes decirlo en serio.

Me sentí tentada de coincidir con ella.

—¿En serio estás diciendo que Leander es algún tipo de... qué? ¿Conspirador?

—No. —Aeddán sacudió la cabeza—. No es lo bastante listo. Pero estoy bastante seguro de que sí sabe quién lo es. Y que hasta ahora ha decidido mantener la boca cerrada al respecto.

Aeddán me lanzó la bolsa de cuero. Me pesó cuando la atrapé al vuelo.

—Encontré esto en el fondo de su bolsa de viaje —afirmó.

Gratia miró a Aeddán con el ceño fruncido.

—¿Has rebuscado entre sus cosas?

—He registrado las cosas de todos.

—No confías en nosotras —dijo Neferet sacudiendo la cabeza con disgusto.

—No confío en nadie —espetó Aeddán—. Y vosotras tampoco deberíais. Pero él era el único que tenía una bolsa llena de monedas metida en su macuto.

Cay pasó la mirada de mí a Leander.

—¿De dónde saca tantas monedas un esclavo?

—Los... hombres. Los hombres de... la barca —tartamudeó Leander con los ojos muy abiertos

—. Los que me pagaron para destrozarse el mástil...

Di la vuelta a la bolsa y de ella cayó hasta el suelo un riachuelo de monedas brillantes. Había una pequeña fortuna en sestercios. Más de los que una gladiadora de primera categoría podría conseguir en un combate principal de un festival en el Circo Máximo.

Ajani se giró hacia Leander, un peligroso gruñido le deformaba el labio.

—Mentiroso —afirmó—. Aquellos canallas no te habrían pagado ni la mitad de todo este dinero.

El ceño de Leander había empezado a brillar por el sudor y los ojos no paraban de mirar a todas partes, como si buscara un modo de escapar.

—La lanista... —volvió a intentarlo—, ella también me recompensó por...

—No te atrevas. —Di un paso hacia él.

—*Domina*... —dijo, y tragó saliva con nerviosismo—. Por favor...

Aflojé la espada que colgaba de mi cadera derecha.

—Sorcha no te dio esas monedas.

El chico sacudió la cabeza.

—No.

—¿Quién te las dio?

—Ella... fue... era por mi silencio —respondió rápidamente—. Me dio la bolsa y me dijo que mantuviera la boca cerrada. Perdóneme...

—¿Quién? —pregunté.

—Thalestris —confesó en un susurro rasgado—. Era para que no dijera nada sobre la lanista. Su hermana, *domina*... No está muerta. Al menos... no todavía.

Con un gruñido, empujé a Leander contra la pared de piedra del patio y le puse la punta de mi espada bajo la barbilla.

—¿Qué sabes? —pregunté con los dientes muy apretados.

—La noche que tomaron el ludo —dijo con los ojos colmados de terror—, yo dormía en la alcoba de la cocina. Me desperté por el ruido que hacía Thalestris arrastrando a la lanista, que estaba encadenada, hacia la puerta de servicio. Estaba inconsciente y tenía la ropa manchada de sangre, pero todavía había más sangre en la túnica de la amazona. Por la forma como se movía, creo que Thalestris estaba herida. Y tenía prisa. Estaba desesperada. Cuando vio que estaba despierto me dio las monedas para comprar mi silencio.

—Traidor trozo de...

—¡Tenía miedo! —graznó—. Me dijo que Poncio Aquila me recompensaría todavía más, pero sé lo que eso significa la mayoría de las veces. Por eso decidí irme del ludo cuando vosotras os fuisteis.

Sentía que el aire entraba y salía de mis pulmones como si acabara de correr una milla entera. El pulso me retumbaba en los oídos. Mantuve a Leander clavado contra la pared casi tanto para mantenerme de pie como para mantener a raya mi enojo.

Thalestris no estaba muerta.

Estaba viva y —sencillamente no había otra manera de planteármelo— jugaba para Poncio Aquila. Y tenía a mi hermana. La desnuda traición de ese acto se me clavó como una daga. Sin

embargo, apenas podía pensar en nada más que en eso.

—Mi hermana no está muerta...

Sentí una mano en el hombro cuando Cay se me puso al lado.

—¿Qué te hace pensar que la lanista sigue viva? —preguntó, y noté que tensaba los dedos, como si esperara que yo intentara sacar respuestas de Leander tallándolas a pedazos de su carne.

—Porque Thalestris quiere más que solamente su muerte —respondió Leander—. Quiere venganza de sangre.

«¿Por qué? —me pregunté—. ¿Para qué?». Y entonces, de pronto, lo supe.

Sin embargo, Leander lo dijo en voz alta de todos modos:

—Venganza por la muerte de su hermana.

Solté a Leander y di un paso atrás, rebobinando.

De pronto, todo tenía sentido. Thalestris no era solo un peón en el juego de Aquila. Había estado jugando al suyo propio desde el principio. Recordé el día que encontré el cuervo clavado en mi puerta y estuve convencida de que Nyx estaba detrás de aquella broma pesada. Incluso después de que ella negara saber nada al respecto. Sin embargo, Thalestris estuvo allí mientras yo limpiaba la sangre de mi puerta y me dijo que aquello era una advertencia a la que debía prestar atención. Por el bien de Sorcha.

«Pero ten esto muy claro —me había dicho—: el corazón de la lanista se haría pedazos si perdiera a su querida hermana. Créeme, sé lo que digo».

El corazón de Thalestris se había hecho pedazos.

Pasada la fatídica batalla que se llevó la vida de su hermana Orithyia y tras asegurar el lugar de mi hermana como lanista del Ludo Aquilea, Thalestris se había puesto una máscara de perdón —incluso de amistad sincera—, pero en el fondo había estado abrigando una venganza implacable durante años.

Nutriéndola y alimentándola, mimándola para que creciera... y yo la entendía.

Yo había pasado años de mi vida pensando que mi hermana estaba muerta. Todavía podía sentir las ascuas del odio que habían ardido en mi corazón por César, el hombre que creía que era el responsable de la muerte de mi hermana. Sin embargo, cómo había conseguido Thalestris esconder sus verdaderos sentimientos de Sorcha durante tanto tiempo... aquello me resultaba imposible de entender. La *Primus Pilus* y mayor confidente de mi hermana habría podido matar a Sorcha mil veces de mil maneras distintas. En un combate de entrenamiento, en mitad de la noche, con una bebida envenenada... pero no.

Thalestris quería romperla.

De pronto lo entendí. Sorcha sabría, antes de morir, que Thalestris también había matado sus sueños. Su lucha por la libertad de las gladiadoras aquileas, un sueño que Thalestris con tanta malicia había puesto en las avariciosas manos de Poncio Aquila. Junto con la hermanita de Sorcha. Yo.

El acto definitivo de venganza poética.

Me giré de nuevo hacia Leander.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Una de las ventajas de ser un esclavo, *domina*. —Soltó una risita amarga—. Nadie piensa

nunca que estás escuchando.

—Yo sí te escucho ahora —le dije, al tiempo que bajaba la espada.

—Cuando Nyx fue vendida a Aquila antes de los Triunfos —empezó—, yo recogí sus cosas mientras ella y Thalestris hablaban. De usted, *domina*, y de Lady Aquilea. Nyx estaba furiosa. Se sentía traicionada, aseguró. Thalestris le dijo que no se preocupara, que Nyx pronto tendría su venganza con usted, y que ella tendría su venganza con Lady.

Durante sus días en el ludo —barriendo, sirviendo, agachando la cabeza y desviando la mirada—, Leander debió de escuchar y ver un montón de cosas. Recordé entonces aquella noche en la que Nyx nos llevó a Elka, a Lydia y a mí a las bacanales de la Domus Corvinus; fue Leander quien nos proporcionó la llave de la puerta que nos permitió escabullirnos. Y recordé algo más: lo azotaron por ello.

—¿Nunca contaste a nadie lo que oíste? —quise saber—. ¿Nunca se lo dijiste a Sorcha?

—En aquel momento pensé que solo era cháchara. —Sacudió la cabeza y pude ver verdadero remordimiento en sus ojos—. Nada más que cháchara. Lo olvidé casi en cuanto lo oí, igual que la mayoría de las cosas.

—¿Por qué no dijiste nada del secuestro de la lanista antes? —preguntó Cay—. Eso era muchísimo más que mera cháchara.

—Porque Thalestris no solo me dio monedas. —Leander se giró hacia él—. También me hizo una promesa. Dijo que me mataría si me atrevía a insinuar siquiera una palabra de lo que vi aquella noche. Me dijo que me encontraría, que me perseguiría adonde quiera que fuera, y que me partiría en dos para que los buitres se comieran mis entrañas. Fue bastante persuasiva.

Luché contra la creciente oleada de esperanza desesperada que sentí en mi interior. Si tenía que ayudar a mi hermana —salvarla—, entonces debía tener la mente clara. «Escucha a tu cabeza, no a tu corazón —casi podía oírla decirme—. La verdad antes que la esperanza. La estrategia antes que la pasión».

—Aeddán, ¿sabías que Thalestris todavía estaba viva?

El hombre sacudió la cabeza.

—Poncio Aquila quizás confiara lo suficiente en mí para pensar que no lo traicionaría, pero eso no necesariamente significa que me considerara un confidente cercano. No sabía que fuera la amazona quien trabajara con él y no vi nada de lo que le pasó a la mujer, ni a tu hermana, la noche que atacaron el ludo.

Me giré de nuevo hacia Leander.

—¿Thalestris dijo algo más?

Leander asintió.

—Cuando arrastraba a la lanista por la cocina, antes de que viera que yo estaba despierto, estaba despotricando. Se reía para sí y decía cómo se llevaría lejos a la lanista y le haría pagar por todo. Que la sacrificaría a la diosa de las Amazonas bajo la luz de la Luna Cazadora. Cómo derramar su sangre haría poderosa de nuevo a su tribu. Creo que se ha vuelto loca, *domina*. La diosa Némesis le ha infectado la mente.

Tal vez. Pero al menos Sorcha todavía estaba viva. Todavía quedaba una posibilidad.

—La Luna Cazadora... la próxima luna llena. —Me giré hacia Cay y las otras, mirando todos y

cada uno de los rostros, incapaz después de mis fiebres de siquiera pensar por mí misma qué día de la semana era—. ¿Cuándo es? ¿Alguien sabe...?

—En quince días —dijo Neferet—. Por suerte para Aquilea, todavía queda tiempo.

—Depende de dónde se la haya llevado Thalestris —repliqué—. ¿Leander?

—Sí...

—¿Adónde?

El chico asintió y levantó una mano, y pude ver que estaba esforzándose para recordar. Los músculos de su garganta se movieron cuando tragó saliva con fuerza, concentrándose.

—¡Córcega! —exclamó por fin—. Han zarpado hacia la isla de Córcega.

En el corazón del Mare Nostrum, pensé. Y sentí mi propio corazón hundiéndose en esas profundas aguas que no tenía forma alguna de cruzar.

## IX

Oí a Quint gruñir y vi una expresión de dolor grabada en su rostro.

—¿Quinto? —preguntó Cay.

El chico suspiró.

—Me temía que lo dijera.

Entonces recordé que Cay me había dicho que Quint era de Córcega. Me esforcé para recordar qué más sabía de ese lugar, y lo único que me vino a la mente fue algo que Cay me había contado mientras el barco para transportar esclavos en el que viajábamos pasó por delante de la isla, en ese día tan lejano en que yo iba de camino a la plaza del mercado de Roma para ser vendida.

Entonces me dijo que Córcega estaba habitada mayoritariamente por... ¿cómo lo dijo? Sí, me acordé: «Ovejas, abejas, unos cuantos nativos malhumorados demasiado intratables hasta para ser esclavos». Aquello parecía una descripción bastante precisa para una tribu de amazonas...

—¿Por qué lo temías, Quint? —pregunté.

—Nací en un pueblo de pescadores de la costa este de Córcega —respondió—. El más joven de cinco hijos, de ahí mi nombre: Quinto. Mi madre nos mandó a mí y a dos de mis hermanos a la península cuando yo tenía diez años.

—¿Por qué lo hizo? —quiso saber Elka.

El chico se quedó callado un momento y miró el suelo que tenía entre los pies; una expresión extraña le cruzó el rostro: medio apesadumbrada, medio enojada.

—Porque no quería que se nos llevaran —respondió—. Como se habían llevado a otro de sus hijos. Mi hermano Segundo...

—¿Quién se lo llevó? —insistió Elka.

Quint alzó la mirada para fijarla en la suya y respondió:

—Las amazonas.

Cay y yo intercambiamos una mirada.

—Así es como se autodenominan —continuó Quint—. Aunque no lo son en realidad, todo el mundo sabe que no ha habido amazonas reales desde hace más de un siglo, pero no se lo digáis... —Miró a su alrededor, tenía los músculos de la mandíbula tensos—. ¿Queda algo de beber por aquí?

Arviragus fue a coger una jarra de cerveza. Quint tomó un largo trago y ahogó un suspiro al

tiempo que todos nosotros nos arremolinábamos a su alrededor para escuchar su historia.

—Antiguamente, hace cien años o más, cuando los griegos navegaron por primera vez por el Mare Nostrum y descubrieron Córcega, la colonizaron —empezó—. Nunca antes nadie le había prestado mucha atención, pero ellos pensaron que podría valer la pena establecer un puerto o dos para comerciar en las calas donde las moscas no afectaban tanto en las marismas. Se llevaron esclavos con ellos, por supuesto, y algunos de esos esclavos eran, según tengo entendido, amazonas. Las reales. O sus hijas, al menos.

Recordé que Gratia dijo algo parecido acerca de que las amazonas reales murieron tiempo atrás cuando estábamos sentadas alrededor del fuego, en la playa, después de la naumaquia. Y cuando Quint contó su historia, sonó como una parte de una leyenda olvidada hace mucho tiempo. Me obligué a escuchar, a no rendirme al impulso de hacer algo —lo que fuera— en ese instante que no sirviera de ningún modo para ayudar de verdad a mi hermana y que solo nos pondría a mí y a mis amigas en peligro.

«La Luna Cazadora —me dije—, todavía hay tiempo...».

—Córcega es una tierra accidentada —decía Quint—. Montañosa cuando no es una ciénaga traicionera, llena de cimas abruptas y valles ocultos... y, bueno, se confirmó como el lugar perfecto para aquellas señoras que un día desafiaron a sus patronos. Se alzaron, se rebelaron, escaparon y montaron un campamento propio pequeño y acogedor, escondidas en el otro lado de la isla. —Se rio un poco y dio otro largo trago de cerveza.

—¿Y nunca nadie las fue a buscar? —preguntó Hestia, escéptica.

—Sus dueños griegos decidieron, sabiamente a mi parecer, que eran más problemáticas que valiosas, y las dejaron tranquilas —replicó Quint—. Los colonizadores romanos que llegaron más tarde, es decir, mi gente, decidieron adoptar aquella política. De modo que se quedaron en ese lugar desde entonces, pescando con lanzas, elaborando hidromiel, contando cuentos de glorias pasadas... y de vez en cuando bajando de las colinas en redadas nocturnas para secuestrar a unos cuantos pescadores jóvenes (mi hermano, por ejemplo) de los pueblos del otro lado de la isla para evitar que su población muriera por completo. Probablemente esto explique mi predilección por las mujeres guerreras sin compasión —murmuró Quint, lanzando una mirada llena de significado a Elka.

Ella lo miró con una sonrisita. Sin compasión.

—La única vez que jamás conseguimos un justo castigo —continuó Quint— fue cuando mi hermano Tercio era un soldado raso de las legiones y nuestro pueblo suplicó a Roma que nos protegiera. Se temía que se acercaba el momento de un nuevo ataque por parte de las amazonas. Nos lo mandaron con un destacamento al pueblo y, efectivamente, hubo un asalto. Caos y heridos. Sin embargo, capturaron a un puñado de esas mujeres salvajes y las vendieron en una subasta en el Foro. Apuesto a que vuestra Thalestris y su hermana eran dos de ellas.

—Y todos sabemos el resto, cómo acaba esa historia —afirmó Cay con gravedad.

—No —contradije yo—. No lo sabemos. Porque todavía no ha terminado.

Una chispa de expectación prendió en los ojos de Quint.

—¿Puedes llevarme hasta allí? —pregunté—. ¿A su campamento?

El chico asintió y una sonrisa lenta se acomodó en sus labios.

—Sí —respondió—. Puedo llevarte hasta la maldita puerta de su casa.

Me giré hacia Cay.

—Vamos a necesitar un barco.

Antonia se puso en pie. Volvía a llevar la funda de cuero liso en el brazo y tenía el acero curvado cuidadosamente engrasado y guardado.

—Lo bastante grande para todas —añadió.

—No os lo puedo pedir. —Sacudí la cabeza—. No sé qué riesgos vamos a correr...

—No tienes que pedirlo. Aquilea me podría haber echado del ludo después del accidente. —Hizo un ademán hacia Neferet, que estaba de pie a su lado—. A ambas. Pero no lo hizo. Le debemos nuestra lealtad, Fallon. Y a ti también.

—¿A mí?

Neferet asintió.

—Podrías habernos dejado en el ludo sin problemas y haberte escapado sola. Y no lo hiciste. Gratia dio un paso al frente.

—Estamos contigo, Fallon. Para ser sincera, quiero estar ahí para ver cómo hundes el culo traidor de Thalestris en el polvo. —Sacudió los hombros, riendo, y se crujió los nudillos de ambos puños—. Y quizás echarte una mano, si surge la oportunidad.

Miré todos sus rostros. Todos ellos —desde Elka, mi amiga más cercana, hasta Devana, a quien apenas conocía— transmitían una expresión de fiera determinación. De arrojo. Hasta la expresión de Aeddán me dijo que me seguiría a Córcega para rescatar a mi hermana.

Sentí que me hinchaba de gratitud. Por todas ellas.

Leander dio un paso al frente.

—Por favor, *domina*, déjeme venir también. Toda mi vida he fingido ser el héroe de mi propia leyenda épica. Pero vosotras, todas, sois las verdaderas heroínas. Deme la oportunidad de recuperar su confianza, de demostrar que soy útil por algo más que el vino y el pescado robado.

—Y por la bolsa de monedas que no pensamos devolverte —aseguró Elka.

Se le hundieron los hombros durante un instante ante aquello, pero entonces se giró hacia mí.

—Déjeme ayudarla a traer la lanista a casa —dijo en voz baja.

Enarqué una ceja al mirar a Cay.

—Será mejor llevárnoslo —afirmó—. Quién sabe en cuántos problemas se va a meter si lo dejamos atrás.

—Bien pues, héroe —asentí—. Estás con nosotros. Eres uno de nosotros. Pero te juro por el aliento de Morrigan que si piensas en traicionarnos te haré desear que Thalestris te encuentre antes de que lo haga yo.

Estaba decidido. Ahora, como en una de las leyendas épicas de Leander, todo lo que teníamos que hacer era viajar hasta una tierra al otro lado del mar, bajar al inframundo para rescatar a mi hermana de las garras de la muerte y... si de algún modo nos las arreglábamos para llegar tan lejos, pensé en silencio... volver con Sorcha y juntas liberar nuestro hogar del mal que lo acosaba.

El Ludo Aquilea quizás hubiera sido nombrado así por el legendario héroe Aquiles, pensé, pero tal vez incluso él se lo habría pensado dos veces antes de emprender semejante viaje.

Lo siguiente que pensé fue: «¡A la mierda Aquiles!».

Él era famoso por haber vencido a una amazona.

Yo las vencería a todas si aquello significaba recuperar a mi hermana.

Estábamos todos de acuerdo, pues. Poncio Aquila podía esperar. Rescatar a Sorcha era la prioridad principal de nuestra alegre banda de renegadas. Había docenas de preparativos de los que ocuparse antes de que emprendiéramos nuestra búsqueda; sin ir más lejos, procurarnos un medio de transporte, pero al menos entre nosotros había una sensación real de tener un objetivo. Incluso el viejo guardia de Arviragus —Junio, se llamaba— se había convertido a nuestra causa e iba y venía como un hombre que acabara de descubrir un objetivo en la vida. Una urgencia concentrada y palpable había convertido la prisión de Arviragus y su patio en una colmena que bullía de actividad. La mayoría tenía que ver con las armas. Y la pintura de guerra. Las chicas habían decidido en colectivo que si teníamos que arremeter contra una panda de autodenominadas amazonas tendríamos que hacerlo al estilo temible del Ludo Aquilea.

Tiempo atrás, la noche de la jura de nuestros votos, cuando Sorcha había aparecido por primera vez ante las nuevas gladiadoras, lo había hecho vestida con todos los atributos de una princesa guerrera cantii, completados con intrincados dibujos en el rostro y las extremidades pintados con glasto —una pintura corporal de color azul brillante que los cantii y otras tribus celtas llevaban a la batalla—. Mis compañeras se habían inspirado en ella y, con ese fin, la mayoría se quedaron dentro esa mañana, agachadas ante braseros y experimentando, mezclando hierbas con pigmentos que Leander había conseguido en el mercado —con las monedas de Thalestris— para producir un tono de azul equivalente. Hicieron las pruebas con Quint, que estaba más que encantado de estar ahí sentado, cautivo y flirteando.

Pude oír las carcajadas incluso cuando salí a tomar el aire. Me ayudaba a no sentir tanto mi propio corazón como una herida apretada latiendo en mi pecho cada vez que pensaba en Sorcha. Rezaba casi constantemente para que Leander tuviera razón y para que Morrigan y Thalestris mantuvieran a mi hermana con vida al menos hasta la noche de la Luna Cazadora.

Meriel estaba sentada sola en el patio.

Imagué que como ya tenía bastante glasto permanente tatuado en su piel, la pintura de guerra no era realmente una prioridad. Me senté algo lejos de ella y me puse a afilar mis espadas. Al cabo de un rato me puse en cuclillas, la herida todavía me dolía un poco, consciente de que Meriel me había estado mirando en silencio desde que había salido al patio. Suspiré para mis adentros y me giré para mirarla.

—¿Quieres decirme algo, Meriel? —le pregunté tan amablemente como pude.

Se quedó callada largo rato, como si decidiera si merecía la pena decirme qué era ese algo. Sin embargo, yo nunca había visto a Meriel amedrentarse ante las confrontaciones —reales o imaginarias, grandes o pequeñas—, de modo que no me sorprendí cuando acabó por abrir la boca.

—No me gustas, Fallon ferch Virico —dijo finalmente, pronunciando mi nombre completo con un énfasis deliberado. Hablaba en su lengua materna, que yo (más o menos) podía entender gracias a las similitudes que guardaba con la mía, aunque estuviera empañada por una gruesa capa de fuerte acento norteño.

Asentí.

—Lo sé. En la academia, cuando Nyx y...

—Al carajo Nyx. —Meriel me miró de hito en hito—. No necesitaba a Nyx para que me dijera cómo sentirme. Me caías mal antes de que nacieras.

—Me parece un poco extremo —repuse.

—Mi tribu son los coritanii.

—Ah.

Aquello explicaba muchas cosas. Todo, de hecho. A decir verdad, siempre lo sospeché, sobre todo por los tatuajes y el acento. El mal carácter tan agresivo. Y aquello era una razón más que suficiente para odiarme. Había una profunda enemistad mortal entre su tribu y la mía, una hostilidad que se había extendido decenas y decenas y decenas de años antes de que yo ni siquiera fuera una voluta de aire... Hacía tanto tiempo que la mayoría había olvidado la razón original, pero no el hecho en sí. Yo también había crecido odiando a Meriel, supongo. Por principios, a fin de cuentas. Cuando el motor de mi vida era la pasión de formar parte de la guardia de guerra real de mi padre, siempre asumí que la tribu de Meriel era una contra las que entablaría batalla llegado el momento.

Llegado el momento...

Que nunca llegó. Para ninguna de las dos. Y ahí estábamos ahora.

—Bueno. Me caías mal antes de que te conociera. —Se encogió de hombros—. Tratar contigo no hizo nada para alterarlo.

Me eché a reír.

—¡Bien!

—Ahora bien, Nyx sí que me gusta —continuó Meriel—. Es una perra loca y cruel, y te pegaría una cuchillada en el cuello a la hora de desayunar para conseguir otro bol de gachas si tiene hambre. Eso me gusta. Lo entiendo... Aunque no confío en ello. —Se giró para mirarme de nuevo, con una expresión muy seria—. Confío en ti.

Aquello me sorprendió.

—¿En serio?

—¿Qué elección tengo? —bufó—. Eres honesta y honrada. Todo lo que yo no soy. Sería idiota si no confiara en ti.

—Gracias. Supongo.

Hizo un ademán con el mentón hacia el edificio donde estaban las otras.

—Esas chicas... Conozco a la mayoría desde mucho antes que tú. La mayoría de ellas también me caen mal. Pero hicimos un juramento para con las otras, de luchar y morir por la compañera, y Nyx jamás lo entendió. Las gachas son una cosa. La sangre es otra y todavía más espesa. Todas juramos unos votos de sangre para cuidar de nuestras compañeras de ludo. Y sé que tú vas a defenderlos. Tú y tu hermana lanista, maldita sea, ¡si hubiera sabido que luchaba por la jodida gran diosa cantii Sorcha ferch Virico durante todos esos años en la academia! Por los dientes de Lugh. Quizás la habría matado mientras dormía antes de que te hubieran secuestrado de tu casa. Y ahora mírame: lista para salvar su precioso cuello. Menudo mundo de locos nos han dado los dioses, Fallon, esa es la pura verdad.

Y nos echamos a reír, flojito, y entonces Meriel volvió adentro. Le dije que iría con ella, pero todavía no estaba lista para demasiada compañía. Me levanté para sentarme en un rincón del patio, escondida del alto sol resplandeciente bajo uno de los toldos provisionales, y retomé la tarea de afilar mis espadas. Si no nos marchábamos pronto, las habría afilado tanto que parecerían brochetas para la carne. Deseé que Cay estuviera allí para distraerme, pero se había ido a la ciudad, de incógnito, para conseguir un barco. El pensamiento apenas había cruzado mi mente cuando vi a Junio acudiendo a la llamada a través del enrejado de hierro de la puerta exterior del patio. Era Cay, vestido de comerciante, con una capucha que le tapaba el rostro. Junio abrió la puerta solo lo suficiente para dejarlo entrar y ya la estaba cerrando cuando vi a Cay dudar y volver atrás.

Alguien había llamado su nombre desde la calle.

Durante un breve instante de pánico pensé que quizás los vigías habían descubierto nuestro escondrijo. Sin embargo, vi una forma esbelta y con capa deslizarse por el espacio que quedaba bajo el dintel detrás de Cay. No era ningún soldado ni vigilante. Era una chica.

Kassandra.

Cay se acercó a grandes gambadas al tiempo que ella se apartaba la *palla* de la frente. Llevaba el pelo suelto y desparramado por los hombros y tenía las mejillas ardientes; parecía que hubiera llegado corriendo. Habló con un tono bajo y urgente, pero yo estaba demasiado lejos para oír lo que decía. Cay escuchó al principio, con la cabeza inclinada, muy concentrado. Al cabo de unos instantes sacudió la cabeza y emitió una risotada que sonó como un ladrido. Sin embargo, no había duda de que Kassandra no bromeaba y de que no lo había dicho todo. Hizo ademán de agarrar el brazo de Cay, pero él se zafó de la chica, enfadado de pronto.

Seguía sin poder oír la discusión, pero rara vez había visto a Cay tan disgustado. Levantó una mano y —aquello sí lo oí— le dijo a Kassandra que cerrara el pico y que jamás repitiera semejante mentira ante él. Ni ante él ni ante ninguna otra persona. Entonces se giró sobre sus talones y echó a andar hacia la casa prisión. Kassandra lo llamó, pero sus palabras no tuvieron respuesta. Se oyó un portazo cuando Cay hubo entrado y Kassandra se quedó ahí de pie, mirándolo y agarrándose las manos con fuerza.

Recordé haber pensado que había algo entre ellos dos. Hacía mucho tiempo que había ahogado ese pensamiento, pero, de pronto, su fantasma volvió, me acarició el hombro y empezó a susurrarme en el oído. Acallé ese murmullo sin piedad y, envainando la espada que había estado afilando, caminé hacia Kassandra. Ella tardó un segundo en darse cuenta de que yo estaba allí. Cuando lo hizo se giró para mirarme a los ojos con expresión de no comprender, su mente muy lejos de donde estaba ella.

—¿Kassandra? —pregunté—. ¿Qué ocurre?

—Yo... —Dudó un instante y su mirada se movió de un lado a otro: de mí hacia donde se había ido Cay. Fuera lo que fuera que hubiera estado a punto de decir, murió en sus labios, sacudió la cabeza y se quedó callada, frunciendo el ceño en una expresión profunda y preocupada. Me di cuenta entonces de que, bajo el rubor de sus mejillas, estaba pálida y demacrada y sus rasgos estaban más marcados que la última vez que la había visto, como si hubiera perdido mucho peso. Y tenía unas ojeras muy marcadas.

—Kass... —Le puse una mano en el brazo—. ¿Estás bien?

Ella me miró, parpadeando, como si hubiera medio olvidado por qué estaba allí.

—No —murmuró—. No estoy bien.

—¿Qué ocurre? ¿Puedes contármelo?

Se echó a reír con aspereza y sacudió la cabeza.

—No. Es solo... —De nuevo, su mirada se desvió hacia donde había ido Cay—. Solo esto: yo... tengo sueños, Fallon. Pesadillas terribles en las que las estatuas del Foro se caen y se hacen añicos y por las calles de Roma corren ríos de sangre. Me temo que algo terrible está a punto de pasar. A la República... a los que son leales a César. Quizás a todos nosotros. Me temo que se avecina una barahúnda espantosa.

Durante el poco tiempo que tuve relación con ella, aprendí que Cassandra era un alma generosa y sensible, aunque fuera probable que todo cuanto había visto en su vida fuera lo peor de la humanidad. Y ahora... ¿pesadillas? ¿Premoniciones ruinosas? Una vez me contó que el vino de la amapola —y cosas peores— corrían libremente por la Casa de Venus. Tal vez se hubiera acostumbrado. Apenas podía culparla. Con la vida que vivía... probablemente yo también hubiera intentado insensibilizarme.

Me pregunté por qué había sentido la necesidad de contar sus temores a Cay, y por qué él había reaccionado de ese modo. Entonces me pregunté si quizás Cassandra albergaba sentimientos secretos hacia él. ¿Era por eso que había venido a verlo? ¿Para intentar convencerlo de que dejara a un lado el peligro imprudente al que yo parecía estar llevándolo? No fui capaz de culparla por eso, pero podía ver por qué aquello había enojado a Cay.

—Kass... —Tuve que sacudirle el brazo para que se concentrara en mí de nuevo—. ¿Por qué no te quedas aquí? Con nosotras. Ven conmigo y el resto de las chicas y...

—¿Y aprender a luchar por mi vida? —Se echó a reír. Era un sonido hueco—. Ya lo hago, Fallon. Solo que no tengo el lujo de ver sangrar a mis enemigos.

La solté y la chica se volvió a cubrir la cabeza con su *palla*, escondiéndose el rostro una vez más ante los ojos de Roma. Junio la dejó marchar y yo me quedé ahí de pie largo rato cuando ya se hubo ido. Sentía un nudo de confusión alojado en mi pecho. ¿Había más entre Cay y Cassandra de lo que yo había imaginado? Sacudí la cabeza. No. Me lo hubiera dicho.

«¿Sí? ¿De verdad?».

Tenía que creer que Cay me lo hubiera dicho.

Cuando volví a entrar vi a Aeddan de pie entre las sombras de un nicho, recostado contra la pared con los brazos cruzados y una expresión pétrea en el rostro. Probablemente había estado lo bastante cerca como para haber oído toda la conversación entre Cassandra y Cay, y esperé que me dijera algo. Pero no lo hizo.

Se limitó a apartarse de la pared y a alejarse de mí sacudiendo la cabeza.

Más entrada la tarde no pude encontrar a Cay. Había sido un nubarrón andante desde su encuentro con Kass. Quint me dijo que se había ido otra vez a la ciudad para seguir haciendo arreglos para nuestra inminente partida. No sabía si creerlo, pero confié en Cay. Confié también en Kass, de

hecho. Ninguno de ellos haría nunca nada para herirme, pensé con firmeza, y si tenían algo que arreglar entre ellos entonces les dejaría hacerlo.

Para apartar mi mente de aquella posibilidad, por la noche me encontré a mí misma rumiando con Elka acerca de lo que había dicho Kass sobre el estado de la República y sobre lo que ya le había dicho a Cay sobre los optimates y los populares y las luchas secretas por el poder que tenían lugar en las sombras de ambas facciones. No podía obviar a Poncio Aquila y a su puñado de seguidores depravados —los había visto con mis propios ojos—, pero ¿era de verdad posible, me pregunté, que esas prácticas estuvieran tan extendidas como Cassandra parecía pensar que estaban? ¿Que esos hombres tuvieran influencias sobre el poder detrás de Roma misma? Yo sabía que incluso César una vez fue el primer sacerdote de la extraña y secreta Orden de Júpiter, pero todavía me costaba reconciliar al estratega con el místico.

Elka, por supuesto, tenía teorías basadas en las luchas por la dominación de su propia tribu.

—Los hombres siempre han extraído poder de la muerte —murmuró, hablando en voz muy baja mientras atizaba las ascuas del brasero que había entre las dos—. Y no solo la muerte de sus enemigos. A veces la muerte de los amigos. Mi tribu, los varini y otros como ellos, en tiempos hostiles, se llevaban a los presos de guerra al bosque y volvían a casa sin ellos. Cuando yo era una niña me crucé con lo que quedaba de uno de esos cautivos un día que me perdí por el bosque mientras recogía leña. Había muerto desangrado. Lo abrieron en canal y lo colgaron entre las ramas de un árbol a modo de ofrenda a nuestros dioses y de advertencia para nuestros enemigos. —Se encogió de hombros y asió una jarra de cerveza—. A veces, cuando no había ningún cautivo, cogían a uno de los nuestros. Era un «honor» que te llamaran. Y no me digas que vosotros los celtas jamás hacíais cosas así, porque sé que sí.

Era cierto. Los druidyn, los líderes espirituales de mi tribu, sacrificaban hombres en las ciénagas para propiciar a los dioses. Los guerreros de las tribus arrancaban las cabezas de sus enemigos como trofeos. Oí historias de que algunos —los catuvellauni, sobre todo— hasta las colgaban de las vigas y las jambas de puertas de sus casas como talismanes de poder. Mi padre, que yo supiera, jamás hizo algo así. Y nunca permitió que lo hiciera nadie de su guardia de guerra.

«Y tal vez por eso fracasó en el campo de batalla —pensé—. Tal vez por eso era un rey débil...».

¿Y si realmente se podía encontrar poder —poder real— en la muerte de los demás? ¿O era solo el modo que tenían los hombres pequeños de hacerse grandes a sí mismos? Pensé en Morrigan y las peticiones que hacía a sus fieles, y me pregunté: ¿y si algún día la diosa me pedía algún tipo de sacrificio? La vida de otra persona para algo tan vil como el poder político.

«Ella no lo haría —discutí en silencio—. ¿Verdad?».

¿Ni siquiera aquí, en Roma? ¿Ni siquiera si eso significaba ganar poder sobre los romanos y sus dioses? Honestamente, no lo sabía. Sin embargo, el pensamiento fue suficiente para que me recorriera el cuerpo un escalofrío que ni siquiera el fuego fue capaz de borrar.

La noticia de que teníamos un barco llegó —por fin— la mañana siguiente. Cay me dio la noticia él mismo, y me di cuenta de que su humor siniestro parecía haberse esfumado con la noche. Mi

propio presentimiento se había desvanecido también en una refrescante brisa de fiera expectativa. Dejaríamos la casa prisión de Arviragus ese mismo día, al anochecer.

—Me gustaría venir contigo.

Salté de la parte trasera de la carreta que Cay y yo habíamos estado llenando de equipamientos y me quede de pie, mirando fijamente el rostro barbudo de Arviragus sin saber mucho qué responder.

—Siempre que pienses que podéis sacar partido de un viejo guerrero —añadió.

—Ah..

Hasta ese momento ni siquiera se me había ocurrido que quisiera venir con nosotros. Sin embargo, había un temor desnudo en su mirada —creo que realmente le daba miedo que lo dejáramos atrás— y no supe qué decir. Ciertamente, desde que habíamos llegado a su casa prisión solamente lo había visto bebido una vez o dos —y no borracho como una cuba ni borracho de remate ni borracho hasta caerse por el suelo—, pero no había ninguna duda de que ya no era el guerrero que había sido tantos años atrás. Ni siquiera se le acercaba. Y eso no lo convertía exactamente en alguien que pasara desapercibido. Sería arriesgado incluso que todos llegáramos al puerto y nos subiéramos al barco sin que los vigías se enteraran de nada.

—Es usted un tanto... reconocible, señor —dijo Cay con delicadeza, expresando en palabras al menos una parte de lo que yo pensaba.

La expresión del rostro de Arviragus me rompió el corazón cuando asintió y se marchó con los hombros hundidos. Alargué una mano, pero Junio había escuchado la conversación y se acercó a nosotros.

—Creo que puedo echar una mano con esto —dijo.

Arviragus lo miró con suspicacia.

—Tengo la navaja de afeitar de cuando era soldado y un atuendo de ropa de civil en mi baúl —dijo—. La túnica será un poco justa y la capa un poco corta, pero si andas algo encorvado y mantienes la cabeza gacha no parecerás el gran bárbaro estruendoso que eres. Vamos.

Los observé entrar de nuevo en la habitación donde Arviragus había pasado los últimos siete años de su vida. Donde tendría que pasar quién sabe cuántos más hasta que su gran corazón dejara de latir y su alma escapara finalmente hacia los salones de los valerosos muertos de las Islas Benditas de la vida de ultratumba. Si lo dejábamos allí.

Cay también lo observaba.

—No crees que esto sea una buena idea —afirmé.

—Le tiemblan las manos.

Levanté un brazo y estiré la mano, con los dedos bien abiertos.

—A mí también.

Cay tomó mi mano en la suya.

—Tu fuerza volverá.

—La suya también.

—¿Y si no lo hace?

Entonces no volvería, pensé. Y Arviragus la leyenda se convertiría en Arviragus la carga. Sin embargo, yo sabía que ya había tomado mi decisión.

—No pienso dejarlo atrás —aseguré—. Igual que dejé a Tanis y a las demás...

—Tú misma lo dijiste, Fallon. —Me sonrió con dulzura—. Solamente era una retirada táctica.

—Cierto —asentí—. Y Arviragus es un táctico magistral. Su experiencia podría venirnos muy bien.

Era consciente de que me estaba agarrando a los razonamientos más ínfimos para llevármelo conmigo, pero no me importó. Arviragus se había ganado que tuviera fe en él. Y si esa fe se perdía, entonces... ¿qué? ¿Estaba dispuesta a arriesgar el destino de tantos en beneficio de uno que ya tuvo su oportunidad de ganar la gloria tiempo atrás? Un hombre cuyo nombre ya era, sería para siempre, un hilo de plata resplandeciente enhebrado en los tapices de las canciones de todos los bardos. Me pregunté qué haría Sorcha si nuestras situaciones estuvieran invertidas.

¿Ella arriesgaría mi vida para salvar la de él?

Supe la respuesta antes de plantear la pregunta siquiera: sí.

Y solo Morrigan podía juzgar su idoneidad.

Para bien o para mal, fue una sorpresa ver a Arviragus cuando reapareció librado de su melena y barba enmarañadas y vestido con una túnica lisa y una capa. Incluso Cay lo miró dos veces con la sombra de una sonrisa abriéndose paso en sus labios. Arviragus casi podría haber pasado por un comerciante cualquiera o por un granjero de las provincias de Roma que hubiera ido a hacer negocios. Nada podía esconder por completo su porte de guerrero, pero esperé que eso sencillamente hiciera que los hombres evitaran el contacto visual, pensando que era un exsoldado o un mercenario.

Deseé firmemente que mantuviera la capucha bien calada y la bebida bien apartada.

—¿Vendrás con nosotros, Junio? —preguntó a su carcelero de tantos años, viendo que ya no quedaría nada por guardar cuando él se marchara.

—He estado tras de ti durante la mayor parte de los siete últimos años —bufó Junio—. Pensaba que estarías contento de tenerme lejos. No, me quedaré aquí. No podré sentirme aliviado hasta pasada una semana, eso me dará suficiente tiempo para pensar qué decirle. Seguramente que bebiste hasta morir y que te tuve que enterrar en el patio.

—Se lo creará.

—Ay, sí. Y guardaré el secreto, porque quiere su pensión de legionario.

Los dos hombres se agarraron por las muñecas.

—Adiós, viejo amigo —dijo Junio.

—Hasta la vista, viejo enemigo —gruñó Arviragus.

El corazón se me hinchó un poco ante la rectitud de su postura y el fuego centelleante que pude ver arder renacido en la profundidad de sus ojos.

## X

La capa que Leander había encontrado para mí era un trozo de ropa sin forma ni rasgos distintivos con una capucha honda, útil para mantener el anonimato que tan desesperadamente necesitaba. Como la cacareada Victrix del César me habían visto al menos la mitad de los ciudadanos de Roma en más de una ocasión, y había muchas posibilidades de que alguien me reconociera si me paseaba por las calles a cara descubierta.

Y no solo a mí.

Tuvimos que esconder las largas trenzas rubias de Elka y taparlas bajo un oscuro chal que se colocó para cubrirse la cabeza. Ocultamos los distintivos rasgos de Ajani bajo un velo. Las otras chicas también se disfrazaron, y tanto Cay como Quint tuvieron que meter todas sus cosas de legionario en un baúl y vestirse con el atuendo propio de comerciantes, esperando que nadie se fijara en su pelo corto al estilo militar.

Enfilamos nuestro camino hacia los muelles del río Tíber por parejas y en grupos reducidos y, una vez allí, usamos el abrigo que ofrecían los puestos de comerciantes y el flujo constante y abarrotado de personas para nuestro mayor beneficio; a intervalos que pasaron desapercibidos embarcamos en el buque que nos había conseguido Cay. La embarcación baja, destartalada, con proa en forma de dragón y vela descolorida parecía que en otros tiempos hubiera sido propiedad de asaltantes norteños de poca monta. Las regatas laterales estaban adornadas con los escudos desportillados y desteñidos por el mar que antaño pertenecieron a la tripulación; parecía de una mala reputación absoluta, además de apenas en condiciones de navegar. Sospeché que nadie pensaría dos veces en buscar a una panda de gladiadoras navegando a bordo de semejante embarcación.

Aun así, solo podría respirar tranquila cuando hubiéramos dejado atrás la ciudad portuaria de Ostia con el viento hinchando las velas y el bote cabalgando por las olas del Mare Nostrum, en dirección oeste, hacia Córcega. Y recé a Morrigan por mi hermana.

Antes de salir acordamos que Elka, Ajani y Gratia se llevarían cada una a un par de las chicas más nuevas. Elka, con su *palla* harapienta bien calada sobre su cabeza, caminaba encorvada como una anciana, acompañada de Devana y Nephele. El disfraz proporcionaba a Elka la excusa de apoyarse pesadamente en un «bastón», un palo largo de madera que en sus manos era casi tan letal como su habitual lanza rematada con un acero. Solo por si acaso ella y sus protegidas se metían en

algún problema.

Ajani se llevó a Kore y Thalassa y tuvo que esconder el pequeño arco que Leander le había conseguido bajo los pesados velos que vestía. Era un artilugio barato, casi un juguete de niños, pero iba acompañado con dos carcajes llenos de flechas. Ajani había pasado días engrasando el arco y afilando las flechas, enderezando con dulzura todas y cada una de las astas sobre un brasero para que tuvieran un vuelo tan certero como la puntería de la arquera.

Gratia, acompañada de Vorya y Anat, no se fue equipada. En una reyerta callejera, sus manos desnudas probablemente serían más eficaces que cualquier otra cosa, razoné. El resto de las armas que habíamos conseguido, las chicas se las escondieron en las botas o las bolsas o bajo cualquier otro escondite. No fue difícil: todavía teníamos los brazos ligeros, y todo lo que pudimos conseguir fueron mayoritariamente dagas largas y espadas cortas. Yo me sentía extremadamente afortunada, dadas las circunstancias, por tener mis espadas del juramento atadas a mi cintura, bajo la capa.

El día se alargaba y yo jugueteaba con el pomo de uno de mis aceros al tiempo que sentía rampas en los músculos de las piernas por la inactividad; Meriel estaba agachada a mi lado, entre las sombras del toldo de un puesto de comerciantes. Ella solamente llevaba una daga de hoja corta escondida en la bota, y deseé desesperadamente que no se viera con la necesidad de usarla, porque la víctima a la que hiriera con aquella hoja tendría que estar a menos de un metro de distancia de ella. Me removí nerviosa ante la perspectiva de un combate. Habíamos tenido suerte hasta el momento. Durante el transcurso de la última hora más o menos, mientras el sol se hundía en las colinas del otro lado del río, esperamos juntas.

Volví a mirar hacia el embarcadero. Ya estaba prácticamente desierto, a excepción de unos mozos transportistas que iban tarde y un puñado de gaviotas que buscaban migajas. Fijé la vista en el barco, pero todavía no pude ver a Cay ni a Quint en la proa. A intervalos regulares, uno de ellos —ambos vestidos como comerciantes— aparecían de pie en la proa del barco amarrado, y aquella sería la señal a uno de nuestros pequeños grupos para que fueran a embarcar. El ajeteo de los embarcaderos, incluso a aquella hora tardía, ayudaba a enmascarar la actividad. Nuestras pequeñas bandas de viajeras se camuflaban entre las gentes y desaparecían por la rampa hacia el barco, donde se quedaban fuera de la vista.

Meriel y yo, que éramos las últimas, esperábamos escondidas en las tinieblas púrpuras mientras el anochecer daba paso a una oscuridad más profunda y las primeras estrellas llenaban sus huecos en el lienzo del cielo. Antonia y Neferet, junto con Leander y Arviragus, habían embarcado hacía poco. Ahora el tráfico del embarcadero se había reducido a casi nada, y nosotras no tendríamos que aguardar mucho más.

Meriel me dio un golpe en el hombro.

—Ahí está nuestra señal.

—Vamos.

Estábamos cerca. A un tiro de lanza —o menos— cuando aparecieron entre las columnas del pabellón del gremio de los comerciantes. Media docena de vigías, todos equipados con armadura y a la espera, sin duda, de que yo apareciera antes de hacer ningún movimiento. Habíamos caído de lleno en la trampa.

—¡Esa! —gritó uno de ellos señalándome—. ¡Es ella!

Echamos a correr, Meriel volviendo el aire tan azul como sus tatuajes entre tantos improperios.

—¡Soy una inútil con esta mierda de cuchillo para el queso! —exclamó blandiendo la pequeña hoja que llevaba como única arma.

A un tiro de piedra del barco, tres vigías más salieron de detrás de un montón de cajas y bloquearon el paso entre la rampa de madera y nosotras. Entre la libertad y nosotras. Meriel se detuvo y se giró hacia mí, con los ojos perfilados de blanco. Desenvainé mis espadas y le ofrecí una.

Ella hizo ademán de coger una y luego echó a correr a mi lado al tiempo que gritaba:

—¡Da igual!

—¡Meriel!

—¡Tengo una idea mejor!

El muelle estaba lleno de barcos, botes y todo tipo de parafernalia relacionada, incluyendo equipamiento de pesca. Un buen montón, de hecho: reteles para pescar cangrejos, redes y un manojo de arpones. En la arena, Meriel luchaba al estilo *retiarius*, con un tridente y una red. El arpón que consiguió solamente tenía dos dientes en lugar de tres y la red estaba llena de algas, pero no creo que le importara mucho en ese momento. Se giró para ponerse hombro a hombro conmigo y, juntas, plantamos cara a los vigías que se nos acercaban.

Como agentes de Roma, los vigías eran fuertes y brutales, una fuerza efectiva para mantener la paz en la ciudad. Sin embargo, cuando luchaban lo hacían como brutos. Unos cuantos de los oficiales más veteranos fueron entrenados en la legión, pero la mayoría de los hombres que patrullaban las calles de la ciudad en sí, navegando entre las rivalidades traicioneras de los comerciantes del distrito y sus pandas de sicarios, eran simples matones. Grandes y fuertes, nos superaban en peso y músculo.

Y dos de ellos cayeron como sacos de grano en el instante en que nos atacaron.

No tuve tiempo de pensar en cómo me sentiría por tener que hundir mi espada en carne humana de nuevo, saltando como tuve que hacer para evitar el reguero de sangre roja y cálida que resultó de ello y que teñía los adoquines bajo mis sandalias. Solo pensé en las vidas de las chicas que había en el bote, detrás de mí. En Sorcha esperando mi rescate...

—¡Fallon!

Meriel gritó y yo me agaché sin pensar, hincando dolorosamente la rodilla en el suelo y rodando de espaldas. El sol poniente arrancó un destello carmesí de la hoja que se abalanzaba hacia mi cabeza. Estiré un brazo para bloquear el embate, pero de pronto la espada había desaparecido, enredada en los dientes del arpón de Meriel. El acero rodó por los aires y su propietario echó a correr entre improperios para recuperarlo.

Inspiré profundamente y me aparté de la refriega, agradeciendo que me hubiera salvado. Meriel gruñó como toda respuesta y me agarró por la muñeca para levantarme del suelo.

—¡Abajo, Meriel!

Le di un empujón con el hombro y crucé las espadas por encima de nuestras cabezas justo cuando el vigía que Meriel tenía detrás levantaba un hacha, chillando mientras echaba el arma

hacia atrás para asestar un golpe letal. Gritó más fuerte cuando se dio cuenta de que ya no tenía un hacha —o un brazo— que blandir.

Otro guardia, a unos veinte pasos de nosotras, lanzó un alarido al ver a su compañero mutilado, pero su fugaz expresión de horror cambió rápidamente a una furia abrasadora. El hombre blandía una espada curva corta y cargó contra mí. Yo me preparé por el impacto de su embate, pero jamás llegó. Una flecha me pasó zumbando al lado de la oreja y se le clavó en el hombro. La saeta provenía del embarcadero —alguien en la embarcación debió de darse cuenta de que todavía no habíamos conseguido embarcar y había subido a la cubierta para ver qué ocurría— y ensartó al vigía, haciéndolo rodar en una danza grotesca antes de que se cayera por el muelle, rugiendo de dolor. Si Ajani hubiera tenido su arco bueno, pensé, el hombre no estaría aullando. Estaría muerto.

Tres flechas más volaron en una rápida sucesión, dos de ellas impactaron contra carne y, en cuestión de instantes, el círculo de agentes que avanzaba hacia Meriel y yo se dispersó en todas direcciones. Aquello nos dio un respiro para recuperarnos detrás de un montón de cajas vacías de madera para aves. Ahí agachadas, juntas, ambas agarrábamos armas ensangrentadas e intentábamos recuperar el resuello. Eché un vistazo entre los listones de las cajas para ver si podía valorar nuestra situación. El número de vigías había disminuido, pero en algún lugar había sonado una alarma y la remota esperanza de que Meriel y yo pudiéramos llegar ilesas hasta el barco de pronto se desvaneció con el último rayo de sol en el horizonte.

El restallar de un látigo hizo que ambas nos giráramos de golpe hacia los puestos de los comerciantes.

Oí a Meriel susurrar un juramento. Y un nombre:

—Nyx.

Llegó como la alada Némesis, con una capa negro azabache y una armadura de medianoche, con los ojos profundamente maquillados de negro como si fuera su pintura de guerra. Mostrando los dientes con un gruñido, Nyx hizo restallar de nuevo su látigo. Escrutó con la mirada el muelle desierto y gritó a los vigías para que la siguieran y bloquearan los accesos a todos los barcos amarrados. En unos instantes estaríamos atrapadas, sin ninguna posibilidad de escapar.

Hice ademán de salir de detrás de las cajas, pero Meriel me agarró por el hombro y me obligó a retroceder.

—Te escapaste la última vez —recordó—, pero no va a permitir que vuelva a pasar. Te matará.

—Que lo inten...

—A mí no me matará —atajó Meriel, cortando mi intento de bravata.

—Meriel...

—¡No seas estúpida, Fallon! Todo el mundo sabe que en todo el ludo solo había una luchadora a quien no ganaste de forma rotunda. No sin ayuda. Quizás Nyx no sea mejor que tú, pero sabe bien cómo machacarte.

No se equivocaba.

—Yo soy lo más cercano a una amiga que tuvo Nyx en el ludo. Si alguna de las dos tiene que enfrentarse a ella, debería ser yo. Ve —instó—, la retendré todo el tiempo que pueda.

Sacudí la cabeza.

—No voy a irme sin ti.

—Entonces ninguna de las dos va a irse —gruñó—. No seas estúpida, ¡márchate!

Se oyeron gritos por encima de mi hombro, miré a nuestro alrededor y vi un frenesí de actividad a bordo del barco mientras los marineros se apresuraban a irse antes de que los vigías pudieran alcanzarlos. En la regala, Cay y Elka nos gritaban que nos diéramos prisa. Y Ajani ya tenía otra flecha cargada en el arco. Dudé y me giré hacia Meriel.

—¡Vete, Fallon! —urgió de nuevo—. Te necesitan a ti en ese barco, no a mí. Y la lanista te necesita a ti más que nadie.

—Meriel...

—¡Vete!

Y salió de detrás de las cajas y echó a andar con calma hacia Nyx. Con un gruñido de frustración, envainé de nuevo las espadas. No había nada que pudiera impedirme ir con ella. Nada excepto pensar en mi hermana. Y la barcaza de gladiadoras fugitivas que habían jurado poner en peligro sus vidas para ayudarme a salvarla. Como hacía Meriel en ese instante.

—No tengo ningún problema contigo, Meriel. —El viento llevó la voz de Nyx hasta donde yo me escondía.

—Sí, Nyx —repuso Meriel—. Sí lo tienes.

Oí el grito de guerra de Prydain junto con el restallido del látigo de Nyx. Luchando contra la necesidad de hacer lo contrario, me giré y eché a correr hacia el barco. Los marineros ya habían soltado amarras y la embarcación empezaba a abandonar el embarcadero. Vi la rampa bambolearse y caer al agua al tiempo que el espacio que separaba el barco del embarcadero se ensanchaba. La regala del barco estaba llena de rostros en aquel momento —todos con la boca abierta y urgiéndome para que corriera «¡más rápido!». Agaché la cabeza, los brazos y piernas me ardían, y cuando llegué al borde del embarcadero de piedra... salté.

Por poco no lo conseguí. Mi pie chocó contra la regala de cubierta y me caí hacia delante, agitando los brazos como una loca intentando sujetarme a lo que fuera. Y entonces Cay estaba allí, sujetándome a mí. Me estiró hacia la cubierta y me apretó contra su pecho. Me quedé allí un momento, resollando, antes de apartarme de Cay para girarme y apoyarme en la regala. En el muelle, Meriel todavía estaba de pie, luchando. Sus habilidades ya me habían maravillado antes —como siempre, parecía que danzara con las armas de *retiarius*—, y de haber estado en la arena yo misma habría estado allí vitoreando. En lugar de eso, tenía el corazón en la garganta cuando nuestro barco tomó velocidad y nos alejamos de ella navegando.

Cuando al fin cayó bajo una horda de agentes, no pude hacer más que quedarme allí de pie y mirarla, petrificada por el horror. Nyx estaba demasiado lejos de mí como para verle el rostro con claridad mientras se apartaba de la chica vencida; sin embargo, la vi caminar hasta el borde del muelle para mirar fijamente el barco que zarpaba.

Me la imaginé allí de pie tanto rato como estuve yo.

Pude sentir su mirada buscándome. No nos habíamos visto por última vez la una a la otra, pero yo sabía en el fondo de mi corazón que sí había visto a Meriel por última vez. Y aquello era como tener una roca en mi pecho.

—Pierdes a algunos por el camino —dijo una voz a mi espalda—. No es culpa tuya. Pero deberías saber que probablemente vas a perder a más si sigues por este camino.

Me giré y vi al capitán del barco de pie con los brazos cruzados ante el pecho, mirándome con ojos oscuros. Charon el esclavista. El hombre que me había capturado y me había vendido también me había salvado en más de una ocasión, y ahora lo arriesgaba todo para ayudarme a salvar a mi hermana.

—¿Es el camino correcto? —pregunté.

—Preguntas al hombre incorrecto. —Sacudió la cabeza—. Soy un esclavista, Fallon. Mis labios pueden convencerte de que una misma cosa es correcta e incorrecta. Así es como duermo por las noches.

—Nos seguirán. —Hice un ademán con la cabeza hacia el muelle (y la chica) que ya habíamos dejado muy atrás—. ¿Verdad?

Charon rio por lo bajo.

—Que lo intenten —dijo—, pero no nos atraparán. ¿Acaso lo has olvidado? Tengo muchísima historia abandonando puertos de prisa y corriendo bajo el manto de la noche.

Alargó una mano y me apretó el hombro con dulzura. Entonces me dejó sola, llamando en voz baja a sus hombres, quienes se inclinaron ante sus órdenes y nos guiaron sigilosamente río abajo. El barco navegaba, una criatura marina silenciosa y oscura que montaba la profunda oscuridad de las olas del Tíber. A nuestro alrededor, las lámparas de las ventanas centellaron como luciérnagas, reduciéndose al tiempo que nos alejábamos de la ciudad.

Una tripulación escasa llevaba la embarcación, por eso hicieron que Cay, Quint, Aeddan, Leander y Arviragus se pusieran a remar hasta que llegáramos a mar abierto, donde ya podríamos izar las velas. Las chicas del ludo se ofrecieron a ayudar, pero los marineros de Charon ya estaban incómodos de por sí por tener a tantas mujeres a bordo, sobre todo unas mujeres que podían ocuparse de las tareas de los hombres y llevarlas a cabo igual de bien. Murmuraban amenazadoramente sobre las mujeres y la mala suerte, pero me pregunté si no era solo que algunos de ellos no querían que Gratia les demostrara sus habilidades con los remos.

Se lo dije, medio en broma, cuando me encontré de pie a su lado en la popa del barco con la vista clavada en una Roma que ya hacía mucho que había desaparecido en la lejanía. Gratia no se rio, pero tampoco esperaba mucho que lo hiciera. Ninguna de las dos estaba muy de humor para frivolidades. No después de ver a Meriel caída.

—Hemos dejado a muchas chicas atrás —comentó Gratia pensativa, haciendo eco del sentimiento que Charon compartió conmigo—. A muchas amigas.

Sentí el cuchillo de bordes pesados de la culpa retorciéndose en mi corazón.

—Lo sé. Lo siento...

—No. —Gratia me miró con dureza—. No, Fallon. Tú no tienes que sentir nada. Pensé que Nyx era mi amiga. Lo creía de verdad. Y también la he perdido a ella. El hecho de que ella jamás pensara que yo (ni ninguna de nosotras) era su amiga no hace que duela menos. Lo que le hizo a Lydia, a Meriel, eso fueron traiciones. ¿Lo que te ha hecho a ti? Eso es imperdonable.

—Nyx piensa que le arrebaté algo. Algo precioso.

—Estatus. Reputación.

—A Sorcha.

—Bueno, eso es algo que a estas alturas Nyx tendría que haber aprendido. Las personas no son propiedad de nadie. —Bufó ante la ironía, supongo, de que esas palabras se las dijera una esclava a otra—. Ni tampoco los corazones, a fin de cuentas. Y si los pierdes, entonces no fuiste lo bastante fuerte o lo bastante digna para conservarlos.

Me giré para mirar a Gratia, sorprendida y algo avergonzada por no haber considerado jamás su disposición hacia ese tipo de pensamientos. Ese tipo de sentimientos. Solo había pensado en ella en términos de brusquedad. Tanto como luchadora como simplemente como persona. Supongo que siempre supe que había más en ella —y en todas las gladiadoras aquileas— que solamente la habilidad y la voluntad de sobrevivir. Sin embargo, cuando pasas los días enfrentándote en la arena contra la misma gente con quien te sientas a comer cada mañana hay una tendencia natural a reducirlas a solo eso: el bloque de mármol, no la escultura acabada.

Me recordé de nuevo lo que Sorcha se había esforzado por conseguir con sus ideas para el Nova Ludo Aquilea. Un lugar donde pudiéramos ser más que solamente rivales. Éramos personas. Individuos. Criaturas con corazón y mente, no solo carne y hueso, y merecíamos la oportunidad de vivir nuestras vidas al máximo. Yo quería aquello. Para mí, para Gratia. Para todas nosotras. Para mi hermana y mis hermanas.

Córcega, juré en silencio, no sería el final.

Sería el principio.

Después de que Gratia me deseara buenas noches fui a buscar a Neferet para ver si tenía algo en el maletín que pudiera darme para calmarme el estómago y los nervios. No era la primera, al parecer.

—Mareo —diagnosticó. Entonces me dio un vaso de agua en el que vertió una pizca de polvos—. Bébetelo. Y luego ve a tumbarte. Te sentirás algo adormilada y quizás también confusa, de modo que será mejor que no te acerques a las regatas del barco y que intentes dormir un poco.

Me bebí el somnífero y paseé para encontrar algún lugar en la cubierta donde pudiera acurrucarme sin estar en medio. Me metí detrás de un montón de velas dobladas que había cerca de la proa, me arrebujé en mi capa y me eché la capucha por la cabeza. La cubierta estaba en silencio, a excepción del crujir de los remos y el murmullo de los marineros, y ambos me sumieron pronto en un sueño.

Sueños fastidiosos. Sueños de mi hogar...

—¿Te refieres a Britania? —Oí que Cay preguntaba.

Intenté contestarle, pero tenía la cabeza demasiado embotada y era incapaz de abrir la boca. Y entonces me di cuenta de que en realidad no hablaba conmigo.

—Durovernum —respondió Aeddan—. Podrías mandarla de vuelta allí.

«¿Qué? No, él no podía...».

El ruido de la conversación empezó a ir y venir, como las olas en la playa.

—... cuanto más tiempo se quede en Roma, más corta será su vida...

Ese era Aeddan.

—... atrae el peligro como las flores atraen a las abejas...

—... ir a casa, de vuelta al lugar donde realmente pertenece...

La voz de Cay sonaba apagada. Por mucho que lo intentara, no podía entender las palabras que decía.

—... la vida que debería haber tenido. La vida de una reina.

«Tengo la vida de una gladiadora, Aeddan —pensé—. La vida que quiero ahora...».

Y luego oí que Cay decía:

—Te escucho.

«¿Qué? ¿Por qué? No le escuches, Cay...».

Quise ponerme de pie y plantarles cara a los dos, pero el sueño no me dejaba. Estaba paralizada. No podía hacer más que estar allí tumbada mientras ellos discutían qué se tenía que hacer conmigo. Sus voces llegaban y se marchaban de mis oídos, cambiando y modulándose, atrapando las velas y haciendo eco del viento y las olas.

—... con su hermana o sin ella...

Me oí a mí misma gimiendo una negación. No iba a haber ningún «sin» Sorcha.

—...una reina... no quiere para nada...

—Y ambos sabemos que ella no se irá por voluntad propia.

—Lo hará —replicó Aeddan—. Si tú le dices que lo haga.

«Y un cuerno que lo haré...».

—... dile que no quieres que esté aquí. —La voz de Aeddan era cada vez más clara—. Que no la quieres a ella. Si no la amas, entonces no debería suponerte ningún problema. Pero si la amas, Cayo Varro, entonces míentele.

Luché contra la suave niebla negra que me envolvió, que me arrastraba, esforzándome para oír la respuesta de Cay... y lo vehemente que sería su negativa.

Pero no hubo más que silencio.

Y con su silencio sentí que el corazón se me rompía.

Entonces la oscuridad insistió y me sumí en un pozo sin sueños ni fondo. Cuando me desperté, al cabo de un rato, los ojos se me abrieron de golpe y me senté muy erguida, mirando a mi alrededor como una loca bajo el fulgor que precede el amanecer, escrutando la cubierta en busca de Cay y Aeddan, pero no estaban allí. Los únicos ruidos que se oían era el crujido de la madera y del agua contra el barco. El ruido sordo de los remos. Y los ecos de sus voces en mi sueño.

Para cuando el sol hubo salido, mi sueño se había convertido en un embrollo inquieto y enmarañado. Me puse de pie ante la regala con la vista fija en el mar, que pasaba de cobalto oscuro a un turquesa reluciente mientras el cielo se iluminaba de dorado.

—¿Fallon? —Cay me colocó una mano en la espalda, entre los hombros, y noté que se me tensaban los músculos ante su contacto. Él también debió de notarlo—. ¿Qué ocurre?

Respiré hondo y me giré hacia él con una sonrisa.

—Nada —respondí—. Solo estoy... cansada. No he dormido mucho.

No iba a culpar a Cay de mi pesadilla. A diferencia de Cassandra, no iba a empezar a creer

que mi pesadilla había tenido lugar por algo más que por los nervios de los últimos días. Y el potente somnífero de Neferet. Evité resueltamente comparar el sueño con la visita que Arviragus me hizo cuando yo estaba en la celda. Aquello tampoco había sido real, pero había sido significativo... al final. Pero esto no. Cay no. Me negaba a creer que se confabularía de esta manera con Aeddán.

—¿Qué tal tu noche? —pregunté—. ¿Qué me he perdido?

Soltó una risita triste y levantó la mano, con la palma hacia arriba.

—Callosidades —respondió—. Remar es peor que blandir espadas. —La piel de sus dedos estaba llena de ampollas en ciertos lugares, en carne viva en otros, e hice una mueca por él—. Quint está eufórico porque le ha dado la oportunidad de rogar a Elka que le vende las heridas.

Enarqué una ceja.

—En serio.

—No ha funcionado. —Cay sacudió la cabeza—. Elka se lo ha quitado de encima y lo ha enviado a Ajani, quien parece sentir pena por el pobre chaval y le ha untado generosamente las heridas con uno de sus ungüentos.

Me eché a reír —solo algo aliviada— y me giré para apoyarme en la regala, mirando a mi alrededor hacia la vasta extensión de la nada.

No había tierra en ningún lugar. Habíamos conseguido llegar al Mare Nostrum y no había ni rastro de Roma ni de Aquila y sus perseguidores.

—Las callosidades han merecido la pena —comentó Cay riendo ante mi expresión.

—Lo hemos conseguido —dije, creyéndome a medias lo que veían mis ojos—. Estamos fuera del alcance de Aquila.

Cay asintió.

—Por ahora —repuso—. Los hombres de Charon pueden ser esclavos...

—Y piratas y bellacos y despiadados cuando les conviene...

—Pero son buenos.

Lo eran. Y Cay también.

Si hubiera estado en la galera por cualquiera otra razón me habría perdido felizmente en la brisa cálida y fragante, en el esplendor del mar y el cielo, y en el hecho de que éramos el único barco a la vista. Sin embargo, Charon y sus hombres lo habían conseguido, habían sido fieles a su palabra. Nos habían llevado río abajo, más allá del puerto de Ostia y hasta mar abierto.

No tendría que sorprenderme tanto. Charon era, a fin de cuentas, un maestro del sigilo y los secretos, y estaba motivado. Una vez me había confesado que había estado perdidamente enamorado de mi hermana durante años. Yo no lo había olvidado y había usado desvergonzadamente sus viejos sentimientos cuando planeamos nuestra huida. Cay lo sabía. Y no había puesto ninguna objeción ante la manipulación descarada cuando le sugerí que se dirigiera al esclavista para que nos ayudara a conseguir un medio de transporte.

—Espero que nunca vuelvan a capturarte —dijo Cay—. Estoy bastante seguro de que esta pequeña aventura pondrá la buena voluntad de Charon al límite, y no sé dónde podría encontrar otro barco.

—Ya lo encontrarías —reí—. De un modo u otro.

Cay asintió, pero pude ver sus pensamientos desviándose hacia otro lugar. Tenía una mirada distante, concentrada en algún lugar más allá del horizonte donde las colinas de Roma hacía ya mucho que se habían desvanecido detrás de nosotros. Noté de algún modo, sin siquiera preguntar, que pensaba en su discusión con Kass, y sentí que el estómago se me revolvía un poco. Me pregunté si lamentaba haberla dejado atrás...

—¿Cay?

—¿Mmm? —Parpadeó y volvió a mirarme.

—¿Va todo bien? —pregunté, dándome cuenta de lo rara que podría parecer esa pregunta dadas las circunstancias.

Cay me sonrió.

—¿Estás aquí, ahora, conmigo? —repuso él.

Yo asentí.

—Entonces todo va absolutamente perfecto.

Me besó y me dejó para ir a conseguirnos algo de comer. Me levanté, me estiré y aparté a Cassandra de mi mente. Lo que había dicho Cay era cierto: mientras estuviéramos juntos todo iría bien. Cuando me estiré sentí el tirón de la piel que se curaba alrededor de mi herida, pero ya no noté el dolor agudo. Aquello me alivió. Tenía que estar en perfecta forma para luchar contra lo que me esperaba. Fuera lo que fuera. La herida de mi antebrazo —la que me había hecho la pluma de plata de Aquila, forjada por el demonio— todavía me cosquilleaba un poco cuando pensaba en ello, pero me esforzaba muchísimo para no pensar en ello. Mi fuerza no me había abandonado y los dedos todavía me obedecían cuando les ordenaba que se cerraran para formar puños fuertes y apretados. Alcé ese puño delante de mi rostro y observé los nudillos de piel pálida durante largo rato. Cuando lo solté, los dedos se extendieron como las alas de un pájaro.

—Él no tiene ningún poder sobre mí —susurré para mí misma mientras sacudía la mano para que la sangre volviera a llegar a las puntas de los dedos—. Mi fuerza es la fuerza de Morrigan. Ella no me abandonará.

Izaron las velas y guardaron los remos una vez llegamos a mar abierto. Las velas restallaban y ondeaban por encima de mi cabeza. Había un barril de agua en la cubierta y me dirigí a apagar mi sed pasando al lado de Arviragus, quien estaba de pie en la regala de ese lado del barco con la mirada clavada en el horizonte y sumido en sus pensamientos. Me di cuenta de que su rostro, ya pálido por los años de encarcelamiento en su celda sin sol, estaba teñido de un tono ligeramente verdoso. Sin embargo, también había un fulgor nuevo y avisado en sus ojos, y el modo de levantar la cabeza hacia el viento refrescante y de bebérselo —como un perro que hubiera estado mucho tiempo encerrado y al que hubieran soltado para ir a cazar por primera vez— me hizo ofrecer una silenciosa plegaria de gratitud hacia Morrigan por llevarme hasta él durante mi delirio. Arviragus volvía a ser libre. Y pasara lo que pasara, eso en sí mismo era un regalo que jamás hubiera esperado poder dar.

Sonreí para mis adentros mientras volvía hacia el montón de velas dobladas donde había dormido para instalarme de nuevo y esperar a que Cay volviera con el desayuno. Me rugieron las tripas con solo pensar en comer y me lo tomé como una buena señal de la fuerza que ya recuperaba.

Las otras chicas estaban esparcidas en grupitos a lo largo de la cubierta. Algunas de ellas, sospeché, jamás habían estado en el mar antes. E incluso para las que sí —yo misma y Elka incluidas— era una experiencia desconcertantemente desconocida. No solo el movimiento del mar sobre las olas, sino el hecho de que la tierra había desaparecido detrás de nosotras y que no había nada que indicara que hubiera algo más que agua delante. Vi a más de una gladiadora audaz mirando nerviosamente hacia las olas imparables, buscando tierra firme.

Con el tiempo, sin embargo, la intranquilidad dio paso a un mero aburrimiento revuelto.

—¿Qué les pasa? —preguntó Cay cuando hubimos acabado de desayunar y el sol se había encaramado bien alto en el cielo. Él también se había dado cuenta de la creciente inquietud entre mis compañeras gladiadoras.

—Creo que necesitan algo que las mantenga ocupadas —respondí.

Cay lo consideró un momento y luego dijo:

—Tengo una idea.

Me llevó hacia un lateral del barco, se inclinó encima de la regala y cogió un par de los escudos redondos que decoraban la embarcación. Me eché a reír y sacudí la cabeza.

—¿Recuerdas lo que pasó la última vez que tú y yo luchamos y había un escudo de por medio? —quise saber.

—Me partiste una costilla. —Cay me devolvió la sonrisa—. ¿Cómo podría olvidarme?

—¿Y quieres volver a arriesgarte?

—De ningún modo. —Me lanzó una mirada arqueando una ceja—. Entre tú y esa osa hace poco que me siento más inclinado a ver a los otros haciéndose daño.

—Uy, me gusta cómo suena —intervino Quinto, acercándose a nosotros.

Me había dado cuenta de que Quint no tenía ningún problema con sus piernas hechas para el mar. Era probable que fuera el resultado de provenir de un pueblo de pescadores de Córcega, donde seguramente había aprendido a navegar a horcajadas de un esquife por el movimiento de las olas antes de que supiera caminar por tierra firme.

—¿Qué te gusta cómo suena? —preguntó Elka, levantándose del banco donde había estado echando cabezadas.

—Luchar —dijo Cay—. Nosotros contra vosotras. Bueno, Quint contra vosotras.

Elka bufó y se cruzó de brazos, mirando a Quint de arriba abajo.

—Los vuestros no luchan, soldadito —dijo Elka—. Solo os escondéis bajo vuestros escudos y esperáis hasta que los guerreros de verdad se cansen solos.

—¡Eso no es cierto! —protestó Quint—. Además, se llama estrategia. Y no es tan fácil como tú piensas.

Una por una, las otras chicas también se nos unieron, atraídas por la charla sobre la batalla.

—Vosotros lucháis como insectos —se mofó Vorya—. Es mecánico. Aburrido.

—No sabía que la guerra tuviera que ser entretenida —contraatacó Quint.

—Entonces nunca nos has visto luchar a nosotras —intervino Kore, que se ganó un golpecito en el hombro de parte de Thalassa—. O no dirías algo así. Haríamos que tu sangre corriera, ¡no te quepa ninguna duda!

Elka y yo intercambiamos una mirada y escondí una risita con la mano. Nosotras dos habíamos

luchado como gladiadoras menos del período de un año entero, pero las chicas más jóvenes que iban en el barco eran una generación completamente nueva de teas, impacientes por demostrar su valor en la arena. Nephelē asentía con vigor y yo estaba bastante segura de que había jurado sus votos hacía solamente dos meses. Ella ni siquiera había visto todavía un combate de exhibición real.

Aquello no parecía ser importante para el argumento de Quint. Y permaneció impertérrito en su debate.

—Y ahí está el *tema* —dijo él respondiendo a la afirmación de Kore—. ¿Verdad?

—¿Qué tema? —preguntó Devana.

—¿El tema de hacérsela correr? —aventuró Anat con una inocencia fingida que sacó los colores a Quint—. ¿Qué le pasa?

—El *tema* del que hablo, criaturas ridículas, es el de la disciplina. El *trabajo en equipo*. Está muy bien y es muy bonito todo eso de salir ahí fuera para enfrentarse en combate singular, pero ¿y si tienes a todo un ejército viniendo hacia ti?

Devana se encogió de hombros.

—¿Luchas? Igual que en el cuerpo a cuerpo.

—¡No es lo mismo! —exclamó Quint haciendo un gesto triunfante como si ella acabara de explicar de forma clara y concisa lo que él trataba de decir. Las gladiadoras se miraron entre ellas, encogiéndose de hombros, y Quint jadeó un suspiro y volvió a intentarlo—. Mirad, tenéis atacantes que llegan de todos lados. Hay flechas y hondas lloviendo desde arriba. Hombres detrás de vosotras, hombres delante de vosotras, hombres a la derecha y a la izquierda; si caéis, vuestro propio ejército os pisa. De modo que mejor que no os caigáis.

—Suena horrible —dijo Hestia—. Deshonroso.

—¿Cómo sobrevive alguien a eso? —quiso saber Devana.

Quint levantó el escudo.

—Defensa.

—Yo prefiero la ofensa —replicó Gratia estirando el brazo y doblando los dedos hasta formar un puño en una ruidosa sucesión de crujidos de nudillos.

—Entonces ya te volveré a ver en las orillas del río Estigia —repuso Quint, y de pronto movió el escudo, golpeando el puño de Gratia para quitarlo de en medio como si fuera un tábano—. Pero llegarás mucho antes que yo. Porque yo estaré de camino a casa y directo a la taberna a por una jarra de vino bien frío después de una campaña victoriosa. Y otra. Y otra. Y todas vosotras no seréis más que huesos blanquecinos en un prado.

Las chicas se removieron incómodas y Quint se aplacó.

—Creéis que es automático, lo sé —dijo con un suspiro—. Una forma desalmada de luchar. No lo es. Es entrenamiento. Igual que entrenáis vosotras. ¿Verdad, decurión?

—Mi segundo no os mentiría, señoras —respondió Cay haciendo un gesto magnánimo—. Y ha entrenado a algunos de los mejores soldados que he tenido bajo mi mando. ¿Por qué no le dais una oportunidad?

Hubo miradas hacia todas direcciones, encogimientos de hombros y, entonces, Ajani se puso de pie y dijo:

—Bueno, yo no tengo nada mejor que hacer hasta que mis pies toquen tierra firme...

—¡Bien! —Quint dio una palmada—. Que todo el mundo se haga con un escudo.

Las chicas se movieron hacia la regala del lateral del barco, donde los escudos redondos bañados de agua salada colgaban de garfios con toda su gloria desvanecida. Yo cogí uno, igual que las otras, e hice una mueca ante el incómodo peso de ese trasto.

No pasó desapercibida. Neferet vino hacia mí como una mamá patito ante un retoño díscolo.

—Tú no, Fallon —afirmó—. Harás que se te salten los puntos y me niego a coserte de nuevo.

—Vamos —me dijo Cay al tiempo que me tomaba la mano y me apartaba hacia un lado—. Podemos sentarnos y observar la batalla desde lejos, como hacen los grandes generales.

A regañadientes me fui con él, apaciguada de algún modo por el brazo que me pasó por la cintura cuando nos sentamos lado a lado. Se me había olvidado lo bien que sentaba poder apoyarme en él a veces, y me relajé por primera vez desde que me había despertado esa mañana.

En la baranda opuesta vi a Aeddán y a Arviragus instalándose de brazos cruzados para observar el ejercicio. Me pregunté qué pensaría Arviragus al observar un grupo de jóvenes guerreras aprendiendo las técnicas que habían diezmado a su tribu. No estaba segura ni de qué pensaba yo misma. Sin embargo, los cantii nunca perdieron del modo en que lo hicieron los arverni. No muchas tribus lo hicieron, de hecho.

Quint desafió a las chicas no a luchar, sino más bien a defenderse. Su objetivo era ver si podían trabajar como una unidad del modo en que lo hacían las legiones, respondiendo a las órdenes como una sola entidad. Y no se equivocó en lo que había dicho. El trabajo que la legión hacía con el escudo no era ni de lejos tan fácil como parecía. Empezó a instruir a su panda de gladiadoras en la formación del testudo —la defensa «tortuga» esencial de la legión—, en la cual los soldados de la primera línea de una unidad de lucha sujetan sus escudos como una sólida pared defensiva, mientras que los que están en las filas traseras sujetan los escudos por encima de las cabezas, formando un caparazón defensivo. Los escudos redondos ofrecían menos protección de la que habría ofrecido un pesado *scutum* rectangular de la legión, pero que fuera más ligero jugaba a favor de las gladiadoras. Aun así, tenían que aprender a moverse como si fueran una, como bailarinas en un coro, mientras Quint entonaba una serie de notas con un silbato para indicar los cambios de la formación.

—¿Ves? —dijo Cay al tiempo que apuntaba con su espada los mejores puntos de la maniobra defensiva—. El juego de pies es fundamental, igual que en un duelo. ¡Elka! ¡El pie derecho!, si no te harás un lío. ¡Bien, Hestia! Bien hecho...

—Vorya tenía razón, ¡parecen insectos! —me maravillé—. Como uno de esos animales segmentados con tantas patas.

—Exactamente. —Cay me dedicó una sonrisa—. ¡Y ya sabes lo difíciles que son de chafar, esos bichos!

Lo sabía bien. Habíamos tenido una plaga en el ludo durante buena parte del mes cálido, y darles pisotones sin parar con una sandalia apenas hacía nada para acabar con aquellos monstruitos. Podía ver cómo sería bastante lo mismo con una formación testudo bien ejecutada. Observé a Quint corriendo arriba y abajo por las líneas de escudos, buscando debilidades, dándoles golpes intermitentes con la parte plana de su espada para indicar los espacios que

debían cerrarse. Era una lección fascinante de disciplina legionaria y me sentí como cuando era pequeña y observaba a Sorcha aprender cualquier técnica nueva que era emocionante y misteriosa para mí, hasta que descubría los trucos que escondía.

—Eso es —murmuré cuando Quint anunció un breve descanso.

Me puse en pie de un salto y cogí un escudo que estaba olvidado por allí, incapaz de quedarme más tiempo ahí sentada sin hacer nada cuando había una nueva forma de luchar para aprender. Igual que cuando era una niña, necesitaba saber los trucos. Neferet parecía estar a punto de reñirme de nuevo, pero me adelanté.

—Si no puedo luchar aquí —le dije—, no voy a poder luchar cuando encontremos a Sorcha y a Thalestris, ¿verdad? —Me pasé las tiras de cuero del escudo por el brazo y me uní a la línea—. Será mejor saberlo más pronto que tarde.

Como no podía discutir mi razonamiento, se contentó con el refunfuño profesional de fastidio que debió de aprender durante el tiempo que estuvo con Heron. Me eché a reír sin hacerle caso y puse a prueba mi fuerza, centrando mi atención en la instrucción de Quint. Tanto como guerrera cantii como gladiadora aquilea, el modo de luchar de la legión me resultaba —al principio— absolutamente extraño.

Y no solo a mí, sino a todas nosotras.

Me llevó algo de tiempo acostumbrarme, para decirlo con suavidad.

Durante la primera hora de la instrucción de Quint nos caímos las unas encima de las otras, nos dimos porrazos con los escudos y, como Cay había predicho, nos tropezamos con los pies de las otras. Se oyeron muchos improperios —y muchas risotadas— y entonces, gradualmente, empezamos a cambiar de la formación testudo a la cuadrada y a la escalonada con cierto grado de precisión. Para cuando acabamos la instrucción, todas estábamos magulladas y sudando y felicitándonos las unas a las otras por nuestra recién descubierta pericia defensiva.

Cay nos apodó «Legión Aquilea» y Quint se quedó de pie entre nosotras, con los brazos en jarras y una expresión absolutamente satisfecha de sí mismo, sobre todo cuando Elka le dio un golpecito afectuoso en el hombro en el momento en el que pasó a su lado mientras se dirigía a guardar el escudo.

La distracción había transformado el humor del barco. La mayoría de nosotras incluso parecíamos haber olvidado que estábamos navegando en alta mar sin una pizca de tierra a la vista. Parecía más que nos estuviéramos deslizando en una barcaza por placer, cruzando un plácido lago. Sin embargo, la ligereza no había tocado los bordes del barco. Arviragus había desaparecido para irse a su camarote y curar su mareo con un remedio, dijo Leander, pero sospeché que había sido un recordatorio demasiado doloroso de su propia derrota ante esas mismas maniobras. Aeddan se puso melancólico en silencio, encaramado en la popa del barco, escrutándolo todo con sus ojos de halcón y con el ceño fruncido. Y mientras las chicas se dispersaban, eché un vistazo por encima de mi hombro y vi a Charon de pie en la proa, con los brazos cruzados y una mirada pensativa y ausente que oscurecía su atractivo rostro.

Apreté afectuosamente el brazo de Cay y crucé la cubierta para hablar con el jefe esclavista.

Charon hizo un asentimiento hacia mí en señal de saludo, pero sus ojos oscuros no dejaron en ningún momento el horizonte. Apoyé los codos a su lado y miré en esa dirección. Al principio

pensé que era mi imaginación, pero al mirar vi una mancha delgada y oscura en la lejanía que empezaba a ensancharse muy ligeramente a medida que navegábamos hacia ella.

—Te estás preguntando qué podemos encontrarnos cuando lleguemos al final de este periplo —dije en voz baja—, ¿verdad?

—¿Tú no? —contraatacó.

—¿Te refieres a si me pregunto si encontraremos a mi hermana viva o muerta? —Lo miré de reojo y alcé un hombro—. Sí. Aunque he pasado la mayor parte de mi vida pensando que Sorcha estaba muerta.

Charon asintió con la vista todavía fija en el agua.

—El pensamiento de acabar de encontrarla para tener que perderla de nuevo debe de ser insoportable —murmuró.

Sospeché que hablaba más para sí mismo que para mí. Me giré para observar la forma creciente del horizonte.

—No creo que Morrigan sea tan cruel —repuse.

—Vuestra audaz diosa de la guerra. —Me miró con una ceja enarcada—. ¿La misma (según he podido llegar a enterarme) que se baña en la sangre de sus enemigos y se come sus ojos antes de que se acabe la batalla? ¿Ella no sería tan cruel?

Le sonreí.

—Ella me llevó a Sorcha una vez, y volverá a hacerlo.

—Y ¿qué pasa si nosotros, débiles e indignos humanos que somos, llegamos demasiado tarde cuando finalmente la encontremos? —preguntó Charon.

—No vamos a llegar tarde —aseguré, sintiendo cómo la sonrisa se desvanecía de mis labios—. Pero incluso si llegamos demasiado tarde para rescatarla, todavía llegaremos a tiempo para la venganza.

## XI

El mar corría a encontrarse con los agrestes contornos de la salvaje costa corsa como si hubiera estado demasiado tiempo lejos del beso de la tierra. Hacia el norte y el oeste de nuestra posición, el agua tenía el color azul verdoso de los colgantes de mayólica que Cleopatra llevaba en el cuello, las olas centellaban y estaban ribeteadas con delicadas redes de espuma perlada. Bancos de peces plateados nadaban y danzaban en las sombras que proyectaba la proa de nuestra galera mientras navegábamos a sotavento de los majestuosos acantilados. En la lejanía solo podía intuir el perfil de otra isla —Cerdeña, me habían dicho que se llamaba—, que yacía hacia el sur.

Navegamos entre las dos islas, siguiendo la costa corsa, y finalmente dimos la vuelta por un promontorio que se alzaba y se extendía hacia el este, descendiendo para convertirse en una playa brillante que rodeaba una profunda bahía refugiada bajo el manto de las colinas boscosas que se alzaban de nuevo hacia las montañas escarpadas.

Cay miró a Quint.

—¿Es aquí?

Quint asintió. Miró por encima de su hombro hacia Charon, de pie en la cubierta del capitán, y señaló hacia un punto de la costa. El jefe esclavista dio la orden y los marineros condujeron el barco en esa dirección.

—¿Crees que tendrán centinelas apostados? —preguntó Elka a Quint.

Quint sacudió la cabeza.

—No. Nadie viene aquí.

—¿Por las amazonas?

—Su reputación ha sido suficiente para guardar este lugar y mantenerlo a salvo desde antes de que yo naciera —explicó—. También hay quien dice que es un lugar maldito.

Ví que Charon hacía una mueca y miraba hacia el capitán del barco, que había estado escuchando la conversación. Charon agarró a Quint por el hombro y lo apartó.

—Te aconsejaría que no usaras ese tipo de lenguaje con la tripulación, amigo. Los marineros son una panda supersticiosa.

Charon ya nos había dicho que sus hombres no bajarían a tierra cuando echáramos el ancla. Eran esclavos y marineros, no guerreros, y por ninguna cantidad de dinero —aunque yo hubiera tenido alguna— los convenceríamos para cambiar de opinión. Sin embargo, en ese momento me

preocupó que nos dejaran hacer lo nuestro y que, en cuanto nos hubiéramos ido, ellos volvieran a la península sin nosotros. Y así se lo dije a Charon.

El esclavista sacudió la cabeza.

—Yo también me quedaré. Tendrás un barco al que regresar, princesa —me aseguró—. Lo prometo.

—Y yo me quedaré para asegurarme de que mantiene su promesa —intervino Aeddan, uniéndose a la conversación.

Charon ladeó la cabeza y observó a Aeddan.

—¿No confías en mí?

—Eres un ladrón de primera —repuso Aeddan encogiéndose de hombros—. Un sinvergüenza. El cabecilla de los ladrones de primera y los sinvergüenzas. Confío en ti tanto como confiaría en cualquiera de los de tu calaña.

Gruñí para mis adentros, pero Charon se limitó a sonreír. Se giró hacia mí.

—Y tú, Fallon, ¿tú confías en mí? ¿Y en él?

—Confío en que estaréis aquí cuando vuelva —respondí—. Y si Aeddan está aquí o no, bueno... sorpréndeme.

—A mí no me importaría apostar para ver si, cuando volvemos, nos lo encontramos flotando bocarriba o bocabajo —dijo Elka con ironía.

Aeddan se giró para mirarla con crudeza —lo mismo hizo ella—, pero esa fue la extensión de su respuesta, lo cual agradecí. Me resigné al hecho de que parecía determinado a ser «útil» en nuestra búsqueda y no había nada que pudiera disuadirlo, todavía menos que uno de nosotros lo echara por la borda. Quizás Elka había tenido una buena idea con lo de la apuesta. Mi sueño de la duplicidad de Aeddan, cuando intentó convencer a Cay para mentir... para obligarme a irme... nadó desde las profundidades de mi mente, retorciéndose como una serpiente marina, e hizo que me preguntara de nuevo cuáles eran los motivos exactos de Aeddan. Y si podía confiar en él o no.

«O en Cay...».

No. Aeddan era el único a quien cuestionaba. Incluso aunque le debiera mi huida del Tártaro. Me mordí la lengua, con el ceño fruncido, y me fui a comprobar mi equipamiento.

Bajo la indicación de Quint, los hombres de Charon anclaron la galera en una curva septentrional de la bahía y echaron por la borda el único bote del barco para que nos llevara a mí, a Cay y a las otras hasta la costa. El pequeño bote solamente podía transportar a dos personas y un remero cada vez, de modo que tardaríamos un rato. Yo era una bola que hervía de impaciencia. Tanto fue así, de hecho, que mis nervios llegaron al límite sin que yo me diera cuenta del todo. Porque no fue hasta unos momentos después de que el esquife girara y diera media vuelta hacia donde estaba anclado nuestro barco, dejándonos a Cay y a mí solos, cuando me giré hacia él.

—Esto... —Mi mente me dijo que parara. Que lo dejara estar.

—¿Fallon? —me dijo—. ¿Qué ocurre?

—¿Ayer por la noche... hablaste con Aeddan? En el barco, mientras todo el mundo dormía.

En parte esperé que se echara a reír o que lo negara. ¿Por qué tendría que haber hablado con Aeddan? Pero no hizo ninguna de las dos cosas y el recuerdo de la conversación nubló su límpida mirada de color avellana. Cerré los ojos y sentí que se me hundía el corazón en el pecho. No

había sido un sueño. Al menos, no aquella parte. Y ahora solo había dos posibilidades. Dos respuestas para llenar el terrible espacio en blanco de la respuesta de Cay.

—No es lo que piensas —aseguró.

Sacudí la cabeza y me giré.

—Fallon...

—No. —Me di la vuelta de nuevo, el enojo ardiendo en mis mejillas—. Cay. Lo oí.

—¿Qué oíste?

—Oí lo que dijiste... ¡más bien lo que no dijiste!

Me miró boquiabierto por la confusión.

—¿Qué...?

—Dudaste. Cuando Aeddan te dijo que me mintieras, que me dijeras que no me querías, para que me fuera. No le dijiste que no.

—La duda que oíste —dijo Cay bruscamente— era yo intentando encontrar la manera de explicar qué tipo de mujer eres a un hombre de tu propia tribu sin primero pegarle un puñetazo en la cara. Fallon... si todo lo que oíste fue aquella duda, entonces no oíste la parte más importante.

—¿Y cuál era?

—La parte en que le dije a Aeddan que podía irse derecho al infierno que más le placiera antes de que yo accediera a algo así. Tienes que entender algo, Fallon... —Su expresión transmitía dolor. Y más que dolor, enojo—. Algo vital. Sacrificaría cualquier posibilidad que jamás tuviera de ser feliz contigo si pensara que, al hacerlo, haría que tu vida fuera mejor o más feliz. Y lo haría con una sonrisa en el rostro y con el corazón rompiéndose henchido de felicidad. Pero no te mentaré. Jamás. Y decirte que no te quiero es la mentira más flagrante que jamás pudiera cruzar mis labios.

Observé sin poder hacer nada cómo el dolor de su mirada se convertía en decepción. Cay sacudió la cabeza con tristeza, y yo ya empezaba a pensar que había cometido un terrible error.

—Creía que habíamos acordado tratarnos como iguales —dijo en voz baja.

—Cay...

—Realmente no confías en mí, ¿verdad, Fallon? ¿Cuándo vas a creer en mí lo bastante para aceptar que yo sí creo en ti?

—Lo hago...

—En el ludo ni siquiera me dijiste que estabas herida.

—¿Qué? —escupí—. ¡No se lo dije a nadie!

—No me lo dijiste a mí. —Hizo una pausa larga—. ¿Se lo dijiste a Aeddan?

No pude encontrar la fuerza para contestarle. ¿Tenía razón? ¿Era verdad que confiaba más en Aeddan que en Cay? ¿Y qué demonios decía aquello de mí? ¿Que podía mostrar debilidad al hombre que había asesinado a mi primer amor pero no al hombre a quien amaba ahora? ¿Tanto temía lo que Cay podría hacerle a mi corazón si algún día se lo entregaba por completo? Al parecer mi silencio habló a voces.

—Entiendo —dijo con una pesada resignación en su voz. Un dolor herido y sordo.

—No te lo dije porque no quería que pensaras que no podía arreglármelas sola —le contesté—. Sencillamente no quería que perdieras tu confianza en mí. Que pensaras que no sería capaz de

sacarnos de allí...

—Pero yo sí confío en ti. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Hasta que me lo crea.

Cay se echó a reír; fue un sonido pesado y sin alegría.

—No sé si tengo tanta paciencia, Fallon.

—La confianza ha de ser recíproca, Cay.

—No sé qué quieres decir.

«Kass», quise responder.

Pero el esquife había vuelto y no nos quedaba más tiempo para discutir.

—Esto no ha acabado —aseguró Cay antes de que Antonia y Neferet pisaran la costa.

Asentí y me giré hacia ellas, observando cómo ambas avanzaban con el agua hasta las rodillas, agarradas de la mano para ayudarse. Durante la hora siguiente, más o menos, la playa empezó a llenarse lentamente de gladiadoras, y no hubo ninguna oportunidad para que acabáramos nuestra discusión. En realidad, deseaba que jamás hubiera empezado. La sensación inquieta de que estaba absolutamente en el lado equivocado era como una espina clavada en mi piel, y cada vez que miraba a Cay quería agarrar sus manos con las mías y alejar a besos las palabras de enojo que le había lanzado.

Pero eso tendría que esperar.

No muy lejos de donde habíamos desembarcado había un río que desembocaba en la bahía. La rica tierra que arrastraba de las colinas manchaba la pálida arena de la playa y marcaba el lugar donde el agua dulce llegaba al encuentro del mar; allí era donde empezaríamos nuestra expedición hacia el bosque de pinos, cedros y olivos. El cielo brillaba azul y estaba moteado de nubes, pero bajo los árboles, las profundas sombras verdes me ponían la carne de gallina. Las colinas que se alzaban ante nosotros estaban en silencio, y parecía que incluso los pájaros evitaban ese lugar.

Mis compañeras gladiadoras formaron un semicírculo relajado a mi alrededor, silenciosas y formidables, con los rostros y las extremidades con pinturas de guerra. Yo misma podía sentir los diseños estirándose y cosquilleando en mi propia piel cuando me movía, y tuve un escalofrío por la batalla que estaba por venir y sentí la misma tensión arremolinándose entre las otras. Listas para la batalla. Incluso Neferet, que había jurado no volver a empuñar un arma, tenía una expresión que me hizo sentir pena por cualquiera que intentara poner a prueba su determinación respecto a dicho juramento. La chica se colocó la bolsa de cirujana en el hombro, con Leander a su lado; el mozo se quedaría con ella, lejos de cualquier tipo de combate con que pudiéramos toparnos, para ayudarla con las heridas —si llegábamos a ese extremo—. Saber que ella estaba allí con sus vendas y sus instrumentos y sus remedios me hizo sentir mejor por lo que potencialmente estaba por venir, por el hecho de que estaba arrastrando a mis hermanas de juramento hacia el peligro para rescatar a mi hermana de sangre. Y me negaba siquiera a abrigar el pensamiento de que quizás no estuviera ahí para que la rescatáramos.

Arviragus había renunciado al glasto, pero en realidad no lo necesitaba para ser intimidante. Y la pintura de guerra habría quedado algo ridícula en Leander, aunque el modo en que agarraba el acero que le habíamos dado me hizo pensar que había aprendido al menos algunos trucos mientras nos observaba entrenar cuando estábamos en el ludo, lo que casi fue suficiente para esbozar una

sonrisa en mis labios. El mozo de cocina era finalmente el héroe de su propio cuento y parecía determinado a sacarle el máximo partido.

Cay y Quint, por su lado, vestían el atuendo de batalla completo, con los cascos rematados con el penacho carmesí ondeando bajo la brisa del océano. La viva imagen de la implacable eficiencia legionaria. Estaba acostumbrada a la severa expresión de soldado que reflejaba el rostro de Cay bajo la visera de su yelmo, pero me resultó inquietante ver que la mirada de Quint se había transformado en algo tan duro.

—Gracias por guiarnos hasta aquí, Quinto —le dije antes de partir.

—No me des las gracias —repuso—. Estás haciendo esto por tu hermana, Fallon, pero yo lo estoy haciendo por mí. Y por el hermano a quien nunca volví para salvar.

Se giró y enfiló por el camino. Yo miré hacia Elka para ver cómo lo observaba irse, con la expresión pensativa. Su mirada azul permaneció en la espalda de Quint hasta que él hubo desaparecido bajo los árboles. Hice un ademán hacia las otras para que avanzaran y lo seguimos. El camino serpenteaba junto a un riachuelo que corría por encima de rocas blancas cubiertas de musgo, bajo las ramas de árboles centenarios. El sendero se había suavizado por los años de uso, pero empinado en algunos puntos; todos resollábamos al cabo de un cuarto de hora de ascensión. Arviragus tomó la delantera y siguió la estela de Quint, directamente delante de mí, con la espada desenvainada en la mano y yendo de un lado para otro como la cola de un gato cazador. Su cabeza estaba en constante movimiento, sus ojos escrutaban el terreno escarpado a ambos lados, y fue el primero en advertir el ataque inicial antes que ninguno de nosotros.

Casi pude ver cómo se le erizaba el bello de la nuca cuando se giró hacia mí, con los ojos casi negros bajo la tenue luz del anochecer, y dijo:

—Tengo un mal presentimiento...

Y no tuvo tiempo para más.

La flecha se clavó en el barro entre mis pies. Grité y me puse a cubierto tras un pino robusto y nudoso, chillando para que todo el mundo hiciera lo mismo. Vi a Ajani sacar a Nephelē de en medio, y Kore y Hestia se agacharon detrás de una roca. El resto de las chicas siguieron en hilera por el camino, con Gratia en la retaguardia, y deseé frenéticamente que nuestro arquero asaltante estuviera solo. Si no, las chicas serían presas fáciles y no habría nada que yo pudiera hacer al respecto. Cay aterrizó en cuclillas a mi lado al tiempo que dos flechas más cruzaron el aire silbando como avispones, y Arviragus se movió hacia el otro lado del árbol cuando otro misil le rozó la oreja.

—¡Malditos sean mis ojos! —renegó mientras sus anchos hombros chocaban contra la áspera corteza del árbol—. Antes se me daban mucho mejor este tipo de cosas.

Alzó una mano para tocarse la oreja y, al bajarla, tenía las puntas de los dedos manchadas de sangre.

—No puedo imaginar cómo todos esos años en la celda de una prisión consiguieron adormecerle los sentidos —comentó Cay al tiempo que hacía señas a Quint, que estaba delante de nosotros, a cubierto con Elka.

—Creo que fue el vino —murmuró secamente Arviragus.

Rodeé el árbol para echar un vistazo hacia el lugar de donde provenía la flecha, esperando

otra descarga. Nada. Esperamos y volvimos al camino después de un buen rato. El bosque había recuperado su tranquilidad sobrecogedora y, finalmente, Elka y Quint volvieron corriendo hacia nosotros y las otras chicas acabaron de subir.

—Creo que ya está —dijo Quint en voz baja—. Quien fuera que haya disparado al azar seguramente se ha quedado sin flechas.

—Si ese es el caso —intervine—, seguramente ha vuelto corriendo de donde venía para advertir de nuestra presencia. Hemos perdido cualquier elemento de sorpresa que pudiéramos haber tenido.

—No necesitamos la sorpresa —repuso Antonia—. Somos la Casa Aquilea y ganaremos tanto si nuestros enemigos nos esperan como si no.

Hubo un murmullo de asentimiento por parte de las otras y sentí que el corazón se me hinchaba ante la valentía —y la lealtad— de mis compañeras mientras volvíamos al sendero serpenteante. En relativo poco tiempo descubrimos que en realidad no habíamos perdido el elemento de sorpresa, pero tampoco a nuestra arquera, quien, nos dimos cuenta, no había salido corriendo.

Sin embargo, al parecer sí se había quedado sin flechas.

El gran cesto para pescado apareció de la nada, golpeó a Quint de lleno en el pecho y lo tumbó al suelo. Lo siguió de cerca un segundo cesto que cayó a plomo del cielo como si lo hubiera lanzado una catapulta directo hacia mí; sin embargo, yo ya tenía las espadas desenvainadas y en movimiento. Mi acero derecho desvió el canasto mientras el izquierdo rebanaba la cabeza a un besugo de buen tamaño que había salido disparado por el aire.

Tuve un instante para saborear la excelencia de mis reflejos antes de darme cuenta de que mi impulso me había llevado hasta el mismísimo borde del camino, que desapareció bajo mis pies cuando solté las espadas y empecé a agitar los brazos como una loca, agarrándome a la nada mientras intentaba mantener el equilibrio. Oí el grito de alarma de Cay cuando caí al precipicio, mi propio grito estrangulado en mi garganta, y luego sentí una fuerte y dolorosa sacudida en el brazo que casi me sacó el hombro de sitio.

Me quedé colgando en el aire, levanté la mirada y vi el rostro resueltamente decidido de Elka.

—¡La tengo! —gritó por encima del hombro—. Todas vosotras, ¡id detrás de la lanzadora de pescados para que no dé la maldita alarma!

Oí el ruido de pies echando a correr y desapareciendo camino arriba.

—Hombres —susurró Elka con los dientes apretados al tiempo que se esforzaba para subirme de nuevo—. Estorban más que ayudan, *ja?* Thalassa, Nephele, ¡venid aquí y agarradme las piernas! Sujetadme bien...

La presión que me hacía con ambas manos en la muñeca era atroz, pero no pude evitar soltar una risotada cuando hundí los pies en la pared del acantilado y alargué mi mano libre.

—Ay, hombres... —gruñí, esforzándome para subir—. Por supuesto... Recuerdo... una vez cuando tú misma... me habrías cortado... un pie... antes que ayudar...

—Eso... fue antes... de que nos conociéramos...

Un último esfuerzo y ya rodaba de espaldas en el arenoso camino. Las otras chicas se quedaron en cuclillas mientras Elka y yo nos quedamos ahí tumbadas, resollando un momento para recuperar el aire. Ladeó la cabeza y me sonrió.

—Pero —continuó— la fuerza de mi carácter te salvó.

—Esta vez daré el mérito a la fuerza de tus brazos —repuse, y me puse en pie trastabillando—. Vamos.

Alargué una mano hacia Elka y entonces, juntas, nos giramos para ayudar a las otras chicas a levantarse. Elka se quedó de pie, con el antebrazo se apartó de la cara el pelo húmedo de sudor, y entonces echamos todas a correr hacia la pendiente casi vertical para abrírnos paso por la fina brecha que había en la pared de piedra. Oí a Cay gritando lo que parecían órdenes a Quint, y cuando llegué al otro lado vi que los dos tenían a la pescadora en el suelo, y que la mano de Quint la mantenía allí agarrándola por el cuello. El soldado tenía la otra mano en alto, con el arma lista y a punto de arremeter.

—¡Quinto! —grité—. ¡Espera!

Corrí hacia delante, ignorando el hecho de que todavía no había recuperado el resuello. Cuando me vio, Cay apartó a Quint de la asaltante. Al acercarme empecé a ver que era poco más que una niña. Una niña peligrosa, tal vez, pero no tendría más de quince años. Quizás era todavía más pequeña. Más joven que las chicas que acababan de ayudar a Elka a salvarme de aquel precipicio. Excepto por la mirada de los ojos de aquella chica, que era de todo menos infantil. Estaba ahí tumbada, quieta como una roca y lanzándome una mirada envenenada. Desenvainé mis dos espadas y me agaché para cruzarlas delante de su garganta.

—Thalestris —dije, yendo directa al grano. No vi razón alguna para no ser directa, dadas las circunstancias.

La chica entrecerró los ojos.

—¿La conoces?

No respondió.

Quint volvió a ponerse a mi lado y miró hacia la chica.

—Se me acaba de ocurrir que... quizás no hable latín —me dijo—. Déjame probar una cosa.

Mantuve las espadas a punto mientras Quint se agachaba delante de ella. Le habló en griego —reconocí la tonadilla de la lengua, pero no el significado de las palabras en sí—, y al cabo de unos momentos la niña respondió. Sus respuestas fueron breves, pero parecieron satisfacer a Quint. Se puso de pie y se giró para mirarme.

—Está aquí —confirmó—. Thalestris. Está en el *oppidum* (un lugar de reunión) y tiene a tu hermana. Sorcha todavía está viva. Thalestris planea sacrificarla esta misma noche cuando salga la luna a su diosa amazona, Cibeles. Esta chica estaba pescando para los ritos de celebración que tendrán lugar después. Pero ella misma nos guiará y nos mostrará un acceso posterior al *oppidum*. Dice que no esperarán ningún tipo de ataque desde esa dirección.

—¿Y por qué hará tal cosa, exactamente? —preguntó Elka, recelosa como siempre.

—Porque le he dicho que, si no lo hacía —Quint rio con frialdad—, Fallon la haría pedazos tan pequeños que no serviría siquiera de anzuelo para los peces.

—Pero podrías habérmelo dicho tú misma —me dijo la chica con un acento muy marcado pero en un latín perfectamente comprensible—. En lugar de tener que depender de este... hombre. —La burla se mostró sin duda en sus labios, curvados en una sonrisa dirigida a Quint.

—¿Hablas latín? —pregunté intentando no mostrar mi sorpresa.

—Hablo tu lengua lo bastante bien. —Levantó la barbilla en un gesto desafiante.

—No es mi lengua —repuse, agachándome delante de ella—. Y si la entiendes lo bastante bien, también deberías entender cuando te digo que no dependo de ningún hombre. Pero este dice la verdad. No soy cruel, pero tampoco clemente. Hoy no. No cuando la vida de mi hermana está en peligro. Ayúdanos y todo irá bien. Ponnos trabas y morirás.

—Supongo que entonces no tengo mucha opción, ¿verdad? —replicó con sequedad.

Admiré su coraje. No parecieron bravatas cuando se levantó y se sacudió el polvo de encima. Entonces, sin mirar atrás, se giró y empezó a subir por el camino, refunfuñando sobre el derroche de un pescado perfectamente bueno.

Cay se puso a mi lado.

—Fallon —me dijo poniéndome una mano en el brazo, con el ceño fruncido por la preocupación—. ¿Estás bien?

—Sí —respondí, zafándome de su mano, aunque realmente no quería.

Sus labios desaparecieron en una línea blanca y asintió con brusquedad.

—Entendido.

—Sigamos moviéndonos —ordené al tiempo que hacía un gesto a las otras chicas para que avanzaran.

El camino se hizo todavía más empinado a medida que subíamos. Me giré para mirar por encima del hombro la línea de gladiadoras que me seguían colina arriba. Desde mi posición ventajosa parecían una serpiente armada deslizándose por el camino, una línea de espaldas de escamas redondas y de muchos colores. Decidimos entre todas llevarnos los escudos del barco y cargarlos a nuestras espaldas. Por si acaso. Deseé no tener que necesitarlos. Sin embargo, jamás volvería a declinar una oportunidad de ventaja en un combate, y si las amazonas, como los cantii y los arverni —y, por lo que yo sabía, casi todo el mundo que no fuera un soldado de la legión romana—, luchaban individualmente, entonces nuestras tácticas defensivas recién aprendidas nos podrían venir muy bien.

Si llegábamos a luchar.

Y en el fondo de mi corazón sabía que sí.

Thalestris no se rendiría sin luchar, pero me pregunté por sus compañeras amazonas. ¿Eran realmente la temible fuerza luchadora de la leyenda? ¿Mujeres guerreras alimentadas por la magia de sus dioses, adversarios de héroes legendarios? Nuestra huraña y joven cautiva no parecía tan mística. Miré a mi alrededor mientras ascendíamos, atenta a las señales de lo que parecía haber sido alguna vez un lugar próspero. Había ruinas de piedra moteadas aquí y allí bajo los árboles, pero ningún signo de haber estado habitado recientemente. Y entonces el sendero hacía un último ascenso y se abría ante nosotras para revelar un paisaje amplio y terraplenado. Pude ver los restos de fortificaciones y muros, estructuras derruidas y pilares de piedra. En el centro había un recinto amplio y más o menos circular, como una arena natural, vigilada por unos cuantos centinelas altos de piedra tallados en forma de armas y guerreros de rostros severos y sombríos. Por cómo Quint lo había descrito, pensé que aquello sería el *oppidum*, el recinto que habían construido los habitantes originales de la isla y que abandonaron para que las amazonas se lo quedaran cuando hubieron escapado de sus dueños griegos.

El lugar parecía abandonado, silencioso y estático, deshabitado desde hacía tiempo. A excepción de...

No muy lejos, Quint se había detenido enfrente de una curva ahuecada de una roca enorme que formaba una cueva poco profunda que podría ofrecer escasa protección ante los elementos. El soldado se quedó mirando el nicho oscuro y, al seguir su mirada, pude entender por qué. Había jaulas bajo el saliente de piedra. Vacías, pero lo suficientemente grandes para haber encerrado a uno o dos ocupantes cada una. Observé cómo Elka alargaba una mano para colocarla en el hombro de Quint.

—Quinto —le dijo en voz baja—. No sabes si...

—Sí —atajó—. Sí lo sé. Lo encerraron en una de estas jaulas. Sí lo sé.

—Quint...

—Ahora ya no importa. —Se zafó de la mano de Elka—. Venga, vamos.

Miré a Arviragus, quien tenía firmemente agarrada a nuestra joven cautiva amazona, y supe por cómo la chica miraba las jaulas que Quint tenía razón. Ese era exactamente el motivo por el que las habían usado. La expresión del rostro de Arviragus me dijo que él también las reconoció por lo que eran.

—¿Dónde está tu gente? —pregunté a la chica.

Me miró con dureza.

—No te preocupes —repuso, con su atención desviándose detrás de mí—. Ya vienen.

—¿Qué? —espeté—. Dijiste que no nos estarían esperando...

—¡No nos esperan! —replicó, señalando detrás de mí, donde el pálido fantasma circular empezaba a alzarse en el cielo oscuro—. Vienen por el sacrificio.

Luego señaló un menhir toscamente labrado que había en el centro del claro, un pilar tallado de una sola piedra más oscura que la roca que lo rodeaba y más alta que el hombre más alto. Bajo la luz que ya se desvanecía me di cuenta de que había cuerdas rodeándola.

Cuerdas que ataban a mi hermana Sorcha a la piedra y la mantenían inmóvil.

Su sacrificio.

Sorcha tenía la cabeza hacia delante y el pelo le oscurecía la cara. Tomé una bocanada de aire al verla allí y de pronto me asaltó un recuerdo extraordinariamente vívido de mi niñez. Cuando tenía cinco o seis años, Durovernum fue atacado por asaltantes que habían navegado río Dwr arriba en botes de quilla baja. Se creían bravos, pero en realidad eran demasiado estúpidos para darse cuenta de a qué se enfrentaban. La contienda había sido breve, despiadada y letal para un hombre —de los suyos—. Lo único que los asaltantes consiguieron hacer fue calar fuego a un pinar cercano a las murallas de la ciudad. Recordé el ultraje que sentí como niña, porque aquel era uno de mis lugares de juego favoritos. También recordé el olor: un hedor fuerte y potente de savia de pino en llamas.

Podía notar su sabor. El acre humo verde. Solo una tizna en la brisa...

—¡Estad atentas! —siseé—. ¡No estamos solas!

No hacía falta decirlo.

La luna se alzaba ante nosotras y el sol se ponía detrás, y convertían el *oppidum* en un bol de piedra lleno de sombras púrpuras y neblinosas. Sin embargo, en la distancia pude ver finas líneas

de humo negro elevándose mientras las ramas de los olivos brillaban naranjas por el reflejo de la luz de las llamas.

—¡Agachaos! —susurré haciendo un ademán—. ¡Silencio!

Arviragus tapó la boca de la amazona con una mano y la arrastró para que se agachara detrás de una roca. Las otras los imitaron y se escondieron aquí y allí detrás de piedras y árboles. Vi a Quint, agachado y esprintando, desaparecer detrás de una colina. Luego mi atención se desvió por completo hacia el olor del fuego y el ruido de demasiados pasos. Las amazonas de Córcega emergieron de debajo de los árboles. Veinte, quizás treinta todas juntas. Eran más que el doble de nosotras.

Eran demasiadas.

Muchísimas más contra las que nosotras podíamos luchar...

Sentí una oleada de desesperación en el pecho en cuanto salieron al claro. En los puños llevaban largas cadenas de las cuales colgaban lámparas extrañas: jaulas de hierro redondas llenas de resina de pino, la fuente del humo verde que hedía. Quemaban con llamas azules y naranjas que se agitaban y parecían almas de los campos de batalla capturadas que ardían lentamente. Mientras entraban en el claro del *oppidum* y se colocaban en círculo, algunas de las chicas más jóvenes recorrieron el perímetro encendiendo con las lámparas las antorchas que había en los postes, y pronto el claro quedó bañado por un fulgor crepuscular sobrecogedor.

No vi a Thalestris entre ellas cuando las prendedoras de antorchas se unieron a sus hermanas en el círculo y, juntas, las amazonas empezaron a dar pisotones en la tierra desnuda. Al principio seguían todas el mismo ritmo, pero luego, lentamente, empezó a cambiar, se volvió complejo con contratiempos y golpes con acento que me recordaron los tambores de piel que los guerreros cantii llevaban al campo de batalla para amedrentar a nuestros enemigos. Mientras la cadencia se construía, su velocidad y fuerza crecían cada vez más, y las amazonas empezaron a balancear las cadenas de lámparas hacia delante y hacia atrás. Otro pisotón y una chica del círculo hizo rodar su lámpara por encima de la cabeza, en un fiero arco completo, seguida por la que tenía al lado... y la otra, hasta que el claro estaba lleno de cercos que rugían en llamas. Al observarlas, con la boca abierta, las formas que esbozaban en el aire cambiaron, y el círculo que formaban se desintegró cuando cada una de las amazonas empezó una danza propia: todas distintas, las unas de las otras, y a la vez parte de un todo. Florituras individuales corrieron en fieros patrones de amazona a amazona, como si estuvieran contándose leyendas las unas a las otras y se pasaran los cuentos. Era un espectáculo hipnotizador —como nada que yo hubiera visto antes— y empecé a entender las historias de las amazonas y su terrible magia bélica, otorgada por los dioses.

Las lámparas llameantes giraron cada vez más rápido, dibujando círculos de fuego en el aire que se oscurecía, como flores rojas y doradas que germinaran en la oscuridad, y el sonido de las llamas rugientes resonó como temibles gritos de bestias salvajes. Las amazonas se movieron como bailarinas, lanzando por los aires las bolas de fuego que se arremolinaban por los cuellos y las extremidades y luego daban la vuelta, rompiendo el aire como el restallido del látigo de Nyx y evitando la carne por los pelos. Los movían en arcos cambiantes y, mientras danzaban, el tempo de sus pies aumentó hasta que fue un gran ruido atronador. Las bolas de fuego trazaron arcos muy por encima de sus cabezas y cayeron en picado hasta el suelo en lluvias de chispas...

Y luego silencio.

Ensordecedor tras la danza de guerra rugiente.

Parpadeé ante la ceguera momentánea por el fuego que me afectó la vista, y trazas de relámpago cruzaron mi campo de visión cuando cerré los ojos con fuerza. Cuando los abrí de nuevo vi a las amazonas quietas como estatuas en su círculo, con las cadenas de fuego bien sujetas a sus costados, columnas de humo emergiendo de las lámparas todavía llameantes.

Y en ese círculo latente entró Thalestris a grandes zancadas, vestida para la guerra.

No llevaba ninguna lámpara, solamente una lanza esbelta en una mano y un cuchillo de hoja larga en la otra. Sentí que se me tensaban todos los músculos del cuerpo mientras ella cruzaba el círculo para quedarse de pie ante el menhir donde Sorcha estaba atada. Vi a mi hermana levantando la cabeza para mirar a Thalestris a los ojos, los suyos brillando de insolencia.

—¡Cibeles! —gritó Thalestris hacia los cielos, con los brazos bien abiertos en señal de súplica—. ¡Madre de piedra negra! ¡Guardiana de los límites entre los vivos y los muertos! ¡Acepta con este sacrificio de sangre que limpiemos de nuestras pieles y nuestras almas la vergüenza de la desgracia y derrota de nuestra hermana Orinthyia!

Aquello me pareció, en ese momento, una versión retorcida del rito de los juramentos del Ludo Aquilea. Como algo visto en un espejo combado de bronce, atisbado a través de una cortina de humo negro y espeso. Algo que Poncio Aquila y sus Hijos de Dis apreciarían... Sentí un escalofrío al pensarlo.

Hubo un momento de quietud ominosa entre las mujeres guerreras allí congregadas, y entonces un grito de batalla emergió al unísono de sus gargantas, rasgando la noche de reunión. Sentí la mano del pánico estrujándome el corazón. No había nada que pudiera hacer en ese momento —mirando desde fuera un anillo de mujeres guerreras que blandían fuego— que pudiera salvar a mi hermana. Una carga directa de las guerreras aquileas solo serviría para que nos mataran a todas, y eso no pensaba permitirlo.

De modo que me preparé para hacer la única cosa que se me ocurrió. Cargar yo misma y esperar que un único objetivo fuera difícil de alcanzar. Esperar que pudiera llegar hasta Sorcha antes de que...

Thalestris levantó el cuchillo...

Las llamas de las lámparas se arremolinaron de nuevo. Cada vez más rápido...

Y entonces, por encima de todo, oí el graznido agudo de la señal del silbato de Quinto cuando resonaron tres toques cortos.

—¡Legión Aquilea! —reaccionó Cay de inmediato, gritando con su voz de comandante—. ¡A formar!

Me giré y lo vi encima de una roca —con la espada enarbolada y el escudo preparado—, me levanté y empecé a moverme antes de que su orden hubiera muerto en sus labios. Mientras corría, me llevé una mano al hombro y desabroché el escudo que colgaba a mi espalda al tiempo que desenvainé con la mano derecha la espada que colgaba en mi cadera izquierda. Vi a las otras chicas aquileas emergiendo de sus escondrijos para hacer lo mismo que yo.

La reacción de las amazonas fue instantánea. El círculo de guerreras dio media vuelta y sus gritos de guerra pasaron de exultantes a enojados. Su lugar sagrado había sido violado, su

ceremonia truncada. No era una transgresión que pensarán tomarse a bien.

«Bien —pensé, sintiendo como el gruñido de mis labios rompía la pintura de guerra de mis mejillas—. Venid, pues».

En el caos del momento, nuestra joven cautiva se zafó de la presa de Arviragus y, profiriendo su propio alarido de batalla estridente, echó a correr como un joven cervatillo por un sendero tortuoso hacia un lateral del recinto y desapareció detrás de uno de los centinelas tallados en la piedra. Arviragus hizo ademán de salir tras ella, pero lo detuve.

—¡Arviragus! —grité—. Nosotras nos encargamos de las amazonas, ¡usted rescate a Sorcha!

Al oír su nombre, la cabeza de Sorcha se irguió por completo y sus ojos encontraron los míos. Vi su boca perfilando la forma de mi nombre y, aunque no pude oír su voz, sentí la fuerza de mi hermana recorriéndome los brazos.

Entonces dejé de verla, ya que la tapó una falange de amazonas cuando se movieron hacia nosotras, y de pronto nos dimos cuenta de que las lámparas que llevaban no eran, ni de lejos, puramente ceremoniales. Gracias a Morrigan, Quint pareció darse cuenta también. Desde su escondite estratégico hizo sonar una secuencia aguda y frenética con su silbato, y las gladiadoras aquileas activaron de golpe la formación testudo como si hubiéramos estado practicando para unirnos a la legión durante toda nuestra vida.

Aquello nos salvó la vida.

Tácticas legionarias. Ignoré fervientemente la ironía.

Las lámparas de hierro circulares y llameantes surcaron la negrura como piedras arrojadas con catapultas, golpeando el caparazón protector hecho de nuestro muro de escudos, y la oscuridad explotó en una lluvia de chispas y humo brillante de carbonillas. Las amazonas se retiraron, se reagruparon y arremetieron de nuevo contra nosotras desde tres flancos. El silbato sonó. Y tal y como habíamos practicado durante horas en el barco, cambiamos de posición para formar un cuadro defensivo. Los escudos se enlazaron y los levantamos en el ángulo correcto, resistiendo esa segunda arremetida frenética de cadenas en llamas que chocaban contra nuestras defensas de hierro y madera. El estruendo del impacto fue como los dioses mismos aporreando nuestros escudos.

Pero nuestros escudos aguantaron.

Nuestros aceros arremetieron como lenguas de serpientes, y en ocasiones alcanzaron carne.

Y avanzamos.

Paso tras paso ensayado, cambiando de un modo u otro al tiempo que las señales del silbato de Quint agujereaban el estruendo. Con cada arremetida, la brea de resina de pino volaba en forma de gargajos pegajosos y espesos de llamas que emergían de las lámparas redondas de hierro que colgaban en los extremos de las cadenas. Peligrosa e tremendamente dolorosa, aquella sustancia se pegaría a toda piel con la que entrara en contacto y la quemaría hasta el hueso. No pensábamos dejar que pasara. Sin embargo, tampoco podríamos repelerlas para siempre. Bajo la barrera de madera astillándose miré hacia Cay, a mi izquierda, y vi que esbozaba una mueca feroz, con los dientes apretados en una sonrisa salvaje.

—¿En realidad es así en la legión? —pregunté sin aliento.

—No —respondió, dando un paso hacia la izquierda en cuanto otra ráfaga de silbidos

perforaron el aire—. ¡Esto es mucho más divertido!

Con cada toque del silbato de Quint nos movíamos con los pasos de la danza marcial de las formaciones de la legión. Viramos y giramos, con los escudos enlazados, y avanzamos, cambiamos posiciones y nos precipitamos en el ataque, frustrando los esfuerzos de las amazonas por destrozarnos o inmolarnos. A salvo en formación, avanzamos empujando a las amazonas —que luchaban como las guerreras desquiciadas de la leyenda, arrojándose contra nuestras defensas— y las hicimos retroceder de espaldas hacia donde las colinas enfilaban empinadas hacia el cielo.

Tras nuestro muro de escudos, miré mi hilera a derecha e izquierda. A mi derecha, Gratia y Elka mantenían fuerte el centro de nuestra ancha cuña. Elka gruñía una retahíla de improperios varini y Gratia mostraba los dientes como un tigre de cacería. A mi izquierda, Cay y Ajani hostigaban a nuestras atacantes con cuchillos afilados a través de los estrechos huecos que había en nuestra formación. Al otro lado de Ajani vi a Antonia agachada por debajo del borde de su escudo y arremetiendo contra las piernas de una amazona con su acero en forma de media luna, que llevaba atado al brazo. Un fuerte alarido me confirmó que había dado en el blanco y de pronto la presión del ataque disminuyó cuando sus camaradas arrastraron a la mujer herida para apartarla de nuestro avance.

La urgencia por romper la formación y diseminarnos por ese agujero era casi arrolladora. Eso era lo que la cantii que llevaba dentro hubiera hecho. Lo que la gladiadora hubiera hecho también.

—¡Aguantad la línea! —grité, escuchando a mi yo de legionaria—. ¡Avanzad en línea!

Dándose cuenta de la inutilidad de sus ataques, Thalestris y sus hermanas se retiraron detrás de un montículo elevado de la tierra, y entonces fue cuando empezaron a volar las flechas. Nos podrían detener indefinidamente desde esa posición. Excepto por una cosa...

Y Cay y yo nos dimos cuenta a la vez.

El calor de las cadenas en llamas ya no llegaba en oleadas. En lugar de eso, se había vuelto una presencia constante y brutal que presionaba contra nuestros rostros. Los escudos que habíamos cogido del barco de Charon quizás fueran viejos y estuvieran ajados, tal vez los dibujos trazados con pinturas brillantes estuvieran medio borrados y cayéndose debido a la exposición al viento y la sal, pero eran fuertes y estaban bien hechos. Aguantarían los embates de los farolillos de hierro, agrietándose y astillándose en ciertos puntos, pero de una sola pieza. Lo que no habíamos esperado era que la resina llameante se adhiriera a los escudos.

Y quemara. Con furia.

Tras nuestro muro de escudos, el aire era casi demasiado candente para ser respirado y el fulgor abrasador de las llamas nos cegaba. No tardaríamos mucho en tener que soltar los escudos. Pero quizás si aguantábamos lo suficiente...

—¡V! —grité—. ¡Formación V! ¡Formad conmigo, aquileas!

Cay me miró con los ojos enloquecidos. Creo que pensó que la batalla me había vuelto loca.

Sin embargo, luego chilló:

—¡Formad las alas a partir de Fallon! ¡Moveos!

De nuevo, las chicas se deslizaron entre ellas de forma impecable, colocándose los escudos en llamas encima de la cabeza, y avanzaron en abanico, echándolos hacia abajo para cubrirnos de cara mientras formábamos una cuña de ángulo cerrado conmigo como guía en la punta.

—¡Avanzad! ¡Serie de tres! —gritó Cay.

Cargamos hacia delante en una carrera letal —una única y sólida cuña de fuego—, una llamarada rugiente y agitada que nada podría detener. Ni siquiera una panda de guerreras Amazonas míticas. Las encalzamos, subiendo por el montículo como las propias Furias de los dioses, una venganza fiera, llevando discos ardientes de fuego celestial. Rugidos de batalla se convirtieron en gritos de alarma cuando cargamos, corriendo por la cresta de tierra para caer encima de nuestras enemigas.

Las Amazonas soltaron sus cadenas de fuego y se separaron para desenvainar las espadas y las hachas de batalla cuando presionamos en nuestro ataque. El calor de las llamas era muy intenso, insoportable, y nuestra línea se rompió cuando nos separamos para entablar combates individuales, atacando con acero y llama y una cierta deriva al caos de la batalla desesperada.

Ví a Hestia abatida sobre una rodilla ante una guerrera de extremidades largas que blandía una porra y danzaba de lado a lado para evitar el fuego que chisporroteaba en el escudo. La gladiadora parecía vencida, pero cuando la Amazona se acercó un poco más de la cuenta de pronto se descubrió alcanzada por la endiablada hoja de la sica que Hestia blandía con la maestría de quien luchaba al estilo tracio en la arena.

La guerrera cayó aullando de dolor y Hestia se puso de pie en un periquete, sacudiéndose del brazo el escudo destrozado y abrasado y pasando por encima de su oponente caída para plantar cara a otra luchadora. Elka también había perdido el escudo, pero eso le daba más libertad de movimientos para blandir la corta lanza que se había llevado como una guadaña. Esbozó un movimiento circular a su alrededor y arrancó el acero de la mano de una Amazona.

Ví cuerpos en el suelo, pero no pude identificar ninguno como una chica Aquilea.

Y entonces no tuve más tiempo para mirar.

Vorya gritó una advertencia y me giré sobre mis talones al tiempo que una mujer de pelo largo gris y trenzado blandía una vara de roble hacia mi cabeza. Yo todavía conservaba el escudo —las llamas consumiéndose, los listones de madera carbonizados y desmenuzándose por los bordes— y detuve el golpe a tiempo. La vara rascó la superficie de mi escudo, llama y brea se escurrieron y se aferraron al arma de la Amazona, volviendo mi ventaja fieramente en mi contra.

La matriarca Amazona era todo músculo enjuto y piel tostada por el sol, los ojos como piedras negras de río pulidas, fuertes y frías. Luchaba con precisión, determinación y una terrible falta de emoción visible. Y ganaba... hasta que vi una fracción de espacio y me agaché para pegarle un cabezazo en la cara. Noté que se le rompía la nariz. La sangre manó a chorro y ella retrocedió, cegada por el dolor; yo eché a correr hacia donde Arviragus todavía se peleaba con las sogas que mantenían prisionera a mi hermana.

—Estas... mujeres... —me gruñó, trasteando desesperadamente una multitud de nudos intrincados que mantenían a Sorcha atada—... tienen demasiado tiempo... y demasiadas cuerdas... ¡a su disposición!

—¡Sorcha! —Me detuve ante ella y la agarré por los hombros—. Sorcha, mírame...

—No deberías haber venido a buscarme —dijo con la voz áspera y raspada—. Ninguna de vosotras.

—No teníamos la opción de quedarnos en el ludo exactamente, Sorcha —repuse—. Y no

pensarías que iba a permitir que me dejaras atrás otra vez, ¿verdad?

Esperé una réplica seca. Una ceja enarcada como mínimo.

Pero no hubo reacción alguna. Miré a mi hermana a la cara y fue casi como si una llama se hubiera extinguido en su interior. Cerró los ojos con fuerza para evitar mi mirada y giró la cabeza hacia un lado. El perfil de su rostro, bajo la cortina de pelo, estaba amoratado y lleno de magulladuras.

Siseé entre dientes al ver sus heridas.

—¿Qué te han hecho? ¿Estás bien? Vi sangre en tu habitación del ludo...

—Era suya —aclaró Sorcha con esfuerzo y con los dientes apretados—. No mía. En un combate limpio, Thalestris jamás hubiera podido conmigo.

—Supongo que contaba con la ayuda de Nyx, ¿verdad?

Sorcha asintió, y el enojo y la decepción abrumadora relucían en su rostro.

—Soy una estúpida, hermanita. Lo malinterpreté todo terriblemente y ahora está todo perdido. Todo... —Lágrimas de amargura escaparon de sus ojos y le corrieron por las mejillas—. Lo siento tanto...

—¿Sorcha?

—Está todo perdido... todo...

La cabeza le cayó hacia un lado y sentí una oleada de pánico por ella. Esa... esa no era mi hermana guerrera. Ella no se rendiría de ese modo. ¿Qué le había hecho Thalestris? ¿Qué le había dicho?

Aquello era fácil de imaginar. Le había contado lo del ludo. Y Poncio Aquila. Y había hecho añicos el sueño de Sorcha.

Un grito estridente de agonía rompió la caótica discordia del ruido de la batalla; levanté la mirada y vi a una de las amazonas desplomándose en el suelo. Chicas abatidas —suyas en su mayoría, al parecer— yacían por todo el claro. Muertas o heridas, no tenía modo de saberlo seguro, pero parecía que los años de vida aislada habían hecho romos los filos de las habilidades legendarias de las amazonas. La suerte de la batalla, sin duda, avanzaba a nuestro favor. Las amazonas intentaban retener la suya —de momento—, pero a pesar de ser superiores en número, las chicas aquileas presionaban con sus ataques. Si las amazonas seguían adelante y luchaban hasta el final... perderían. Y sería una matanza.

—Fallon... —Me giré de nuevo para mirar a Sorcha observando la carnicería que teníamos delante con ojos horrorizados—. Detén esta locura.

—No voy a dejarte...

—¡Vete! —espetó Sorcha con un deje de su fuego habitual—. Para... ¡Pon fin a esta lucha!

Miré a Arviragus, que se las arregló para encogerse de hombros mientras seguía cortando un nudo del tamaño de mi puño.

—Haz lo que dice —gruñó—. Yo me encargo de esto. Tarde o temprano...

Dudé un segundo más. Sorcha levantó el rostro hacia mí, con ojos suplicantes.

—Por favor, Fallon —me dijo con una voz cruda como una herida—. No quiero cargar la muerte de más chicas en mi conciencia. No quiero mancharme más las manos de sangre. No quiero más ruina... Haz que se acabe.

¿Cómo? ¿Cómo iba a hacer tal cosa? Ni siquiera sabía que quería hacerlo. Quería vengarme de Thalestris tanto como ella quería vengarse de mi hermana y...

«Eso es».

Ese pensamiento me hizo parar en seco. En aquel instante me di cuenta de que, de alguna manera, estaba atrapada en el mismo círculo que Thalestris. Y lo había estado desde que Sorcha desapareció de mi vida por primera vez cuando yo era una niña. Todo cuanto quería había sido venganza hasta el momento que volví a encontrarla, viva y entera y mía. Sin embargo, cuando me la arrebataron por segunda vez... aquella sed de venganza había renacido. Manchó toda mi búsqueda por el justo castigo para Thalestris y su tribu, y había arrastrado a mis hermanas del ludo directas a su maldito corazón.

Estaban resultando heridas. Estaban hiriendo a otras. Y ni siquiera se trataba de su lucha, igual que tampoco era la de las Amazonas. El único problema era que, por mucho que hubiera sido el mío, era una chica con dos espadas y no podía detener la lucha con mis aceros. Sin embargo, tal vez...

Tal vez pudiera detenerla con mis palabras.

## XII

Me alejé de Sorcha y, tan fuerte como pude, grité:

—¡Basta!

Tuve que gritar tres veces más —dos veces en griego chapurreado— antes de que alguien empezara a darse cuenta. Cay y Quint, por extraño que pareciera, fueron los primeros que pararon sus espadas. Estaban acostumbrados a seguir órdenes, supongo.

—¡Basta! —grité una vez más, con la garganta seca—. ¡Maldita sea, Gratia! ¡Deja a esa chica en el suelo!

Gratia me miró como si me hubiera vuelto loca pero, al final, acabó por bajar a la chica amazona que había levantado del suelo en un abrazo de oso rompecostillas. La muchacha se cayó de rodillas, resollando por recuperar el aliento y con el rostro púrpura. Uno por uno, los otros duelos también acabaron. Todos excepto el acalorado duelo entre Elka y Thalestris. Las dos estaban enzarzadas en una lucha brutal para desarmar a la otra. Con Elka distraída durante un mínimo instante por mi griterío, Thalestris se las arregló para desbloquear su lanza y ambas retrocedieron para adoptar posiciones defensivas.

Como un par de tigres hambrientos dieron círculos la una ante la otra, esperando el momento de atacar.

—¡Aquileas! —grité una última vez—. ¡Soltad las armas!

Bien, entonces sí que pensaron que me había vuelto loca. Podía verlo en sus rostros. ¿Desarmarnos? Íbamos ganando. Sin embargo, en ese momento dejé caer mis propias espadas —las dos— al suelo para mostrarles lo en serio que iba.

—¡Elka! —Eché a andar a grandes zancadas entre la multitud de combatientes—. Hazlo.

A su favor, mi querida amiga confió lo bastante en mí para hacer lo que le decía. Elka dejó caer la lanza a sus pies. Thalestris se quedó quieta como una estatua, con la lanza todavía lista. Aun así, en ese instante no se movió. No me cabe duda de que Thalestris pensó que lo más probable era que mi orden de dejar las armas fuera un ardid.

Con un ojo todavía clavado en su oponente, Elka se giró hacia las dos gladiadoras que tenía más cerca —Hestia y Kore— y ladró:

—Ya la habéis oído. Hacedlo. ¡Espadas al suelo!

Se volvió hacia la chica que tenía al otro lado —Antonia— y miró hacia el arma que llevaba

atada al muñón. Antonia enarcó una ceja.

—Puedes levantar la mano, tal vez —propuso Elka.

En aquel momento, Ajani dio un paso al frente e hizo un ademán hacia el resto de nuestras chicas para que dejaran también sus armas. En cuanto lo hicieron, las Amazonas se nos acercaron. Todavía blandían sus armas y nos rodearon.

Thalestris trazó un círculo.

—¡Matadlas! —bramó al tiempo que blandía la lanza por encima de la cabeza y la descargaba en un arco letal (dirigido directo hacia la cabeza de Elka), pero su arremetida fue bloqueada por la vara de la matriarca Amazona, cuya nariz había roto yo misma de un cabezazo.

—¡Alto! —gritó la guerrera de pelo cenizo y trenzado.

—¡No te metas, Areto! —gruñó Thalestris, intentando zafarse de la vara.

—No hay honor alguno en matar a un oponente desarmado —afirmó la mujer llamada Areto, con los dientes apretados.

Respiraba con dificultad, como si sus músculos fueran a romperse, y redujo a Thalestris, manteniéndola acorralada con una postura defensiva. Las otras Amazonas estaban paralizadas, visiblemente afectadas por el conflicto entre sus propias filas, pero dio la sensación de que la orden de Areto fuera una frágil presa impidiendo una inundación. Y si mi apuesta perdía, nos harían pedazos a mí y a mis amigas desarmadas.

—No hay honor alguno en esta lucha —añadí, dirigiendo mis palabras a las Amazonas en general, pero sobre todo a Areto.

—Vosotras sois quienes la habéis empezado —apuntó.

—No. —Señalé a Thalestris con un brazo extendido—. Ella la empezó.

—Mentirosa —gruñó Thalestris mirándome con los dientes apretados como un gato cazando—. Yo solamente persigo vengar un mal y convencer a la diosa de que las Amazonas algún día prosperaremos de nuevo. La sangre vital de tu hermana, amante de Romanos, a cambio de la sangre de mi hermana, Orinthyia, preciosa y sagrada sangre Amazona, que bañó el polvo de la bastarda arena romana.

—Tu hermana murió en un combate honrado —repliqué, y entonces me giré para dirigirme a Areto de nuevo—. Vosotras profesáis que no hay honor alguno en matar a un oponente desarmado. Y aun así, ¿sacrificaríais a mi hermana a vuestra diosa como si fuera una bestia tonta rugiendo echada en un altar? ¿Sin siquiera darle la oportunidad de defenderse primero? ¿Consideráis que ese es el botín de guerra que merece justamente vuestra diosa? —Me giré hacia las demás—. ¿Qué tipo de gente guerrera sois?

—¡Somos las Amazonas! —gritaron unas cuantas, enfadadas—. Somos...

—¡Las Amazonas son mitos! —chillé por encima de ellas—. Reliquias. Pintadas en vasijas, talladas en monumentos. Los hombres de Grecia os trajeron aquí como esclavas, pero ya no están. ¿Por qué continuáis viviendo como esclavas?

Thalestris se puso lívida de rabia. Sin embargo, las otras, que todavía tenían las armas listas, me escuchaban. Y yo sabía que lo que dijera a continuación podría suponer mi muerte. Estaba de pie en el centro del *oppidum*, indefensa, y pude sentir todos los aceros fríos, entrenados, como si ya me los hubieran clavado en la piel.

—¿Qué se supone que tiene que lograr la muerte de una persona? —continuó—. ¿Qué tipo de diosa es esta Cibeles a quien esperáis convencer para recuperar algo de la grandeza antaño perdida al derramar la sangre de una mujer que, con todos los derechos, tendría que ser tu hermana?

—¡Ella mató a mi hermana! —la voz de Thalestris se elevó enloquecida y estridente—. Asesinó a Orithyia a sangre fría...

—¡Querrás decir que la derrotó en una lucha limpia! —contradije—. Un duelo organizado, el cual ambas, contra sus voluntades, fueron forzadas a entablar ¡por hombres! ¿Y qué gloria podría haber ganado Orinthyia para sí misma si Sorcha no hubiera luchado por su vida con todo el poder de su alma guerrera? Tú misma lo has dicho, Areto. No hay honor alguno en matar a una persona indefensa. El resultado de la batalla era matar o ser matada. Y no hay deshonor en la derrota de tu hermana. Ni mancha ni vergüenza...

Las guerreras intercambiaron miradas.

—La única vergüenza aquí es lo que Thalestris ha hecho en nombre de la venganza...

—¡Justo castigo!

—¡Venganza! —Di un paso inestable hacia ella, cerrando los puños con fuerza—. ¡Y por conseguirla traicionaste un ludo entero por un hombre (un hombre) que nos esclavizaría a todas de nuevo para poder forzarnos a matarnos las unas a las otras y luego alimentar con nuestras almas a su dios negro!

Aquello dio en el blanco. Durante un instante, al menos.

El rostro de Thalestris se retorció en una expresión que era mitad furia y mitad angustia miserable. Casi me supo mal por ella. Casi. Me giré antes de que la pena tuviera oportunidad de arraigar y vi a la chiquilla pescadora que nos había atacado en el camino murmurando con otras jóvenes guerreras. Se revolvían incómodas, mirando a Thalestris con el ceño fruncido. Estaba claro que lo que yo acababa de describir no era el tipo de acción que consideraban digna de su tribu.

Me volví y me dirigí una vez más a esas mujeres directamente, y la pescadora tradujo mis palabras al griego mientras las pronunciaba.

—Thalestris cambió la vida de Sorcha —proseguí— por las vidas de las jóvenes mujeres guerreras a quienes había jurado proteger y entrenar por sus votos. Sin pensarlo dos veces nos abandonó a las crueldades de un hombre que se alimentaría de nuestra fuerza y nuestras almas como una sanguijuela. Ella lo hizo. A sabiendas. —Sacudí la cabeza con tristeza—. Mis hermanas son para mí lo que las vuestras son para vosotras —continuó—. Y lloraría con amargura la pérdida de cualquiera de ellas. Pero os pregunto esto: ¿vale una vida (arrebataada contra voluntad y a petición de un opresor hombre) lo que las vidas de tantas almas hermanas?

El murmullo entre las Amazonas jóvenes aumentó.

Las más mayores intercambiaron miradas.

—Mi hermana me contó que vuestra reina Penthesilea una vez dijo —seguí recordando con claridad meridiana las palabras que Sorcha me había recitado cuando estuve con ella observando el friso tallado de la reina legendaria y sus guerreras—: «Ni en la fuerza somos inferiores a los hombres —di un paso al frente, defendiendo mi causa ante las chicas más jóvenes—, los mismos

son nuestros ojos, nuestras extremidades las mismas; una luz común vemos, un aire respiramos. ¿Qué nos negó entonces tener a los dioses conferidos a los hombres?» —Miré todos los rostros—. Ayudadme a demostrar la verdad de sus palabras. Ayudadme a ver que no solo somos iguales que los hombres, somos mejores.

Areto se giró y, con la voz más suave del mundo, dijo:

—Dejad las armas. No alargaremos más esta batalla hoy.

Había sido como si hubiera gritado la orden. La respuesta fue instantánea y todas las guerreras amazonas lanzaron sus armas al suelo. Todas menos Thalestris. Areto esperó un momento y luego dio un paso adelante para quitarle el arma que agarraba con el puño.

—Ya basta, niña —dijo—. El honor de Orithyia permanece immaculado. El tuyo también debería.

—Thalestris. —Yo también avancé un paso y alargué una mano. Si podía hacer las paces con ella, las haría. Aunque fuera solo por la simple y calculada razón que aquello hiciese que nuestro camino fuera más seguro de transitar—. ¿Te olvidarás de esta *vendetta* y nos ayudarás a recuperar lo que es nuestro?

No me escuchaba. La pena y la rabia que había llevado en su interior durante tanto tiempo se habían comido su alma y no había nada que pudiera reconciliarla con el perdón. Se limitó a mirarme con un odio crudo.

—¿Cómo? —preguntó con esfuerzo con los dientes apretados, ignorando mi mano extendida—. ¿Cómo habéis podido encontrarme?

Dejé caer la mano hacia el costado y guardé silencio. Que así fuera.

Al cabo de una eternidad de nada excepto silencio por mi parte, rompió el contacto visual y desvió la atención, escrutando los rostros de quienes estaban detrás de mí. Su mirada se empequeñeció y yo me giré para descubrir que había visto a Leander, el esclavo de la cocina, entre nuestro grupo. Con toda la astucia chulesca que le conocía, él soltó una risita como pidiendo disculpas y le guiñó un ojo. Durante un momento me pregunté si Thalestris no se le echaría al cuello para rompérselo, pero no hizo nada. Se limitó a darle la espalda —a él y a todos— y echó a andar hacia un puñado de casitas de techos de paja que había a los alrededores del *oppidum*. Se agachó para entrar por la puerta de una de ellas y salió con una bolsa de viaje pequeña y de cuero colgada a la espalda y su arpón en el puño.

Ignoró a la multitud aquilea y se dirigió a sus hermanas amazonas.

—Que la diosa os perdone —dijo con su voz áspera y poco musical—. Yo no lo haré. —Y luego pasó al lado de todas ellas, con la cabeza alta, con los ojos llameantes de una insolencia eterna, y desapareció entre las profundas sombras bajo los olivos centenarios que cubrían con su manto la ladera que había más allá del *oppidum*.

Cuando se hubo ido fue como si el aire mismo tuviera un escalofrío de alivio.

—Descansaréis aquí —anunció Areto—. Y después os marcharéis con la primera luz del alba. Su tono no dejaba lugar a la discusión.

—¿Y Thalestris? —pregunté.

—Ha tomado su decisión y no volverá. Si lo hace, sabe que morirá por ello. Es nuestra costumbre.

No era que esperara que mi hermana lanzara manojos de flores a mi paso y me coronara con laureles, pero un simple «Gracias» hubiera estado bien. En lugar de eso, me cayó una reprimenda amarga por mi imprudencia temeraria que nos había puesto en peligro a mí y a mi hermandad aquilea.

—Sabes que no deberíais haber venido a buscarme —me dijo, de nuevo, cuando Neferet le trataba en silencio las heridas en la casa que Areto había habilitado para nosotras.

Parpadeé hacia Sorchá cuando me di cuenta de que todavía me regañaba y suspiré.

—Tendrías que haberme dejado a mi suerte, Fallon —continuó—. Tendrías que haberte ido corriendo, rápido y lejos, tan pronto te ganaste tu libertad. Eres la hija de un rey. Sin el ludo manteniéndote a salvo, tendrías que haber vuelto a casa, donde podrías haber reclamado tu lugar delante del fuego del gran comedor de Durovernum y dejar a Roma y a César y a mí con nuestros asuntos.

Me quedé ahí sentada, echando humo en silencio por toda la gente que se empeñaba en meterme en un barco y mandarme a casa sin siquiera pedirme mi opinión al respecto, pero guardé silencio. Había algo en el interior de Sorchá que había sido dañado durante su cautiverio; algún valor fundamental sacudido y partido hasta un punto casi irreversible, y tenía que ir con cuidado o yo misma acabaría haciéndola pedazos. Yo conocía a mi hermana. Sabía que no regalaba su confianza ni su amistad a la ligera, y había confiado ambas cosas a Thalestris. Durante años.

Ahora estaba más enfadada consigo misma de lo que nunca lo estuvo con su *Primus Pilus*, porque se culpaba por haber estado tan ciega. Por supuesto, no iba a admitirlo fácilmente, y por eso estaba redirigiendo su enojo al siguiente blanco más conveniente. Yo.

—Tendrías que haber pensado en tu propia supervivencia —continuó—. No la mía. ¿Es que no te he enseñado nada, hermanita?

—Me has enseñado que lo que hacemos es más importante que lo que somos o el fuego ante el cual nos sentamos —repuse encogiéndome de hombros, haciendo todo lo posible por mantener mi carácter bajo control—. Me enseñaste que mis compañeras gladiadoras (todas y cada una de ellas, incluida tú, Sorchá) merecen la oportunidad de escoger su propio destino.

—Fallon...

—Las que escapamos somos infamia y rebeldes a ojos de Roma y no tenemos esperanza alguna sin el Ludo Aquilea —discutí—. ¿Las que todavía son prisioneras de Aquila? Todavía menos. No quiero cargar con eso en mi conciencia. ¿Y tú?

Frunció el ceño y supe que había dado en el blanco.

—Por supuesto que no. Pero ni así tienes que ponerte en peligro por mí...

—Y entonces —interrumpí—, ¿cómo pretendes que recupere el ludo sin mi legendaria hermana guerrera a mi lado?

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? —espetó enfadada—. ¡No soy quien crees que soy, Fallon! Ya no...

Suspiré exasperada.

—¡Por los malditos dientes de Morrigan! No pensarías de verdad que podíamos dejar a nuestras amigas, nuestras compañeras gladiadoras, nuestro hogar, maldita sea, a manos de ese bastardo perturbado de Poncio Aquila, ¿verdad?

Pude ver la chispa de ese impulso encendiéndose en el fondo de sus ojos. Sin embargo, también pude ver el miedo frío, el dolor de la traición de Thalestris y la decepción de sí misma, amenazando con sofocarlo todo. No pensaba dejar que eso ocurriera.

—¿Ese hombre quiere enfrentar a su dios contra nuestra diosa? —dije con énfasis, llevando la conversación a mi terreno—. ¿Sus cuervos carroñeros contra el Gran Cuervo? Va a perder.

Los ojos de Sorchá se entrecerraron al mirarme. Su viejo yo de guerrera todavía estaba ahí, un ascua aún llameante aunque débil. Todavía no la habían extinguido del todo.

—¿Tienes un gran plan, hermanita? —quiso saber.

—Estoy en ello —repuse, y lo dejé ahí. De momento.

Sin embargo, Sorchá no tenía ninguna posibilidad contra mí si pensaba que podría escaquearse de esta lucha. Avivaría aquella chispa guerrera hasta que fuera una llama. Y alimentaría esa llama hasta que fuera incendiaria.

Acampamos de espaldas a esa colina que se alzaba por encima del *oppidum*. Intenté poner freno a la impaciencia que me causaba tener que quedarnos. Sin embargo, aunque hubiéramos renunciado a la hospitalidad que nos ofrecían, porque lo era, no habría habido manera de bajar por aquel sendero hasta el barco en la oscuridad. Para cuando hube terminado de hacer un pequeño fuego y de disponer mi petate, Antonia había venido a decirme que Neferet y Leander estaban ayudando a atender a la amazona herida, después de haber visitado a las nuestras y de haber administrado una pócima del sueño a Sorchá, quien ya había sucumbido a un profundo sopor.

—Neferet dice que por la mañana tendría que estar lo bastante bien para viajar —me aseguró Antonia—. Aunque quizás despacio.

—Bien —repuse—. Lo único que quiero es llevarme a mi hermana a casa.

Antonia asintió y volvió a ir hacia donde Neferet todavía trabajaba vendando heridas. Sin embargo, antes de que se girara pude ver la duda y la pregunta en sus ojos: «¿A qué casa?».

Suspiré. Aquello iba a ser algo más complicado de lo que estaba preparada para soportar en ese momento. Miré hacia el lugar donde Quint y Cay estaban disponiendo sus petates al lado de un fuego pequeño, sin duda al modo de la legión, y me pregunté: «¿Y ahora qué?».

Cay me vio mirándolos y se acercó para agacharse a mi lado. Todavía llevaba el equipo completo y la armadura crujió. Respiré profundamente, inhalando el aroma del cuero y el metal, y sentí un cosquilleo en los dedos por acercarlos a las hebillas que le sujetaban el peto y desabrocharlas...

—¿Qué haréis ahora? —me preguntó.

«Haréis —pensé—, no haremos».

Encogí los hombros.

—Solo quiero ir a casa —respondí.

Como no respondía, me giré para mirarlo. Un pájaro nocturno cantó en la lejanía y la luz del fuego danzó en el rostro de Cay. En las duricias de las palmas de sus manos, que se frotaba sin darse cuenta. Me descubrí mirando su mano, recordando el dibujo en carboncillo sobre pergamino que me mandó. Estaba bien guardado en mi baúl, en mi celda del ludo.

—A casa, al ludo, Cay —aclaré.

Él asintió y me sonrió, una expresión incierta que quise detener a besos. Una brecha de palabras calladas parecía haberse abierto entre nosotros, y no sabía cómo cruzarla. Porque de pie en el puente que conectaba ambos lados del abismo estaba Aeddan. Y justo detrás de él, Cassandra. Y detrás de ella sus... sombras. Formas que no podía ver, pero que sabía que de algún modo se habían interpuesto entre Cay y yo.

—Vamos a montar guardia esta noche —me dijo Cay, rompiendo el silencio—. Quint y yo.

Fruncí el ceño.

—Areto nos ha mostrado hospitalidad en su buena fe —repuse—. No quiero hacer nada que pueda ofenderla.

—No es Areto quien me preocupa —replicó Cay.

No podía discutirlo. Thalestris estaba allí fuera, en algún lugar. Y Areto quizás confiara en que su orgullo o el código de las Amazonas o la diosa Cibeles misma le impedirían volver esa noche, pero Cay era un oficial de la legión hasta la médula para confiar en eso. Y yo no le culpaba.

—No tenemos que cavar una trinchera ni delimitar y cercar un perímetro de guardia —prosiguió—. Solamente un centinela aquí arriba. —Señaló hacia un lugar donde el saliente de la piedra proporcionaba un puesto ventajoso natural—. ¿Ves? Bonito y discreto, y no supone ninguna ofensa a nuestra buena anfitriona. Yo haré la primera guardia y Quint se ocupará de la segunda.

—Yo puedo hacer una —me ofrecí.

—Tú —atajó Cay enarcando una ceja— te lo tomarás con calma y dormirás toda la noche.

—Pero...

Colocó un dedo sobre mis labios.

—Te lo mereces después de ese magnífico arrebato de oratoria, Fallon —me cortó—. Créeme. César se enorgullece de sus habilidades de hablar en público, e incluso él te habría coronado con laureles por ese acceso de genialidad...

Pareció darse cuenta en ese instante de que todavía tocaba mis labios. Su mirada pasó de su dedo a mis ojos y vuelta atrás, y se recorrió el borde de los dientes con la lengua. Levanté una mano para acercarla a la suya y giré su palma para poder descansar mi mejilla en ella. Cay profirió un sonido profundo en el pecho y me abrazó con fuerza.

—Date permiso para descansar por una vez, Fallon —murmuró sobre mi pelo—. Y concede a los demás permiso para ser fuertes en tu lugar. Te prometo que no te decepcionarán. Yo no lo haré.

—Lo sé —repuse.

Me recosté sobre él tanto tiempo como me permitió hasta que me apartó un poco con dulzura e inclinó la cabeza para besarme.

—Primero la guardia —me dijo—. ¿Recuerdas?

Lo miré y me dije que no montaba la primera guardia para evitar acabar nuestra conversación de la playa.

—Siempre puedes venir a buscarme para hacer turnos —respondí—. Si no puedes arrancar a Quint de Elka.

Hice un ademán con la cabeza hacia donde, para mi sorpresa, Elka había ido a sentarse al lado

del pequeño fuego que había hecho Quint.

—Lo tendré en cuenta —me dijo Cay y, después de besarme una vez más, se puso de pie y fue a hacer su guardia.

Cuando se hubo ido, me giré y vi a la joven pescadora amazona sentada sola, afilando la hoja de una daga con una piedra. No se había unido a sus hermanas. Anduve hacia ella y me hundí a su lado, estirando las manos hacia el calor del fuego. Nos quedamos sentadas en silencio durante un rato hasta que acabó de afilar su acero y lo envainó de nuevo en la funda que llevaba en la cintura.

—Has luchado bien hoy —le dije, asintiendo hacia la daga.

—Bueno, tal vez. —Levantó un hombro con la vista fija en las llamas—. Pero en el bando equivocado.

—No lo sabías.

—Debería. —Sacudió la cabeza—. Escuché a Thalestris sin pensar. La seguí a pies juntillas.

—De muchas maneras, entiendo el lugar de donde viene Thalestris —dije—. Viví allí durante mucho tiempo. Pensaba que el honor era más importante que nada. La venganza justificada era el único modo de avanzar. Era una estúpida.

—Pero lo que has dicho hoy era muy sabio... y correcto. —Se giró hacia mí, los ojos le brillaban bajo la luz del fuego—. Aquellos hombres que se llevaron a nuestras madres en contra de sus voluntades ahora están muertos y han desaparecido, y aun así seguimos viviendo aisladas, sobreviviendo a duras penas a base de peces, arena y nuestros propios susurros pálidos de un justo castigo algún día. ¿Para qué? ¿De quién? Cuando Thalestris trajo a tu hermana aquí (una poderosa guerrera que había derramado la sangre de una de las nuestras) y la ató al altar creí lo que nos contó. Pensé que un sacrificio lo pondría todo en su sitio de nuevo. Ahora me doy cuenta de que no lo habría hecho. Creo que la diosa nos habría dado la espalda para siempre.

—Yo aprendí a las malas (y todavía aprendo) que cada vez que pensaba que mi diosa me había abandonado, en realidad era yo quien me había alejado de ella. —Le coloqué una mano en el brazo—. ¿Quieres un sacrificio? Haz un sacrificio. Arriésgate. Cruza los límites que han colocado a tu alrededor y haz que tu vida sea tuya.

En ese momento se quedó muda y pude sentir el peso de mis palabras cayendo como un plomo encima de ella. No quería dejarla con nada más que aquella carga.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

Estuvo tanto rato callada que pensé que no me lo diría. Sin embargo, cuando empecé a levantarme, me dijo:

—Kallista. Me llamo Kallista.

Volví a sentarme y la observé un instante mientras ella volvía a afilar su daga de nuevo.

—¿Dónde aprendiste a hablar latín, Kallista? —pregunté, esforzándome por hablar en un tono más suave—. Pensaba que tu tribu odiaba a Roma... y todo lo que era romano.

—Así es. —Se encogió de hombros y sonrió un poco, aunque no desvió la mirada del fuego—. Es decir, ellas sí... Yo no lo he tenido nunca tan claro. Me enseñaron a odiarlos, pero es difícil odiar a todos los romanos cuando algunos romanos son... buenos.

La chiquilla me recordó mucho a mí misma en ese momento. Yo había crecido odiando a Roma y a los romanos, y a un romano en particular más que a nadie. Y luego todo había cambiado.

Bueno, tal vez no todo. Y aun así todavía no entendía la mente romana y no aprobaba gran parte de la cultura romana, pero también había conocido a romanos como Cay y su padre. Soldados como Junio. Incluso había encontrado mucho que admirar. Incluso —que Morrigan me ayudara— en el mismo Julio César.

El gran tirano sanguinario que había sido bueno conmigo.

—¿Quién fue bueno contigo? —pregunté a Kallista.

Giró el rostro para mirarme y respondió:

—Mi padre.

Por supuesto. La chica tenía que ser la progenie de uno de los chicos robados del otro lado de la isla, y no costaba mucho creer que tal vez hubiera sido bueno con su hija. Que incluso la había querido. Me pregunté...

—¿Cómo se llama? —quise saber.

—Segundo. Se llama Segundo. Se llamaba.

«Segundo». El segundo hijo. El segundo de cinco.

—¿Qué le pasó? —pregunté, y de pronto se me hizo un nudo en la garganta.

—Paludismo —respondió Kallista—. Cuatro veranos atrás fue terrible. Primero se llevó a mi madre. Luego a él. Hasta íbamos a llevarlo al otro lado de las montañas, de vuelta a la ciudad romana para ver si podían ayudarlo, pero estaba demasiado débil.

El hermano de Quint estaba vivo hacía solo cuatro años, pensé.

Las jaulas que habíamos visto hacía mucho tiempo que se habían usado por última vez. Quizás Segundo había vivido una vida más libre allí entre las amazonas de lo que Quint había pensado. Quizás incluso una vida tocada por el amor. Con una hija que le importaba... Mirando a Kallista pude ver el gran parecido que guardaba con Quint y me pregunté por qué no me había dado cuenta hasta ese momento. Tal vez fuera porque no me había fijado, pero tenía los mismos tonos tostados, las pecas y los ojos azul-grisáceos. Quizás en otras circunstancias ella hubiera tenido algo del humor de Quint.

Me puse de pie de golpe y ofrecí una mano a la muchacha.

Ella me miró con el ceño fruncido.

—Ven conmigo —dije—. Hay alguien a quien tengo que presentarte como es debido.

Como era de esperar, Quint todavía estaba sentado con Elka. Porque, quizás algo más sorprendente, ella todavía estaba sentada al lado de él. El fuego que Quint había prendido era lo bastante brillante para iluminarle el rostro con claridad a través del calor reluciente y los estallidos de chispas que enfilaban hacia la noche. Abrí la boca para hacer las presentaciones adecuadamente, pero no pude pronunciar ninguna palabra antes de oír una exclamación suave. Me giré y vi a Kallista mirando a tu tío de hito en hito.

Lo miraba —lo miró a conciencia, ya sin el casco ni la espada en su propia garganta, sin el velo de terror que le habría nublado los ojos en el camino cuando nos había atacado con flechas y pescados— y lo supo. La oí murmurar la palabra «padre» con un hilo de voz, y el nudo que se me había hecho en la garganta se apretó todavía más.

Quint paseó la mirada entre ella y yo, con el ceño fruncido por la confusión. En vista de que había ido hasta allí para aplacar sus propios sentimientos por no haber intentado jamás salvar a su

hermano, parecía que no se le había ocurrido que tal vez podría encontrar, si no a su hermano, a otra persona con quien compartiera sangre.

—Quinto, esta es Kallista —dije.

—Ah, la pescadora, sí.

—Su padre fue quien le enseñó a hablar latín, Quint.

Él parpadeó un instante.

—Qué bien...

—Tu hermano, Quinto.

—Mi...

Todavía tardó otro largo momento. Como si lo que yo le decía fuera algo que sencillamente no pudiera comprender. Y entonces, al fin, abrió ligeramente la boca y su mirada se desvió hacia la chica que estaba de pie a mi lado.

—Tú eres... ¿Mi hermano Segundo es tu... padre?

—Era —asintió Kallista, y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Siempre me decía que tú eras el hermano idiota...

Quint se ahogó en una risotada repentina y estrangulada.

—Él siempre me lo decía a mí también.

Ella se mordió el labio para evitar que le temblara, sospeché.

—Te echaba mucho de menos —le dijo con la voz rota—. Mi padre...

Entonces Quint se puso de pie y la abrazó, y Kallista se deshizo en sus brazos. Desvié la mirada y vi que Elka parpadeaba deprisa ante el intercambio; el brillo de lágrimas por derramar le recorría los ojos, y el corazón se me cerró en el pecho. Ambas habíamos visto la expresión del rostro de Quint al ver las jaulas vacías de la cueva al final del sendero. Sus esperanzas —fueran las que fueran— se habían desvanecido en ese momento. Encontrar a Kallista quizás acabara de redimir el viaje para él.

Más que eso.

Elka y yo nos alejamos ligeramente y volvimos a la otra hoguera para dar a tío y recién encontrada sobrina la oportunidad de conocerse algo mejor. Elka estuvo un rato callada, avivando el fuego con una rama quemada, perdida en sus pensamientos.

—Familia —murmuró finalmente—. Es... algo, *ja*? Algo importante, quiero decir. A veces.

—Siempre —repuse.

—Para ti, supongo. —Hizo un gesto con la barbilla hacia Quint—. Para él...

—Para ti también.

Me miró por encima de las llamas enarcando una de sus pálidas cejas.

—¿Qué crees que son ellas? —Hice un ademán hacia los grupitos de chicas aquileas agachadas ante los fuegos del otro lado del claro—. ¿Qué crees que soy yo, pedazo de bruta cabezota?

—¿Aparte de una piedra en el zapato? —Gruñó una risotada y luego volvió a sumirse en el silencio, con el ceño fruncido. Cuando volvió a hablar, acompañó sus palabras con un encogimiento de hombros que sospeché que pretendía ser casual, pero que pareció más bien un estremecimiento—. Supongo que tienes razón —suspiró—. Bueno... supongo que fue bonito

mientras duró. Ser parte de un lugar y todo eso.

—¿De qué hablas?

—Ya has recuperado a tu hermana, Fallon —respondió—. Eso es lo que vinimos a hacer. Se ha acabado la búsqueda, la aventura. ¿Ahora? Todas seguiremos en direcciones distintas.

—¿Qué te hace decir algo así?

—¿Qué más nos queda por hacer? Ya era bastante malo cuando solo éramos infamia. Ahora encima somos fugitivas rebeldes declaradas.

—No lo somos.

—Sí lo somos —resopló frustrada ante mi testarudez—. Puedes contarte otra historia, raposita, pero yo soy la pragmática, ¿recuerdas?

Entonces resoplé yo también.

—¿Y tus pragmáticas orejas no escuchaban en la enfermería de Heron cuando os dije que, una vez rescatáramos a Sorcha, volveríamos y recuperaríamos el ludo?

—Uy, no, claro que escuchaba —repuso—. Sencillamente asumí que habías vuelto a perder la cordura, raposita.

Sacudí la cabeza y ella inclinó la suya, observándome con cautela.

—Lo decías en serio —afirmó.

—A muerte.

—Recuperar el ludo.

—Ajá.

—¿Con qué ejército?

Abrí la boca, pero descubrí que no tenía una respuesta inmediata. Elka tenía razón. Volví a mirar a nuestras hermanas gladiadoras. Aunque habíamos salido mucho mejor paradas que nuestras adversarias, habíamos acabado con un abanico impresionante de lesiones. Ninguna de nosotras había evitado cortes y golpes de distinta gravedad. Neferet sospechó que Hestia podía tener un hueso fracturado en la muñeca, y Anat había sufrido una fea quemadura en el hombro cuando el escudo se le partió durante nuestra fiera contienda. Por su parte, Gratia no paraba de decir a todo el mundo que estaba perfectamente bien... a pesar de que había necesitado más de una docena de puntos para cerrar una profunda cuchillada en el muslo. Sospeché que el abundante hidromiel que las amazonas nos habían proporcionado antes de que Neferet empezara a coserla había alterado un tanto la percepción que Gratia tenía sobre sus propias heridas.

Incluso antes de la lucha, habíamos sido demasiado pocas para ganar una batalla campal contra Nyx y el contingente de gladiadoras y guerreros de Dis de Aquila. Si volvíamos al ludo en nuestro estado actual, lo único que conseguiríamos sería acabar encadenadas. Y entonces, inevitablemente, en una de las malignas luchas de munera de Aquila. Fruncí el ceño y aparté la mirada de Elka, buscando una respuesta en la oscuridad. Mis ojos volvieron hacia donde Kallista todavía estaba sentada con Quint, con las cabezas juntas, y entonces más allá de ellos, donde la luz de los fuegos de las amazonas parpadeaba entre los árboles más allá de las paredes caídas del *oppidum*.

—No necesitamos un ejército —dije respondiendo, por fin, a la pregunta de Elka—. Necesitamos una guardia de guerra.

—No sé ver la diferencia.

Sentí que se me escapaba una sonrisa cuando un plan impreciso y a medias empezaba a formarse en mi mente.

—Cuando era pequeña —empecé—, todo cuanto quería era seguir los pasos de mi hermana y formar parte de la guardia de guerra real de mi padre. Guerreros, Elka. Ni soldados, ni mercenarios, ni los sicarios de Aquila. Ni siquiera gladiadoras luchando solas. No. Lo que tenemos que ser para conseguirlo es guerreras. Pocas, temibles y que luchen como una familia.

Sacudió la cabeza.

—No somos suficientes.

—No. —Mi mirada volvió a Kallista—. Pero lo seremos.

## XIII

El sol rompió el horizonte en cuanto estábamos acabando nuestro desayuno de pescado y carne de cangrejo envueltos en hojas de parra sobre una cama de granos suaves y tostados, bañado con vasos de agua fresca de primavera. Nos lo habían dejado todo preparado, todos los platos dispuestos sobre piedras planas al borde de nuestro campamento, un rato antes del amanecer. Aunque fuera a regañadientes, una no podía faltar a la hospitalidad de las Amazonas, la cual solo fue superada por su entusiasmo para que emprendiéramos nuestra marcha, pensé, cuando Areto y un pequeño consejo de los miembros más veteranos de la tribu vinieron a despedirnos.

Por desgracia para ellas, sospechaba —más bien deseaba— que hubiera un ligero retraso antes de que las dejáramos con su escarpada soledad.

Mientras acabábamos nuestros preparativos finales antes de partir, yo no paraba de echar ojeadas hacia donde se habían ido Cay y Quint, esperando ansiosa que volvieran. Sorcha se dio cuenta de mi inquietud y me preguntó qué pasaba.

—Nada —murmuré—. Nada...

Entonces vi movimiento bajo los árboles y me giré hacia Sorcha con una sonrisa.

—Es que... aquí viene mi gran plan.

Sorcha se volvió y vio cómo Kallista y más de una docena de sus hermanas guerreras aparecían; chicas que, como Kallista me había dicho la noche anterior, habían expresado sus dudas respecto a la legitimidad de las costumbres Amazonas. Juntas, el grupo de jóvenes mujeres subió por el sendero empinado desde el conjunto de cabañas bajo los pinos. Todas vestían capas de viaje por encima de sus túnicas ajadas y llevaban bolsas colgadas de hombros y espaldas. Todas ellas traían sus armas consigo y unas cuantas incluso se habían pintado las mejillas y las frentes con símbolos no muy distintos de la pintura de guerra que mis hermanas y yo llevábamos al llegar. Anduvieron hacia nosotras a grandes zancadas, caminando cuan largas eran, tan valientes y audaces, haciendo frente a lo que estaban a punto de hacer.

Esperé.

Kallista dio un paso al frente y se aclaró la garganta.

Ninguna de las matronas Amazonas le prestó atención. Al principio.

—Me uniré al viaje de esta gladiadora —anunció, algo más alto de la cuenta.

Aquello sí llamó su atención.

Me pregunté si era el viaje en sí o el acto de anunciar sus intenciones a las matronas amazonas lo que había vuelto trémula la voz de Kallista. Fuera lo que fuera, vitoreé en silencio su valentía.

—¿De qué va esto, joven? —preguntó Areto por encima del hombro... después de una pausa lo suficientemente intimidatoria.

—Iré y las ayudaré a recuperar su hogar —continuó Kallista, sacando el mentón hacia delante—. Todas lo haremos.

Areto la miró con ojos pétreos.

—Os iréis.

La chica asintió con seriedad.

—Esta no es nuestra lucha.

—Pero es la nuestra. —Kallista dio otro paso adelante—. Porque hemos escogido hacerla nuestra.

—Kallista...

—¡Estoy cansada de esconderme en esta isla, Areto! —Extendió un brazo hacia las otras chicas que iban con ella—. ¡Todas lo estamos! Estoy muy cansada de decirme a mí misma cada noche que soy descendiente de la grandeza pero luego despertarme cada mañana y practicar mi tiro de lanza contra nada más que peces en el lago. ¡Hasta los peces están cansados!

Una de las matronas amazonas —la que tenía una cicatriz larga y fruncida que le recorría el rostro desde el nacimiento del pelo hasta más allá del cuello de su túnica— se cruzó de brazos y perforó a Kallista con una mirada penetrante.

—¿Y si no deseamos dejaros marchar, jóvenes?

Las otras chicas, que estaban de pie, hombro a hombro, detrás de Kallista, se revolviéron en una rebelión muda, con los ojos llenos de insolencia, pero ninguna de ellas abrió la boca para protestar. Aquello pareció ser suficiente para la matrona guerrera. La mujer se sorbió la nariz y se giró para irse.

—No —concluyó—. Volved a vuestras casas.

—¡No tenemos casas! —la voz de Kallista se rompió al protestar—. Tenemos cabañas. Con goteras, suelos sucios y camas duras.

—¿Anheláis una vida ociosa? —preguntó Areto. Su tono era duro, pero por un instante fugaz me pareció ver algo en su mirada que podría haber sido aprobación. O un orgullo velado.

—Anhele algo más allá de las piedras y los árboles de esta isla y de hablar conmigo misma solo para oír algo más que los pájaros cantores y el viento —suplicó Kallista con una desesperación que yo misma pude sentir en mi alma.

—Ah. —La mujer más mayor permanecía impertérrita—. Anheláis aventuras. No sabéis nada del mundo de los hombres. Harán de vosotras un vil entretenimiento momentos antes de mandaros a la muerte.

—Solo si nos habéis entrenado para ser más débiles que ellos —espetó Kallista, cuando parecía que ya no le importaba si sería castigada por hablar—. Menos que ellos. ¿Es eso lo que me decís? ¿Que todo lo que nos habéis enseñado solo servía para convertirme, para convertirnos, en alguien incapaz de vivir y luchar en un mundo en el que haya más que otras chicas con espadas?

La mujer más mayor apretó los puños a ambos costados, y por un momento pensé que iba a

golpear a Kallista por su imprudencia. Sin embargo, de repente Arviragus dio un paso al frente para colocarse en el tenso espacio entre las Amazonas.

Fue algo muy valiente por su parte.

—¿Y si...? —empezó en un tono conciliador cuando las líderes Amazonas volvían sus pétreas miradas hacia él—. ¿Y si propusiéramos un compromiso? Un medio de solución para este *impasse*. Estas jóvenes son el futuro de su tribu. Es comprensible que no deseéis darlas sin más para que las guarden unos forasteros y que vosotras no ganéis nada a cambio. ¿Y si quisiéramos negociar con vosotras? Hacer un intercambio, digamos.

Sorcha y yo nos miramos confundidas e hice el ademán de agarrar a Arviragus por el brazo. Eso no era parte de mi plan.

—Mi señor, ¿qué...?

Él levantó una mano para silenciarme.

—Honorable madre guerrera —dijo dirigiendo sus palabras a la Amazona con la cicatriz en el rostro—, soy Arviragus de los Arverni. Antaño se me conocía en el mundo de los hombres como Vercingetórix. Pero incluso aquí, en este lugar, creo que oísteis hablar de mí.

Sí. Ella y todas. Fue bastante obvio por las expresiones de sus rostros —la mayoría de sorpresa y respeto cauteloso— al observar con la vista fija y sin parpadear mientras Arviragus se llevaba una mano a la espalda hacia el escudo que llevaba y lo tiró al suelo, delante de los pies de Areto. Entonces se desabrochó el cinturón de la espada y lo lanzó encima del escudo.

Me quedé sin respiración.

—Esto solo lo había hecho una vez —dijo.

—¿Por qué, entonces, volver a hacerlo? —preguntó Areto—. Vuestro bando ha ganado esta vez.

Arviragus sonrió lánguidamente en respuesta a la pulla.

—Lo hago como símbolo de respeto —respondió—, y como súplica de parlamento para mis compañeras... y de refugio para mí.

—¿Refugio? —preguntó la que tenía la cicatriz.

—No puedo volver a Roma —repuso—. Ni a las tierras que antaño fueron mías. Y no deseo vagar por este gran mundo como un paria durante el resto de lo que me queda de esta vida que los dioses y esta valiente muchacha —hizo un ademán hacia mí sin mirarme— me han regalado.

El corazón se me rompió un poco en el pecho.

Areto y la mujer de la cicatriz se miraron.

—Más bien —continuó Arviragus— me entrego como rehén a cambio de cualquiera de las chicas que quieran unirse a la causa de Fallon y Sorcha. Entre mi gente no hay tradición más grande ni más honrada que la del intercambio de rehenes. Enviamos a nuestros jóvenes como invitados entre las tribus para asegurar la paz mutua. —Asintió hacia Kallista y las otras—. No soy joven, pero César mismo os dirá que soy un invitado decente y en general muy educado. Y si una de vuestras chicas no vuelve a casa podréis tomar mi vida como prenda.

Las dos mujeres se giraron la una hacia la otra y se alejaron de nosotras, discutiendo por lo bajo. Sorcha colocó una mano en el hombro de Arviragus.

—Esto es una locura —aseguró.

Me puse a su lado.

—Tiene razón, Arviragus, ¡escúchela! —pedí—. Encontraré otra manera. Encontraremos otra manera.

—No creo que haya otra, criatura —repuso él poniéndome una mano en el hombro.

Sorcha sacudió la cabeza con rotundidad.

—Acaba de escapar de un confinamiento, de una sentencia de muerte, ¿y quiere comprometerse a otro?

—Hay una razón por la cual sobreviví, Sorcha —repuso—. Contigo y con Fallon como mis únicas amigas, mi único consuelo. Esto lo hago por voluntad propia y creo que por eso Morrigan me ha dejado vivir tanto tiempo. Necesitáis a estas chicas y yo necesito un lugar alejado para vivir el resto de mis días. Quizás pueda ayudar a estar mujeres a ver que no todos los hombres merecen ser odiados ni injuriados. O quizás ellas puedan enseñarme un par de cosas. Acabe como acabe, al menos el aire del mar me hará bien y podré hacer algo de ejercicio arreglando las goteras de un par de esas cabañas. Y aquí el hidromiel es excelente.

—Un año.

Me giré y vi que Areto y la mujer de la cicatriz habían vuelto.

—Un año —repitió la mujer. Dirigió su mirada penetrante hacia Sorcha y hacia mí—. Si estas jóvenes no vuelven con nosotras dentro de un año, él morirá. De una forma lenta y dolorosa. Con fuego y acero y...

—¡Entendido! —espeté, no quería oír la receta detallada del fallecimiento de mi querido amigo si yo fracasaba manteniendo a salvo a las chicas que estaba a punto de llevarme a un camino extremadamente lleno de peligros.

Arviragus puso los ojos en blanco y me guiñó un ojo.

—Entonces tenemos un trato —concluyó.

Él desenvainó su daga y se la pasó por la palma de la mano. Una fina línea de sangre manó del corte, y Areto hizo lo mismo. Encajaron las manos y vi que había un destello de respeto —y tal vez una diminuta chispa de intriga— en la mirada de la mujer. No podía culparla. Arviragus no era nada sino intrigante.

Mi héroe de la infancia. Mi amigo.

Le debía más de lo que jamás podría devolverle, y lo echaría profundamente en falta.

Otra vez.

El sol todavía estaba detrás de nosotras cuando dejamos el *oppidum* de las amazonas y empezamos a descender por el serpenteante camino de vuelta a la bahía donde en silencio deseaba fervientemente que nos esperaran Charon y su barco. Sorcha estaba pálida después de la terrible experiencia y vi como apretaba las mandíbulas cuando tropezó con una piedra en el camino. Sin embargo, cuando alargué una mano para evitar que cayera, me lanzó una mirada —más bien penetrante— que me dejó claro que estaba bien, gracias, y que no requería la ayuda de su hermana pequeña. Sonreí entre dientes y sentí que el corazón se me hinchaba, latía con suavidad y fuerza y libertad como las alas de un pájaro alojado en mi pecho. Por primera vez desde hacía muchos días

me sentí como si todo fuera a salir bien.

Detrás de nosotras, Elka empezó a canturrear una canción de su tribu varini que todas le habíamos oído cantar en el ludo siempre que limpiaba las armas o le tocaba barrer los establos, o a veces incluso cuando entrenaba en el patio. Todas nos sabíamos la letra aunque no fuera en nuestras lenguas y, una por una, las hermanas de ludo de Elka entonaron y empezaron a cantar con ella. Incluso las chicas amazonas seguían el ritmo de la melodía con la cabeza y sonreían y cotorreaban las unas con las otras en griego mientras enfilábamos nuestro descenso por las colinas.

Llegamos a las faldas más bajas de las colinas donde el camino cortaba un canal a través de un barranco de paredes escarpadas; los árboles que había por encima esbozaban un arco y formaban un túnel verde con sus copas. Yo todavía miraba a Sorcha con discreción cuando Leander nos atrapó y nos pasó un brazo por los hombros a ambas —algo que jamás se hubiera atrevido a hacer en el ludo—; su sonrisa brillaba más que el sol. La noche anterior le había contado a Sorcha cómo, de hecho, el mozo de cocina había sido principalmente el responsable de guiarnos hasta ella, y por eso la única reacción de mi hermana fue sacudir la cabeza y mirarlo de forma indulgente.

—He oído que te debo un agradecimiento, Leander —comentó.

Él asintió, y sus ojos oscuros brillaban de deleite.

—¡Sí, *domina!* —exclamó—. Pero no tiene importancia. Sabía que todo saldría bien. —Hizo un ademán despreocupado con las manos—. Somos héroes a fin de cuentas, ¿verd...?

Se oyó un ruido, un silbido seguido de un sonido seco y húmedo como el de la rama de un árbol rompiéndose, y Leander paró de hablar de golpe. Su cuerpo se puso tieso y tuvo un espasmo, con el pecho echado hacia delante, y la reluciente punta roja de una lanza apareció como por arte de magia negra emergiendo del centro de su túnica.

Sorcha dio un grito y yo agarré a Leander para mantenerlo en pie.

Él me miró con expresión de sorpresa más que de dolor u horror. Sin embargo, cuando abrió la boca para decir algo todo cuanto salió fue un borbotón de sangre brillante. Entonces cayó hacia delante, de cara al suelo, con el arpón emergiendo obscenamente justo en el medio de su espalda. Sorcha cayó de rodillas a su lado, y yo levanté la mirada para encontrar a Thalestris al borde de la cima de la colina, una silueta oscura recortada ante el pálido cielo azul.

Se quedó allí de pie un instante, devolviéndome la mirada.

Grité su nombre y una bandada de golondrinas asustadas echaron a volar mientras Thalestris se giraba, deliberadamente y sin prisa, y desaparecía de nuevo entre la naturaleza de las colinas corsas.

Enterramos a Leander bajo las ramas nudosas de un olivo centenario con todas las ceremonias que se harían para un guerrero caído.

Miré con fijeza el hoyo cavado en la tierra que sería su lugar de descanso, un grito lejano desde la alcoba de la cocina del ludo, y susurré una plegaria para que Morrigan guiara el vuelo de su alma. Mientras Cay y Quint levantaban la última piedra y más grande y la colocaban con

cuidado en la tumba de Leander, miré a mi alrededor y vi que la mayoría de las chicas aquileas tenían los ojos rojos y llenos de lágrimas. La ironía de aquello —de Leander consiguiendo por fin la atención que siempre había anhelado de todas las gladiadoras— no me pasó desapercibida. Deseé que su sombra hubiera podido quedarse lo bastante para verlo y sonreír.

—Miserable granuja —susurró Ajani con la vista clavada en la tumba.

—Él también te apreciaba —dije al tiempo que me secaba una lágrima fugitiva.

Kallista y las otras jóvenes amazonas se habían ido hacia las colinas para detener a Thalestris, pero volvieron con las armas limpias de sangre. Supe antes de que se fueran que la búsqueda de su hermana asesina sería infructuosa. Del mismo modo que supe que Thalestris podría haberme escogido a mí o a mi hermana como blanco para lanzar ese arpón con la misma facilidad.

Había escogido a Leander. Un castigo para el chico, el cumplimiento de la promesa que había hecho la guerrera.

Y un mensaje para nosotras. Aquello no acababa allí.

Pude saber, al mirar el rostro de Sorcha cuando volvimos juntas al camino para continuar nuestro trayecto, que ella pensaba exactamente lo mismo que yo.

—Vengaré su muerte, hermanita —dijo por fin sin mirarme—. Thalestris pagará con sangre sus traiciones. Todas sus traiciones. Igual que Nyx.

Sentí una súbita y fiera oleada de vindicación ante las chispas del viejo fuego de Sorcha que vi volver a la vida.

—Esperaba que lo dijeras.

Sorcha me miró de reojo.

—¿Y eso por qué? —me preguntó con cautela.

—Porque...

Retomé el paso, como un sabueso de caza que al fin ha detectado el rastro de su presa. Los árboles se abrieron ante nosotras, y, en la lejanía que teníamos debajo, el bol de azul centelleante de la bahía brilló con luz trémula en nuestro campo de visión, junto con el barco, todavía anclado allí, que nos llevaría a todas a casa.

—No me lo digas... —atajó Sorcha—. Es parte de tu gran plan.

## XIV

Nuestro barco surcaba las olas, el aliento del dios del viento, Céfito, nos hinchaba las velas y nos propulsaba el camino. Se respiraba un ambiente de emoción entre las chicas, aunque estaba velado por el manto de la incertidumbre. Apenas podía culparlas, pues cuanto más nos acercábamos a Roma más me empezaba a preocupar porque realmente no había pensado mi gran plan de recuperar el ludo hasta llegar a su conclusión lógica. Para empezar, aunque su espíritu pareciera estar curándose, decir que Sorcha estaba menos que convencida de su parte en el plan era quedarse corto.

Cuando nos habíamos reunido por primera vez para discutir nuestras opciones empecé por contarle contra qué nos enfrentábamos. Cuando oyó todo lo que había pasado en el ludo desde que la secuestraron, Sorcha estaba horrorizada. Furibunda. Indignada y enfurecida por las maquinaciones de Poncio Aquila.

—Rebelión. —Los labios de Sorcha se curvaron al pronunciar la palabra—. Entre los muros de mi ludo. Menudo montón de estiércol de caballo.

—Una mentira, y asquerosa —coincidió Charon—. Pero es una que resuena profundamente. Todos lo sabemos y todos sabemos por qué.

—Sí. Gracias al jamás olvidado Espartaco —bufó Sorcha con desdén.

Ante lo cual, Elka suspiró exasperada.

—¿Puede alguien por favor iluminarme? —pidió—. ¿Qué tiene nada de esto, de nosotras, que ver con este tal Espartaco? Su nombre está en boca de todos y no acabo de poder ver por qué.

Cay se giró hacia ella.

—Solo hace unos pocos años desde que Espartaco, un legionario convertido en esclavo convertido en gladiador, fomentó un alzamiento que llevó a la guerra que amenazó directamente el corazón de Italia —explicó—. Algunos hasta pensaron que él y sus seguidores pretendían tomar la mismísima ciudad de Roma. La plebe no lo ha olvidado y los patricios no lo han perdonado. Hablar de gladiadores y rebelión en la misma frase hace que la gente... se inquiete.

—Se ponga nerviosa —añadió Quint.

Charon asintió con seriedad, con su mirada clavada en el rostro de Sorcha.

—Y ahora Aquila ha puesto las bases de la historia de una rebelión de gladiadoras en el ludo para que se convierta en la interpretación oficial —dije pensativa—. Nos tildarán de criminales y

traidoras a la República. Nos darán caza sin piedad y nos crucificarán. A no ser que le detengamos primero.

—¿Detenerlo cómo? —Sorcha se inclinó hacia delante con los ojos entrecerrados.

—Usaremos la plebe (y su nerviosismo) contra su Tribuno.

—Te escucho...

—No podemos recuperar el ludo solo por la fuerza —afirmé—. No sin un ejército, uno que César jamás nos daría por el simple hecho de que Aquila tiene posesión de las escrituras del lugar, firmadas por Thalestris para él. Aunque tú quisieras dar un paso al frente ahora y reafirmar tu reivindicación, no sé si serviría de nada. Es improbable que la gente sepa que Aquila se ha hecho con el ludo de un modo fraudulento.

—Las legalidades son sin duda complicadas —comentó Cay, rascándose la barba incipiente del mentón y pensando en las implicaciones—. Se tendría que hacer ante los jueces y eso podría llevar meses, si no años, hasta resolverse.

—Y César —dije—, por lo que sé, insiste mucho con las legalidades.

—Tiene que hacerlo. —Quint se encogió de hombros—. Todo está en la percepción del público.

—Sí —continué—. De modo que, como he dicho, utilizaremos al público a nuestro favor y retaremos a Aquila.

A Cay le brillaron los ojos.

—¿Desafiarlo?

—Haremos público un reto. Muy público. —Pude sentir mi propia emoción fiera cociéndose con la idea—. Antes de que Aquila tenga la oportunidad de perpetuar el mito de la rebelión, nos enfrentamos a él de lleno y sofocamos esa invención.

—¿Y cómo lo hacemos? —preguntó Elka.

—Anunciamos un encuentro —respondí—. Uno grande (como los del Circo Máximo), pero que tendrá lugar en el exterior del Ludo Aquilea. Dispondremos un día y una fecha y haremos saber que la atracción principal del día será una revancha entre Victrix de los Triunfos y su némesis, Nyx, ¡el combate de gladiadoras para acabar con todos los combates! Lanzaremos la promesa de una manada de amazonas salvajes a la mezcla y ya estarán salivando ante semejante espectáculo.

Elka me sonreía abiertamente, sardónica.

Cay me miraba con algo que se acercaba al asombro.

Quint, sin embargo, no estaba del todo convencido.

—¿Y si ella no sale? —planteó—. ¿Y si Aquila no pica el anzuelo?

Ante aquello, Elka se echó a reír y le dio un golpe en la espalda. Él se atragantó y se puso rojo, no sé si por el calor de la palmada o por la atención de la chica, no supe decirlo.

—Tú no conoces a aquella zorra como nosotras —aseguró—. ¿Una oportunidad de igualar el resultado de Fallon? Agarraría a Aquila por el gznate y le sacaría las entrañas por la boca si se atreviera a interponerse en su camino.

Quinto se giró hacia mí.

—Y piensas que es una buena idea luchar contra esa criatura. Bien pues, hazlo.

—Tengo algunas ideas más acerca de esto —dije mirando a SORCHA.

Mi hermana ladeó la cabeza y me miró con cautela, pero entonces guardé silencio. Esas ideas —específicamente acerca del rol que tendría ella en todo el drama— todavía no estaban del todo formadas, de modo que me las guardé para mí. De momento. Mi mente volvió atrás, como lo había hecho durante los últimos días, hacia las dársenas y la última conversación que mantuve con Meriel antes de que se sacrificara para que yo pudiera escapar. Meriel tenía razón: yo jamás había vencido de verdad a Nyx en un combate singular. El accidente de carro que acabó con nuestra contienda durante los Triunfos había sido, en muchos aspectos, el resultado del trabajo en equipo. Y de una suerte absoluta y empecinada. Y por eso la preocupación sardónica de Quint por mi bienestar en semejante combate no era del todo infundada.

Yo no sabía si podía vencer a Nyx en un duelo.

Aunque tal vez... solo tal vez yo no tuviera que hacerlo.

—Es una idea interesante —concedió Cay, todavía rascándose la barbilla mientras pensaba en cómo hacer funcionar la logística—. Y tienes razón. Podría acabar con los rumores de rebelión. Sin embargo, un duelo de desafío fuera de las murallas del ludo no nos hace recuperar el ludo en sí.

—No —coincidí—. No lo hace. Pero mientras la atención de todo el mundo esté clavada en el campo exterior a la puerta principal del complejo...

Sonreí a mis amigos y me encogí de hombros inocentemente.

—Ah. —Quinto parpadeó, el entendimiento había germinado en su expresión—. Ah... ya veo.

La cautela de SORCHA se había convertido en sospecha manifiesta.

—Yo no.

Suspiré profundamente y alargué una mano para colocársela en el hombro.

—¿Recuerdas cuando estabas haciendo que colocaran el friso de mármol en el ludo y yo te dije que creía que tendrías que considerar volver a luchar, hermana? —pregunté—. Bueno, pues es hora de que Penthesilea dirija a sus amazonas hacia el campo de batalla. Y esta vez... va a ganar.

La discusión que estalló entre nosotras fue memorable. Para cuando hubo acabado —que no resuelto—, el espacio de la cubierta que había alrededor de mí y de SORCHA se había despejado y todo el mundo había encontrado algo con lo que ocuparse que no involucrara acercarse a nosotras. Cuando SORCHA finalmente echó las manos al cielo y como una exhalación se alejó medio barco de mí, melancólica, los vientos se habían convertido en una brisa suave y ya podía ver tierra firme en el horizonte.

«Da igual SORCHA —me dije a mí misma, mirando hacia el cielo—. Todavía hay tiempo para convencerla. Tiempo, al menos, hasta los munera de Aquila». Busqué grietas entre las nubes que se estrechaban por el cielo azul como si pudiera ver la luna y las estrellas escondidas. Quince días. Teníamos quince días para cumplir mi plan. Y entonces sería demasiado tarde. Aquila haría sus munera y las chicas aquileas morirían.

Y no iba a permitir que eso pasara.

Y tampoco, lo sabía en el fondo de mi corazón, lo permitiría Sorcha.

Miré hacia la proa del barco y vi que Charon había ido a hablar con ella. Admiré su coraje. Y, para ser totalmente honesta, su altruismo. Porque de lo que intentaba convencer a mi hermana, en ese momento, acarreaba consigo un gran riesgo para él. Para su corazón, para su honor —y por raro que me pareciera, Charon sí tenía su honor particular—, para la oportunidad imposiblemente ínfima de tener el tipo de felicidad que había anhelado durante años.

Observé cómo levantaba la mano mientras hablaban —no llegó a tocar el perfil de Sorcha, en el que todavía se veían las cicatrices del accidente de carro que había acabado con su carrera como gladiadora—, y vi la mano de mi hermana yendo a encontrar la de él, para apartarla...

Pero no lo hizo.

Fuera lo que fuera que Charon le estuviera diciendo, Sorcha le escuchaba, no se ablandaba, quizás todavía no, pero le escuchaba. Se quedaron ahí de pie, con las manos agarradas entre ellos, y ella no se apartó de él. No de inmediato. Cuando finalmente Sorcha le soltó la mano y se fue, Charon se quedó ahí de pie un largo momento con la mano todavía levantada como si acariciara el rostro de mi hermana. Como si ella estuviera allí permitiéndoselo.

Más tarde no pregunté a Charon qué había pasado entre ellos, y él no parecía inclinado a contármelo. Sin embargo, se comportó como si nuestro plan todavía estuviera en marcha, y para ese fin aún había muchísimas cosas que conseguir antes de pisar tierra firme. Sin ir más lejos, teníamos que decidir cómo íbamos a meter en la ciudad no solo a las gladiadoras aquileas, sino a una banda de amazonas, todas ellas chicas guerreras miserables vestidas con poco más que harapos y de malos modales. El primero de muchos obstáculos. Cuando Cay expresó esa misma preocupación mientras yo estaba sentada con Charon planeando y maquinando fuera de la tienda del capitán, el esclavista le sonrió con benevolencia.

—No temas, decurión —dijo—. Estas chicas no atraerán la atención de los vigías de las legiones romanas.

—¿Ah, no? —Cay enarcó una ceja—. ¿Atracaremos en un puerto pequeño, entonces?

—No. —Charon dio un hondo suspiro, y pareció que oliera en qué dirección soplaba el viento—. Voy a echar el ancla en el mismo sitio de siempre. El embarcadero de la orilla oeste del río Tíber. En el interior de las mismísimas murallas de Roma.

Cay siguió la mirada del esclavista hacia sus hombres, que arriaban las velas de colores apagados y gastados y las sustituyeron por una de rayas vivas. Reconocí los colores del primer barco al que subí con Charon. Así, y con los escudos fuera de los laterales del barco y guardados en la bodega, incluso yo tuve que admitir que parecía un barco completamente distinto. Parecía una de las galeras de esclavos de la flota de Charon.

—Ya veo —asintió Cay—. Y... entonces tienes un plan para meter a las amazonas en la ciudad sin que las autoridades romanas nos molesten.

—Lo tengo —confirmó Charon poniéndose de pie mientras la tripulación corría ajetreada por la cubierta—. Pero no les va a gustar mucho.

Nos dedicó una sonrisa ligeramente salvaje y desenfadada y se fue a hablar con sus hombres.

Cay se giró hacia mí y yo me encogí de hombros a modo de disculpa por no haber tenido todavía la oportunidad de hablar con él. Sin embargo, primero tenía que estar segura de que lo que tenía en mente con Charon era posible antes de colocar la siguiente pieza del mosaico en su sitio. Y la forma de esa próxima pieza dependía de Cay mismo.

—¿Y el resto? Tú y tus compañeras aquileas —preguntó con una ceja enarcada—. Confío en que también hay un plan al respecto.

Asentí y, mirándolo radiante con la mejor y más brillante sonrisa que pude esbozar, repuse:

—Una vez me dijiste que a tu padre le gustaba bastante su vino, ¿verdad?

Tierra firme emergía cada vez más grande en el horizonte y, durante un breve instante, me encontré sola en la cubierta, observando cómo el puerto de Ostia se acercaba a través de las olas. Me sentí como si estuviera de pie en un campo bañada por la luz del sol, contemplando el cielo oscurecerse al tiempo que las nubes de tormenta avanzaban por el horizonte. La calma antes de la tempestad.

Cay y yo discutimos mi plan, analizamos todas las contingencias y dificultades potenciales y llegamos a las mejores medidas por tomar que se nos ocurrieron a cualquiera de los dos —aunque implicara imponer la hospitalidad del padre de Cay en su ausencia—. Con el senador fuera en su misión de negocios a Bríndisi había un gran palacio de mármol vacío justo en el centro de la capital disponible para esconder un contingente de gladiadoras rebeldes. Llevarnos hasta allí era sencillamente cuestión de logística, algo que había dejado en manos de Charon, quien no paró de esbozar su sonrisita burlona y malvada cuando compartimos mi idea con él y también con Quint y Aeddan.

Quint estuvo a favor desde el principio. Aeddan frunció el ceño y pude sentir cómo albergaba nubes de tormenta, pero declinó ofrecer una opinión disconforme delante de los demás y lo dejé cavilando. Por mi parte, mis únicas reservas sobre el plan eran que no quería hacer nada que implicara al senador si nos descubrían.

—Si mi padre estuviera aquí, Fallon —me aseguró Cay—, sé, en el fondo de mi corazón, que sería el primero en decir lo que piensa acerca de estos cargos absurdos de «rebelión».

—¿Aunque implique poner en riesgo su carrera?

—No lo haría. Pero sí, incluso en ese caso. —Cay se inclinó por encima de la regala, mirando hacia el este. Hacia su casa—. Es mi padre.

Me quedé de pie al lado de Cay y cerré los ojos, recuerdos de mi hogar —de Prydain y de Durovernum y de mi propio padre— inundaron mi mente.

Durante un momento me quedé allí de pie y mi mente se sumió en una ensoñación.

Había recuperado a mi hermana. Teníamos un barco y libertad, y podríamos haber navegado igual de fácilmente hacia el oeste en lugar del este, y rodear la península Ibérica para recorrer todo el camino de vuelta a la Isla de los Poderosos. Me imaginé a mí y a Sorcha, en compañía de nuestra propia guardia de guerra real de gladiadoras, marchando de cabeza a las puertas de Durovernum, directas a las mismísimas puertas del gran comedor de mi padre. El rey Virico Lugotorix daría la bienvenida a sus hijas perdidas tiempo atrás con lágrimas en los ojos y los

brazos abiertos y tinajas llenas y espumosas de buena cerveza negra cantii, y nos daría todas sus tierras y su ganado. Charon dejaría atrás sus días de esclavista y Sorcha finalmente le abriría su corazón. Mi padre aceptaría a Cay como digno pretendiente de la mano de su hija, y mi hermana y yo construiríamos un reino como corregentes. Y ninguna tribu —ni los trinovantes ni los catuvellauni ni los coritani— se atrevería a atacarnos.

«Tendríamos la paz...».

Y las chicas que dejamos atrás en el Ludo Aquilea pagarían el precio.

Con sus vidas.

Los Hijos de Dis las harían luchar y matar, y se darían festines con sus valientes corazones una vez hubieran caído. Y todo sería culpa mía. La ridícula y agradable fantasía de volver a casa se hizo añicos a mi alrededor. La arena era mi hogar ahora, pensé. Y esas chicas, mi familia. Lucharía con toda la fuerza de mi alma por ellas. Por su libertad. Y recé a Morrigan para no fallar.

—¿Fallon? —oí la voz de Cay justo detrás de mí—. ¿Estás bien?

Intenté decirle que lo estaba.

Pero en ese momento, de pronto, me sentí muy perdida. Sabía lo que tenía que hacer, y por qué tenía que hacerlo, pero sinceramente no sabía si podría. Temía, en ese instante, que fracasaría. Caería derrotada y sufriría una muerte horrible. Y no sabía si tenía el derecho de liderar a las otras hacia el mismo destino. A pesar del cielo de nubes brillantes que teníamos encima, de pronto me sentí como si volviera a estar en el Tártaro, tras esos barrotes, mirando de hito en hito a los ojos negros del hombre que quería reclamar mi vida y mi alma. Aquella era la locura ante la cual estaba volviendo por voluntad propia a plantarle cara.

Me cuestioné mi propia cordura.

—¿Te da miedo lo que está por venir? —me preguntó Cay.

Me volví para mirar sus claros ojos de color avellana y no pude encontrar el valor en mi interior para mentirle.

—Sí.

Cay sonrió ante mi respuesta y dijo:

—Bien.

—¿No me hace eso una cobarde?

—No. Dulce Juno, Fallon, no. —Me agarró por los hombros, su rostro a tocar del mío, y pude ver en sus ojos que no se limitaba a intentar hacerme sentir mejor. Sentía lo que me había dicho—. Te hace humana —continuó—. Y te mantiene alerta. César una vez me dijo, en la vigilia de una batalla, que no quería hombres bajo sus órdenes que no tuvieran el sentido común de tener miedo a morir. Él quería hombres que quisieran vivir. Solo los hombres desesperados o estúpidos se precipitan a ciegas a la batalla sin pensar siquiera un instante en lo que se exponen a perder si no llegan al otro lado.

—Yo crecí pensando que ser un guerrero significaba no tener miedo —repuse—. Ser valiente por encima de todo.

Él pensó en ello un instante.

—Supongo que este es un modo de mirarlo —accedió—. Pero sospecho que la verdadera valentía es conocer íntimamente el miedo (me refiero a sentirlo en el tuétano mismo) e ir de

cabeza a enfrentarte a él de todos modos.

Pensé en lo que Poncio Aquila me había dicho cuando me tenía enjaulada. En cómo se había mofado de mí, diciéndome que se haría con mi coraje y mi valentía, y se los haría propios.

«Bien —pensé—. Que se los quede».

En lugar de eso, tal y como había dicho Cay, yo me quedaría con mi miedo. Y lo usaría para obligar a ponerse de rodillas a Aquila y a sus viles Hijos de Dis, y a Nyx, y a cualquiera que pensara en reducirme.

Me puse de puntillas y atraje el rostro de Cay hacia mí para poder besarlo.

—¿No piensas mal de mí ahora que sabes que el miedo es mi compañero en el campo de batalla? —quise saber.

—No. —Soltó una risita—. Creo que escoges a tus compañeros muy sabiamente. Bueno, quizás a excepción de Quint. No está muy bien de la cabeza.

Me eché a reír.

—No mucho. Pero con su ayuda mandaremos a casa a Aquila con la toga entre las piernas. A él y a sus miserables Hijos de Dis.

Un atisbo de fruncimiento colmó el ceño de Cay. Fue tan breve que pensé que lo había imaginado.

—Sí —repuso, y su mirada se deslizó de mi rostro hacia algún punto encima de mi hombro—. Y sus Hijos de Dis...

—Los mandaremos de vuelta chillando por el río Estigia hacia Hades —afirmé.

Esperé ver un destello de respuesta en los ojos de Cay, pero su mirada se había vuelto nublada y distante. Le puse una mano en el brazo, pero estaba claro que de pronto estaba muy lejos de mí.

—¿Cay?

Él parpadeó, como si acabara de recordar que estaba delante de él, y sonrió. Sin embargo, cuando abrió la boca para hablar Charon nos interrumpió, gritando desde la percha del capitán. Cay sacudió la cabeza como si quisiera alejar un pensamiento desagradable.

—Ahora vuelvo —me dijo, y me besó en lo alto de la cabeza.

Lo observé cruzando la cubierta, reflexionando. Todavía había cosas que no habíamos hablado —esas sombras en el puente del abismo— que se cernían encima de Cay y de mí.

«Cuando todo esto acabe —pensé—, me lo llevaré a nuestro lugar secreto en los jardines del ludo y lo sentaré para hablar de todas estas cosas hasta el final. Entonces, una vez hayamos acabado con ellas, olvidaré que siquiera estaban allí y besaré a Cay bajo la luz de la luna hasta que parezca que jamás hubieron existido en absoluto».

Me giré para ir a buscar a Elka y casi choqué de lleno con Aeddan, quien de repente estaba de pie justo detrás de mí, todavía vestido con su armadura y capa negras. Una sombra en el puente del abismo. Sofoqué un suspiro de impaciencia y me desvié para poder pasar a su lado, pero encontré mi camino obstruido de nuevo porque imitó mis pasos.

—¿Qué pasa ahora, Aeddan? —pregunté, fracasando tristemente en mi intento de esconder la irritación de mi voz.

Él lo ignoró, o no se dio cuenta. Lo miré y vi que tenía la mirada clavada en Cay y Charon. Me crucé de brazos y esperé, con una ceja enarcada, hasta que volvió a mirarme.

—¿No encuentras desconcertante haber depositado tu confianza plena en manos del hombre que te robó de tu hogar y te vendió como esclava? —questionó Aeddan.

Me encogí de hombros.

—No menos desconcertante de lo que encuentro depositar cualquier confianza en ti.

Ignoró aquello también.

—¿Y el romano?

—Si te refieres a Cay, entonces...

—Te traicionará.

«Sombras en el puente del abismo...».

Ahuyenté el susurro de aquel pensamiento y miré de hito en hito a Aeddan, de pronto enfadada.

—No sabes de qué hablas.

—Creo que sí —contradijo—. Sé de qué lo advirtió aquella furcia cuando estábamos en Roma, antes de irnos. ¿Lo sabes tú?

Sentí que me ardía la sangre.

—Se llama Kassandra...

—Es malo, Fallon —espetó—. Muy malo.

«Sombras...».

—¿El qué? —Mi paciencia solamente le permitiría pronunciar tres palabras más. Quizás cuatro. Resultó que eso mismo era todo cuanto Aeddan necesitaba para hacerme escuchar. Y no eran las que esperaba. Ni por asomo.

—El padre de Cay.

—¿El senador Varro? —Fruñí el ceño—. ¿Qué le pasa? ¿Ha ocurrido...?

—¡Es uno de ellos, Fallon!

Miré a Aeddan fijamente, sin comprender.

Él sacudió la cabeza lleno de frustración.

—Uno de los Hijos de Dis.

Me eché a reír. Igual que lo había hecho Cay con Kass en el patio de la casa prisión.

La idea en sí era ridícula. Era imposible pensar que el senador Varro —elegante y elocuente, atento y bondadoso, héroe condecorado de las legiones y hombre de estado respetado de la República— fuera uno de esos monstruos. Sencillamente absurdo.

—Es cierto —aseguró Aeddan.

Lo miré de hito en hito, esforzándome por encontrar la broma. Pero la expresión de Aeddan permaneció inalterable.

—El senador Varro es un héroe de guerra —dije—. Un hombre honorable. Sirvió a las legiones bajo el mando de Pompeyo el Grande...

—¿Y esto lo hace honorable? —me espetó Aeddan—. La Fallon que yo conocía jamás habría dicho algo así. ¿Habría sido honorable si hubiera servido en las legiones cuando vinieron a conquistar nuestra tierra?

—No quería decir eso...

—Da igual. —Sacudió la cabeza y me lanzó una mirada fulminante—. Voy a decirte algo que sé de tu estimado senador Varro gracias al tiempo que pasé con Poncio Aquila, Fallon. Desde la

muerte de Pompeyo, Varro ha sido vocal a favor de César, pero es una mentira, Fallon. Odia a César, igual que tantas otras víboras como él en el Senado. Lo odian y lo temen. Varro está en secreto del lado de los optimates, la mismísima facción de romanos contra los que César está luchando ahora mismo en Hispania.

—Entonces no está de acuerdo con la política de César —discutí, poniéndome cada vez más incómoda con el giro que había tomado la conversación—. Esto no significa que él sea parte de ese culto enfermo y subversivo.

—Ese culto político, enfermo y subversivo, Fallon. No seas inocente —se mofó—. Los Hijos de Dis piensan que los sacrificios de gladiadores les conferirán poder. El tipo de poder que pueden utilizar para hacer caer al poderoso Julio César. Tanto si alguien como Varro compra las creencias de esa gente como si no, puede verlos perfectamente como un medio útil para conseguir su fin de todos modos. El fin de César. Añádele a eso la deliciosa ironía que sería una caída puesta en marcha por el mismísimopreciado Espíritu de la Victoria de César. Tú.

Miré hacia abajo y vi que yo misma me agarraba el brazo donde Aquila había cortado su marca en mi piel. Solté los dedos como si acabaran de tocar algo ardiendo y escondí el brazo detrás de la espalda.

—Seguí a la chica de vuelta al burdel, Fallon —me dijo—. Aquella noche. Me contó todo lo que sabía.

—Mentiroso. A mí no quiso decirme...

—Yo no soy tú. No soy tan educado.

Lo miré fijamente, quise girar sobre mis talones y alejarme de aquella locura, pero a mi pesar necesitaba saber qué le habían contado.

—¿Y que te dijo entonces? —espeté—. ¿Qué pruebas te dio? ¿Varro es uno de sus... patronos?

—No. —Aeddan sacudió la cabeza—. Hay un senador joven llamado Fabio. Visita con frecuencia el burdel. Un estúpido, sí, y a menudo alterado con el vino de la amapola. Pero según la fur... —Se detuvo al ver la expresión de mis ojos y rectificó lo que estaba a punto de decir—. Según Cassandra, ebrio jamás ha dicho nada que luego no fuera verdad. Aquel día se estaba yendo de la lengua sobre reuniones secretas, sobre «sacrificios de sangre» y como él pronto iba a ser una fuerza que tener en cuenta... Cómo el «gran dios oscuro» otorgaría a sus «hijos» la fuerza para derrocar a un tirano. Cómo «su señor», pronto sería uno de los hombres más poderosos de Roma...

—¡Escúchate! —Sacudí la cabeza—. ¡Estás dando crédito de verdad a las fanfarronadas de tercera mano de un sabueso borracho de burdel, Aeddan!

De modo que era eso, pensé, finalmente entendí la reticencia de Cay por siquiera mencionar su conversación con Kass y me di cuenta de que nunca había tenido nada de lo que preocuparme. Era ridículo y embarazoso —nada más que las proclamaciones delirantes de un borracho degenerado — y estaba segura de que no había querido decirme nada por temor a que pudiera pensar mal de un hombre a quien yo misma había llegado a admirar. Su padre. El senador Varro había sido bueno conmigo. Me había aceptado. A mí. Una gladiadora, infamia, querida de la plebe y absolutamente inapropiada para siquiera ser vista hablando con alguien como el hijo de un senador. Cassandra —y Aeddan— lo habían entendido todo mal. Y yo no pude evitar cuestionar los motivos de, al menos, Aeddan.

—¿Te dijo Cassandra si ese estúpido, como tú mismo lo llamas, siquiera mencionó a Varro por su nombre? —quise saber.

La seguridad de Aeddan vaciló.

—No —admitió—. Pero si este Fabio es el protegido del senador Varro...

Levanté una mano para impedirle decir ni una tontería más.

—Ya he oído bastante. Puedes estar tranquilo, porque yo seré la primera en hacer sonar los cuernos de guerra si jamás veo la sombra de uno de esos bastardos retorcidos, créeme... Pero tú estás agarrándote a sombras que ni siquiera existen.

—¿Eso hago? —Me miró con aire sombrío—. Dime algo, Fallon. ¿Viste el rostro de alguno de los hombres que había esa noche en las catacumbas de la Domus Corvinus? —Sus ojos me quemaron—. ¿Crees que eran plebeyos? La élite de Roma asistió a aquella fiesta. ¿Cómo puedes saber que el senador Varro no era uno de ellos?

—¿Y tú cómo sabes que sí lo era?

—No lo sé, tienes razón. Y no quiero encontrarme en una situación que me permita sacarlo en claro. Todo lo que digo es que... será mejor que te andes con cuidado. Que vigiles tu cerebro... y tu corazón.

—¿Qué demonios podría haberte hecho decir algo así? —pregunté, enfadándome de nuevo. ¿Cómo se atrevía a fingir que se preocupaba por mi corazón? Después de lo que había hecho...—. ¿Es algún tipo de celosía retorcida, Aeddan? Porque sé, sé, que Cay jamás me traicionaría. Por nada del...

—¿Ni siquiera por su padre, Fallon? —Aeddan sacudió la cabeza—. ¡Por los dientes de Lugh! Y tú quieres llevarnos hasta la mismísima casa de ese hombre. Es una locura. Una locura peligrosísima.

—Incluso aunque te creyera, que no lo hago, ¿qué, exactamente, crees que el senador Varro nos puede hacer desde el otro lado del mar Jónico, Aeddan?

—No le hace falta estar aquí para ejercer una poderosa influencia en su hijo, Fallon. Piensa en ello: una vez llegemos allí, Cay estará rodeado de todas las cosas que le recuerdan al hombre que lo crio, que le proporcionó...

—Te equivocas...

—¡Sé cómo piensan los romanos! —espetó—. Sus padres son más bien dioses que familia para ellos. ¡Veneran a sus ancestros! Y si, si, llega a eso... ¿a quién crees que escogerá tu precioso decurión, Fallon?

Me quedé callada un instante. Luego afirmé:

—A mí.

—¿Por encima de la sangre?

Me clavó la mirada y me pareció ver un destello de compasión en sus ojos. Lo que me hizo enfadar todavía más. ¿Cómo se atrevía a sentir pena por mí?

—Basta ya, Aeddan. Ya sé que intentaste convencer a Cay para que me mandara a casa...

—Por tu propio bien...

—Y sé lo que te dijo...

—¡Es la sangre, Fallon!

—¿Como la sangre que tú compartías con Maelgwyn? —me mofé—. ¡Porque no te detuvo antes de clavarle un cuchillo en el corazón!

Lamenté aquellas palabras en cuanto las hube pronunciado. El rostro de Aeddan adoptó el mismo aspecto que si le hubiera pegado un puñetazo con un guantelete de hierro. Deseé desesperadamente que se limitara a irse. Que cogiera la libertad que tenía y, en cuanto el barco llegara a puerto, que se fuera. Que me dejara.

—Lo siento —dije—. No sé qué esperas de mí, Aeddan.

—¿Esperar de ti, Fallon? —Giró la cabeza hacia mí de golpe y su mirada me quemó—. No espero nada. Ya has tomado todo lo que jamás hubiera esperado ofrecerte. No tengo nada. No soy nada. No tengo tribu, no tengo torques, no tengo casa... No tengo hermano, tal y como tan gentilmente acabas de recordarme. No tengo familia. No tengo honor. Gracias a ti, Fallon ferch Virico, he perdido hasta mi alma.

—¿Entonces por qué te quedas? ¿Por qué te agarras a mí de este modo? —escupí—. Hay un mundo entero ahí fuera. Vete, Aeddan.

—Esta es la ironía de todo. —Entonces rio con amargura—. No puedo. Lo he perdido todo y, ahora, todo cuanto puedo hacer es asegurarme de no perderte a ti. Lo único que para empezar jamás tuve. Puedes maldecirme, escupirme, ignorar mis advertencias, fingir que ni siquiera existo, pero no voy a dejarte. Haré todo lo que tenga que hacer para mantenerte a salvo. Porque tu seguridad, tu vida... tu... tú, la suma de todas mis nada, eres lo único que me queda.

Lo miré fijamente, asombrada y sin poder decir nada.

—No espero nada —murmuró de nuevo, con la mirada alejándose de mi rostro, desenfocada—. Pero no pienso irme.

El silencio se cernió sobre nosotros, interrumpido solamente por el restallar de la nueva vela que teníamos encima al coger el aire y ondear al máximo, y me di cuenta en ese momento de que algo que siempre había aceptado como cierto era, de hecho, una mentira. Aeddan no se parecía en nada a su hermano. En absolutamente nada. Había crecido pensando que él y Mael era dos tapices tejidos con los mismos hilos. Había variaciones en los dibujos, por supuesto, pero las similitudes eran mucho más evidentes que las diferencias. Al menos, eso es lo que siempre había pensado. Y no hubiera podido estar más equivocada.

Aeddan no tenía nada que ver con su hermano.

Y, por alguna razón, aquello de pronto me hizo más difícil odiarlo por la muerte de Mael. ¿Un accidente? No, no había sido exactamente eso. Los dos habían luchado con toda la intención del mundo de acabar con el otro. Conocía esa sensación, la rabia roja que desciende en medio de una batalla, la necesidad ciega y determinada de matar, de ganar, a cualquier precio. Para Aeddan, el precio había sido su propia sangre.

Como había dicho de Cay y su padre. Sangre. Traición. Yo sabía que se equivocaba respecto a Varro. Y sabía, en el fondo de mi corazón, que incluso aunque tuviera razón... Cay —bravo, honesto, honorable hasta morir— haría lo correcto.

Fuera lo que fuera «lo correcto».

## XV

—Vamos, que no solo eres un esclavista, sino que también eres un contrabandista.

—Un hombre de negocios de éxito sabe cómo ampliar el campo de acción.

Quint asintió con un agradecimiento abierto ante la honestidad de Charon. O posiblemente sus métodos. Como era de esperar, el jefe esclavista había tenido razón cuando había dicho que a las Amazonas no les iba a gustar su plan para introducir las en la ciudad. Kallista y las otras no se tomaron particularmente bien el modo mediante el cual Charon iba a introducir las, no solo sus armas sino las chicas mismas, hacia el norte de la Via Clodia y directas a las puertas del Ludo Aquilea.

Lo de las armas era bastante fácil. Al atracar en la orilla oeste del Tíber, dentro de las murallas de Roma, Charon y sus hombres se hicieron con una carreta jaula, como la que habíamos ocupado Elka y yo cuando nos transportaron como esclavas a través de la Galia. Solo que esta tenía un suelo falso con compartimentos poco profundos debajo —lo bastante espaciosos para esconder gran cantidad de armamento insospechado— camuflados bajo una capa de paja.

Las chicas, por otro lado, tendrían que viajar escondidas a simple vista. Ocuparían la carreta jaula con collares de esclavo alrededor de sus gargantas, y argollas y cadenas en las muñecas y los tobillos. Requerió una gran cantidad de convencimiento por mi parte para asegurarles que no serían en realidad llevadas a una subasta de esclavos para ser vendidas. Kallista había recurrido a juramentos de sangre y promesas, y llegado un punto creo que hasta me lanzó un hechizo latente por si al final las circunstancias demostraban que les había mentido.

Crecer en una tribu Amazona tuvo que ser duro, decidí.

Sin embargo, cuando Charon y yo empezamos a diseñar el plan para infiltrar en el Ludo Aquilea a nuestras nuevas guerreras, les dimos a todas una historia todavía más dura con tal de justificar que las entregáramos a la academia.

—Diré a Nyx que mis proveedores me mandaron un mensaje de que habían recogido a esta panda de preciosidades en un burdel pirata en Túnez que se quemó hasta los cimientos unos meses atrás —propuso Charon—. Le diré que ofrecí venderlas a Lady Aquilea y que ya están compradas y pagadas. Incluso tendré la factura de compra con el sello de Sorcha —hizo un ademán hacia ella— como prueba del negocio.

Mi hermana casi sonrió cuando lo miró con una ceja enarcada y se pasó la mano por el cuello

de la túnica para sacar el sello que siempre colgaba de una cadena alrededor de su garganta. Me pregunté por qué no se lo habían quitado cuando la tomaron cautiva, pero entonces recordé que según la mentira de Poncio Aquila —que se había creído todo el mundo— Sorcha estaba muerta. Y el sello ya no le resultaba útil a nadie.

—Dudo que Nyx vaya a rechazar la entrega —continuó Charon—. Especialmente no una que consta de todo un nuevo festín potencial de carne para los munera de su señor. De hecho, sabiendo cómo actúa ella, seguramente se atribuirá el mérito de todo el asunto.

Miré a las amazonas, ninguna de las cuales se parecía remotamente a la única chica que yo jamás había conocido que realmente trabajaba en un burdel. Todas y cada una de ellas parecían mucho más inclinadas a rebanarle el gaznate a un hombre en una habitación que de hacer cualquier otra cosa con él.

—¿De verdad crees que Nyx se va a creer todo eso? —pregunté.

Charon se encogió de hombros.

—Supongo que dependerá de si ha estado alguna vez en un burdel pirata tunecino.

—Bien visto.

Era un riesgo, pero igual que lo era todo el maldito plan.

Sorcha se quedaría en la casa que Charon tenía en la ciudad y lo ayudaría a coordinar nuestros dos objetivos dispares. Era bastante fácil para ella moverse por la ciudad en un anonimato relativo: la fama que se había ganado como la cacareada Lady Aquilea en sus tiempos en la arena había desaparecido ante los ojos —si no en las mentes— de muchos de sus seguidores acérrimos. Y la elegante figura patricia que era ahora no guardaba casi ningún parecido con la fiera criatura mítica que había sido en esos tiempos pasados.

No podía decirse lo mismo de su hermana pequeña y sus compañeras. Nosotras tendríamos que adoptar una estrategia completamente distinta, razón por la cual, en el puerto de Ostia, en el lugar donde el Tíber desembocaba en el mar, atracamos un instante con un único objetivo: subir a bordo un cargamento de barriles de vino vacíos. No iba a ponernos en riesgo, a mí y a las chicas aquileas, bajando del barco en grupos de dos y tres. No me arriesgaría a repetir la escena que había llevado a la pérdida de Meriel. Sin embargo, solo se me ocurría una única manera distinta de evitarlo, y después de meditar la disparatada idea con Cay y Charon y las otras coincidimos en que era la mejor esperanza de éxito que teníamos, y probablemente la única.

Había sacado mi idea de una historia que una vez me contó Antonia después de una cena en el ludo sobre un héroe de su tierra llamado Ulises, y cómo él y su guardia de guerra se habían infiltrado en una ciudad dentro de un caballo de madera. Puesto que no teníamos ninguno de esos a mano, tuvimos que apañarnos con lo que sí teníamos.

—Sea lo que sea que había aquí dentro, tenía que ser de una añada horrorosa —murmuró Ajani arrugando la nariz mientras pasaba una de sus largas piernas por encima del borde y se metía con cautela en el barril vacío—. Y de lo más húmeda.

—No vayas de entendida en vinos, anda. —Gratia puso los ojos en blanco y ahogó un gruñido cuando intentó doblar su musculosa corpulencia para que fuera lo bastante pequeña para encajar—. Al menos tú tienes espacio para respirar.

—Eso no es necesariamente algo bueno —exclamó Neferet—. ¡Estaré mareada por los

vapores para cuando lleguemos a donde vamos!

La cubierta del barco estaba inundada de gladiadoras quejumbrosas:

—Una carreta jaula me empieza a parecer un medio de transporte bastante agradable...

—Dichosas amazonas...

—Hay una rata en mi barril, y creo que está borracha...

—Ay, ¡no seáis tan princesas! —Antonia puso los ojos en blanco y saltó con agilidad dentro del barril—. Yo creo que es una estrategia brillante.

—Solo lo piensas porque Fallon sacó la idea de tu ridícula historia del caballo troyano —dijo Vorya, agachándose a regañadientes.

—*Ja* —coincidió Elka—. Y el caballo seguramente olía mejor. —Hizo un ademán hacia el arma prostética de Antonia—. Al menos tú puedes cortar tus propios agujeros para respirar ahí dentro.

Antonia se limitó a reír por toda respuesta y agitó el acero en forma de media luna para trazar un círculo.

—No es un trayecto muy largo —aseguré, ignorando las ásperas astillas de madera que se me clavaron en la piel cuando me metí en mi barril.

—Más le vale —gruño Elka cuando Quint colocó la tapa de su barril.

—No lo es. Lo prometo.

No lo era. Bueno... no tan largo. Solo se tenía que subir una carretera serpenteante y cruzar las puertas de la inmensa finca de Varro, encaramada en la cima del Monte Celio. Realmente era una apuesta desesperada, pero todas habíamos estado de acuerdo en que era la única manera de salir del barco de Charon sin que nos arrestaran de inmediato. Incluso con los vigías de Roma buscándonos, nadie pensaría en detener un cargamento de libaciones que se transportaban a través de la ciudad a petición de uno de sus senadores más ricos y poderosos. Esa era la esperanza, a fin de cuentas.

Me acomodé tanto como pude dentro de aquella cuba de roble mientras los hombres de Charon clavaban la tapa, respiré tan lenta y superficialmente como pude, e intenté ignorar el mareante aroma del vino que una vez contuvo y los ligeros retortijones de pánico que provocaba ese estrecho confinamiento. Me sentía como si me hubieran sepultado, como en las historias que Neferet nos contaba acerca de cómo enterraban a los dioses egipcios, atrapados para siempre en la oscuridad, sellados en sarcófagos para toda la eternidad. Cuando finalmente llevaron los barriles a la cubierta y los pusieron de lado para hacerlos rodar por la plancha me llevó todo el autocontrol que tenía para no echarme a gritar ni a vomitar.

Asumiendo que ninguna de las otras tampoco lo haría, y que nos las arreglaríamos para cruzar la ciudad sin que nos descubrieran, iba a tener una deuda impagable con toda una bodega de gladiadoras bañadas de vino.

El trayecto por las calles serpenteantes de la capital fue agobiante. Cada vez que el carro disminuía la marcha o se detenía yo temía que fuera porque nos habían descubierto; cada voz que oía gritar era sin duda de los vigías que nos ordenaban que nos detuviéramos para una inspección. Cuando, finalmente, noté que levantaban mi barril para bajarlo de la carreta, sentí una oleada de terror oprimiéndome la garganta. No tenía ni idea de si realmente habíamos llegado a nuestro

destino final. Por lo que yo sabía, nos podían haber llevado al Foro para que nos arrestaran y nos encarcelaran.

Aguanté la respiración cuando alguien desclavó la tapa que tenía en la cabeza y la luz rosácea del sol poniente inundó mi ataúd bañado de vino. Me cegó por un momento, y entonces la cabeza y los hombros de Cay bloquearon el fulgor del crepúsculo mientras se agachaba para sacarme del barril y dejarme de pie y tambaleándome.

Intentó mantener la expresión neutra, era evidente, pero no sirvió de nada. El simple tufo que yo emanaba fue suficiente para llenarle los ojos de lágrimas. Cay dio un paso atrás y se esforzó para esbozar una tímida sonrisa de bienvenida al tiempo que contenía la respiración.

—Bienvenida, hija de Baco, a la Domus Varro —me dijo mientras me colocaba de nuevo un mechón de pelo pegajoso y lacio detrás de la oreja.

Puse los ojos en blanco. Baco, el dios romano del vino, seguramente nos estaba mirando desde su diván manchado de púrpura, en lo alto del Monte Olimpo, y se reía como un loco.

Quint no fue ni de lejos tan diplomático como Cay.

—¡Ala! —exclamó, aireando una mano delante de su cara mientras ayudaba a Gratia y a Elka a salir de sus barriles—. ¡Oléis como una tienda de legionarios destrozada después de un buen saqueo de vino galo!

Era absolutamente cierto. Pero también había funcionado. Estábamos a salvo. Miré a mi alrededor, hacia los arcos de piedra abovedados de la bodega del padre de Cay, y a mis compañeras, y no pude evitar la gran sonrisa que se me dibujó en el rostro. Por primera vez desde nuestra desesperada huida del ludo me atreví a tener la esperanza de que no habíamos visto por última vez nuestro hogar como nuestro hogar.

«Hogar...».

Por lo que a lugares donde crecer respectaba, la Domus Varro debió de ser uno extraordinario. El tipo de hogar que jamás imaginé que existiera en todos los años que había pasado corriendo como un cervatillo salvaje por los bosques que rodeaban Durovernum, saltando por encima de tocones cubiertos de musgo y sumergiéndome en primaveras secretas, subiendo a la cama por la noche para hacerme un ovillo bajo un montón de pieles mientras la paja recién cortada del colchón que tenía debajo crujía y los búhos ululaban al otro lado de mi ventana, encaramados a los aleros de mi pequeña y acogedora casa circular.

A un mundo —a mundos— de salones amplios, elegantes y vestidos de mármol y de mosaicos, y los terrenos de Roma. Todavía echaba de menos Durovernum. A veces con un dolor tan profundo que parecía igual al de huesos rotos. Y sin embargo, cuando me hundí hasta la barbilla en el agua cálida y con aroma de lavanda de la piscina *tepidarium* de los baños me maravillé ligeramente de lo fácil que me habría resultado acostumbrarme a ese tipo de vida. Me pregunté que si alguna vez volvía a casa de nuevo, a Durovernum, cómo me las arreglaría para bañarme en la bañera de cobre diminuta del rincón de mi cabaña. ¿Echaría de menos las espaciosas casas romanas, el eco de las voces por sus pasillos llenos de columnas? ¿Los anchos cielos de Italia abiertos a las estrellas por la noche, sin el ribete de las exuberantes ramas de los poderosos robles centenarios?

Qué diferente habría sido yo si hubiera crecido allí, reflexioné, mientras flotaba medio soñando bajo los frescos fantásticos de las bóvedas que había en el techo.

Las otras chicas se habían retirado después de lavarse los restos de vino de todo el día, pero yo me quedé rezagada, gozando de la paz y la tranquilidad después de las terribles experiencias de los últimos días. Cuando oí el murmullo y la salpicadura más tenue al otro extremo de la piscina abrí los ojos para ver que las antorchas prácticamente se habían consumido en sus argollas, mientras los remolinos de vapor que emergían de la superficie del agua velaban la habitación con una neblina brumosa y centellante.

Incluso en la luz tenue pude ver a Cay —su cabeza y sus hombros, a fin de cuentas— donde descansaba, en el borde de azulejos añiles del otro lado de la piscina, con la mirada clavada en mí. La luz parpadeante de las antorchas hacía brillar las gotitas de agua que tenía en los hombros y el pecho, y arrancó destellos de fuego en sus ojos de color avellana. Sentí un aleteo, como si unos pájaros hubieran empezado a volar en mi pecho, y pude oír el pulso retumbando en mis oídos cuando se impulsó contra el borde de la piscina y flotó hacia el centro.

Aquella rara y secreta sonrisa suya jugaba en las comisuras de sus labios, pero había un destello de incertidumbre en sus ojos mientras nadaba hacia mí. Yo también lo sentí. Mi mente voló hacia el día en que Cay me dijo que me quería —el mismo día que César me había declarado su Espíritu de la Victoria—. Pero en ese momento me planteé si realmente nos conocíamos bien. Desde entonces él había estado lejos, con la campaña. Y antes de eso... cuando nos conocimos, mi vida parecía haber estado atrapada en medio de un torbellino. Me habían arrebatado mi ser y mi alma —una princesa convertida en esclava, arrancada de su mundo y echado a otro— y nada de aquel tiempo había parecido seguro ni cierto. Nada excepto Cay.

Nada excepto el soldado que llevaba la armadura de mi enemigo.

—Recuerdo la primera vez que te puse los ojos encima —comenté mientras Cay se me acercaba, rodeado por el vapor que manaba del agua de la bañera.

—En el embarcadero. En Masilia. —Asintió con tristeza—. Me parece recordarlo...

—Todo metal y cuero. Apenas pude ver la persona que había debajo.

—No llevo nada de todo eso ahora —dijo, riendo—. Puedes regalarte la vista.

Me eché a reír, pero no aparté la mirada.

—Recuerdo cómo me miraste ese día —repuso—. Todavía puedo sentir las llamas en el rostro.

—Ja. —Le salpiqué con el agua—. Y yo recuerdo cómo me miraste tu a mí aquel día.

—Para ser sinceros —dijo—, tampoco no había mucho de ti que pudiera ver. Eras más polvo y suciedad del camino y harapos que chica.

—Cierto. —Ahí tuve que coincidir con él—. Aunque recuerdo a Charon diciéndote que todas estaríamos bastante bien una vez limpias. Y tú no le creíste.

—Debería haberlo hecho.

—¡Yo tampoco le creí! —Alargué una mano para tomar una esponja del cesto que había en el borde de la piscina y se la pasé a Cay, me giré de espaldas y me aparté el pelo de los hombros—. Por aquel entonces yo no tenía ni idea de que vosotros los romanos teníais unos baños así. En casa yo tenía un río. Y una bañera de cobre diminuta para las ocasiones especiales...

Cay no decía nada, me pasaba la esponja por los hombros y la espalda en círculos suaves y lentos, aprovechaba el agua que caía de mi cuello.

—A veces me pregunto si tú, si todos los romanos que he conocido todavía pensáis que soy una bárbara —reflexioné—. Si tú, incluso a pesar de lo que le dijiste a Aeddan, no te preguntas a veces si yo no sería más feliz durmiendo bajo pieles cobijada por el techo de paja de mi cabaña...

Su mano se quedó paralizada en mi espalda, y el agua de la esponja me recorrió el espinazo.

—¿Lo serías?

Dejé caer el pelo y me giré lentamente en el agua hasta quedar de cara a él.

—¿Estarías tú allí, bajo esas mantas, cobijado por ese techo, a mi lado?

—Bajo paja... Bajo mármol y cristal... Bajo las estrellas en medio de un desierto, Fallon —respondió, con la voz tomada—. Yacería a tu lado en una cueva en la cima de una montaña si quisieras. Y si jamás pensé en ti como algo que no fuera mi igual, o más, entonces estoy profundamente avergonzado.

—Tanto como lo estoy yo si tenías razón con lo que me dijiste en la playa de Córcega. Que no me he permitido confiar plenamente en ti. Que no te he tratado a ti como a un igual.

Sacudió la cabeza.

—No pasa nada. Lo entiendo...

—No —jadeé levemente—. Sí que pasa y, en serio, tienes que dejar de ser tan comprensivo, Cay. No siempre hago lo correcto, y por mucho que necesite que confíes en mí también necesito que me cuestiones. Que me desafíes. Que impidas que intente demostrarme demasiado fuerte como para necesitar a otra persona. Porque sí te necesito.

«Desesperadamente...».

Me tomó el rostro entre sus manos. Tenía gotitas de agua en los labios y en las pestañas.

—Me tienes —me aseguró, aguantándome la mirada con la fuerza de la suya.

—¿Es una locura? —pregunté—. Ir contra Aquila y sus monstruos... Mis amigas podrían morir si seguimos con esto, Cay. Mi hermana. Yo... Tú.

—Lo haces porque crees que es lo correcto.

—Pero ¿lo es?

Entonces me miró con esos poderosos ojos que siempre parecían mirar a través de mí para ver mis secretos y mis penas y mis miedos extraños y nebulosos.

—Está bien. —Suspiró—. Te mentaría si te dijera que no hubo momentos en los que pensé seriamente en hacerte cambiar de opinión. Llevarte a Chipre o a Bitinia. O de vuelta a tu cabaña de techo de paja de Durovernum. —Frunció el ceño—. Pero también escuché lo que dijiste a aquellas chicas cuando estábamos en Córcega, lo que habías estado diciendo desde siempre a tus hermanas del ludo, y tienes razón. Juntas sois más fuertes que cualquier legión de hombres, y te mereces, ellas se merecen, un lugar donde podáis florecer en esa fuerza. Cuando era un niño, mi padre casi perdió la cabeza cuando mi madre murió. Ella era la verdadera fuerza de su unión. A él le costó muchísimo recuperarse, y creo que todavía hay una parte de él que está débil. Herida.

—A mi padre le pasó lo mismo —dije.

—Nosotros, los hombres, nos pensamos que somos los dueños del mundo. —Cay rio un poco—. Estamos equivocados. Tú mereces el Ludo Aquilea, Fallon. Tú y el resto de esas chicas locas

y maravillosas, y a veces bastante aterradoras. Y yo haré todo lo que pueda para ayudarlos a recuperarlo. Incluso aunque yo sea uno de esos miserables hombres de la especie.

Me acerqué a él y sacudí las gotitas de agua de sus labios, una por una.

—No tienes absolutamente nada de miserable, Cayo Antonio Varro —aseguré.

Su sonrisa se hizo todavía más profunda bajo las puntas de mis dedos. Le puse los brazos alrededor del cuello y él me meció en los suyos; volvió a nadar hasta el centro de la piscina, donde el agua era lo bastante profunda para que los dedos de mis pies no llegaran a tocar el fondo. Y entonces me besó y yo me perdí a mí misma en la sensación de su piel deslizándose sobre la mía cuando dejó de nadar y, juntos, nos hundimos bajo la superficie del agua, respirando solamente el aire del otro.

## XVI

Durante los días desde que llegamos a la Domus Varro dormí menos de la mitad de cada una de esas noches y me desperté cada mañana mucho antes de que saliera el sol, con el corazón desbocado por sueños recordados a medias y el miedo casi constante de que había un aspecto de nuestro gran plan que todavía no había tenido en cuenta. Era algo que no podía considerar que nos fuera a poner la zancadilla y hacer añicos nuestro plan concienzudamente diseñado.

El quid del asunto era el siguiente: ¿Poncio Aquila quería que lucháramos? Pues lucharíamos. Lanzaríamos un desafío al Tribuno de la Plebe, falso dueño del Ludo Aquilea y líder de los Hijos de Dis. Lo llamaríamos desde el otro lado de los muros de nuestra —nuestra— academia y nos enfrentaríamos a sus guerreras en la mayor batalla vista desde los Triunfos Cuádruples de César.

Justo ahí, en el campo de más allá de los muros del ludo.

Cuando en un principio presenté la chispa de una idea, Charon fue el primero en aceptarla. De hecho, la mayor parte de los detalles que definían cómo se desarrollaría todo vinieron de él. Sin sus múltiples conexiones con los gremios de comerciantes y constructores no sé si hubiera sido siquiera remotamente factible.

Iba de camino al *scriptorium*, la habitación central de la casa, que habíamos designado como una especie de eje de operaciones, y donde Cay me esperaba. Me acababa de deshacer de los rollos de pergamino que anunciaban el desafío del torneo —un anuncio que aparecería en los espacios públicos de toda la ciudad— y de la bolsa llena de denarios para cubrir los costes. Cay había escrito los detalles en rollos de pergamino mientras yo observaba, todavía considerablemente desconcertada por el significado de las líneas y formas que garabateaba en las páginas en ordenadas hileras, pero confiada que sabía lo que hacía. Después me había ido a buscar a Quint para que él mismo pudiera llevar los rollos de pergamino al jefe del gremio de pintores de anuncios de la ciudad y al Foro de Roma.

Me encontraba pensando en las relaciones maravillosamente útiles de Charon —y en lo que Aeddán me había dicho, advirtiéndome de no confiar mi destino al tipo de hombre que había sido responsable de mi esclavitud desde el principio— mientras giraba el recodo de un pasillo que cruzaba a través del *atrium* de la *domus*. No esperaba ver a nadie allí.

Todavía menos al señor de la casa.

Me quedé paralizada.

Pero el senador Varro oyó mis pasos sobre el suelo de mármol acercándose y se giró. Este hombre no debería estar aquí, pensé desesperada. No hasta dentro de un mes al menos. Pero ahí estaba. En ese instante. Y cuando sus ojos oscuros se posaron en mí me sentí como un cervatillo en un claro que levanta la cabeza para encontrarse rodeado de sabuesos.

—¿Fallon?

La respiración se me ahogó en el pecho al oír su voz.

No me podía mover, no podía girarme y echar a correr...

Oí la voz de Aeddan en mi cabeza: «Te traicionaré...».

De pronto, todo cuanto podía hacer era recordar su amonestación sobre mi confianza ciega en el chico que amaba. Y en su padre. Me pregunté si uno de los rostros detrás de esas horripilantes máscaras de esa horrible noche en la Domus Corvinus había sido el del padre de Cay...

—¿Fallon!

El senador echó a andar a grandes zancadas por la estancia colmada de luz, con los ojos brillantes y las manos estiradas para agarrarme por los hombros...

—¡Mi querida muchacha! —exclamó, y me envolvió en un fiero e inesperado abrazo—. ¡Estás a salvo! Gracias a Júpiter, estaba muy preocupado.

Me quedé tiesa y titubeante, paralizada e inmóvil durante un instante, antes de que pudiera devolverle el abrazo. Pero cuando lo hice, todos los temores y presentimientos que quedaban en mi interior se desvanecieron como la lluvia que cae de las hojas y desaparece en el suelo. Ese hombre era el padre de Cayo Antonio Varro. Y yo no tenía nada que temer.

Cuando, finalmente, el senador se separó de mí y escrutó mi rostro con atención, pude ver genuina preocupación en su mirada.

—He oído rumores, Fallon —dijo—. Historias terribles de cosas que han pasado en el Ludo Aquilea...

Todo el mundo las había oído, al parecer.

—Historias de rebelión —continuó—, y de sangre derramada. Oí que la lanista fue asesinada por sus cargos y que soldados de la legión habían alentado e incluso ayudado en el alzamiento. Oí que uno de ellos era Cay.

—No es...

—Pero si tú estás aquí, entonces significa que los rumores eran falsos. ¡Por supuesto que eran falsos! ¿Dónde está Cayo? —Su mirada recorrió la estancia—. ¿Está bien mi hijo?

—Sí, señor. Está en el *scriptorium*...

Antes de que pudiera decir una palabra más —sobre lo que realmente había pasado, sobre mi todavía mucho más que viva hermana o sobre Poncio Aquila—, el senador Varro se giró y se dio prisa a cruzar el vestíbulo de mármol hacia su *scriptorium*. Si los pliegues del material de su túnica se lo hubieran permitido creo que habría echado a correr. Lo seguí pisándole los talones.

—¡Cayo! —gritó, cruzando como una exhalación las puertas de roble talladas—. ¡Cayo!

—¡Padre!

Cayo se giró en el lugar que ocupaba al lado del escritorio sobre el que todavía descansaba un bote de tinta y un montón de pergaminos. Su mirada pasó de su padre a mí, confundido y sorprendido. Y —me pregunté si era producto de mi imaginación— alarmado. La advertencia de

Kassandra seguro que todavía corría por su mente.

—Pe... pensaba que estaba de camino a Grecia —tartamudeó—. ¿Qué... qué hace aquí?

—Todavía no había llegado a Bríndisi cuando me alcanzó la noticia de lo que pasaba en el Ludo Aquilea —explicó el senador Varro—. ¡Una revuelta del mismo calibre que la de Espartaco, me dijeron! Con mi propio hijo traidor al servicio de ella.

—No es verdad. Y no hubo ninguna revuelta...

—Por supuesto que no.

—¿Cómo pudo siquiera llegarle...?

—Tengo informadores, Cayo. —El senador Varro quiso evitar la confusión de su hijo, considerando más importante convencerse a sí mismo del bienestar real de Cay—. Puedes contarme más tarde lo que de verdad pasó. Mientras tanto, quiero que te vea mi médico personal.

—¿Por qué? Estoy bien.

—Aparte de todas estas sandeces del ludo, ¿se te olvidaba que te excusaron de tus obligaciones para con la legión a causa de tu herida? —Varro frunció el ceño con fuerza ante su obstinado hijo—. Ulteriormente has padecido un largo viaje, un confinamiento, una huida y solo los dioses saben qué más, todo bajo (doy por hecho) circunstancias violentas. Estás demasiado delgado y tienes ojeras. Verás a mi médico.

—Cuando tenga tiempo, quizás. Ahora mismo estoy un poco ocupado...

—Ahora, Cayo. —Varro miró a Cay de hito en hito y amenazadoramente—. Enviaré a un esclavo para que lo vaya a buscar. Y tú te someterás a su examen. —Se giró hacia mí—. Ambos, debería decir. Tú, querida muchacha, pareces estar casi en peor forma que él. Y esto no puede ser.

—Estoy bien. Es solo que no he dormido muy bien estos días...

—Entonces haré que mi médico te prepare un brebaje para antes de irte a dormir. —Levantó una mano—. Sin rechistar.

Habiendo dicho esto, el senador se giró y cruzó con brío la habitación, sin duda con todo el asunto decidido. Cuando cerró las puertas de roble detrás de sí miré a Cay parpadeando, atónita. Para ser sincera, él parecía algo aturdido, pero se sacudió la sensación y alargó una mano hacia mí.

—¿Había comentado que mi padre es algo sobreprotector? —Sonrió con tristeza.

Pensé en mi propio padre. En cómo había querido casarme con un hombre a quien yo no amaba solo por impedir que me convirtiera en una guerrera. Para salvarme de mí misma. Supuse que no podía culpar a Varro.

Suspiré y tomé a Cay de la mano.

—Sé lo que se siente.

Él me atrajo hacia sí y me besó en la frente.

—Realmente no tengo tan mal aspecto, ¿verdad? —pregunté cuando Cay levantó una mano para apartarme el pelo del rostro.

Cayo se echó a reír.

—Creo que estás perfecta —repuso—. Pero no soy el más indicado para juzgarlo. Según mi padre, yo mismo estoy a medio camino del río Estigia.

Bajé la mirada hacia el montón de rollos de pergamino que había en el escritorio y tomé la

pluma que Cay había utilizado para escribir el desafío a Poncio Aquila.

—¿Crees que tu padre intentará detenernos? —pregunté—. Cuando se entere de lo que vamos a hacer.

—Puede intentarlo. —Cay se encogió de hombros—. Pero no creo que lo haga. Aunque mi padre sea un político y un hombre de negocios, hay algo que sé seguro de él: es un hombre que odia las injusticias. Tengo el presentimiento de que una vez se entere de lo que realmente está pasando estará más que contento de hacer lo que, en el fondo de su corazón, sabe que es lo correcto.

Era reconfortante escuchar su sentimiento haciendo eco del mío respecto a Cay mismo.

Kass y Aeddán podían creer lo que quisieran.

Yo creería en la bondad de las personas que sabía que eran buenas. Sentí desaparecer un peso que no me había dado cuenta de que cargaba sobre mis hombros. Todavía había algunos otros apilados allí, pero ese al menos se había ido.

—¿Es una locura lo que estamos planeando aquí? —planteé preguntándome, no por primera vez, cómo íbamos a conseguir llevar a la práctica semejante plan, tan audaz, para recuperar el ludo.

—¿Una locura? Tal vez. —Cay me levantó el mentón para que le mirara a los ojos y me sonrió—. O tal vez es solo lo que haces. Tú luchas, Fallon. Y yo lucharé a tu lado. Todos lo haremos.

—Por supuesto que lo haremos. —Desvié la mirada y vi a Quinto asomando la cabeza entre las puertas por las que acababa de salir el senador—. ¿Era el buen senador Varro ese a quien acabo de ver salir escopeteado hacia los establos? —preguntó.

—Sí —asintió Cay—. Al parecer, las noticias sobre la «rebelión» del ludo viajaron más rápido que el alado Mercurio y evitaron su viaje hacia Grecia.

—No va a convertirse eso en un impedimento para nuestros planes, ¿verdad? —Quinto frunció el ceño con preocupación.

Cay sacudió la cabeza.

—No lo creo. Mi padre tiene una opinión menos que elevada del Tribuno de la Plebe. Como le he dicho a Fallon, creo que preferirá animarnos con nuestra tentativa.

Entonces se me ocurrió algo.

—Cay...

Se giró hacia mí.

—No le digas a tu padre que Sorcha sigue viva —le dije—. Ella es nuestra arma secreta. Tiene que permanecer secreta. Nada de esto va a funcionar sin ella. Y nada de esto va a funcionar si alguien se acerca a sospechar que todavía está viva. Incluso si la traza de una brisa cruza las paredes del ludo y llega a oídos de Aquila, fracasaremos.

Cay frunció el ceño, claramente ante la expectativa de la idea de mentir a su padre —aunque solo fuera por omisión—, pero creo que también supo que yo tenía razón. Ni siquiera se lo habíamos contado al sirviente liberto de Cay, un chico llamado Actaeon, que entregaba mensajes entre ambas partes cuando lo mandábamos corriendo a la casa de Charon. Donde Sorcha permanecía escondida y a salvo, y —me figuré— también inquieta y de mal humor.

—Lo entiendo —repuso Cay—. No diré ni una palabra sobre tu hermana.

Por lo que respecta al resto de los detalles de nuestro plan —y del desafío—, estuvimos más que contentos de compartirlos con el senador Varro. De hecho, jugaba a nuestro favor hacerlo. Durante el pasado año, desde que acabaron los Triunfos Cuádruples y César abandonó la ciudad para irse de campaña, había habido una demanda clamorosa y creciente de más juegos. Distracciones. La muchedumbre se aburría con facilidad, particularmente tras los Triunfos, un mes entero de espectáculo espantoso que había despertado su apetito de emoción y de sangre.

Por supuesto, la muchedumbre no sabía nada de los Hijos de Dis.

Lo único que sabían era lo que les habían contado.

Sobre mí y mis amigas... sobre la supuesta rebelión.

Lo que nosotras teníamos que hacer era emocionarlos lo bastante —sin llegar a llevarlos de verdad al miedo o al pánico— para que los pudiéramos usar como escudo y garantes contra nuestro arresto en cuanto pusiéramos los pies en público de nuevo. De modo que hicimos circular rumores de que la renegada Victrix se presentaría junto con su guardia de guerra para ser juzgada —en un juicio por combate— ante el Tribuno de la Plebe y sus nobles luchadores. Y allí, delante de todo el mundo, decidir lo culpables que se nos consideraba.

Entonces enviamos las declaraciones.

La emoción en la ciudad, o eso me dijeron, fue instantánea. Y febril.

El senador, por su parte, era decisivo para convencer a los otros miembros clave del Senado de que esta era mejor manera —y más segura— de lidiar con un alzamiento rebelde que la que se había adoptado anteriormente con Espartaco. Y tenía el beneficio añadido de distraer a la muchedumbre de la situación política actual. Con el acuerdo tácito, entonces, de los hombres en el poder, las gradas de espectadores se alzaron en el campo exterior del ludo donde, según nos habían informado, Poncio Aquila había establecido su residencia. Y se nos permitiría viajar allí con calma el día del torneo de desafío. Me ponía los pelos de punta pensar en ese hombre despreciable viviendo en los aposentos de la lanista, pero me reconforté a mí misma pensando en el martilleo frenético y el serrar de los carpinteros que construían la arena provisional justo en el exterior del muro. Deseé de todo corazón que aquello no permitiera al grácil Tribuno pegar ojo en toda la noche.

Finalmente, llegó el día. Todo lo que podía haberse hecho se hizo. No nos quedaba nada más por hacer que presentarnos. Y luchar. Y ganar. Me sentía como si los nervios de mi cuerpo fueran hebras de relámpagos centelleando y destellando bajo mi piel. Mi corazón tronaba como una nube de tormenta. Aquella noche recuperaríamos nuestro hogar.

O moriríamos en el intento.

Cay y Quint estaban en los establos con las gladiadoras, y Aeddan y yo estábamos de camino a encontrarnos allí con todos. Anduvimos a grandes zancadas por el pasillo largo y lleno de luz de un ala de la casa con la que no estaba muy familiarizada; Aeddan iba a tres pasos de mí y estaba tan enojadizo y silencioso como siempre. Sabía que teníamos que darnos prisa, pero por razones que se me escapan me descubrí disminuyendo el ritmo cuando nos acercamos a una puerta ricamente tallada hecha de madera de ébano y plata. Jamás la había visto abierta, pero ese día

estaba un poco entornada y una iluminación centelleante salía de ella. No pude decir por qué, pero esa luz me atrajo. Me detuve delante de la puerta y, después de un momento de duda, la abrí lentamente.

—¿Fallon? —llamó Aeddan, deteniéndose para girarse, el ceño fruncido por la irritación—. ¿Qué haces?

«Satisfacer mi curiosidad», supuse que era la respuesta más sencilla.

«Escuchar a los susurros de Morrigan» era probablemente la más cierta.

La habitación que se abría al otro lado de la puerta no tenía ventanas ni muebles, y había un par de puertas anchas y altas en la pared opuesta que tendrían que haber conducido hacia el patio principal, si recordaba bien la disposición de la casa. Aunque no me cabía ninguna duda de que jamás las había visto abiertas. De hecho, daba la sensación de que esa habitación había estado cerrada a cal y canto durante mucho tiempo. El aire opresivo y el ambiente cargado y cerrado eran propios de una cripta.

O un sepulcro...

En cuanto entré vi que a lo largo de toda una pared había hileras de rostros esculpidos en alabastro que reposaban en apliques metálicos. Había oído hablar de la práctica romana de crear máscaras funerarias para los muertos, y supuse que era eso mismo. Los rostros habían sido colocados delante de lámparas encendidas, y la piedra delicada y traslúcida transformaba las llamas de las lámparas en el fulgor tenue y escalofriante que iluminaba la habitación.

«Adoran a sus ancestros», recordé que me dijo Aeddan en el barco cuando había intentado advertirme sobre el senador Varro. Sobre Cay...

En la pared opuesta había una exposición impresionante de armas y armaduras ceremoniales. Pulidos hasta hacerlos brillar, el peto y el yelmo reflejaban la luz como si la armadura misma estuviera hecha de oro bruñido. Seguro que perteneció al senador Varro, pensé. Por supuesto que sí. Ese hombre fue un aclamado general durante sus días de militar y esa habitación seguro que era un lugar sagrado para él. Un lugar donde podía rezar a sus dioses. Agradecerles las victorias que había conseguido.

«Prometerles sus sacrificios...».

De pronto se me heló la sangre.

En un nicho medio oculto en el rincón más lejano de la habitación había otra lámpara, una única llama titilante que iluminaba lo que parecía ser un altar de piedra. Y encima de la piedra había un par de balanzas. En uno de los platos de las balanzas yacía una única pluma, forjada en plata reluciente.

Sentí un cosquilleo en la cicatriz de mi antebrazo y oí a Aeddan inspirar profundamente al tiempo que mi propia voz se me atragantaba en la garganta. Él sabía tan bien como yo lo que habíamos encontrado. El senador Decimo Fulvio Varro —el querido padre de Cay— era uno de los Hijos de Dis. Cassandra tenía razón desde el principio. Y nadie la había creído. Casi nadie.

—Ve —conseguí susurrar con la voz ronca—. Aeddan... encuentra a Cay. Tráelo aquí, deprisa, tiene que ver esto...

—Fallon...

Me giré hacia él.

—Tenías razón —gruñí—. ¿Es eso lo que querías oír, Aeddan? ¿Que tú tenías razón sobre Varro? La tenías. Estuve ciega. Fui estúpida. Y ahora corremos un grave peligro. ¡Así que ve! ¡Encuentra a Cay y tráelo aquí! Antes de que sea demasiado tarde...

Aeddan dudó un instante. Luego giró sobre sus talones y salió como una exhalación de la cámara sin decir una palabra más. Me volví de nuevo, moviéndome hacia el altar como si un tipo de fuerza invisible me atrajera hacia él. La cicatriz de mi antebrazo ardió con una sensación abrasadora y afilada cuando alargué la mano para tocar el plato vacío de las balanzas. Se movió arriba y abajo suavemente, e incluso bajo aquella luz incierta pude ver las manchas de sangre seca que estropeaban la superficie pulida.

La imagen de semejante visión, la prueba incontestable de que Cassandra tenía razón desde el principio —que su padre era uno de los Hijos de Dis— rompería el corazón a Cay. Sin embargo, necesitaba que él me creyera más allá de ninguna duda. Porque, sin la prueba de las balanzas justo delante de mí, yo misma no sé si me lo habría creído.

—Bien, Fallon —la voz de Varro interrumpió mis pensamientos horrorizados—. No es de recibo entrar en habitaciones a las cuales no te han invitado.

Cerré los ojos y tragué saliva con fuerza, el miedo se revolvía de pronto en mi estómago. Cuando me volví casi no reconocí el hombre que estaba de pie ante mí. En la habitación tenuemente iluminada, las facciones de su rostro se veían tan duras y afiladas como las de las máscaras que colgaban de la pared. Sus ojos, siempre tan entusiastas, tan amables, eran ahora negros.

—Todo ha sido una mentira —dije, y mi voz sonó como un chirrido áspero—. Absolutamente todo, desde el principio, ¿verdad? Usted jamás estuvo de camino a Bríndisi. No había ninguna delegación de comerciantes. Usted sabía del ataque que Poncio Aquila había planeado contra el ludo. Usted es uno de los Hijos de Dis.

—Sí, bueno. —Varro hizo un ademán con las manos, sonriendo modestamente—. Su líder, a decir verdad. Poncio Aquila te dirá que es él, pero Aquila en realidad no es más que una útil y maleable marioneta. Cree con fervor en sus dioses oscuros y yo encuentro muy conveniente permitirselo. Él piensa que tú eres algún tipo de instrumento divino. —Soltó una risita—. Y yo sencillamente creo que eres un arma maravillosa. Una que pretendo utilizar con la mayor efectividad contra César, el aspirante a dictador, gracias, en parte, a tu audacia y a la de tus amigas. Y de mi propio hijo querido.

—No lo entiendo.

—Pero bueno. ¿Este torneo de desafío que todos habéis conjurado tan laboriosamente? —Cerró la puerta detrás de sí y caminó hacia mí—. Brillante. Yo solo había pensado en capturar el preciado ludo de César mientras él miraba hacia otro lado. Tenía que ser una herida mayoritariamente privada. Ahora, gracias a ti, querida Fallon, puedo añadir un insulto muy público a dicha herida. Y jamás nadie podrá decir que he sido yo.

—Yo lo diré.

—Ay, querida niña. —Sacudió la cabeza sonriendo con indulgencia—. No vivirás lo bastante para hacer tal cosa. —Su mirada se desvió hacia la pared de rostros, y su expresión se volvió pensativa—. Pero podrás descansar tranquila en el más allá sabiendo que fuiste indispensable a la

hora de destrozarse el espíritu del monstruo que profana la República con su furcia reina egipcia. La república por la que lucharon y murieron mis ancestros.

—Creo que ha sobreestimado vastamente mi importancia, senador. —Me alejé un paso del altar—. No soy más que una humilde gladiadora.

—Eres la humilde gladiadora de César —dijo Varro—. Ahí está la diferencia. Aunque el hombre sea un monstruo, tiene un corazón poderoso. Eso lo ha hecho fuerte. Pero también es una debilidad más grande. Verás, César se preocupa profundamente por esas personas que considera «suyas». Y tú, por un inteligente truco de los Destinos, eres una de ellas. Mantuve una larga conversación con él después de los Triunfos; de hecho, sobre cómo ve el espíritu de su difunta hija en ti. Tú, su Victrix, el glorioso símbolo de sus Triunfos.

Cuando llegó al altar extrajo la pluma de las balanzas, la sujetó con cuidado entre dos dedos y la giró para que reflejara la luz de la lámpara.

—Eres una joven mujer extraordinaria, Fallon —continuó, como si estuviéramos manteniendo una agradable discusión sobre algo tan superfluo como el tiempo—. Y César no es el único a quien has cautivado con tus encantos (bárbaros, hay que admitirlo). —Se puso una mano en el corazón—. Yo también siento dicha afinidad hacia ti. Afecto, incluso. Tal vez no en el mismo terreno que el desesperado anhelo que mi hijo alberga hacia ti, pero casi te siento como la hija de mi corazón, Fallon. No la de César. Quizás, cuando mueras, honraré tu defunción con una máscara en esta misma cámara.

Hizo un gesto con la pluma de plata hacia la pared de los rostros fantasmales y un estremecimiento de revulsión me recorrió todo el cuerpo. Entonces él se giró y sujetó la pluma en alto, apuntando hacia mí como si fuera una daga. Dio otro paso hacia mí cuando, de pronto, la puerta de ébano se abrió de golpe y casi solté un grito de alivio cuando Cay entró en la habitación sepulcral. Quint y Antonia iban con él. Antonia llevaba su acero en forma de luna creciente atado al brazo.

—Apártese, padre —dijo Cay—. Por favor.

—Cayo...

—¡Ahora!

El sonido de las vainas cuando Cay desenfundó sus aceros dobles fue suficiente para que el senador cerrara la boca y retrocediera un único paso, lejos de mí. Sin embargo, una peligrosa ira brilló en sus ojos cuando miró de hito en hito a su hijo decurión.

—Fallon —añadió Cay—. Ven conmigo.

Anduve de espaldas hacia la voz de Cay sin apartar la mirada de su padre. Ya casi había llegado cuando las puertas dobles que se dirigían al patio se abrieron de golpe y una oleada de luz cegadora inundó la habitación, acompañada de siete hombres que vestían la armadura y atributos de los vigías de la ciudad.

Con Aeddán a la cabeza.

—El conductor de vuestro carruaje espera, mi señor Varro —comunicó al padre de Cay, con una respetuosa reverencia.

—Siempre la serpiente —dije, mirando a Aeddán como si pudiera fulminarlo con mis ojos.

Él me devolvió la mirada impávidamente y se encogió de hombros.

—Al menos soy consecuente.

—Gracias, Aeddán —intervino Varro—. Eres un leal Hijo de Dis, y serás recompensado.

Cay dio un paso al frente.

—Padre...

—¡No, Cayo! —lo silenció Varro con un ademán que cortó el aire—. No toleraré más oposición por tu parte. Esto no es un pasatiempo, chico, y no tienes ni idea de lo que está en juego. No lo entiendes, lo sé, pero algún día cercano te darás cuenta de que todo esto lo hago por la República. Por ti, hijo mío.

—Yo no soy su hijo —sentenció Cay, con el rostro deformado por las emociones contradictorias: pena, decepción, traición... amor—. Ya no. Ha perdido el derecho de dirigirse a mí como tal.

La boca de Varro desapareció en una línea fina y los rasgos de su atractivo rostro se retorcieron en una mueca amarga.

—No podéis herir a la chica —dijo a Aeddán y a los vigías—. No podéis matar a mi hijo. Al resto me da igual lo que les pase.

Aeddán asintió y desenvainó la espada que colgaba a su cintura. Sus labios se curvaron en una sonrisa, pero sus ojos permanecieron fríos.

—¿Y el desafío del ludo? —quiso saber.

—Debe seguir como estaba planeado. —Varro se mostró inflexible—. Asegúrate de que la llevas hasta allí disfrazada para actuar.

—No voy a perder —aseguré.

—Sí, querida, lo harás. —Me miró con una expresión de sombría satisfacción—. Estoy seguro de que piensas que tus habilidades están en perfectas condiciones, pero es increíble el sutil y apenas detectable debilitamiento de las fuerzas de los músculos que tiene lugar cuando alguien ha consumido pequeñas dosis de cicuta, mezcladas con el vino, durante el transcurso de varias noches. Creo que, cuando llegue el momento y el alarido de la *cornua* suene para que empiece la lucha, descubrirás que tu fuerza no es la que era. Tus reflejos, solo una fracción de segundo más lentos. Tu visión, solo un poco borrosa... Ay, sí, perderás. Y con esa derrota se irán todas las victorias de César. Esa mancha se pegará a él como la brea. Y se extenderá. Y la muchedumbre le dará la espalda.

La expresión de Aeddán permaneció impasible cuando clavó sus ojos en los míos.

—Dejaré tu corazón mancillado para que Poncio Aquila se dé un festín con él. —El senador Varro me sonrió con una expresión de pura malicia—. Tal vez, si tengo mucha suerte, el espíritu de la cicuta me libraré también de él.

Entonces el líder de los Hijos de Dis lanzó una última mirada sombría a su hijo antes de volverse y cruzar a grandes zancadas las puertas dobles, con los pliegues de su túnica de franja morada revoloteando a su estela. Aeddán cerró las puertas detrás de él, sumiendo la habitación de nuevo en un fulgor sepulcral, y los vigías que Varro había dejado atrás —todos hombres curtidos a juzgar por su aspecto, probablemente veteranos de la legión— se dispusieron en un círculo holgado a nuestro alrededor.

Sin pronunciar palabra, Cay me pasó una de sus espadas y dio un paso para flanquearme.

Quint avanzó hasta mi otro costado. Antonia empezó a tararear un poco en voz muy baja, anticipando la pelea que estaba por venir, y se giró para guardarme la espalda; su arma de acero en forma de media luna reflejaba el fuego a lo largo de todo el filo.

Sin embargo, nos superaban en número dos a uno. Al menos eso pensé.

El ruido de pezuñas y el crujido de las ruedas del carruaje de Varro en el patio disminuyó hasta desaparecer en la lejanía. Aeddán estaba de pie al lado de las puertas, escuchando, y luego recondujo su atención de nuevo hacia la cámara. Agarré con más fuerza el mango de mi espada cuando echó a andar por el suelo de mármol... a través del círculo de vigías... para adoptar una posición defensiva entre Quint y yo. Vi que intercambiaba una mirada con Cay.

—Se ha ido —afirmó Aeddán.

—Bien —repuso Cay con un tono afilado como el acero—. Entonces acabemos con esto para poder emprender nuestra marcha también.

Uno de los vigías —el que tenía más cicatrices y parecía más experimentado— gruñó en dirección a Aeddán.

—Tú... Escoria traicionera —escupió—. Los Hijos de Dis te sacarán el corazón por esto.

—Lo dudo —replicó Aeddán—. Y, si lo hicieran, no lo encontrarían apetitoso.

No hubo más tiempo para charlar.

El gruñido del vigía se convirtió en un berrido de esfuerzo cuando se lanzó al ataque, apuntando hacia el hombro de Aeddán. Él se agachó y yo me metí con una estocada de mi acero, que dibujó un arco de sangre en la carne del brazo de la espada del atacante. Sin embargo, no fui lo bastante rápida para evitar el puñetazo que dirigió a mi cabeza sin siquiera detenerse a darse cuenta de la herida que yo misma acababa de infligirle. Sus nudillos me alcanzaron en la barbilla y retrocedí, sin equilibrio y entre maldiciones.

Cuando vino hacia mí con un segundo puñetazo no me molesté en agacharme. Me limité a bloquear el ataque con mi espada. El vigía no tuvo tiempo de chillar de dolor antes de que yo trazara un círculo en el aire con mi espada y me echara adelante, hundiendo la punta en su pecho. Se derrumbó hacia atrás y yo arranqué mi espada de entre sus costillas, apartando de una patada su cadáver caído.

Cuando me preparaba para otro atacante vi que Antonia hacía buen uso de su acero curvado. El hombre contra quien lo usó ni siquiera supo que le acababan de rebanar el cuello antes de caer al suelo, mirando con los ojos vacíos hacia el techo. Quint también vio la secuencia y dio un gruñido de aprobación. Luego se giró y despachó a su propio atacante. El resto de vigías lucharon con determinación, pero quedó demostrado que no eran rival para dos legionarios entrenados y tres gladiadores enfadados.

Pronto la cámara estaba en silencio. Inmóvil.

Roja.

La sangre formó charcos bajo nuestros pies, manando de las heridas mortales de los siete vigías muertos. Me quedé allí de pie, recuperando el resuello, cuando Cay se giró hacia Antonia.

—Encuentra a Neferet —pidió—. Deprisa, ¡y dile que traiga su maletín!

Lo miré sorprendida. Ninguno de nosotros estaba herido.

—No creo que les sirva para nada —dije, señalando los cuerpos de los vigías que estaban en

el suelo.

—No es para ellos. Es para ti —replicó Cay, agarrándome por los hombros y obligándome a mirarlo—. Quizás todavía no sea demasiado tarde...

—¿Tarde para qué?

—La cicuta.

—Cay...

—Aeddan, encuentra algo para que pueda sentarse.

Aeddan tiró del altar de mármol y lo tumbó. Cayó pesadamente, y las balanzas y la pluma chocaron contra el suelo con estrépito.

—¡Cay! ¡Aeddan! ¡Basta! —me zafé de las manos de Cay cuando intentó hacer que me sentara—. ¡Antonia, quédate aquí!

Se quedaron quietos de golpe, todos me miraban como si pudiera romperme en mil pedazos.

—Estoy bien —aseguré.

Antonia frunció el ceño.

—Pero la cicuta...

—No he bebido cicuta —bufé—. El médico del senador mandó una copa de vino a mi habitación cada noche para ayudarme a dormir. Pero tuve unas pesadillas tan terribles la primera noche, que, después de eso, cada noche eché el brebaje por la ventana.

Cay me miró.

—No te bebiste el vino.

Me encogí de hombros.

—No quería parecer maleducada.

Cay se echó a reír y me abrazó con fiereza.

—He decidido que me quedaré con mi buena cerveza de Prydain de toda la vida —dije con la voz ahogada contra su pecho—. Vosotros los romanos ponéis demasiadas cosas raras en el vino.

Cay me soltó, riendo.

—Muy bien —repuso—. Lo celebraremos con un una gran jarra espumosa de ese brebaje cuando todo esto acabe, pero ahora ya tardamos en irnos de este lugar.

Se movió con agilidad hacia la puerta que llevaba de vuelta a la casa y la abrió de par en par, escudriñando para ver si había alguno de los esclavos de la *domus*. Parecía que el camino estaba despejado.

—Limpiaos la sangre de las sandalias con la capa de este —dijo apuntando a uno de los vigías muertos—. Vamos.

Antes de que saliéramos de la habitación le puse una mano en el brazo.

—Cay, lamento lo de tu padre —afirmé.

—No. —Sacudió la cabeza, pero pude ver el enfado (y el dolor) en su mirada—. Yo soy quien tendría que lamentarlo, Fallon. Tendría que haber creído a Kass. Y tendría que haberte contado sus sospechas, maldita sea. Pero en lugar de eso dejé que el amor hacia mi padre me cegara y nos puse a todos en peligro. Aeddan tenía razón.

Desvié la mirada hacia Aeddan, que me la devolvió con una cruda justificación en los ojos.

—¿Sabías que lo sabía?

—Me vino a buscar en cuanto llegamos aquí. Al principio yo no quería escucharle, pero tenía razón. —Cay hizo un ademán con la cabeza hacia Aeddan—. Y fue leal. Ahora mismo ha venido por mí antes de ir a buscar a esos matones de los Hijos de Dis. —Volvió a mirar hacia los vigías muertos que había en el suelo—. Solo agradezco que estuviera con Antonia cuando Aeddan me encontró... Esta chica es un arma andante.

Antonia lo saludó como si nada con su mano desarmada cuando acabó de limpiar la sangre de su acero curvado.

—Sea como sea —continuó Cay—, mientras mi padre crea que Aeddan todavía es leal a su orden, entonces tenemos una ventaja. Quizás pueda acercarse a Aquila, y eso podría ser muy útil.

Pensar en acercarme siquiera un poco a Poncio Aquila me hizo sentir un escalofrío que me recorrió entera, pero Cay tenía razón. Y yo debía una disculpa a Aeddan por todo lo que había dicho y hecho. Unas cuantas, quizás.

Cay se escabulló por la puerta de ébano hacia el pasillo y lo seguimos cuando echó a correr dirigiéndose hacia los establos, donde el resto de mis compañeras gladiadoras nos esperaban con los caballos ensillados y un carro de guerra dorado al frente y preparado. Elka soltó una risita al darme una armadura completa que era una copia exacta del atuendo ceremonial de guerra de Victrix que había llevado durante los Triunfos de César.

—¿Obra de Charon? —pregunté.

Elka asintió.

—Ese hombre sin duda tiene contactos en el gremio de artesanos.

Entonces ella y Gratia me ayudaron a ponerme la armadura. A nadie le cabría ni la menor duda de quién era yo cuando recorriéramos la ciudad hacia el norte por la Vía Clodia. Todo el camino hasta las puertas del Ludo Aquilea. Nuestra destinación y nuestro destino.

Mientras cabalgábamos, nos desplegamos en abanico en formación V: Victrix en su carro, seguida por dos alas de compañeras guerreras, montadas en nobles corceles, con los penachos de los yelmos ondeando, las capas flotando a nuestra estela, armas y armaduras brillando. Presentábamos un espectáculo magnífico, digno del friso de mármol que coronaba las puertas del ludo, mientras cabalgábamos entre la multitud que recubría las calles de la ciudad, esperándonos.

Se abrían ante nuestros caballos como hierba alta ante el vendaval de una tormenta.

Y vitoreaban.

Cay llevaba las riendas de mi carro y mientras conducía, con la cabeza descubierta y erguido, su rostro lucía una expresión adusta. Yo también llevaba la cabeza descubierta, y estaba de pie detrás de él con las piernas separadas. Llevaba mi yelmo bajo el brazo y me había dejado el pelo suelto para que ondeara a mi estela. La muchedumbre me reconoció al instante por mis victorias y empezó a arrojar ramas de laurel bajo las pezuñas de los corceles que tiraban de mi carro. Algunas personas reconocieron a Cay como el atractivo y joven decurión que había saltado la barrera para levantarme del suelo en un apasionado beso tras mi victoria triunfal. Si antes pensaban que las gladiadoras aquileas eran rebeldes de la calaña de Espartaco —una panda de insurrectas que temer y odiar—, esa impresión de desvaneció al instante. Pude sentirlo.

No éramos rebeldes ni renegadas.

Éramos heroínas desafiantes de camino a reclamar lo que era nuestro.

Y una vez llegamos allí les dimos un espectáculo que no olvidarían jamás. Mientras recorríamos la Vía Clodia la multitud nos siguió y aumentó a cada paso, un desfile hecho festival. Cuando llegamos, la muchedumbre se había congregado en los campos y en las gradas, bajo los toldos de rayas y las banderas que ondeaban bajo la brisa nocturna, y rugieron una aprobación loca. Cuanto más nos acercábamos a la arena más podía sentir la sed de sangre que llenaba el aire, más cargado que nunca. Incluso durante los Triunfos. Se me pegó a la piel y me hizo sentir por un instante como si me estuviera ahogando. La muchedumbre era la única razón que nos había permitido ingeniar ese desafío, pero no era la razón por la cual yo luchaba. No era para quien yo luchaba. Yo luchaba por las chicas que cabalgaban conmigo. Yo luchaba con ellas.

Esa lucha no era para nadie más que nosotras mismas.

Otra oleada de gritos y vítores llegó al cielo, resonó en las colinas distantes y sacudió los mismísimos muros del Ludo Aquilea ante nosotras. Poncio Aquila no tendría más opción que mandar a la mayoría, si no a todos sus gladiadores, tanto hombres como mujeres. Si él y sus luchadores se mantenían escondidos tras esos muros no me cabía ninguna duda de que la muchedumbre irrumpiría ultrajada en el ludo por haberles negado su espectáculo sangriento. Como mínimo, él y Nyx y todo su contingente del Ludo Amazona se convertirían en poco más que el hazmerreír. No habría más munera para los Hijos de Dis —no por parte de Aquila, a fin de cuentas—, y él perdería cualquier influencia que hubiera podido tener en los círculos políticos de la República. Sonreí para mí misma. La muchedumbre no lo sabía, pero eran nuestra arma más potente para conseguir que los Hijos de Dis perdieran su poder. Quizás conseguirían ver el derramamiento de sangre que tanto deseaban, pero juré a Morrigan que no sería como ellos esperaban.

Por lo que a mí respectaba, se podían ahogar en la sangre que derramáramos.

Cuando por fin el sol empezó a hundirse en las lejanas colinas, pintando la arena de púrpura bajo el crepúsculo, centenares de antorchas llamearon llenas de vida. Los rugidos de la muchedumbre fueron como los vendavales de una tormenta de verano, retronando en oleadas a través de los campos para aporrear los muros del ludo y volver hasta las gradas improvisadas. Las colinas ondulantes que enmarcaban el lago por ambos lados recogían el ruido y hacían eco de los rugidos: «¡Victrix! ¡Victrix!», y conseguían dar la impresión de que la multitud de espectadores era todavía mayor que cuando luché durante los Triunfos en el Circo Máximo.

Sus gritos sacudieron mis huesos.

Incluso mientras mi hermana andaba hasta ese campo de batalla en mi lugar.

Vestida con mi armadura de Victrix.

## XVII

Yo yacía en la base de un bote que se abría paso en silencio por las aguas del Lago Sabatino, a media milla del Ludo Aquilea, escuchando el tenue y amortiguado rugido de la multitud. Alargué la mano en busca de la de Cay. Sus dedos, largos y fuertes y llenos de duricias, agarraron los míos y me miró brevemente, sus claros ojos de color avellana brillando en la oscuridad sembrada de estrellas. Hacía rato que el sol se había puesto, pero había tantas antorchas ardiendo en la arena improvisada ante el ludo que el cielo del sureste parecía incendiado.

Aun así, agradecí que fuera la noche previa a la luna nueva. La oscuridad general haría más sencillo que Sorcha, que llevaba mi yelmo de Victoria, se hiciera pasar por mí. Y con un poco de suerte también serviría para ayudarnos a infiltrarnos en el Ludo Aquilea desde el flanco que da al lago.

Había sido estrategia de Arviragus —una que me había sugerido cuando le expliqué, mientras estábamos en Córcega, mi idea de retomar el ludo—. Algo que él había aprendido de su tiempo de lucha contra Julio César en los bosques de la Galia: jamás comprometas todas tus fuerzas en un único ataque frontal. A lo que estrategias concernía, ciertamente no era revolucionaria por su innovación; por otro lado, Poncio Aquila no era militar, y no pude más que desear que no tuviera los instintos de estrategia necesarios para convertirse en uno. Con el gigantesco espectáculo que habíamos orquestado delante del ludo, yo contaba —esperaba, rezaba— que él hubiera destinado todos, o al menos la mayoría, de sus elementos defensivos para lidiar con los tigres rugientes que clavaban las zarpas en su puerta principal.

Lo que dejaría la puerta trasera abierta para las ratas silenciosas y furtivas.

Todo había ido según el plan, de momento.

Una vez nuestro contingente de gladiadoras hubo llegado al campo de la arena, nosotros enfilamos nuestro camino a través del gentío, directos hacia el pabellón que Charon había mandado construir para nosotros al sureste de la arena improvisada —un espacio de espera donde las combatientes se podrían preparar para el espectáculo inminente, lejos de la muchedumbre chillona—. Sorcha había estado esperando en el interior de esa tienda desde antes del alba, y ella y yo habíamos ido directas al tajo y sin charlar mucho. Me sacudí el peto de la armadura y el *kilt* de batalla, mis perneras y brazaes y yelmo, y le ofrecí mis armas características: mis espadas *dimachaerus*.

Sorcha era solo un poco más alta que yo, y con el yelmo crestado de Victrix en la cabeza oscureciéndole la mayor parte del rostro bajo la visera decorada nadie sería capaz de detectar la diferencia. Incluso yo casi me sentí como si me estuviera mirando en un espejo una vez se hubo colocado el yelmo en la cabeza.

Por lo que a mí respectaba, me peiné el pelo hacia atrás en una trenza rápida y tosca, la escondí debajo de una cofia de fieltro deshilachada y me envolví en una amplia capa de sirviente. Sentadas en taburetes plegables a nuestro alrededor, las otras gladiadoras aquilea se veían magnificentes con las armaduras y las armas que la abundante riqueza de Charon les había proporcionado. Acompañarían a mi hermana al campo de batalla como si ella fuera yo. Todas ellas, Ajani y Elka incluidas, aunque la segunda había protestado con amargura. Sin embargo, hasta ella tuvo que admitir que de hecho parecería raro si la «doncella de escarcha» de Victrix — tal y como, al parecer, Elka había pasado a ser conocida por la plebe— no estaba a su lado para la batalla.

Y así, mientras mis hermanas gladiadoras luchaban con honor a «mi» lado, en realidad Cay y Quint y yo nos encargáramos del trabajo más sucio: el trato doble.

—Esto es muy raro —susurró Sorcha mientras envainaba mis dos espadas a sus caderas para que reposaran con comodidad. O con tanta comodidad como era posible para alguien que no estaba acostumbrado a llevarlas.

—Limítate a dejar que te desarmen de una espada tan pronto como puedas sin que parezca intencionado —dije—, y luego tendrás toda la ventaja que necesitas en la batalla.

—Quizás no tenga que dejar que me desarmen —repuso, desenvainando un acero con la mano izquierda y haciéndolo rodar en su palma con cierta torpeza—. ¡Quizás se me caiga este maldito trasto solo intentando sujetarlo!

Contuve una sonrisa indulgente porque vi muy claro que Sorcha estaba realmente —y eso era algo que no me esperaba— nerviosa. Con lo que yo contaba era que una vez ella estuviera en la arena, mi leyendaria hermana guerrera recordaría quién —y qué— era y todo iría bien. Nuestra estrategia dependía por completo de este engaño. Nyx me conocía. Sabía cómo luchar contra mí. Sabía cómo vencerme.

Nyx esperaba que fuera yo quien pisara la arena.

Y exactamente por eso iba a perder.

Una vez Sorcha empezara a luchar a su manera —la manera en la cual se había reinventado a sí misma para luchar después de su lesión en la arena que había acabado con su carrera— destruiría a Nyx. De un modo que yo jamás podría esperar hacer. Y mientras lo hiciera yo estaría atareada recuperando el ludo, tal y como había prometido. Con ese fin, era hora de poner en marcha la segunda fase del plan. Hice un ademán con la cabeza hacia Cay, quien puso una mano en el hombro de Quint. Ambos se pusieron de pie y asieron sus petates de legionario para colgárselos a la espalda, lo que desató una retahíla de sonidos metálicos, pesados y amortiguados mientras se ajustaban las asas a los hombros.

—Hora de irse —anunció.

Quint saludó a Sorcha y a las chicas, pero antes de que tuviera oportunidad de abandonar la tienda, Elka se puso de pie y se colocó delante de él.

—Compórtate ante esa panda de lobeznas amazonas —dijo.

—Lo haré —asintió Quint sin pensar. Y entonces se quedó paralizado, parpadeando como un tonto cuando se dio cuenta de que Elka le había dirigido la palabra de verdad—. Lo... ¿Qué?

—Me gusta que mis hombres tengan la virtud inmaculada —repuso con una risita lobuna al tiempo que alargaba una mano para agarrar el mentón del chico.

—In... maculada.

—Que solo sea yo quien la mancille —continuó.

Luego se inclinó hacia delante y le plantó un beso en los labios, de lleno en la boca abierta y asombrada del chico.

Me mordí la mejilla para evitar deshacerme en un vendaval de risotadas mientras Elka volvía a sentarse, dejando al pobre chico allí de pie, con el aspecto de alguien a quien acaban de disparar, pero no la flecha de Cupido, el dios del amor, sino la de Diana, la Cazadora. Y un carcaj entero.

Antes de que las otras pudieran hacerle pedazos con más bromas, Quint agachó la cabeza y se abrió paso para salir de la tienda. Cay lo siguió. Yo esperé tanto como pude soportar, abracé a mi hermana, me coloqué un cesto vacío en el hombro para poder esconder mi rostro y también salí de la tienda. Nadie me miró dos veces mientras enfilaba mi camino a través del gentío, siguiendo los penachos de los yelmos de Cay y Quint. Nadie buscaba a Victrix en el cuerpo de una humilde esclava. Una vez llegamos al perímetro exterior donde ya no había gente, me deshice del cesto y los tres echamos a correr en dirección a la carretera que daba la vuelta hacia el este y conducía hacia las opulentas villas del otro lado del Lago Sabatino.

Cuando llegamos a las puertas de una villa particularmente grande, el eunuco musculado que habían mandado a atendernos se horrorizó cuando le pedí audiencia con Cleopatra. Tuve suerte de que el nombre de Sorcha pesara más que el mío. Le expliqué en qué situación estábamos —tan concisamente como pude— y el jefe de la guardia de la reina egipcia gruñó y se quejó, pero finalmente nos dirigió hasta un *triclinum*, donde teníamos que esperar a su Real Majestad.

Mientras los cielos empezaban a oscurecerse yo comencé a temer que mi plan se descubriría si no la veíamos pronto. Y entonces unas puertas doradas que teníamos lejos se abrieron y Cleopatra entró cruzando el suelo de mármol a grandes zancadas; sus sandalias con cuentas doradas abofeteaban un tatuaje de guerra al caminar. Cleopatra, al parecer, se moría por una saludable dosis de venganza en nombre de Sorcha.

—¡Muerta, me dijeron! —exclamó enojada—. Cuando mandé a mis doncellas al ludo para que llamaran a tu hermana para que viniera a visitarme. Muerta en una revuelta que tú condujiste, pequeña.

—Pero vos no lo creísteis, ¿verdad? —preguntó Cay con deferencia.

Cleopatra se echó a reír y se lanzó sobre un sofá dorado haciendo un ademán para que nosotros nos sentáramos también.

—Viendo de alguien que sí ha intentado matar de verdad a su hermana, y en más de una ocasión. Ni por un instante. —Se giró hacia mí—. No hay nada de eso en ti. Sé lo mucho que amas

a SORCHA. Yo misma casi la quiero tanto. Y por eso, todo cuanto me pidas, por su propio bien, lo tendrás.

—Un bote, Su Alteza —repuse con ansiedad, encaramada al borde de una silla de ébano tallada—. Eso es todo. Solamente un bote que nos permita cruzar el lago sin que nos vean.

—¿Un ataque furtivo? —preguntó la reina, inclinándose hacia delante en su sofá y agitando su pie enfundado en una sandalia hasta ponerlo en el suelo—. Pero solo sois tres.

—Hay más de los nuestros dentro del ludo. —Le hablé de las hermanas gladiadoras que había dejado atrás. Y de las Amazonas que Charon había «vendido» en el ludo—. Todo lo que tenemos que hacer es llegar hasta ellas y liberarlas.

—¡Suena emocionante! —Los oscuros ojos de Cleopatra brillaban peligrosamente—. Por supuesto, podéis usar uno de mis botes. Tomad mi barcaza, si queréis. Y mis hombres, aunque no hay demasiados y casi todos son gordos y vagos como aquí mi eunuco Sennefer. —Hizo un ademán hacia el guardaespaldas eunuco—. Pero apruebo esta aventura en nombre de César.

—Bueno... quizás no sea tanto una aventura sino una peligrosa locura —admití.

—Tal vez debería venir con vosotros...

—¡Ni hablar! —estalló el eunuco, totalmente en contra y con el rostro poniéndosele morado.

Cleopatra puso los ojos en blanco.

—Sennefer no tiene sentido de la aventura.

Tal vez no, pensé, pero me alegraba. Si bien sospechaba —por lo que había oído de muchas fuentes distintas, incluyendo a César mismo— que Cleopatra seguramente era más que capaz de matar a un enemigo con veneno o con un cuchillo inesperado en la espalda en una fiesta durante la cena, no me complacía la perspectiva de utilizar sus encantos letales esa noche. Lo que estaba por venir era caótico y peligroso... y sucio. Para ser sincera, si hubiera podido matar a Nyx sin tener que mirarle a los ojos primero habría aprovechado la oportunidad, pues sabía que, bajo las mismas circunstancias, ella sin duda no habría tenido la cortesía de darme unos golpecitos en el hombro para que me enterara.

Pero aquello era mi trabajo. No el de la reina.

Fuera como fuere, Cleopatra se rindió casi de inmediato, encogiéndose de hombros.

—Sí tiene, sin embargo —continuó—, algo de razón. Soy la hija de los dioses y, como tal, probablemente debería dejar tan robusto derramamiento de sangre a manos de los que estáis entrenados en esas artes.

Hice una reverencia y me puse de pie para ponernos en marcha rápidamente.

—Espera. —Cleopatra me detuvo antes de que pudiera irme—. No tendrás intención de salir vestida de ese modo, ¿verdad?

—Esto... —Miré la túnica de lino lisa y las sandalias que llevaba—. Le di mi armadura a SORCHA para que pudiera luchar en mi lugar.

—Bien. —La reina arrugó la nariz—. Esto no puede ser de ninguna de las maneras. Sennefer, ve.

Sennefer puso los ojos en blanco, pero pareció saber de qué hablaba su señora, aunque yo no tuviera ni idea. Abandonó la habitación por una puerta de servicio pintada con escenas de una regia fiesta de caza. El baúl de madera con el que volvió, cuando lo abrió a mis pies, me ofreció

una visión que hizo que mi corazón de guerrera se hinchara de deseo y deleite.

Una armadura. Una gloriosa armadura. Hecha para una reina. O para una princesa cantii.

—En algunas ocasiones le he hecho regalos a tu hermana —explicó Cleopatra, claramente encantada con mi reacción—. Pero esta vez tengo algo para ti, Fallon ferch Virico. Tenía que ser un regalo para tu primera lucha en la arena bajo el estandarte del Nova Ludo Aquilea. La que, supongo, técnicamente es esta. O lo será si ganas. De modo que, por favor, acéptala. No soporto desaprovechar los regalos.

Mientras Cay y Quint me ayudaban a abrocharme la nueva armadura, Cleopatra tenía otro regalo para mí.

—Sinceramente, lamento que tú y mi querida Sorcha os hayáis encontrado enredadas en las redes tejidas para atrapar a César —afirmó mientras se ponía de pie y caminaba hacia un joyero que parecía un cofre y que reposaba encima de una mesa, en un rincón de la sala. Era casi tan grande como el baúl que yo tenía en la celda del ludo, el que contenía todo aquello de valor que me pertenecía—. Y sé —continuó— que si él estuviera aquí mi señor estaría tanto orgulloso como agradecido por ti, Fallon. Pero como él no está, permíteme este acto en su nombre. —Hurgó un momento en el cofre y sacó un collar de plata y mayólica, la elegante cabeza de una leona—. Esta —dijo sonriendo— es Sekhmet. Una de mis diosas, y muy parecida (si no me equivoco, con lo que me ha contado tu hermana) a vuestra propia diosa, Morrigan.

La reina me abrochó el colgante al cuello y pude sentir la fría plata calentándose casi al instante contra mi piel en cuanto lo metí debajo de mi nueva armadura.

—Ella era la adversaria de Anubis, quien sería el semejante de Dis —prosiguió—. Ella es sabia y bondadosa y tierna... y despiadada.

Miré a Cleopatra a los ojos y vi un brillo oscuro e implacable en su mirada.

—Ahora —concluyó con su aterradora sonrisa—, ve a por esos bastardos.

Sennefer nos escoltó hasta el muelle del lago.

—No puedes llevarte su barcaza —afirmó.

—No necesito su barcaza —coincidí.

—Y no puedes llevarte a sus soldados.

—No quiero sus soldados.

—Bien. —Se detuvo de golpe y me miró con expresión grave—. La reina no lo ha pensado así —comenzó—, pero ella está en tan grave peligro como cualquiera de vosotros. Y por los mismos hombres. Se esconden entre las sombras, rezan a dioses oscuros para obtener poder, susurran y conspiran en los salones de los políticos, y utilizan la sed de gladiadores que tiene el populacho contra sus señores... y todo con un único objetivo: derrocar a César. Ya lo sabes. Sin embargo, si lo consiguen, si el gran general tropieza desde tan alta cumbre, entonces Cleopatra no tendrá amigo alguno aquí en la tierra de los romanos. Odian a las mujeres. Odian a las mujeres poderosas. La odian a ella por encima de todas.

Pensé en ello un instante y supe que era cierto. Los optimates veían a Cleopatra como una vil seductora extranjera. Una fulana bárbara que rezaba a dioses falsos y tentaba a César para que

pensara que él mismo era uno de esos dioses. Al menos, así sería como relatarían las cosas si jamás llegaba el momento de tomar partido contra ella.

—Cuidala, Sennefer —le pedí—. Tanto como te deje.

El hombre suspiró.

—Siempre lo hago, señora. Que Osiris mantenga cerradas para vosotros las puertas de su reino infernal. Tanto tiempo como pueda.

Se giró y encajó muñecas con Cay y Quint, y nos dejó al borde del agua. En un muelle lejano vi un barco que usamos durante nuestra naumaquia para la reina, con su mástil partido todavía emergiendo en el centro como el tocón de un árbol caído. Parecía que fue ayer cuando hicimos todo ese absurdo espectáculo, pero no era así. Hacía una eternidad de aquello. La eternidad de Leander. De Meriel. Probablemente Tanis y Lydia también se habían ido. Tal vez algunas otras del puñado de chicas que no consiguieron salir del ludo aquella noche.

Escogimos una embarcación pequeña y de líneas puras, baja y pintada de azul oscuro. Cay y Quint cargaron sus petates en la barca, y yo subí y me agaché tanto como pude. Los remos estaban bien engrasados en las chumaceras y apenas se oyó un crujido ni una salpicadura cuando zarpamos por las negras aguas del Sabatino. A medida que nos acercábamos a la orilla, donde los muros del ludo se alzaban ante nosotros, el ruido de la multitud congregada en la arena que había más allá fue como el rugido de las olas del océano. Los oscuros cielos estaban iluminados por multitud de antorchas llameantes que arrojaban luz al espectáculo que estaba a punto de empezar. Sentí que el corazón me latía como un tambor de guerra en el pecho mientras la quilla llana de nuestro bote chocaba serpenteando en la orilla arenosa, y saltamos por la borda.

Ya en la playa, vi la segunda embarcación de nuestra naumaquia amarrada en un pequeño muelle que emergía hacia el agua. Se me ocurrió entonces que quien fuera su propietario —uno de los patricios obscenamente ricos que tenía una villa cerca de la de Cleopatra— debía de ser un amigo cercano de Poncio Aquila. Y era más que probable que también fuera uno de los Hijos de Dis. Me pregunté hasta dónde llegaban realmente sus espinosas raíces bajo Roma.

—¿Ahora hacia dónde? —preguntó Cay en un susurro.

Les hice un ademán para que me siguieran y eché a andar por la playa. Solamente había un portón construido en el muro alto y liso coronado por piedras dentadas. Sin embargo, esa no era la única manera de entrar. Tan irritante como encantador, cuando se trataba de puertas cerradas, Leander había demostrado ser muy útil. Para Nyx y ahora para mí. Ella lo había usado para salir de la casa aquilea en la ciudad. Y yo ahora lo usaría, con gratitud, para entrar en el mismo ludo.

—Aquí —susurré a Cay y a Quint—. Hay una puerta de servicio tallada en esa roca que lleva hasta las bodegas y despensas, unidas por un túnel a la cocina. Leander me lo describió en Córcega.

Era la puerta a través de la cual Thalestris había conseguido escapar —junto con mi hermana cautiva— esa noche terrible. Dudé que ni siquiera Nyx supiera de su existencia. Recé a Morrigan para que no la conociera. O, si la conocía, que no hubiera pensado en sugerir a Aquila que colocara algún guardia allí. Aunque no importaba. Era nuestro único modo de entrar, con guardia o sin él, y era por donde iríamos, porque yo no solo tenía el conocimiento de Leander acerca de la puerta, sino que también tenía su llave. La había cogido de un cordel de cuero que él llevaba

colgado del cuello antes de que lo enterráramos.

Susurré un agradecimiento mudo a su espíritu y deseé que el más allá donde había ido a parar fuera un lugar agradable y lleno de risas y de amor... o, al menos, de mucho coqueteo. Pensar en la sombra de Leander abriéndose paso con encanto a través de un grupo de espíritus femeninos llenos de admiración esbozó una sonrisa fugaz en mi rostro.

Se desvaneció en cuanto traspasé la puerta abierta hacia un túnel oscuro y de piedra áspera que me recordó muchísimo a las catacumbas bajo la Domus Corvinus. Sennefer nos había dado unas pequeñas linternas de viaje —lámparas con pantallas de cristal oscuro para proyectar un fulgor sombrío suficiente para que nos pudiéramos abrir paso por el corredor sin rompernos la crisma al tropezar por el suelo irregular—. Después de lo que parecieron horas, llegamos al otro lado, a una cocina desierta. Con suerte, el resto del edificio estaría igual de vacío, con todos sus ocupantes arriba en el muro o en la arena.

Ya sabíamos que la treta de Charon había funcionado bastante bien y que las chicas amazonas que había «vendido» a Poncio Aquila todavía estaban en el ludo. Al parecer, Nyx se había mostrado bastante complacida ante la perspectiva de toda una nueva horda de chicas a las que acosar y zurrar hasta que se sometieran. Razoné que lo más probable era que las tuviera encerradas en algún lugar donde pudieran controlarlas, pero donde estuvieran aisladas entre ellas. Así sería si habían aprendido algo de haber encerrado a todas las gladiadoras aquileas juntas en la enfermería antes de que nos escapáramos con éxito.

Mi presentimiento resultó ser correcto, por desgracia para el guardia que habían apostado en la entrada principal de las habitaciones de las gladiadoras.

Una vez dentro, descubrimos que habían instalado cerrojos nuevos en el exterior de las puertas de todas las celdas del ala que había sido nuestro hogar. En todas las puertas excepto una, al parecer. Cuando llegué empujé con la punta de un dedo mi propia puerta para abrirla lentamente. La habitación diminuta estaba vacía y tal y como yo la había dejado... a excepción de una cosa. Mi lámpara del juramento. La había puesto en el medio de mi camastro a modo de mensaje para Nyx. No había ninguna duda de que había recibido el mensaje. Y lo había entendido. No quedaba nada del objeto delicado y de cristales coloridos, solo añicos esparcidos por el suelo. A pesar de la destrucción de una de mis posesiones más preciadas, me descubrí sonriendo gravemente. Cerré de nuevo la puerta sin hacer ruido y me giré hacia Cay y Quint.

—Abrid las puertas —dije en un susurro—. Liberadlas.

Uno por uno, descorrimos todos los cerrojos para abrir las puertas de las celdas y las chicas aquileas y las amazonas que Charon había introducido clandestinamente salieron al pasillo. Kallista, mi decidida y joven pescadora, hizo un breve recuento de sus amigas y suspiró aliviada. Yo hice otro rápido recuento de las mías y descubrí que faltaban chicas, Lydia y Tanis entre ellas. Pero cuando la última puerta se abrió, y Damya salió pesadamente al pasillo, casi grité de alegría al verla. Tenía un aspecto pálido y demacrado —como si no le hubieran dado de comer—, pero tenía los ojos claros y su mirada se agudizó como el hierro afilado cuando me vio.

Recorrió la mitad del pasillo y me envolvió en un abrazo de osa que me crujió antes de que tuviera oportunidad de decir nada.

—¡Lo sabía! —dijo en un susurro fiero—. Sabía que volverías.

—Damya...

—Esa pava estúpida de Tanis. Se equivocaba, ¡lo sabía!

—¿Dónde está? —pregunté, zafándome del abrazo extremo—. Tanis.

Me daba miedo que me dijera que Tanis estaba muerta.

—Está con ellos. —La boca de Damya se retorció cuando escupió en el suelo—. Con ella...  
Nyx. Se vendió muy barata, ya te lo digo, como si todavía fuera una esclava.

—¿Qué hay de Lydia?

El rostro sincero y claro de Damya se volvió pétreo.

—Lydia todavía está en la enfermería. Heron dice que está «inconsciente», pero no creo que sepa siquiera qué le pasa de verdad. Solo está allí tumbada.

Hice una mueca al recordar cómo el látigo de Nyx había abierto el perfil del rostro de la pobre chica. Tal vez le destrozó también el alma. Miré a mi alrededor hacia las otras chicas del ludo.

—Dos más, Persis y Marcella, están muertas —informó Damya.

Sentí que el corazón se me encogía.

—¿Qué pasó?

—Nyx se aburrió de esperar a que Aquila empezara a matarnos. De modo que echó a esas dos al patio una noche para que lucharan contra uno de los gladiadores de Dis. —Damya sacudió la cabeza al tiempo que esbozaba una mueca—. Ese hombre era casi tres veces más grande que ellas, y era evidente que no quería luchar más de lo que querían las chicas. Pero tampoco pretendía morir.

Cerré los ojos contra el enojo y la tristeza que sentía.

—Las chicas hicieron enorgullecer a Lady Aquilea —continuó—. Ese gladiador va a tener que aprender a sujetar una espada sin un pulgar. Y ya no le llamarán a los aposentos de las matronas romanas para entretenerlas.

—Bien por ellas —repuse, ahogándome en una risita que era a medias un sollozo.

—Sí —asintió ella—. Esa fue la última estocada del acero de Marcella, pero fue digna de una gladiadora aquilea. Él la abrió en canal antes de que la pobre pudiera recuperar el aliento. Luego se llevaron sus cuerpos para enterrarlos y ya no las vi más.

Para enterrarlos. Recé a Morrigan para que su fin hubiera sido ese. Por retorcida que fuera Nyx, me costó imaginármela participando en ese tipo de rituales grotescos de sacrificio que perpetraban los Hijos de Dis. Sentí un escalofrío. Y luego sentí que ardía.

Un rescaldo de ira de pronto se prendió en mi corazón. Este. Este es el destino que Poncio Aquila quiere para mis hermanas, pensé. Este era el motivo por el cual íbamos a detenerlo. A acabar con él. Con hombres como él...

Hombres como el padre de Cay.

Aparté la mirada de Damya y vi que la de Cay estaba clavada en mi rostro, sus brillantes ojos de color avellana estaban sembrados de nubes de tormenta. Me di cuenta de que me había leído el pensamiento y me dolió el corazón por él. Me pregunté si jamás sería capaz de perdonarme por lo que estábamos a punto de hacer. Pero mientras me miraba vi que su boca se endurecía hasta formar una línea implacable. Asintió brevemente, una sola vez, y luego me hizo un ademán para

que abriera la marcha.

Solo deseé que su padre no fuera capaz de leerme la mente tan bien como lo hacía su hijo. Sin embargo, en el momento en que pusimos los pies en el patio, eso fue exactamente lo que pasó. A pesar de nuestro sigilo y subterfugio, a pesar de la distracción del espectáculo que tenía lugar fuera de los muros del ludo, parecía que el senador Varro nos había estado esperando. Pues ahí estaba él, enfundado en su armadura de cuero negro y con la espada en la mano. Y un destacamento de los gladiadores de Dis a sus espaldas.

## XVIII

—Sabía que pasaba algo. —Una sonrisita de autosatisfacción se dibujó en el rostro del senador Varro—. Verás, tú, Fallon... tú jamás luchaste como si jugaras a ganar tiempo.

Lo había descubierto. Sus agudos ojos militares le habían dicho que no era yo quien luchaba con la armadura de Victrix.

—Atrapadles —dijo a sus guardias—. O matadlos.

Su mirada se desvió hacia Cay y luego se apartó de nuevo.

Entonces se giró y echó a andar a grandes zancadas; sus hombres no perdieron un segundo y fueron directos al ataque. Cay esquivó y echó a un lado al primer hombre que encontró, se giró un momento y espetó:

—¡Vamos!

Luego él y los otros se movieron para abrirme paso.

Solté una maldición al tiempo que pisoteaba con el talón el rostro del luchador de Dis que acababa de mandar al suelo. Se quedó inerte y pasé por encima de él al echar a correr detrás del senador. Si ese hombre se las arreglaba para llegar hasta Aquila, todo estaría perdido. Absolutamente todo.

Corrí precipitadamente por el patio hasta el pequeño cercado de los establos, y recibí en el estómago el embate del mango de una horca. Me caí al suelo, resollando, y las espadas se me cayeron de las manos. Me había tendido una trampa, me había atraído hasta allí para alejarme de los otros, escondido detrás de una pared, al acecho.

Se agachó y me levantó. Por el cuello.

Los dedos de Varro se cerraron alrededor de mi garganta, apretando con fuerza. Lágrimas abrasadoras corrieron por mis mejillas mientras luchaba, clavando las uñas en sus muñecas musculosas, dando patadas en el aire como una desesperada en cuanto me levantó del suelo. La sangre rugía en mis oídos mientras intentaba respirar, pero era inútil.

—Luché contra Espartaco y sus malditos rebeldes, niña —siseó Varro—. Mis legiones los cortaron como si fueran espigas en un campo de trigo. No sois nada contra el poder de Roma...

—¡Padre! —oí que Cay gritaba con la voz airada—. ¡Suéltela!

Sin embargo, Varro estaba demasiado decidido a arrancarme la vida para oír el grito de su hijo. No pareció darse cuenta de que ya no estábamos solos en el cercado del establo hasta que

Cay lo embistió con el hombro y le hizo perder el equilibrio. Con un rugido de rabia ante la interrupción, Varro se giró y me tiró por los aires. Dejé de ver el pecho acorazado de Cay y aterricé en el suelo con un grito ahogado. Me sentía casi como si me hubieran arrancado la cabeza. El aire que aspiré me ardió en la garganta, seca, antes de llegar a los pulmones, y me tambaleé hasta ponerme a cuatro patas, vomitando saliva ardiente que encharcó el suelo que tenía debajo. Los laterales de mi visión estaban manchados de un gris rojizo.

Intenté pronunciar el nombre de Cay, pero el único sonido que pude producir fue un gruñido áspero. Cuando levanté la cabeza, entre las lágrimas vi que estaba de pie delante de mí, con las piernas separadas y una espada enarbolada en cada puño.

—Hasta luchas como uno de ellos —dijo Varro con desprecio—. Como un gladiador asqueroso. A un verdadero oficial de la legión le daría vergüenza.

—Si usted es lo que se considera un verdadero oficial de la legión, entonces me da vergüenza ostentar ese título —repuso Cay, con el rostro deformado por la amarga decepción y la pena.

En ese preciso instante vi en sus ojos cómo moría todo el amor que todavía sentía hacia su padre.

—Me decepcionas, Cayo. Tu lealtad para con ese aspirante a emperador y sus ramerías gladiatoras te han lavado el cerebro.

—¡Fue usted quien suplicó a César que me concediera mi lugar como decurión!

—Para que pudieras ver por ti mismo, de primera mano, qué tipo de monstruo es.

—¡César no se come los corazones de sus guerreros!

—No, solo los convierte en pedazos de carne temblorosos y asustados. —Varro desenvainó la espada que colgaba a su costado y dio un paso al frente—. Apártate de mi camino, Cayo.

—Sabe que no lo haré.

—Entonces morirás.

El padre de Cay le sacaba una cabeza a su hijo, y aunque se había retirado de la legión casi desde que Cay podía recordar, no cabía ninguna duda de que no había perdido para nada su fuerza ni su habilidad con la espada. Sin embargo, era evidente que nunca antes había luchado contra un gladiador. Y Cay sí. Con dos espadas, al estilo *dimachaerus*, para poder pelear conmigo.

Lo que aprendí en el barco, y en Córcega, es que un legionario estaba entrenado de tal modo que los movimientos ofensivos y defensivos eran automáticos, se hacían sin pensar. Los naturales de la arena estaban instruidos para pensar al momento. Improvisar e innovar. Varro quizás pensara que era una debilidad luchar con semejante falta de disciplina. Yo sabía que, en ciertas ocasiones, era una fortaleza. Y Cay lo sabía también. Lo sabía tan bien que su padre ni siquiera llegó a anticipar que, mientras una de las espadas de Cay detenía una fuerte estocada, la otra se abría camino hasta encontrar el hueco en el lateral del peto de su armadura.

Observé horrorizada cómo, sin dudar un instante, Cay hundió su espada entre las costillas de su padre. Hasta el pomo. Los ojos de Varro se abrieron de par en par y su boca pronunció un jadeo ahogado. La espada se le cayó de la mano, que alargó para tocar el rostro de su hijo.

—Hijo mío... —murmuró, al tiempo que se le enturbiaban los ojos.

—Usted no tiene ningún hijo —repuso Cay con los dientes apretados en una mueca espantosa—. Renuncio a usted y a su nombre y a su sangre. No llevaré a cabo los rituales por usted, viejo

anciano. No pondré monedas sobre sus ojos para el barquero. Irá directo a Hades sin descendencia ni legado, y sin la esperanza de volver a caminar algún día por los Campos Elíseos al lado del espíritu de mi madre.

Varro pronunció un sonido de protesta escañado y amorfo al tiempo que Cay lo apartaba y se quedaba ahí de pie, con la espada ensangrentada en la mano izquierda, para observar impasible cómo el cuerpo de su padre caía con un ruido sordo en el suelo. Cuando Cay se giró hacia mí no había tristeza en sus ojos. Ya no había remordimientos ni pena. Solo una furia que se desvanecía lentamente.

—Fallon..

Corrió hacia mí y se dejó caer de rodillas para agarrarme por los hombros.

—¿Fallon, puedes hablar? ¿Estás bien?

Asentí, todavía tenía arcadas y me costaba respirar. La oscura sombra que tenía en los márgenes de mi visión hacían que pareciera que lo miraba a través de un marco, y todavía no podía hablar. Pero podía ponerme de pie. Y podía luchar.

—Dame... Dame mis espadas, Cay —me las arreglé para decir, por fin, en un feo tono áspero, mientras me ponía en pie con su ayuda. Todavía podía sentir los dedos de su padre alrededor de mi cuello, arrancándome la vida—. Voy a acabar con esto.

—Lo acabaremos juntos —repuso.

Me atrajo hacia sí e inclinó la cabeza para besarme con fuerza en los labios. Entonces, sin mirar una vez más al cuerpo que había en el suelo, recuperó mis espadas de donde se me habían caído cuando Varro me había golpeado con la horca. Me las dio y, juntos, avanzamos hacia las puertas principales del ludo.

Dejando a su padre, y al odio de su padre, muy atrás.

Nos dirigimos de vuelta al lugar donde Quint y Kallista nos esperaban con el resto.

—¿Qué ha pasado con los hombres de Varro? —pregunté.

Quint bufó.

—Parece que estas chicas realmente estaban ansiosas por luchar —respondió—. Todas ellas.

Damya soltó una risita.

—Me gustan —afirmó—. ¿De dónde las has sacado?

—Te lo contaré todo cuando hayamos acabado —repuse—. Vámonos.

Rápidamente y en silencio enfilamos nuestro camino por el patio principal del ludo. Allí nos preparamos para lo que yo esperaba que fuera la escena final del drama. Los ruidos de armas encontrándose traspasaron los muros, pero el ludo estaba casi completamente desierto. Poncio Aquila había presentado todos sus luchadores y él mismo estaba sentado bajo un toldo iluminado con antorchas, elevado encima de una plataforma que se extendía por la pasarela que coronaba las murallas del ludo. La plataforma estaba decorada de tal modo que se podría perdonar a alguien que pensara que era César en persona quien estaba allí sentado. Incluso a tanta distancia pude ver que Aquila estaba rodeado por un grupo de hombres fatuos y aduladores vestidos en togas voluminosas y flanqueado por guardias armados vestidos de negro de los pies a la cabeza. Su

atención colectiva estaba totalmente concentrada en el combate que tenía lugar debajo. Forcé la mirada a través de los puntos que todavía me nublaban un poco la visión y vi que Aeddan también estaba allí arriba, de pie en un lado y vestido con el atuendo negro de los guerreros de Dis. Claramente, Aquila todavía confiaba en él. Me pregunté cómo podía Aeddan soportar estar tan cerca de ese hombre.

Todavía me pregunté más cómo podía Tanis.

Ella estaba allí de pie, con el arco en la mano y el carcaj a la espalda, vestida con una armadura negra, y me embargó una amarga oleada de decepción. Realmente la habíamos perdido, su traición al ludo había sido culpa mía. Le había fallado.

Pero no fallaría a las otras.

Miré hacia atrás por encima del hombro y vi que Danya y las chicas aquileas habían formado detrás de Cay; las amazonas, detrás de Quint. Delante de nosotros, el patio principal se abría hasta el cielo, con nada ni nadie que pudiera interponerse entre nosotros y los portones, que estaban abiertos de par en par, otra muestra de la arrogancia de Aquila. Aunque ¿era realmente arrogancia, cuando sus fuerzas superaban en número las nuestras?

O eso pensaba él.

Estaba bastante segura de que Aquila esperaba que en el momento en que «Victrix» sucumbiera a la peligrosa combinación del violento ataque de Nyx y la cicuta que Varro supuestamente me había estado administrando, las guerreras aquileas perderían todo su aplomo y, o bien huirían del campo de batalla, o bien acabarían con ellas con tanta facilidad como la hoz con el trigo.

Sin embargo, estábamos a punto de decepcionarlo.

Y sería Nyx quien fallaría. Aquello se lo juré a Morrigan.

Hice un gesto a Cay y Quint, y juntos empezamos a movernos. Manteniéndonos al abrigo de las sombras bajo los muros, dirigí a mi grupo de sigilosos guerreros hacia los portones abiertos que nos llamaban. Les hice una señal para que esperaran entre las grandes puertas de roble y sus enormes bisagras de bronce.

Nyx estaba de espaldas al ludo. No habríamos podido llegar en un momento más oportuno.

Crucé la arcada vacía.

Los guerreros, detrás de mí, me siguieron.

Sorcha nos vio allí de pie, enmarcados por las fauces abiertas del portón, como la propia guardia de guerra de Morrigan, liberados de nuestros lazos con las Tierras de los gloriosos caídos y mandados a marchar para ejecutar la venganza de la diosa sobre los indignos. Sorcha alzó su espada en ese instante y retrocedió. Sospeché que Nyx ya estaba furiosa y frustrada por no haber podido matarme «a mí» todavía, y aquello no había hecho más que aumentar su confusión. Y no era la única.

La multitud expresó su confusión y su disgusto junto con ella.

—¡Ven, maldita seas! —rugió Nyx por encima de las voces amenazadoras.

Y entonces Sorcha alzó una mano y desabrochó la hebilla del lateral del yelmo. Se lo quitó de la cabeza y Nyx retrocedió trastabillando como si acabara de ver a un fantasma. Probablemente pensaba que así era. Por lo que ella sabía, Thalestris ya había acabado con la vida de Sorcha, días

atrás, bajo la luz de la luna llena y rodeada por su tribu de mujeres guerreras.

La muchedumbre que había en las gradas no sabía nada de todo eso.

Sin embargo, se oyeron gritos y exclamaciones de agravio cuando la multitud se dio cuenta de que, en definitiva, no era yo quien se escondía bajo ese yelmo. Un silencio confuso siguió y entonces un murmullo de discusión recorrió las gradas y se propagó como el fuego cuando se dieron cuenta de quién había bajo el yelmo. Muchos de ellos —la mayoría de ellos, a juzgar por los gritos— todavía recordaban a Lady Aquilea de sus días en la arena. El público estaba eufórico. Sus vítores eran ensordecedores.

Sin embargo, algo en el interior de Nyx se rompió en ese instante.

Observé cómo se alejaba de Sorcha, sacudiendo la cabeza.

—¡No! —chilló—. ¡No! Esto no tendría que ser así...

—Me decepcionas, Nyx —gritó Sorcha, y su voz inundó la arena y silenció la multitud que vitoreaba un segundo atrás, que contuvo la respiración por los nervios de lo que estaba a punto de pasar—. Pero no es nuevo, siempre lo has hecho.

—¡No voy a luchar contra ti! —El rostro de Nyx estaba retorcido por la rabia y la angustia—. No voy a...

La lanza que salió de la nada cantó al volar. Sorcha la oyó justo a tiempo para abalanzarse sobre Nyx y apartarla de en medio al tiempo que quien la había arrojado —vestida toda de negro, como el resto de los luchadores de Aquila— se abrió paso a grandes zancadas.

«Thalestris».

Sorcha rodó para apartarse de Nyx, quien yacía boqueando y jadeando —pero viva— bajo ella, y se puso en pie de un salto.

—Quizás eres demasiado débil para acabar con esto, *gladiolus* —gritó Thalestris a Nyx, con su voz de graznido de cuervo—, pero te aseguro que yo no.

Cay me dio un codazo en el hombro.

—Dijiste que volvería. Tenías razón.

—No soporto tener razón.

Lo que soportaba todavía menos era que, mientras que Nyx no sabía cómo vencer a Sorcha en un combate, Thalestris —la *Primus Pilus* de mi hermana, la mujer que la había ayudado a desarrollar su estilo único— sin duda sí sabía cómo vencerla. Mi odio se mitigó por el hecho de que a medias había estado esperando que la amazona caída en desgracia apareciera esa noche. Y con ese fin había preparado una bienvenida para ella.

Iba a luchar con fuego contra el fuego.

Con mucho fuego.

—¡Ajani! —grité. Sin embargo, mi voz, ronca por los estragos del intento de Varro, se perdió en el estruendo de la multitud. Quint me puso una mano en el hombro y, en lugar de gritar, hizo sonar su silbato ensordecedor. Yo hice un ademán con las manos por encima de la cabeza y chillé —: ¡Ahora!

En el campo de la arena, y a la espera de mi señal, Ajani alzó el arco y se echó para atrás, apuntando a las estrellas del cielo. Entonces, soltó y disparó una flecha ardiente que trazó una gran arcada en el cielo. Aguantó un instante en la cumbre de su trayectoria, como si ella misma fuera

una estrella más... antes de caer para clavarse en el suelo, justo entre mis dos pies. La saeta se quedó allí quieta y en llamas, y mi contingente de Amazonas corrió hacia delante; todas ellas iban equipadas con una de las cadenas de fuego que Cay y Quint habían transportado en sus petates de legionario.

Kallista y sus hermanas se congregaron alrededor de la flecha de Ajani y prendieron las lámparas que colgaban de los extremos de las cadenas. Entonces cruzaron las puertas del ludo y salieron al campo de batalla, blandiendo sus armas llameantes en grandes círculos rugientes por encima de sus cabezas. La aparición de las amazonas arbolando fuego hizo que los espectadores que estaban en las gradas ardieran extasiados con sed de sangre, mientras las chicas del ludo que recibía el nombre de las amazonas tenían que volverse para enfrentarse a las amazonas de verdad.

Al vernos, las gladiadoras aquileas que me habían acompañado a Córcega lanzaron al cielo el grito de guerra *cantii* y se volcaron de nuevo en el fragor de la batalla con vigor renovado. Ensangrentadas y magulladas, pero en pie. Todas y cada una de ellas. Y ver a Elka —justo en medio de todas ellas— trazando un círculo con su lanza llenó tanto mi corazón como, estoy segura, el de Quint. Él y Cay no perdieron ni un instante para arrojarse a luchar, y yo les dejé hacerlo y desvié mi atención hacia el resto.

La arena improvisada había estallado en un nuevo caos ante nuestra llegada.

Vi a Thalassa y a Kore luchando espalda contra espalda como si fueran pareja en algún baile. Hestia se abrió paso a cortes entre un grupo de guardias de Dis con su hoja de sica, y Gratia acababa de mandar al suelo a una gladiadora amazona que era incluso más grande que ella. Ajani creó una protección de saetas ardientes para quienes la necesitaban, y Antonia blandía con una habilidad devastadora su acero curvado, que se había convertido casi en una parte de ella. El público, mirara adonde mirara, podía encontrar algo que saciara su sed de emoción. En el centro del campo de batalla, lleno de guerreros enzarzados, había un amplio espacio vacío: una arena dentro de la arena donde Sorcha y Thalestris combatían con fiereza.

Eché a correr para unirme a mi hermana y que, juntas, pudiéramos acabar con toda la locura que Nyx y Thalestris habían desatado.

—Eres débil, Sorcha —oí que Thalestris se mofaba con una voz que rezumaba veneno—. Torpe y vieja y medio ciega...

—Mi única debilidad fue confiar en ti, Thalestris —respondió Sorcha—. Mi ceguera fue pensar que eras digna de mi confianza.

La amazona gruñó.

—Jamás fuiste la guerrera que decían que eras.

Sorcha giró hacia la izquierda, protegiéndose contra un ataque por ese lado.

—Tienes razón —dijo—. Jamás fui aquilea. Era Sorcha de los *cantii*. Y ya es hora de que reclame dicho nombre. Y dicho título.

El corazón se me hinchó al oír aquellas palabras, aunque no lo iba a tener fácil. Sorcha conservaba su terreno, pero no estaba ganando el de su oponente. Estaban demasiado igualadas.

Y mi intención era alterar ese delicado equilibrio.

Di un rodeo por el flanco de Thalestris, pero ella no apartaba su concentración de Sorcha. Se limitó a recoger con el pie una red de *retarius* que yacía olvidada en el suelo y me mantuvo a

raya con ella mientras ella todavía blandía su lanza con una sola mano, como si fuera una extensión de su brazo. Ataqué y finté en busca de un hueco en sus defensas, pero Thalestris no tenía ninguno. La multitud abucheó y gritó, urgiéndonos a derramar sangre, pero yo no era más que una sombra para ella. Una mosca zumbona. Apenas una distracción.

De modo que me convertí en su objetivo.

La siguiente vez que blandió su red dejé que atrapara mis espadas —las dos— entre las sogas anudadas. El error fatal de una guerrera joven. De una *gladiolus*... Thalestris estaba acostumbrada a ello y se abalanzó sobre mi vulnerabilidad, con los dientes apretados en una mueca triunfante, al tiempo que estiraba la red hacia delante. Dejé que me hiciera perder el equilibrio y caí en su círculo de alcance. Las gradas improvisadas retronaron y crujieron cuando la muchedumbre rugió como loca y empezó a pegar patadas.

Recé a Morrigan para que mi hermana viera lo que yo había hecho...

Para que fuera lo bastante rápida...

Era mi brillante hermana guerrera. Y no decepcionaba.

Me expuse por completo a una estocada, pero en la fracción de instante en que Thalestris armó el brazo de la lanza, dejé un hueco. Estaba en su flanco defensivo —una abertura que pocos guerreros habrían sido capaces de aprovechar—, pero en su determinación por acabar conmigo había olvidado durante un momento quién era su otra oponente.

Lady Aquilea. Sorcha de los cantii.

Saltó hacia delante, con su estilo descentrado, y cayó sobre una rodilla. Sorcha enarboló de nuevo su espada y arremetió... y la hundió en el espacio bajo el brazo de Thalestris al tiempo que ella apartaba mis espadas para que yo no pudiera alcanzarlas. El cuerpo de Thalestris se combó como el arco de Ajani, arqueándose al recibir la estocada.

De golpe, la multitud enmudeció.

Todos y cada uno de los guerreros se quedaron paralizados en la arena.

—Cuando saludes a tu hermana en el más allá —dijo Sorcha con los dientes apretados—, dile que te he derrotado a ti también. Junto con mi hermana.

Thalestris murió antes de tocar el suelo.

Cuando yo maté a Furia en el primer combate de mi vida, su mirada se había suavizado y sus labios habían sonreído, y la rabia que había albergado toda su vida desapareció. La chica encontró la serenidad en su último aliento. Thalestris fue hacia su muerte aferrando su ira y su odio a su alma. Desafiante hasta el final, no abandonó su venganza, ni siquiera al pasar al otro mundo. Su rostro permaneció helado —como el de una de las máscaras fúnebres de Varro— en un rictus de malevolencia. Un semblante que llevaría durante toda la eternidad en las Tierras más allá de la Muerte. Ni siquiera pude rezar por su paz.

Pero, por fin, había acabado. Para Sorcha. Y pensé que para mí también.

Mi hermana se agachó para recuperar mis espadas y yo alargué una mano para quitarme el yelmo de la cabeza, mientras la multitud vitoreaba enloquecida. Los gritos de alegría se convirtieron en exclamaciones de horror en cuanto una bola de fuego chocó contra el suelo, justo a mi lado. Me agaché para apartarme de en medio de forma instintiva al tiempo que un cometa de calor y humo pasaba rugiendo justo por encima de mi cabeza. Choqué contra el suelo con el

hombro y rodé, luego me puse en pie de un salto y vi a Nyx de pie delante de mí con una de las cadenas de fuego ardientes de las Amazonas colgando de su puño. De algún modo se me olvidó una de las lecciones más importantes que Sorcha me enseñó cuando yo era niña.

«Jamás bajes la guardia hasta que estés fuera del campo de batalla».

Y no había ninguna duda de que yo todavía estaba en él.

Mi hermana me pasó mis espadas y yo le hice un gesto para que se hiciera atrás.

Esa iba a tener que ser mi lucha, solo mía. La gente no lo quería de otro modo. Sin duda, a Nyx le parecía bien. Quizás no quería luchar contra Sorcha pero, como era de esperar, no parecía tener los mismos escrúpulos conmigo. Sentí que el estómago se me retorcía de temor. Todo lo que Nyx era capaz de hacer con un látigo había sido mi perdición todas y cada una de las veces que había luchado contra ella. Verla ahora, con la misma arma convertida en lo que se remontaba a una versión propia del dios de la guerra —un látigo, solo que hecho de metal y en llamas—, fue casi suficiente para hacerme girar y echar a correr.

Y entonces recordé algo.

Igual que Sorcha, yo no tenía que luchar contra Nyx del modo en que lo había hecho siempre.

Allí no había reglas. No había referencias. Nada que me limitara a un arma u otra. Nada más que mis propias decisiones. El resto de la arena había enmudecido; todos los duelos habían quedado reducidos a la quietud. Nyx y yo éramos el foco absoluto de todos los pares de ojos que había en ese lugar. En lo alto de las murallas del ludo, bajo su toldo particular, el rostro de Poncio Aquila era blanco y severo. Sus manos se aferraban a la barandilla que tenía delante y sobre la cual estaba inclinado, sus ojos eran pozos de sombra que amenazaban crecer lo bastante como para engullirme entera.

Casi pude sentir cómo anticipaba mi muerte.

«Esta noche no, Tribuno —pensé—. Ni siquiera por usted».

Saludé a Nyx y a la multitud con mis dos espadas...

Luego envainé la hoja que sujetaba con la mano izquierda.

Nyx se mofó de mí cuando me detuve a recoger un escudo que yacía en el suelo. Nyx nunca antes me había visto usar uno en un combate singular. Lo que también significaba que no tenía ni idea de qué esperar de mí.

—Venga, pues —dije, hundiéndome en una posición preparada—. Acabemos con esto.

La lámpara llameante de la cadena de fuego de Nyx chocó contra mi escudo y una lengua de fuego lamió los bordes. Sentí el calor, pero no el dolor, cuando Nyx echó el arma hacia atrás para atacar una vez más. Y otra. Todo lo que tenía que hacer era anticipar por qué ángulo venía hacia mí y moverme para bloquearlo. De no haber sido por todas aquellas horas de entrenamiento en el barco, no sé si podría haberlo hecho. Entonces recordé las instrucciones que Cay gritaba a las chicas al tiempo que Quint lanzaba sus órdenes con el silbato. No paré de mover los pies. Mantuve los hombros cuadrados e inclinados. La cabeza gacha...

La lámpara de fuego era un lastre al extremo de la cadena al cual Nyx no estaba acostumbrada. Su látigo era un arma flexible, cuya punta era como la peligrosa lengua de una serpiente. La cadena de fuego era más bien como una cachiporra. Cuando la vi esbozar uno de sus ataques característicos llevé a cabo mi acción. La lámpara de fuego se arrastró un instante en cuanto entró

en contacto con el suelo, más tiempo de lo que Nyx estaba acostumbrada. Me agaché y clavé el escudo en el suelo, manteniendo el farolillo sobre la arena. La llama se extinguió y la cadena se tensó entre nosotras. Con un profundo grito, di un corte hacia abajo con mi espada dirigida a los eslabones. Se partieron en una lluvia de metralla dentada.

Y la hoja de mi espada del juramento se hizo añicos con ellos.

Rugí un grito de rechazo que retumbó entre la multitud.

Con el borde de mi escudo clavado en el suelo, Nyx gruñó triunfante y retrocedió con la cadena truncada, apuntando de nuevo para destrozar mi cráneo desnudo. En su entusiasmo por partirme la cabeza pareció olvidar que yo tenía una segunda espada. Y se expuso totalmente.

Escondida tras el escudo, la hoja de mi segundo acero se liberó de su vaina...

Nyx se arrojó hacia mí y yo se la clavé entre las costillas.

Del mismo modo que una vez ella hundió su daga entre las mías.

—Considérate afortunada, Nyx —dije con suavidad al tiempo que se hundía lentamente en el suelo delante de mí—. Me aseguraré de que recibas el entierro que te mereces, pero no voy a permitir que tu oscuro señor se coma tu corazón.

El rugido de la multitud fue ensordecedor.

Me inundó la cabeza e hizo que el suelo temblara bajo mis pies.

Y ahogó el silbido de la flecha.

La saeta me dio de lleno en el lado izquierdo del pecho, encima de mi corazón, y me tumbó en el suelo. Levanté la mirada para ver a través de una bruma de dolor a Tanis, la arquera, sacar otra flecha de su carcaj y cargar el arco de nuevo. Si yo hubiera llevado mi armadura de siempre ahora estaría muerta. Pero el peto que Cleopatra me había regalado estaba —para sorpresa de nadie— ricamente decorado con una extensa metalistería y hecha del mejor y más grueso cuero de buey. Se abolló ante el impacto y me sentí como si me acabara de golpear la piedra de una catapulta. Pero estaba viva.

Sin perforación, quizás, pero sin la capacidad de moverme.

Levanté la vista, indefensa mientras Tanis miraba por encima del astil de la flecha. Cerré los ojos. Recé a Morrigan para que se llevara mi alma en su vuelo... Esperé el impacto. Esperé la muerte.

Pero no llegó nada. Abrí los ojos para verla todavía allí de pie, paralizada por la duda. La multitud contuvo el aliento, pero la paciencia de Poncio Aquila había llegado a su límite. Se puso de pie y arremetió contra Tanis, arrebatándole arco y flecha de las manos, y la apartó de un golpe. Entonces él se giró y, con suficiente habilidad para que yo pudiera darme cuenta de que al menos era algo ducho con el tiro con arco, cargó la flecha y apuntó.

Esta vez no cerré los ojos.

Y por eso vi que Aeddán se ponía delante de Aquila y recibía, de lleno en el pecho, el impacto de la segunda flecha que estaba destinada a alcanzarme a mí.

—¡Aeddán! —grité, y me puse en pie tambaleándome y agarrando con una mano mi hombro herido.

Él se giró en una danza grotesca y perdió el equilibrio encima de la muralla. Entonces, lentamente y con elegancia, cayó del muro y chocó contra el suelo. Eché a correr hacia él,

tropezándome, y me dejé caer de rodillas a su lado.

Todavía respiraba superficialmente, y con cada aliento una oleada de sangre emergía de su boca.

—Fallon... —Alargó una mano hacia mi rostro.

—Descansa —dije cortándolo, al tiempo que agarraba su mano con la mía y la sujetaba con tanta fuerza como podía.

—Lo... siento...

—Ahora descansa...

Él asintió débilmente y sus labios se movieron para formar una única palabra. Un nombre.

—Mael...

—Saluda a tu querido hermano de mi parte, Aeddán —le pedí, ahogándome en el sollozo que se agarraba a mi garganta—. Dile a Mael... dile que lo echo de menos...

Mis lágrimas le bañaron las mejillas y se mezclaron con su sangre.

Aeddán asintió una vez más y su mano se apretó convulsivamente en la mía.

—Te echaré de menos a ti también. —Me incliné hacia delante y lo besé en la frente—. Y volveré a verlos a ambos algún día en las Tierras de los gloriosos caídos. Y seremos amigos allí.

Y luego se fue.

La multitud había enmudecido por completo, empapándose con mi pena.

Me puse en pie, lentamente, y focalicé mi atención en Poncio Aquila. Había soltado el arco, sintiendo que la simpatía de la multitud se había malogrado y vuelto contra él. Ahora la gente estaba de nuestro lado. Y no había nada que él pudiera hacer al respecto.

Alguien arrojó una antorcha hacia la plataforma del Tribuno cuando mi hermana se puso a mi lado.

—¡Devuélveme mi ludo, Poncio Aquila! —gritó hacia él, y sus palabras resonaron en el aire—. Me pertenece a mí y pertenece a estas chicas. No son rebeldes ni tampoco renegadas. Son heroínas. Y no eres bienvenido a nuestro hogar.

—¡Aquila! ¡Aquila! —empezó a vitorear la muchedumbre. Y luego—: ¡Victrix! ¡Victrix!

Incluso aunque la multitud no acababa de comprender las sutilezas de lo que acababa de presenciar allí esa noche, sabían que lo habían pasado de muerte. Y conmigo y con Sorcha y nuestras compañeras gladiadoras instaladas de vuelta en nuestra academia, era probable que volvieran a pasarlo igual de bien muchas otras veces.

El griterío se convirtió en un rugido.

Aquila empalideció todavía más y vi como se apartaba del borde de la muralla. Otra antorcha cayó sobre la plataforma. Y otra. Agradecí que las paredes del ludo fueran altas y hechas de piedra, si no la misma gente que se había alegrado de que recuperáramos el ludo lo habría hecho arder hasta los cimientos.

Los guardias de Aquila ya corrían a disponer escalerillas de mano hasta el suelo, y los vi correr hacia los portones mientras el Tribuno y sus viles compinches de Dis se apresuraban a seguirlos. Tanis huyó con ellos. Algunos de los asistentes entre el público de la arena cargaron contra las puertas, golpeándolas y exigiendo justicia, pero yo me limité a observar cómo se marchaban. Sabía que llegarían corriendo a la orilla y que saltarían a su galera. Sonreí para mí

misma, pensando en el tipo de recepción que tendrían en cuanto cruzaran el lago y llegaran al lado de Cleopatra.

—No creo que vuelva —dijo Sorcha en voz baja—. Ni aquí ni en ningún otro lugar de la República donde alguien pueda reconocer su rostro. Hemos ganado, hermanita. Lo has conseguido.

Con solo un brazo bueno, agarré a Sorcha para abrazarla con tanta fuerza como pude.

—Lo hemos conseguido —repuse—. Juntas. Todas nosotras.

—¡AH-QUILEA! —El griterío se convirtió una vez más en un rugido—. ¡AH-QUILEA!

Sorcha se volvió y, de espaldas a la multitud, puso los ojos en blanco. La miré con una risita y, juntas, nos dimos las manos y nos giramos hacia la multitud. Cuando mi gloriosa hermana lanzó el puño al cielo, el mundo estalló a nuestro alrededor.

Barriles de vino y cerveza aparecieron como por arte de magia, junto con flautas y tambores y liras. Hubo canciones y danzas y risas, y tuve la sensación de que esa fiesta duraría hasta el amanecer. Al menos para el público.

Mi hombro me daba punzadas muy dolorosas y vi a Neferet abriéndose paso entre el gentío para llegar hasta mí, con su maletín de médico colgado a su espalda. Me giré y estudié la arena, cubierta con unos pocos cuerpos caídos. Todavía no sabía si eran de los suyos o de los nuestros. O de las amazonas. Sin embargo, nuestros adversarios habían echado sus armas al suelo en señal de derrota, y a medida que mis amigas avanzaban lentamente, con los hombros hundidos por el cansancio pero las cabezas erguidas por la victoria, me di cuenta de que habíamos ganado de verdad. Habíamos ganado el derecho de luchar un día más. Y bajo nuestras normas.

Las paredes de mi hogar se alzaban a mi espalda.

La muchedumbre romana se divertía a mi alrededor.

Mis amigas estaban ahí para evitar que yo cayera.

Y Cay, con sus preciosos ojos llenos de amor y fuerza. También tristeza, pero sin pesar. Le tomé la mano y mis hermanas guerreras se congregaron a nuestro alrededor, y jamás había tenido la sensación de pertenecer más a un lugar. Elka lloraba abiertamente, con un brazo rodeaba a Ajani y con el otro a Quint. Y él, a su vez, abrazaba a Kallista, quien lucía una sonrisa de oreja a oreja, habiendo hecho por fin algo emocionante. Charon había bajado de las gradas y estaba de pie al lado de mi hermana, sin tocarla del todo, del mismo modo que ella no lo tocaba del todo a él. La noche y las estrellas y el fuego y las canciones hicieron que me rodara la cabeza en un caos alegre y glorioso de celebración. Estábamos en el ojo del huracán.

Al día siguiente enterraríamos a los muertos. Abriríamos las puertas del Ludo Aquilea. Y seguiríamos adelante.

Desafiantes, triunfantes, juntas.

## Agradecimientos

Continuar las aventuras de Fallon en *Desafiante* ha sido un gran placer para mí como escritora; posiblemente me he divertido más de lo que le debería estar permitido a nadie (especialmente con tantas puñaladas mentales a amigos y enemigos por igual con armas muy afiladas...).

Pero, como Fallon en el Ludo Aquilea, sin duda yo tampoco he hecho todo esto sola. A decir verdad, he tenido mi propia guardia de guerra que me ha acompañado durante el viaje.

Como siempre, la indomable Jessica Regel, mi agente y mi propia *Primus Pilus* —y seguramente ya se está cansando de oírme decir esto—, continúa siendo una fuente constante de aliento, inspiración e iluminación. Gracias también, una vez más, al maravilloso equipo de Foundry Literary + Media.

A continuación, a las otras dos Jessicas en mi Equipo-J: Jessica Harriton y Jessica Almon. Vuestra excelencia editorial, apoyo incansable e instinto creativo me maravillan. Estoy muy agradecida por teneros, chicas, y también a Ben Schrank y el resto del increíble equipo de Razorbill, por continuar creyendo en mí y en mi panda de gladiadoras salvajes. El mismo grito va hacia el norte de la frontera hasta Suzanne Sutherland y Jennifer Lambert y todas las personas increíbles de HarperCollins Canada, quienes siempre me cuidan tan bien. Un gran agradecimiento también va por Elyse Marshall y Maeve O'Regan, mis alucinantes publicistas, por salir al mundo y promocionar este libro de tantísimas maneras fantásticas. Y todavía estoy en una profunda deuda de margaritas con Tiffany Liao y Hadley Dyer, ante todo por adentrarse tantísimo en esta saga.

También un agradecimiento especial esta vez va hacia Casey Hudecki por ayudarme con la lluvia de ideas de algunas secuencias armadas. Es una mujer que una quiere a su lado en un enfrentamiento de gladiadores. En serio.

Amor y gratitud, siempre, a mi familia, especialmente a mi madre y mi hermano.

Todos los abrazos de batalla que pueda dar a mis lectores y fans. En persona y en línea, chicos sois de lo más fieramente guay, jamás dejáis de sorprenderme.

Y finalmente, más que a nadie, a John. Tú me dijiste que fuera a por todas y no te equivocaste. Jamás lo haces.